El Año del Diluvio

Margaret Atwood

Lectulandia

Una visión postapocalíptica del mundo tras una catástrofe global. Como en su novela anterior, Oryx y Crake (algunos de cuyos personajes reaparecen en la presente obra), Atwood describe el horror de un mundo en el que la humanidad, en aras del progreso científico y tecnológico, no sólo altera el medio ambiente sino que se autodestruye. Siempre crítica con los problemas del mundo actual, la autora describe, en esta novela de anticipación especulativa, la catástrofe planetaria resultante del descontrolado abuso de las industrias farmacéuticas y de los poderes políticos y económicos que desoyen los alegatos de las ciencias ecológicas. Narrada desde el punto de vista de dos mujeres, la joven Ren y Toby, El año del Diluvio cuenta la epopeya de quienes sobreviven al desastre y, libres de la decadencia moral en que la lucha de sectas y religiones había sumido a la humanidad, emprenden una nueva vida.

Lectulandia

Margaret Atwood

El Año del Diluvio

ePUB v1.1
gercachifo 15.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Year of the Flood*
Margaret Atwood, 2010.
Diseño/retoque portada: gercachifo

Editor original: gercachifo (v1.1)
ePub base v2.0

Para Graeme y Jess

El Jardín

¿Quién cuida hoy el Jardín,
oh, ese Jardín tan verde?

Fue antaño el más hermoso
de cuantos se hayan visto.

Las criaturas nadaban,
volaban y jugaban.

Mas llegaron malvados
y a todas ellas mataron.

Los árboles florecían
y nos daban frutos sanos.

Cubiertos están de arena
hojas, ramas y raíces.

Y toda el agua luciente
es ahora cieno y lodo.

Y los luminosos pájaros
ya no cantan jubilosos.

Oh, Jardín, oh, mi Jardín,
por siempre te lloraré.

Hasta que los Jardineros
a la vida te devuelvan.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

El Año del Diluvio

1

Toby

Año 25, el Año del Diluvio

Al alba, Toby sube al tejado para contemplar el amanecer. Usa un palo de fregona para equilibrarse: hace tiempo que el ascensor dejó de funcionar y las escaleras de atrás están resbaladizas por la humedad, así que si patina y se cae no habrá nadie para levantarla.

Con el primer impacto del calor, la bruma se eleva desde la franja de árboles que se extiende entre su posición y la ciudad en ruinas. El aire huele un poco a quemado, a caramelo y alquitrán, arrastra un tufo rancio de barbacoa y el olor a ceniza pero graso de una hoguera de contenedor después de la lluvia. Las torres abandonadas en la distancia son como el coral de un antiguo arrecife: exangües, descoloridas, desprovistas de vida.

Sin embargo, aún queda vida. Los pájaros pían; serán gorriones. Sus trinos suenan nítidos y agudos, como uñas arañando el cristal: ya no existe sonido de tráfico que los sofoque. ¿Se dan cuenta del silencio, de la ausencia de motores? Y en ese caso, ¿son más felices? Toby no tiene ni idea. A diferencia de otros Jardineros —los de mirada enloquecida o tal vez los más narcotizados— nunca ha abrigado la ilusión de que puede conversar con los pájaros.

El sol brilla en el este, tiñendo de rojo la bruma azul grisáceo que señala el distante océano. Los buitres, posados en postes eléctricos, despliegan las alas para secárselas, abriéndose como paraguas negros. Primero uno y luego otro más emprenden el vuelo y ascienden en las corrientes térmicas. Si descienden en picado significa que han localizado carroña.

«Los buitres son nuestros amigos —enseñaban los Jardineros—. Purifican la tierra. Son los necesarios ángeles siniestros de Dios que se encargan de la descomposición corporal. ¡Imaginad qué terrible sería que no hubiera muerte!» ¿Aún lo creo?, se pregunta Toby.

Todo es diferente al verlo de cerca.

El tejado tiene algunas macetas con plantas ornamentales que han retornado al estado silvestre; hay varios bancos de imitación madera. Antes estaba el toldo para la hora del cóctel, pero se voló. Toby se sienta en uno de los bancos para examinar el terreno. Levanta los prismáticos y explora de izquierda a derecha. El sendero de entrada, con los arriates de lumirrosas ahora descuidadas. Parecen cepillos raídos; su brillo morado va apagándose bajo una luz cada vez más intensa. La entrada occidental, con un techo de panel solar de color rosa imitación adobe, el amasijo de coches al otro lado de la verja.

Los lechos de flores, invadidos de lechuga de las liebres y bardana, con enormes polillas de kudzu revoloteando por encima de ellas. Las fuentes, con las pilas en forma de vieira rebosantes de agua de lluvia estancada. El aparcamiento, con un cochecito de golf rosa y dos monovolúmenes también rosas del balneario AnooYoo, cada uno con el logo del ojo guiñado. Queda un cuarto monovolumen en el camino, empotrado en un árbol: colgaba un brazo por la ventanilla, pero ya no está.

El césped ha crecido, la hierba está alta. Se aprecian pequeños montículos irregulares bajo la hierba carnicera, las asclepias y la acedera, y algún que otro trozo de tela, un brillo de hueso. Ahí fue donde cayó la gente, los que corrían y luego trastabillaban por el césped. Toby había observado desde el tejado, agachada detrás de uno de los planteles, pero no se había quedado mirando mucho rato. Algunas de esas personas habían pedido ayuda, como si hubieran sabido que estaba allí. Pero ¿cómo podía haberlos ayudado?

En la piscina flota una capa veteada de algas. Ya hay ranas. Las garcetas, las garzas reales y las pavocetas las acosan en el lado menos profundo. Durante un tiempo Toby trató de sacar a los animalitos que habían tropezado y se habían ahogado. Los luminosos conejos verdes, las ratas, los mofaches, con su cola rayada y la característica mancha de los mapaches. Ahora ya no interviene. Puede que generen pesca de alguna manera. Cuando la piscina parezca más un pantano.

¿Está pensando en comerse esos hipotéticos futuros peces? Claro que no.

Claro que no aún.

Se vuelve hacia el oscuro muro circundante de árboles, enredaderas y matorrales. Lo examina con los prismáticos. Es por allí por donde podría surgir algún peligro. Ahora bien, ¿qué clase de peligro? No consigue imaginarlo.

Por la noche, se oyen los ruidos habituales: los lejanos ladridos de perros, los

chillidos de los ratones, las notas de chirrido de cañería de los grillos, el ocasional croar de una rana. La sangre que se le agolpa en los oídos: katush, katush, katush. Una escoba pesada barriendo hojarasca.

—Vete a dormir —dice en voz alta.

Pese a que nunca duerme bien desde que está sola en este edificio. En ocasiones oye voces: voces humanas, voces de dolor que la llaman. O las voces de las mujeres que trabajaban allí, o de las mujeres angustiadas que iban a descansar y rejuvenecerse. Chapoteando en la piscina, paseando por los jardines. Todas las voces rosas, relajadas y relajantes.

O las voces de los Jardineros, murmurando o cantando; o los niños riendo juntos, en el Jardín del Edén en el Tejado. Adán Uno y Nuala, y Burt. La vieja Pilar, rodeada de sus abejas. Y Zeb.

Si alguno de ellos sigue vivo tiene que ser Zeb: cualquier día llegará caminando por la calle o aparecerá de entre los árboles.

Aunque ha de estar muerto ahora. Es mejor pensar eso. No hay que derrochar esperanza.

Sin embargo, tiene que quedar alguien más; no puede ser la única del planeta. Ha de haber otros. Ahora bien, ¿amigos o enemigos? Si ve a alguien, ¿cómo va a saberlo?

Está preparada. Las puertas están cerradas; las ventanas, atrancadas con tablones.

No obstante, ni siquiera esas barreras suponen ninguna garantía: cualquier espacio vacío invita a la invasión.

Incluso cuando duerme está escuchando, como hacen los animales, en espera de un cambio de pauta, de un sonido desconocido, de un silencio que se resquebraja como una grieta en la roca.

Cuando los animalitos cantan más bajo, decía Adán Uno, es que están asustados. Hay que escuchar el sonido de su miedo.

2

Ren

Año 25, el Año del Diluvio

«Tened cuidado con las palabras. Tened cuidado cuando escribáis. No dejéis ningún rastro.» Eso es lo que nos enseñaron los Jardineros, cuando yo era una niña más entre ellos. Nos pedían que nos encomendáramos a nuestra memoria, porque no se puede confiar en nada que esté escrito. El Espíritu viaja de boca en boca, no de cosa en cosa: los libros se pueden quemar, los papeles se pueden arrugar, los ordenadores se pueden destruir. Sólo el Espíritu vive eternamente, y el Espíritu no es una cosa.

En cuanto a la escritura, los Adanes y las Evas decían que era peligrosa, porque gracias a ella nuestros enemigos podían identificarte y detenerte, y servirse de tus palabras para condenarte.

Sin embargo, ahora que el Diluvio Seco nos ha arrollado, cualquier cosa que escriba es lo bastante segura, porque lo más probable es que aquellos que habrían usado mis escritos contra mí estén muertos. Así que realmente nada me impide escribir lo que me venga en gana.

Lo que escribo es mi nombre, Ren, con lápiz de cejas en la pared de al lado del espejo. Lo escribo un montón de veces. Renrenren, como una canción. No debes olvidar quién eres si pasas mucho tiempo a solas. Eso me lo dijo Amanda.

No se ve nada por la ventana: es ladrillo de vidrio. Tampoco puedo salir, porque la puerta está cerrada por fuera. Aún dispongo de aire y agua, siempre que el solar aguante. Todavía me queda comida.

Tengo suerte. Tengo muchísima suerte. Considérate afortunada, me decía Amanda. Es lo que hago. Primero, tuve suerte de estar trabajando aquí en el Scales

cuando se produjo el Diluvio. Segundo, tuve aún más suerte porque estaba encerrada en el Cuarto Pringoso, y eso me mantuvo a salvo. Se me rasgó el guante corporal de biofilm —un cliente se dejó llevar y me mordió en las lentejuelas verdes— y estaba esperando los resultados de mi test. No fue un desgarro con secreciones ni afectación de membrana, sino un desgarro seco, cerca del codo, por eso no me preocupé. Aun así, en el Scales lo revisaban todo. Tenían una reputación que mantener: se nos conocía como las chicas guarras más limpias de la ciudad.

En el Scales and Tails te cuidaban, de verdad que lo hacían. Si tenías talento, vaya. Buena comida, un médico cuando lo necesitabas..., y las propinas eran generosas, porque aquí venían los hombres de las corporaciones más importantes. Estaba bien dirigido, aunque se hallaba en una zona sórdida, como todos los clubes. Era una cuestión de imagen, según Mordis: lo sórdido era bueno para el negocio, porque a no ser que contaras con una ventaja —algo morboso o escabroso, un tufillo turbio— ¿qué separaba nuestra marca del producto corriente que el hombre podía encontrar en casa, con la crema facial y las bragas blancas de algodón?

A Mordis le gustaba hablar claro. Llevaba en el negocio desde que era un muchacho, y cuando prohibieron los chulos y el comercio de calle —por una cuestión de salud pública y de seguridad de las mujeres, dijeron— para ponerlo todo en manos de SeksMart, bajo el control de Corpsegur, Mordis dio el salto gracias a su experiencia. «Se trata de a quién conoces y de lo que sabes de ellos», explicaba a menudo. Luego sonreía y te daba en el trasero, pero sólo una palmada de buen rollo, nunca se pasaba de la raya con nosotras. Tenía ética.

Era un tipo atlético, con el cráneo afeitado y ojos brillantes y alerta, negros como cabezas de hormiga, y de trato fácil siempre y cuando todo fuera bien. Pero sabía defendernos si los clientes se ponían violentos. «Nadie hace daño a mis mejores chicas», aseguraba. Para él se trataba de una cuestión de honor.

Tampoco le gustaba derrochar: decía que éramos un activo valioso. La flor y nata. Desde la intervención de SeksMart, las que quedaron fuera del sistema no sólo eran ilegales sino patéticas. Unas cuantas mujeres viejas y enfermas que vagaban por los callejones, casi mendigando. Ningún hombre al que le quedara un cachito de cerebro se les acercaría. «Residuos peligrosos», las llamábamos las chicas del Scales. No tendríamos que haber sido tan desdeñosas; deberíamos haber mostrado compasión. Claro que la compasión requiere trabajo, y nosotras éramos jóvenes.

Esa noche, cuando empezó el Diluvio Seco, estaba esperando los resultados de mi test: te encerraban en el Cuarto Pringoso durante semanas, por si tenías algo contagioso. Te pasaban la comida por la trampilla con cierre de segundad, y además tenías la neverita con *snacks, y* el agua se filtraba al entrar y al salir. No te faltaba de nada, pero te aburrías. Podías hacer ejercicio en las máquinas, y yo hacía mucho,

porque una artista del trapecio no ha de dejar de entrenarse.

Podías ver la tele o pelis viejas, escuchar música, hablar por teléfono. O visitar las otras habitaciones del Scales mediante los intercomunicadores con videopantalla. A veces, cuando estábamos haciendo trabajo primario guiñábamos el ojo a las cámaras a medio gemido para beneficio de la que estuviera enclaustrada en el Cuarto Pringoso. Sabíamos dónde estaban las cámaras, ocultas en los techos de piel de serpiente o de plumas. En el Scales éramos una gran familia, así que a Mordis le gustaba que simularas que estabas participando aunque estuvieras en el Cuarto Pringoso.

Mordis me hacía sentir segura. Sabía que si tenía un problema grave podía acudir a él. Sólo hubo unas pocas personas así en mi vida. Amanda, casi siempre. Zeb, a veces. Y Toby. No habría pensado en Toby —era muy severa y dura—, pero si te estás ahogando no quieres agarrarte a algo suave y resbaladizo. Necesitas algo más sólido.

Día de la Creación

Día de la Creación

AÑO 5

De y de los nombres de los animales
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros animales, queridos compañeros mamíferos:

Hace cinco años, en el Día de , nuestro Jardín del Edén en el Tejado era un erial, rodeado de barrios degradados y guaridas de maldad; pero ahora ha florecido como la rosa.

Al cubrir de vegetación estos tejados yermos estamos poniendo nuestro granito de arena para redimir de la decadencia y la esterilidad que nos rodea por doquier, y para alimentarnos con comida sin contaminar. Algunos calificarían de fútiles nuestros esfuerzos; sin embargo, si todos siguieran nuestro ejemplo, ¡qué cambio conllevaría a nuestro querido planeta! Aún queda mucho trabajo arduo por delante, pero no temáis, amigos: porque avanzaremos pese a las dificultades.

Me alegro de que nadie haya olvidado su sombrero de jipijapa.

Ahora concentrémonos en nuestra plegaria anual del Día de

Las Palabras Humanas de Dios hablan de de un modo que los antiguos podían entender. No se habla de galaxias ni de genes, porque esos términos los habrían confundido en gran medida. Ahora bien, ¿por ello hemos de tomar como verdad científica la historia de que el mundo se creó en seis días y considerar absurdos los datos observables? No se puede encorsetar a Dios en interpretaciones literales y materialistas ni juzgarlo según varas de medir humanas, porque Sus días son eones, y miles de edades de nuestro tiempo son como una tarde para Él. A diferencia de otras religiones, nunca hemos pensado que mentir a los niños respecto a la geología

sirviera a un bien mayor.

Recordemos las primeras frases de aquellas Palabras Humanas de Dios: la tierra era caos y confusión, y entonces Dios hizo la luz. Éste es el momento que la ciencia denomina , como si de una orgía sexual se tratara. Sin embargo, ambos relatos coinciden en lo esencial: oscuridad, luego, en un instante, luz. Ahora bien, continúa, ¿o acaso no se forman nuevas estrellas a cada momento? Los días de Dios no son consecutivos, amigos; ocurren a la vez, el primero con el tercero, el cuarto con el sexto. Como nos enseñaron: «Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra.» Nos contaron que el quinto día de las actividades creadoras de Dios, las aguas se llenaron de criaturas y al sexto día la tierra seca quedó poblada de animales, y de plantas y de árboles; y a todos los bendijo Dios y les ordenó que se multiplicaran; y finalmente creó a Adán, es decir, la humanidad. Según la ciencia, es el mismo orden en el que aparecieron las especies en el planeta. El hombre fue el último de todos. O más o menos en el mismo orden. O se acerca bastante.

¿Qué ocurre después? Dios lleva a los animales ante el hombre, «para que les ponga nombre». Ahora bien, ¿por qué Dios no sabía ya los nombres que iba a elegir Adán? La única respuesta posible es que Dios concede a Adán libre albedrío, y por lo tanto Adán puede actuar de formas que el propio Dios no puede predecir. ¡Piénsalo la próxima vez que te tiente comer carne o la riqueza material! ¡Ni siquiera Dios puede saber siempre lo que vas a hacer a continuación!

Dios hizo que los animales se reunieran hablándoles directamente, pero ¿qué lengua usó? No era hebreo, amigos. No era latín, ni griego, ni inglés, ni francés, ni español, ni árabe, ni chino. No: habló a los animales en sus propias lenguas. Al reno le habló en la lengua de los renos; a la araña, en la de las arañas; al elefante, en la de los elefantes; a la pulga, en la de las pulgas; al ciempiés, en la de los ciempiés; a la hormiga, en la de las hormigas. Así tuvo que ser.

Y en el caso de Adán, los nombres de los animales fueron las primeras palabras que pronunció: el momento inaugural del lenguaje humano. En ese instante cósmico, Adán afirma su alma humana. Nombrar es —eso esperamos— saludar; atraer a otro hacia uno mismo. Imaginemos a Adán enunciando los nombres de los animales con cariño y alegría, como diciendo: «Aquí tenéis, queridísimos. ¡Bienvenidos!» El primer acto de Adán hacia los animales fue pues de amabilidad cariñosa y parentesco, porque, en su estado anterior a , el Hombre aún no era carnívoro. Los animales lo sabían y no huyeron. Así tuvo que ocurrir en ese día irrepetible: una reunión pacífica en la cual el Hombre abrazó a todos los seres vivos de

¡Cuánto hemos perdido, queridos compañeros mamíferos y compañeros mortales! ¡Cuánto hemos destruido a voluntad! ¡Cuánto necesitamos restaurar en nosotros mismos!

El tiempo de poner nombres no ha concluido, amigos. En Su visión, aún

podríamos estar viviendo en el sexto día. Como meditación, imaginaos mecidos en ese momento de inmunidad. Estirad los brazos hacia esos ojos amables que os miran con tanta confianza, una confianza que aún no ha sido mancillada por el derramamiento de sangre, la gula, el orgullo y el desdén.

Decid sus Nombres.

Cantemos.

Cuando Adán tuvo

Cuando Adán tuvo aliento de vida
en aquel lugar dorado,
vivió en paz con pájaros
y bestias y vio el rostro del Señor.

El Espíritu del Hombre habló,
dio nombre a los animales;
Dios llamó a todos en hermandad,
acudieron sin temor.

Retozaron, cantaron, volaron...
cada gesto era alabanza
a la creatividad de Dios
que llenaba aquellos días.

Qué encogido y reducido está
de el germen;
pues el Hombre rompió la hermandad
con crimen, vicio y codicia.

Oh, criaturas, que aquí sufrís,
¿cómo al amor volveremos?
Os nombraremos de corazón
y otra vez seréis amigos.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

3

Toby. Día de las Podocarpáceas

Año 25

Rompe el alba. Se rompe el día. Toby juega con la palabra: rompo, rompes, rompe, rompemos, rompéis, rompen. ¿Qué se rompe en el día? ¿La noche? ¿Se rompe el sol, partido en dos por el horizonte como si fuera un coco, derramando luz?

Toby levanta los prismáticos. Los árboles parecen tan inocentes como siempre; pese a ello, tiene la sensación de que alguien la está vigilando: como si hasta la piedra o el tocón más inerte pudieran sentirla y no le desearan nada bueno.

El aislamiento produce esos efectos. Se había preparado para resistirlos durante las vigilias y retiros espirituales de los Jardineros de Dios. El triángulo flotante naranja, los grillos cantarines, las columnas retorcidas de vegetación, las pupilas en las hojas. Aun así, ¿cómo distinguir estas ilusiones de la realidad?

Ahora el sol está en su cénit: más pequeño, más ardiente. Toby baja del tejado, se pone el mono rosa, se rocía SuperD para repeler los insectos y se ajusta su sombrero rosa. Luego abre la puerta de la calle y sale a ocuparse del jardín. Allí era donde cultivaban las lechugas de agricultura ecológica para las damas del Spa Café; las verduras para las guarniciones, las hortalizas transgénicas de formas exóticas, las distintas variedades de té. Hay una cubierta de malla para burlar a las aves y una valla de alambre de espino para impedir que entren desde el parque conejos verdes, linces rojos y mofaches. Antes del Diluvio no abundaban, pero es asombroso lo deprisa que se están multiplicando.

Toby confía en el huerto: los víveres están disminuyendo en el almacén. A lo largo de los años ha ido acumulando lo que pensaba que bastaría para una emergencia como ésta, pero se quedó corta en sus cálculos y ahora se le están acabando los bocaditos de soja y las sojadinas. Por fortuna, todo marcha a la perfección en el huerto: ya hay vainas de garbanzos; las frijolanas están en flor; las matas de polibayas, henchidas de pimpollos marrones de distintas formas y tamaños. Toby recoge unas espinacas, aparta los escarabajos verdes iridiscentes, los pisa. Luego, sintiendo remordimientos, les cava una tumba hundiendo el pulgar en el suelo y pronuncia unas palabras para liberar el alma y pedir perdón. Aunque nadie la está observando, cuesta mucho desprenderse de esos hábitos tan arraigados.

Traslada varias babosas y caracoles y arranca unas hierbas, dejando la verdolaga: puede hervirla después. En las delicadas hojas de las zanahorias encuentra dos gusanos de kudzu azul brillante. Aunque desarrollados como forma de control biológico para el kudzu invasivo, parece que prefieren los huertos. En una de esas bromas tan comunes en los primeros años de la ingeniería genética, su diseñador les puso cara de bebé, con ojos grandes y una sonrisa alegre que los hace muy difíciles de matar. Sus mandíbulas están mascando con voracidad bajo esas máscaras de carita mona cuando Toby los saca de las zanahorias, levanta el borde de la red y los echa al otro lado de la valla. No cabe duda de que volverán.

De regreso al edificio, encuentra la cola de un perro detrás del camino, un setter irlandés, parece, con el pelaje largo enmarañado de abrojos y ramitas. Lo habrá arrojado un buitre: siempre están soltando cosas. Trata de no pensar en las otras cosas que soltaban en las primeras semanas después del Diluvio. Lo peor eran los dedos.

Toby se mira las manos. Se le están haciendo más gruesas, rígidas y marrones, como raíces. Ha estado cavando demasiado en la tierra.

4

Toby. Día de San Bashir Alouse

Año 25

Se baña a primera hora de la mañana, antes de que el sol caliente demasiado. Tiene varios cubos y cuencos en el tejado para recoger el agua de lluvia de la tormenta vespertina: el balneario cuenta con su propio pozo, pero el módulo solar se ha roto, de manera que las bombas son inútiles. Toby también hace la colada en el tejado y cuelga la ropa en los bancos para que se seque. Usa aguas grises para el inodoro.

Se lava con jabón —aún queda un montón de jabón, todo de color rosa— y se frota con la esponja. Piensa que el cuerpo se le está encogiendo. Me estoy arrugando. Estoy menguando. Pronto pareceré un padrastro. Aunque siempre ha sido de las flacas. «Oh, Tobiatha —le decían las damas—, ojalá tuviera tu figura.»

Se seca, se pone una vestido rosa. Éste pone «Melody». No hay necesidad de identificarse ahora que ya no queda nadie para leer las etiquetas, así que está empezando a llevar vestidos de otras: Anita, Quintana, Ren, Carmel, Symphony.

Esas chicas habían sido muy joviales y optimistas. Ren, no. Ren era triste. Aunque Ren se había marchado antes. Luego se habían ido todas, cuando se desencadenó el problema. Se marcharon a sus casas para estar con sus familias, creyendo que el amor las salvaría. «Adelante, yo cerraré», les había dicho Toby. Y había cerrado, pero se había quedado dentro.

Se cepilla el cabello largo y oscuro y se lo recoge en un moño. Ha de cortárselo. Es grueso y da demasiado calor. Además huele a añojo.

Mientras se está secando el pelo oye un ruido extraño. Se acerca con cautela a la barandilla del tejado. Hay tres cerdos enormes husmeando alrededor de la piscina: dos puercas y un verraco. La luz matinal brilla en sus orondas formas rosa grisáceo; refulgen como luchadores en un cuadrilátero. Parecen demasiado grandes y protuberantes para ser normales. Toby había visto cerdos así antes, en el prado, pero nunca se habían acercado tanto. Serán fugados, de alguna granja experimental.

Se han agrupado en el lado menos profundo de la piscina, mirándola como si estuvieran reflexionando, retorciendo el morro. Tal vez están olisqueando el mofache sin vida que flota en la superficie del agua espumosa. ¿Tratarán de recogerlo? Se gruñen suavemente y retroceden: ha de estar demasiado podrido hasta para ellos. Hacen una pausa para olfatear por última vez, luego se alejan al trote y doblan la esquina del edificio.

Toby se mueve tras la barandilla, vigilándolos. Han encontrado la valla del jardín y están mirando hacia el interior. Entonces uno de ellos empieza a cavar. Harán un túnel.

—¡Largo de ahí! —les grita Toby.

Los animales la miran, pero no le hacen caso.

Toby baja la escalera lo más deprisa que puede sin resbalar. ¡Idiota! Debería llevar siempre el rifle. Lo coge de al lado de la cama, se apresura a volver a subir al tejado. Apunta a uno de los cerdos —el macho, un tiro fácil, de costado—, pero de repente duda. Son criaturas de Dios. Nunca mates sin causa justa, decía Adán Uno.

—¡Os lo advierto! —grita.

Aunque parezca mentira, da la impresión de que la entienden. Deben de haber visto un arma antes: un pulverizador o una pistola aturdidora. Chillan alarmados, dan media vuelta y corren.

Han recorrido un cuarto del camino del prado cuando a Toby se le ocurre que volverán. Cavarán de noche y entrarán en su huerto en un santiamén, y supondrá el final de su fuente nutritiva. Tendrá que dispararles, será en defensa propia. Dispara, falla, vuelve a intentarlo. El verraco cae. Las dos puercas siguen corriendo. Hasta que no llegan al linde del bosque no miran atrás. Entonces se funden en el follaje y desaparecen.

A Toby le tiemblan las manos. Has segado una vida, se dice a sí misma. Has actuado en un arrebato de rabia. Deberías sentirte culpable. Aun así, piensa en salir con uno de los cuchillos de cocina y cortar una pata. Había tomado los vegevotos al unirse a los Jardineros, pero la idea de un bocadillo de beicon es una gran tentación ahora mismo. Sin embargo, se resiste: la proteína animal ha de ser el último recurso.

Murmura el patrón de disculpa de los Jardineros, aunque no se arrepiente. O no se arrepiente lo suficiente.

Necesita hacer prácticas de tiro. Al fallar el primer disparo al verraco ha permitido que las puercas huyeran: una torpeza.

En semanas recientes ha sido cada vez más descuidada con el rifle. Ahora se promete llevarlo siempre consigo cuando salga, aunque sea a darse un baño al tejado o incluso al lavabo. Incluso al huerto; sobre todo al huerto. Los cerdos son listos, no se olvidarán de ella ni la perdonarán. ¿Debería cerrar la puerta con llave al salir? ¿Y si ha de volver corriendo, apurada, al edificio del balneario? Pero si deja la puerta sin cerrar, alguien o algún animal podría colarse cuando estuviera trabajando en el huerto y esperarla dentro.

Ha de pensar en todo. «Un Ararat sin un muro no tiene futuro», como cantaban los niños Jardineros. «Un muro no defendido es un muro caído.» A los Jardineros les gustaban las rimas instructivas.

5

Toby fue a buscar el rifle al cabo de unos días de los primeros casos. Fue la noche siguiente de que las chicas huyeran de AnooYoo dejándose los vestidos rosas.

No se trataba de una pandemia común: no podría contenerse después de unos pocos cientos de miles de muertes y luego eliminarse con armas biológicas y lejía. Era el Diluvio Seco del que tanto habían advertido los Jardineros. Tenía todas las señales: viajaba por el aire como si tuviera alas, arrasaba las ciudades como el fuego, las turbas extendían los gérmenes, el terror y la carnicería. Las luces iban apagándose por doquier, las noticias eran esporádicas: los sistemas fallaban a medida que morían quienes los mantenían. El caos era total, y por eso necesitaba el rifle. Los rifles eran ilegales y que la encontraran con uno habría resultado fatal una semana antes, pero ahora las leyes ya no parecían un factor a considerar.

El viaje sería peligroso. Tendría que ir caminando a su antigua plebilla —ya no funcionaba ningún transporte— y encontrar el chabacano apartamento en dos niveles que había pertenecido de manera fugaz a sus padres. Luego tendría que desenterrar el rifle del sitio donde había sido escondido, con la esperanza de que nadie la viera haciéndolo.

Caminar hasta tan lejos no supondría un problema, porque se mantenía en forma. El riesgo lo constituía otra gente. Había disturbios por doquier, según las noticias intermitentes que captaba en su teléfono.

Se marchó del balneario al alba, cerrando la puerta tras de sí. Cruzó las amplias extensiones de césped y se dirigió hacia la entrada norte por el camino boscoso donde las clientes solían dar sus paseos a la sombra: allí se camuflaría mejor. Aún quedaban algunas balizas solares que marcaban el sendero. No se encontró a nadie, aunque un conejo verde saltó a los arbustos y se le cruzó un cachorro de lince rojo que se volvió

a contemplarla con un leve fulgor en la mirada.

La verja de la entrada al recinto estaba entornada. Se coló con precaución, casi esperando un desafío. Luego salió por Heritage Park. Había gente que se apresuraba, personas solas y en grupos tratando de escapar de la ciudad, con la esperanza de atravesar las plebillas aledañas y buscar refugio en el campo. Oyó toses, un gemido infantil. Casi tropezó con alguien caído en el suelo.

Cuando llegó al límite exterior del parque, era noche cerrada. Se movía de árbol en árbol, al amparo de las sombras. El bulevar estaba repleto de coches, camiones, motos solares y autobuses, y los conductores hacían sonar las bocinas y gritaban. Algunos de los vehículos estaban volcados y quemados. En las tiendas, el saqueo se hallaba en pleno apogeo. No había hombres de Corpsegur a la vista. Debieron de ser los primeros en desertar, dirigiéndose hacia sus fortalezas de la corporación para salvar el pellejo, y llevando consigo —eso sin duda esperaba Toby— el virus letal.

Sonaron disparos de algún lado. Así que ya estaban excavando en los patios traseros, pensó Toby: el suyo no era el único rifle.

Calle arriba habían levantado una barricada con varios coches. ¿Con qué iban armados los defensores? Por lo que Toby alcanzó a ver usaban trozos de cañería metálica. La gente les gritaba furiosa y les lanzaba ladrillos y piedras: querían pasar, querían huir de la ciudad. ¿Cuál era el objetivo de los que mantenían las barricadas? El saqueo, sin duda. Violación y dinero, y otras cosas inútiles.

Cuando se alcen las aguas secas, decía Adán Uno, la gente tratará de salvarse de morir ahogada. Se agarrarán a un clavo ardiendo. Aseguraos de no ser ese clavo ardiendo, amigos, porque si se os agarran, o sólo con que os toquen, también os ahogaréis.

Toby se alejó de la barricada, tendría que rodearla. Se mantuvo en la oscuridad, agachada detrás del follaje y bordeando el parque. Ya había llegado al espacio abierto donde los Jardineros instalaban sus mercados, y la cabaña donde jugaron los niños. Se escondió detrás de ella, esperando una distracción. Enseguida se produjo un choque y una explosión, y Toby aprovechó que todas las cabezas se volvían para cruzar. Es mejor no correr, le había enseñado Zeb: huir te convierte en una presa.

Las calles laterales estaban atestadas de personas; Toby las esquivó. Llevaba guantes quirúrgicos, chaleco antibalas hecho de seda de un híbrido de araña y cabra que había birlado un año antes de un almacén de AnooYoo, y una mascarilla negra con filtro de aire. Se había llevado una pala y una palanca del cobertizo, y ambas herramientas podían resultar letales si se usaban con decisión. En el bolsillo llevaba una botella de Laca Brillo Total AnooYoo, un arma eficaz si apuntabas a los ojos. Había aprendido muchas cosas de Zeb en las clases de Limitación de Derramamiento de Sangre Urbana: según la opinión de Zeb, el primer derramamiento de sangre que

tenías que limitar era el de la tuya.

Se dirigió al noreste, por el elegante Fernside, luego atravesó las extensiones de casas diminutas y mal construidas de Big Box, escabullándose por las calles más estrechas, tenuemente iluminadas y poco pobladas. Varias personas pasaron a su lado abstraídas en sus propias historias. Dos adolescentes hicieron una pausa como para intentar un atraco, pero Toby empezó a toser y dijo con voz ronca: «¡Ayudadme!», y los muchachos se escabulleron.

Alrededor de medianoche, y después de unos pocos giros equivocados —todas las calles de Big Box se parecían mucho—, Toby llegó a la antigua casa de sus padres. No había luces encendidas, la puerta del garaje se encontraba abierta y la ventana de cristal cilindrado de delante estaba aplastada, así que pensó que no habría nadie allí. Los actuales ocupantes habrían muerto o estarían en algún otro sitio. Lo mismo ocurría en la casa de al lado, donde estaba enterrado el rifle.

Se quedó un momento quieta, calmándose, escuchando la sangre que se le agolpaba en la cabeza: katush, katush, katush. O el rifle estaba allí o había desaparecido. Si estaba allí, tendría rifle. Si había desaparecido, no tendría. No había motivo para sentir pánico.

Abrió la puerta del jardín de los vecinos, con el sigilo de un ladrón. Oscuridad, ningún movimiento. El aroma de las flores nocturnas: lirios, petén. Y, mezclado con éste, un olorcillo de humo de algo que se quemaba a varias manzanas: atisbaba las llamas. Una polilla de kudzu le dio en la cara.

Metió la palanca bajo una piedra del patio, hizo fuerza desde el borde y levantó la piedra. Lo hizo otra vez, y otra. Tres piedras de patio. Después cavó con la pala.

Un latido, luego otro.

Allí estaba.

No grites, se dijo a sí misma. Limítate a cortar el plástico, agarrar el rifle y la munición y salir de aquí.

Tardó tres días en volver a AnooYoo, esquivando los peores disturbios. Había huellas de barro en los escalones exteriores, pero no había entrado nadie.

6

El rifle es un arma primitiva: un Ruger 44/99 Deerfield que había pertenecido a su padre. Fue éste quien enseñó a Toby a disparar cuando ella tenía doce años, en esos días del pasado que ahora se le antojaban un paréntesis cerebral en tecnicolor efecto del consumo de hongos. Apunta al centro del cuerpo, le explicaba su padre. No pierdas el tiempo con las cabezas. Decía que sólo se refería a animales.

Habían estado viviendo en una zona semirrural, antes de que la ciudad se extendiera por esa franja de paisaje. Su casa de madera blanca contaba con cuatro hectáreas de árboles alrededor, y había ardillas y los primeros conejos verdes. No había mofaches, aún no los habían creado, pero sí muchos ciervos que se metían en el huerto de su madre. Toby había disparado a un par y había ayudado a destriparlos; aún se acordaba del olor y de cortar las vísceras brillantes. Habían comido estofado de ciervo, y su madre había preparado sopa con los huesos. Pero más que nada, Toby y su padre disparaban a latas y a ratas en el vertedero; todavía había un vertedero. Ella había practicado mucho y eso había complacido a su padre. «Buen tiro, colega», le decía.

¿Había deseado tener un hijo? Quizá. Lo que él decía era que todo el mundo necesitaba aprender a disparar. Su generación creía que si había un problema lo único que tenías que hacer para solucionarlo era pegarle un tiro a alguien.

Después, Corpsegur había prohibido las armas de fuego en aras de la seguridad pública, reservando para sus agentes los recién inventados pulverizadores, y de repente la población quedó oficialmente desarmada. El padre de Toby había enterrado su rifle y municiones bajo una pila de trozos de valla y le había enseñado a ella dónde estaba por si acaso lo necesitaba. Corpsegur podría haberlo encontrado con sus detectores de metales —se rumoreaba que hacían batidas—, pero no iban a mirar en

todas partes y el padre de Toby era inocuo desde su punto de vista. Vendía aparatos de aire acondicionado. Era un don nadie.

Más adelante, un promotor inmobiliario quiso comprarle el terreno. Aunque la oferta era buena, el padre de Toby se negó a vender. Decía que le gustaba el lugar donde vivía. Lo mismo opinaba su madre, que dirigía la franquicia de complementos de HelthWyzer en la zona comercial más próxima. El padre de Toby decía que a él le parecía bien: en ese momento se había convertido en una cuestión de principios.

Pensaba que el mundo continuaba igual que cincuenta años antes, reflexiona ahora Toby. No debería haber sido tan testarudo. Ya entonces Corpsegur estaba consolidando su poder. Había empezado como una empresa de seguridad privada de las corporaciones, pero luego había asumido el poder cuando las fuerzas policiales se desarticularon por falta de fondos. Al principio a la gente le gustó, porque las corporaciones pagaban, pero Corpsegur enseguida empezó a extender sus tentáculos por doquier. Su padre debería haber cedido.

Primero había perdido su puesto en la empresa de aire acondicionado. Consiguió otro empleo, de vendedor de ventanas térmicas, pero cobraba menos. Luego la madre de Toby contrajo una extraña enfermedad. No lo entendía, porque siempre había sido muy cuidadosa con su salud: hacía ejercicio, comía mucha verdura, se tomaba una dosis diaria de complementos HiPotency VitalVite de HelthWyzer. Los operadores de franquicias como ella tenían buenas ofertas con los complementos: su propio paquete personalizado, igual que los capitostes de HelthWyzer.

Se tomó más complementos, pero a pesar de ello se debilitó, se desorientó y perdió peso rápidamente; era como si el cuerpo se le hubiera vuelto en contra. Ningún médico logró acertar con el diagnóstico, aunque le hicieron numerosas pruebas en las clínicas de HelthWyzer; se interesaron en ella, porque había sido una usuaria fiel de sus productos. Dispusieron una atención especial con sus propios médicos. Sin embargo, se lo cobraron y, aun con el descuento que obtenían los miembros de la familia de franquicias HelthWyzer, sumaba mucho dinero; y como la enfermedad no tenía nombre, el modesto seguro médico de sus padres se negó a asumir los costes. Nadie tenía derecho a cobertura sanitaria pública a no ser que fuera pobre de solemnidad.

Tampoco es que uno quisiera ir a uno de esos vertederos públicos, pensó Toby. Lo único que hacían era hacerte sacar la lengua, contagiarte unos pocos gérmenes y virus que todavía no tuvieras y mandarte a casa.

El padre de Toby solicitó una segunda hipoteca e invirtió el dinero en médicos, fármacos, enfermeras particulares y hospitales. Sin embargo, la madre de Toby

continuó debilitándose.

Su padre se vio obligado a vender la casa de madera blanca por un precio muy inferior al que le habían ofrecido al principio.

Al día siguiente de la venta, las excavadoras aplanaron el solar. Su padre compró otra casa, una pequeña en dos niveles, en una nueva parcelación a la que llamaban Big Box, porque estaba rodeada por toda una flotilla de *megastores*. Desenterró el rifle de debajo de la valla, lo llevó a escondidas a la nueva casa y volvió a enterrarlo, en esta ocasión bajo las piedras del yermo patiecito trasero.

Luego perdió su trabajo de las ventanas térmicas, porque se había tomado demasiado tiempo libre debido a la enfermedad de su mujer.

Hubo que vender el coche solar.

Después, los muebles desaparecieron, uno tras otro; y no es que el padre de Toby sacara mucho por ellos. La gente es capaz de olerte la desesperación, le dijo a Toby. Se aprovechan.

Esta conversación se desarrolló por teléfono, porque Toby había logrado entrar en la universidad a pesar de la falta de efectivo de su familia. Había obtenido una magra beca de , que complementaba sirviendo mesas en la cafetería estudiantil. Quería ir a casa y ayudar con su madre, a la que habían dado de alta en el hospital y que dormía en el sofá de la planta baja porque no podía subir escaleras, pero su padre se negó. Toby se quedaría en la universidad, porque ella no podía hacer nada.

Finalmente, hubo que poner a la venta hasta la chabacana casa de Big Box. El letrero estaba en el jardín cuando Toby regresó a casa para el funeral de su madre. Para entonces, su padre era un despojo humano; la humillación, el dolor y el fracaso lo habían devorado hasta que no quedó casi nada de lo que había sido.

El funeral de su madre fue corto y deprimente. Más tarde, Toby se sentó con su padre en la cocina desmontada. Se bebieron un *pack* de seis cervezas entre ambos. Ella, dos; él, cuatro. Luego, después de que Toby se fuera a dormir, su padre entró en el garaje, se metió el Ruger en la boca y apretó el gatillo.

Toby oyó el disparo. Supo al momento lo que había ocurrido. Había visto el rifle junto a la puerta de la cocina: su padre debía de haberlo desenterrado por alguna razón, pero ella no se había permitido imaginar qué razón podía ser.

No podía enfrentarse a lo que le aguardaba en el garaje. Se quedó tumbada en la cama, saltando hacia delante en el tiempo. ¿Qué hacer? Si llamaba a las autoridades —incluso a un médico o a una ambulancia—, encontrarían la herida de bala y exigirían el rifle, y Toby se metería en problemas por ser la hija de un delincuente reconocido, alguien que poseía un arma ilegal. Eso sería lo de menos. Podrían acusarla de homicidio.

Después de lo que se le antojaron horas, se obligó a moverse. En el garaje, trató

de no mirar de cerca. Envolvió los restos de su padre en una manta y luego en bolsas de basura industriales, cerró el bulto con cinta aislante y lo enterró bajo las piedras del patio. Se sintió fatal, pero era algo que su padre habría entendido. Había sido un hombre pragmático, aunque con un fondo sentimental: herramientas eléctricas en el cobertizo y rosas en los cumpleaños. Si sólo hubiera sido pragmático se habría presentado en el hospital con los papeles del divorcio, como hacían muchos hombres cuando sus esposas padecían una enfermedad demasiado debilitante y cara. Habría dejado que arrojaran a la calle a su madre. No habría perdido la solvencia. En cambio, él se había gastado todo el dinero.

Toby no sentía apego por la religión estándar: nadie de la familia lo había sentido. Iban a la iglesia local, porque así lo hacían los vecinos, y porque no hacerlo habría sido malo para el negocio, pero ella había oído a su padre decir —en privado y después de un par de copas— que había demasiados sinvergüenzas en el púlpito y demasiados inocentones en los bancos de la parroquia. No obstante, Toby había susurrado una plegaria sobre las piedras del patio: polvo eres y al polvo vuelves. Luego echó un poco de tierra en las grietas.

Envolvió el rifle otra vez en su plástico y lo enterró bajo las piedras del patio de la casa de al lado, que parecía vacía: ventanas oscuras y sin rastro de coches. Tal vez habían ejecutado la hipoteca. Corrió el riesgo de entrar en la propiedad de los vecinos, porque si excavaban el patio y descubrían el cadáver de su padre, descubrirían también el rifle enterrado a su lado, y ella quería que se quedara donde estaba. «Nunca se sabe —decía su padre— cuándo puedes necesitarlo», y tenía razón: nunca lo sabías.

Es posible que uno o dos vecinos la vieran cavando en la oscuridad, pero no creía que fueran a contarlo. No querrían atraer focos cerca de sus patios que posiblemente escondían más armas.

Toby lavó con la manguera la sangre del suelo del garaje y se duchó. Luego se fue a acostar. Se quedó tumbada en la oscuridad, con ganas de gritar, pero lo único que sentía era frío. Aunque no hacía frío en absoluto.

No podía vender la casa sin revelar que era la propietaria porque su padre había muerto. Habría sido como vaciarse un contenedor de basura sobre la cabeza. Por ejemplo, ¿dónde estaba el cadáver y cuáles eran las causas de la muerte? Así pues, por la mañana, después de un desayuno frugal, metió los platos en el fregadero y se marchó. Ni siquiera se llevó una maleta. ¿Qué iba a meter dentro?

Desde luego, Corpsegur no iba a molestarse en seguirla. No iban a sacar ningún provecho: de todos modos la casa se la quedaría uno de los bancos de la corporación. Si su desaparición era de interés para alguien, como podía ser el caso de su facultad —¿dónde estaba?; ¿estaba enferma?; ¿había sufrido un accidente?—, Corpsegur haría

correr la voz de que la última vez que se la vio fue con un macarra que buscaba nuevas reclutas. Eso era lo que cabía esperar en el caso de una mujer joven como ella, una mujer joven en grandes apuros económicos, sin parientes conocidos y sin ahorros ni fondo fiduciario ni recursos. La gente negaría con la cabeza: es una pena, pero qué le vamos a hacer, y al menos tenía algo de valor económico, o sea su trasero joven, y por lo tanto no iba a morirse de hambre. Nadie tenía que sentirse culpable. Corpsegur siempre sustituía acción por rumor cuando la acción iba a costarles algo. Lo que contaba eran los resultados.

En cuanto a su padre, todo el mundo supondría que habría cambiado de nombre y se habría desvanecido en una de las plebillas más sórdidas para librarse de pagar el funeral de su mujer con un dinero que no poseía. Esa clase de cosas ocurrían a diario.

7

El periodo que siguió fue aciago para Toby. Aunque había escondido las pruebas y se las había ingeniado para desaparecer, aún cabía la posibilidad de que Corpsegur la buscara por las deudas de su padre. No tenía dinero que ellos pudieran confiscarle, pero circulaban historias de mujeres que saldaban sus deudas a cambio de sexo. Si tenía que ganarse la vida con su retaguardia, al menos quería quedarse con la recaudación.

Había quemado su identidad y no tenía dinero para comprarse una nueva —ni siquiera una barata sin la inyección de ADN ni el cambio de color de piel—, de modo que no podía conseguir un trabajo legal: ésos los controlaban las corporaciones. Sin embargo, si te hundías más —donde los nombres desaparecían y no existían historias ciertas—, Corpsegur no se molestaba contigo— Alquiló una habitacioncita: tenía suficiente dinero para eso con los ahorros de la cafetería. Un cuarto para ella sola, lo cual le permitiría salvar sus escasas pertenencias del robo de una compañera de habitación poco de fiar. Se hallaba en el piso superior de un edificio comercial peligroso en caso de incendio, en una de las peores plebillas; se llamaba Willow Acres, pero los lugareños la conocían como , porque allí terminaba juntándose un montón de mierda. Compartía cuarto de baño con seis inmigrantes tailandeses ilegales, que hacían poco ruido. Según se rumoreaba, Corpsegur había llegado a la conclusión de que expulsar ilegales resultaba demasiado caro, de manera que recurrían al método que usaban los granjeros que encontraban una vaca enferma en la manada: un tiro, pala y silencio.

En el piso de abajo había una lujosa peletería, Slink, que trabajaba con animales en peligro de extinción. Vendían disfraces de Halloween para engañar a los defensores de los derechos de los animales extremistas y curtían pieles en la parte de

atrás. El olor subía por los conductos de ventilación y, por más que Toby trataba de tapar los respiraderos con almohadas, su cuchitril apestaba a productos químicos y grasa rancia. En ocasiones también se oían rugidos y balidos: mataban a los animales en el mismo local, porque los clientes no querían que les dieran cabra por oryx ni lobo teñido en lugar de glotón. Exigían que su derecho a alardear fuera genuino.

Los cuerpos desollados se vendían a una cadena de restaurantes *gourmet* llamada Rarity. Los comedores públicos servían buey, cordero, venado y búfalo, con certificación sanitaria. Sin embargo, en los salones de banquetes privados —entrada con llave y gorilas en la puerta— servían especies en peligro de extinción. Los beneficios eran inmensos: una sola botella de vino de hueso de tigre valía como un collar de diamantes.

Técnicamente, el comercio con especies amenazadas era ilegal —las multas eran muy elevadas—, pero resultaba muy lucrativo. Aunque la gente del barrio lo sabía, cada uno tenía sus propias preocupaciones, y además ¿a quién podías contárselo sin correr riesgo? Había bolsillos dentro de cada bolsillo, y una mano de Corpsegur en cada uno de ellos.

Toby consiguió trabajo de peluche anuncio: trabajo de día mal pagado en el que no se exigía identidad. Los peluches anuncio se ponían disfraces de falsa piel de animal con cabezas de cartón, se colgaban anuncios del cuello y se apostaban en los centros comerciales de lujo y en las calles de boutiques al por menor. Dentro de la piel notabas un calor húmedo, y el campo de visión era limitado. En la primera semana sufrió tres ataques de fetichistas que la tiraron al suelo, le torcieron la enorme cabeza del disfraz para cegarla y frotaron sus pelvis contra la piel, emitiendo extraños sonidos, de los cuales los maullidos eran los más reconocibles. No se consideraba violación, porque no había contacto con su cuerpo real, pero era siniestro. Además, le resultaba desagradable vestirse de oso, tigre, león y de las otras especies en peligro de extinción a las que oía cuando las sacrificaban en el piso de abajo del suyo. Así que dejó de hacerlo.

Luego ganó un buen montón de dinero rápido vendiendo su cabello. El mercado del cabello todavía no se había visto diezmado por los criadores de mohair —eso ocurrió años después—, y aún había revendedores que compraban a cualquiera sin hacer preguntas. Entonces tenía el pelo largo y, aunque era castaño claro —no era el mejor color, preferían rubio—, le había reportado una suma decente.

Después de gastar el dinero del pelo, vendió sus óvulos en el mercado negro. Las mujeres jóvenes podían sacarse un buen dinero donando óvulos a parejas que no podían pagar el soborno exigido o eran tan claramente inadecuados que ningún agente les vendería una licencia de paternidad. Sin embargo, sólo consiguió hacer el negocio del óvulo en un par de ocasiones, porque la segunda vez la aguja de

extracción estaba infectada. Por aquel entonces, los comerciantes de óvulos aún pagaban el tratamiento si algo iba mal; aun así, tardó un mes en recuperarse. Cuando lo intentó una tercera vez le dijeron que había complicaciones, de modo que ya no podría donar más óvulos ni, claro, tener hijos ella misma.

Hasta entonces, Toby no se había planteado la maternidad. Tenía un novio en que le hablaba de matrimonio y familia —Stan se llamaba—, pero Toby le había dicho que eran demasiado jóvenes y pobres para pensar en eso. Ella estaba estudiando Sanación Holística —los estudiantes lo llamaban Lociones y Pociones— y Stan estaba en Planificación Creativa de Activos Problemáticos de Cuádruple Entrada, y le iba bien. Su familia no era rica, de lo contrario no habría estado en una institución de tercera fila como , pero al joven no le faltaba ambición y estaba decidido a prosperar. En sus noches más tranquilas, Toby le frotaba con sus proyectos de preparaciones florales y extractos de hierbas, y después disfrutaban de una sesión de sexo escueto con aroma de remedio botánico seguido de una ducha y unas palomitas sin sal ni grasa.

En cuanto su familia empezó con la cuesta abajo, Toby comprendió que no podría permitirse a Stan. También comprendió que sus días en la universidad estaban contados. Por eso cortó la relación. Ni siquiera le respondió los mensajes de texto de reproche, porque no había futuro en la pareja: él quería un matrimonio de dos profesionales y ella ya no estaba en liza. Mejor que llorara antes que después, se dijo a sí misma.

Sin embargo, al parecer, Toby había deseado tener hijos a pesar de todo, porque cuando le dijeron que la habían esterilizado accidentalmente, sintió que perdía toda su luz.

Después de recibir la noticia, dilapidó el dinero ahorrado con las donaciones de óvulos en unas vacaciones de la realidad alimentadas por las drogas. Sin embargo, despertarse con diferentes hombres a los que no había visto antes enseguida perdió la emoción, sobre todo cuando descubrió que ellos tenían la costumbre de quedarse con su dinero. Después de la cuarta o quinta vez comprendió que tenía que tomar una decisión: ¿quería vivir o quería morir? Si se trataba de morir, había formas más rápidas de lograrlo. Si quería vivir, tenía que hacerlo de un modo distinto.

A través de uno de sus compañeros de una sola noche —un hombre que era el equivalente de de una buena persona—, encontró trabajo en el negocio de la mafia de las plebillas. En los negocios mafiosos no te preguntaban la identidad y no necesitaban referencias: si metías la mano en la caja simplemente te cortaban los dedos.

El nuevo trabajo de Toby era en una cadena llamada SecretBurgers. El secreto de SecretBurgers consistía en que nadie sabía qué clase de proteína animal llevaban

aquellas hamburguesas: las chicas de la caja lucían camisetas y gorras de béisbol con el lema: «¡SecretBurgers! ¿A quién no le gustan los secretos?» Los salarios eran ínfimos, pero te daban dos SecretBurgers gratis cada día.

Una vez que se unió a los Jardineros y tomó los vegevotos, Toby suprimió el recuerdo de haberse comido esas hamburguesas; sin embargo, como decía Adán Uno, el hambre es un poderoso reorganizador de la conciencia. Las picadoras de carne no eran eficaces al ciento por ciento; podías encontrarte algún pelo de gato o un trozo de cola de ratón en tu hamburguesa. ¿No hubo una vez una uña humana?

Era posible. Los mafiosos locales pagaban a los hombres de Corpsegur para que hicieran la vista gorda. A cambio, Corpsegur dejaba que los mafiosos de las plebillas se ocuparan de los secuestros y asesinatos de bajo nivel, el cultivo de marihuana, los laboratorios de crack y las ventas de droga en la calle, y los prostíbulos que eran su especialidad. También se ocupaban de deshacerse de cadáveres, extrayendo órganos para trasplantes y metiendo luego los cuerpos eviscerados en las picadoras de carne de SecretBurgers. Eso decían los peores rumores. En los días gloriosos de SecretBurgers, se encontraban muy pocos cadáveres en los solares.

Si se producía lo que llamaban «revelación televisiva», Corpsegur llevaba a cabo un simulacro de investigación. Luego calificaba el caso de no resuelto y santas pascuas. Tenían una imagen que mantener entre los ciudadanos que aún honraban de boquilla los viejos ideales: defensores de la paz, garantes de la seguridad pública y de eliminar el peligro en las calles. Ya entonces sonaba a chiste, pero la mayoría de la gente sentía que era mejor Corpsegur que la anarquía total. Incluso Toby lo pensaba.

El año anterior, SecretBurgers había ido demasiado lejos. Corpsegur lo había cerrado después de que una de sus autoridades de alto rango visitara los barrios bajos de y sus zapatos aparecieran en los pies de un operario de la picadora de carne de SecretBurgers. Así que durante un tiempo los gatos callejeros respiraron tranquilos por la noche. Claro que, al cabo de unos pocos meses, las familiares cabinas de picado estaban zumbando de nuevo, porque ¿quién podía oponerse a un negocio con tan pocos costes de materia prima?

8

Toby se alegró al enterarse de que le habían dado el empleo en SecretBurgers: podría pagar el alquiler, no se moriría de hambre. Sin embargo, enseguida descubrió la pega.

La pega era el encargado. Se llamaba Blanco, pero a sus espaldas las chicas de SecretBurgers lo llamaban el Cogorza. Rebecca Eckler, que trabajaba en el turno de Toby, enseguida le habló de Blanco.

—Apártate de él —le dijo—. Quizá no te pase nada, porque se está tirando a esa Dora, y no suele estar con más de una chica a la vez, además tú eres bastante esquelética y a él le gustan los culos con curvas. Pero si te llama al despacho, ten cuidado. Es muy celoso. Haría pedazos a una chica.

—¿Te ha llamado a ti? —dijo Toby—. ¿Al despacho?

—Alabo al Señor, y escupo —dijo Rebecca—. Soy demasiado negra y horrible para él; además, a él le gustan los cachorros, no los gatos viejos. Tal vez deberías estropearte un poco, cielo. Pártete un par de dientes.

—Tú no eres horrible —dijo Toby.

Rebecca en realidad era hermosa de un modo sustancial, con la piel chocolate, el cabello rojo y una nariz egipcia.

—No me refería a horrible en ese sentido —dijo Rebecca—. Chunga de tratar. Nosotros los Jelacks pertenecemos a dos clases de personas con las que no quieres meterte. Sabe que le echaría encima a los Blackened Redfish, y son una banda peligrosa. O a los Lobos de Isaías. ¡Santo Dios!

Toby no contaba con esos respaldos. Mantenía la cabeza baja cuando Blanco andaba cerca. Había oído su historia. Según Rebecca, había sido gorila en el Scales, el club con más clase de gorilas tenían estatus; se paseaban vestidos de negro y con gafas oscuras, con aspecto *cool* pero duro, y nunca faltaban mujeres revoloteando a

su alrededor. Pero Blanco la había cagado bien, le contó Rebecca. Se había cargado a una chica del Scales; no a una extranjera ilegal, a ésas las jodían todo el tiempo, sino a uno de los mejores talentos, a una bailarina de barra. No puedes tener a un tipo así cerca —alguien que estropea el trabajo porque no se sabe controlar—, de modo que lo echaron. Por suerte para él tenía amigos en Corpsegur o habría terminado en un contenedor de basuróleo de carbón sin algunas de sus partes. El caso era que lo habían metido a dirigir el local de SecretBurgers en una gran degradación y estaba resentido por eso —¿por qué tenía que sufrir por culpa de una zorra?—, así que odiaba el trabajo. No obstante, consideraba que las chicas eran sus extras. Tenía dos colegas, ex gorilas como él, que le hacían de guardaespaldas, y se quedaban con las migajas. Suponiendo que quedara algo.

Blanco aún tenía forma de matón —alto y robusto—, aunque el músculo iba convirtiéndose en grasa: demasiada cerveza, decía Rebecca. Había conservado la coleta marca de la casa de los gorilas en la parte de atrás de cráneo afeitado, y exhibía un montón de tatuajes en los brazos: serpientes que se le enroscaban; ajorcas de calaveras en las muñecas; venas y arterias en el dorso de las manos para que éstas parecieran despellejadas. En el cuello lucía una cadena tatuada, con un candado en forma de corazón rojo que exhibía en de la camisa abierta, sobre el vello del pecho. Según el rumor, esa cadena le bajaba por la espalda, donde aprisionaba a una mujer desnuda colocada cabeza abajo y cuya boca se hallaba en el culo de Blanco.

Toby no le quitaba ojo a Dora, que se encargaba de la cabina de picar carne cuando ella acababa su turno. Había empezado siendo una optimista rellenita, pero a lo largo de las semanas había ido adelgazando y encogiéndose; los moretones se acrecentaban y se ensombrecían en la piel blanca de sus brazos.

—Quiere escaparse —susurró Rebecca—, pero está asustada. Quizá deberías largarte tú también. Te ha estado mirando.

—No me pasará nada —dijo Toby.

No se lo creía, estaba asustada. Pero ¿adónde podía ir? Vivía al día. No tenía dinero.

A la mañana siguiente, Rebecca llamó a Toby.

—Dora está muerta —dijo—. Trató de huir. Acabo de oírlo. La han encontrado en un solar, con el cuello roto, descuartizada. Dicen que ha sido un loco.

—¿Ha sido él? —inquirió Toby.

—Claro que ha sido él —respondió Rebecca conteniendo el llanto—. Está alardeando.

A mediodía de esa misma jornada, Blanco llamó a Toby a su despacho. Envió a sus dos colegas con el mensaje. Ellos la escoltaron durante el camino, por si se le ocurría largarse. Mientras recorrían la calle, las cabezas se volvieron. Toby sintió que iba camino de su propia ejecución. ¿Por qué no se había ido cuando había tenido la

ocasión?

El despacho se encontraba al otro lado de una puerta mugrienta, detrás de un contenedor de basuróleo. Consistía en una sala pequeña con un escritorio, un archivador y un sofá de piel destartalada. Blanco se levantó de una mecedora, sonriendo.

—Zorra flacucha, te voy a ascender —dijo—. Di gracias.

Toby sólo podía susurrar: le faltaba el aire.

—¿Ves este corazón? —dijo Blanco. Señaló su tatuaje—. Significa que te quiero. Y ahora tú también me quieres. ¿Verdad?

Toby logró asentir.

—Chica lista —dijo Blanco—. Ven aquí. Quítame la camisa.

El tatuaje de la espalda de Blanco era justo como Rebecca lo había descrito: una mujer desnuda encadenada con la cabeza invisible. El pelo largo de la mujer se elevaba como llamas.

Blanco colocó sus manos despellejadas en torno al cuello de Toby.

—Cabréame y te partiré como si fueras una ramita —dijo.

9

Desde que su familia había muerto en circunstancias tan tristes, desde que ella misma había desaparecido del panorama oficial, Toby había tratado de no pensar en su vida anterior. La había cubierto de escarcha, la había congelado. Ahora deseaba con todas sus fuerzas regresar al pasado —incluso a las partes malas, incluso al desconsuelo—, porque su vida presente era una tortura. Trataba de imaginar a sus dos padres ausentes, partidos tiempo atrás, velando por ella como guardianes espirituales. Sin embargo, sólo veía neblina.

Llevaba menos de dos semanas siendo la única de Blanco, pero le habían parecido años. El punto de vista del matón era que una chica con un trasero tan plano como el de Toby tendría que sentirse afortunada si cualquier hombre quería meterle su perforadora. Tenía aún más suerte de que no la vendiera al Scales como temporal, lo cual significaba temporalmente viva. Debería dar las gracias a su buena estrella. Mejor, debería darle las gracias a él; de hecho, le pedía que le diera las gracias después de cada acto degradante. Eso sí, no quería que sintiera placer, sólo sumisión.

Tampoco le concedía tiempo libre de sus obligaciones en SecretBurgers. Exigía sus servicios en el descanso del almuerzo —la media hora completa—, lo cual significaba que Toby no comía.

Cada día que pasaba tenía más hambre y se notaba más exhausta. Ya lucía sus propios moretones, como los de la pobre Dora. La desesperación la estaba venciendo: se daba cuenta de hacia dónde se dirigía, y parecía un túnel oscuro. Pronto estaría consumida.

Peor aún, Rebecca se había ido, nadie sabía exactamente adónde. Se había marchado con algún grupo religioso, según se rumoreaba en las calles. A Blanco no le importaba, porque Rebecca no había formado parte de su harén. Llenó su puesto en

SecretBurgers con suficiente rapidez.

Toby estaba trabajando en el turno de mañana cuando se acercó por la calle una extraña procesión. Por los carteles que llevaban y los cánticos que entonaban, supuso que se trataba de una cuestión religiosa, aunque no era una secta a la que hubiera visto antes.

Muchos cultos marginales trabajaban en buscando almas atormentadas. Los Frutos Conocidos y los Petrobautistas y las otras religiones de gente rica se mantenían alejadas, pero alguna vieja banda del Ejército de Salvación pasaba por allí, resoplando por el peso de sus tambores y trompas. Se acercaba algún grupo de giróvagos con turbante de de Corazón Puro, o los Atik Yomin vestidos de negro, o grupos de Hare Krishna con túnicas de color azafrán, tocando y cantando, atrayendo abucheos y verduras podridas de los transeúntes. Los Leones de Isaías y los Lobos de Isaías predicaban en las esquinas, peleándose cuando se encontraban: estaban enfrentados sobre la cuestión de si era el león o el lobo el que yacería con el cordero en el advenimiento del Reino Apacible. Cuando se producían refriegas, las bandas de las plebillas —los Tex-Mex de tez oscura, los Linthead blancos, los Asian Fusión, los Blackened Redfish— se arremolinaban en torno a los caídos, rebuscando entre sus ropajes algo valioso, o simplemente algo que se pudieran llevar.

Al acercarse la procesión, Toby los vio con más claridad. El líder llevaba barba y lucía un caftán que parecía cosido por elfos colocados. Detrás de él iba un surtido de niños —de diversas alturas y de todas las razas, pero vestidos de oscuro sin excepción — que sostenían pizarras con sus eslóganes: «Jardineros de Dios por el Jardín de Dios»; «No comas cadáver»; «Nosotros somos los animales». Parecían ángeles harapientos, o si no, enanos vestidos con bolsas. Eran ellos los que cantaban: «¡Carne no! ¡Carne no! ¡Carne no!», entonaban. Había oído hablar de ese culto: se decía que tenían un huerto en algún sitio, en un tejado. Una faja de barro seco, unas pocas caléndulas, una penosa hilera de judías achicharrándose bajo el inclemente sol.

La procesión se congregó delante del puesto de SecretBurgers. Se estaba reuniendo una multitud dispuesta a abuchear.

—Amigos míos —dijo el líder, a la multitud en general.

Sus prédicas no continuarían demasiado, pensó Toby, porque la gente de no lo toleraría.

—Queridos amigos. Me llamo Adán Uno. También yo fui materialista, un carnívoro ateo. Como vosotros, pensaba que el hombre era la medida de todas las cosas.

—¡Cierra la bocaza, ecofriqui! —le gritó alguien.

Adán Uno no hizo caso.

—De hecho, queridos amigos, pensaba que medir era la medida de todas las

cosas. Sí, era científico. Estudié epidemiología, contaba animales enfermos y muertos, y también gente, como quien cuenta guijarros. Creía que sólo los números podían dar una descripción verdadera de la realidad. Pero entonces...

—Lárgate, capullo.

—Pero entonces, un día, cuando estaba justo donde estáis ahora, devorando, sí, devorando un SecretBurger y deleitándome con su grasa, vi una gran luz. Oí una gran voz. Y esa voz decía...

—Decía: «Que te den por el culo.»

—Decía: «Salva a tus compañeros animales. ¡No comas nada con cara! No mates tu propia alma.» Y entonces...

Toby sentía a la multitud, la forma en que todos estaban dispuestos a saltar. Iban a tirar al suelo a ese pobre loco y a los pequeños niños Jardineros con él.

—¡Vete! —dijo lo más alto que pudo.

Adán Uno le dedicó un saludo cortés con la cabeza, una sonrisa amable.

—Hija mía —dijo—, ¿tienes alguna idea de lo que estás vendiendo? Seguramente no te comerías a tus propios parientes.

—Lo haría —dijo Toby—, si tuviera suficiente hambre. ¡Vete, por favor!

—Veo que has pasado una mala época, hija —dijo Adán Uno—. Tienes una cáscara callosa y dura. Pero esa cáscara dura no es tu verdadero ser. Dentro de esa cáscara tienes un corazón ardiente y tierno, y un alma amable...

Tenía razón sobre la cáscara; sabía que estaba endurecida. Pero su cáscara era su armadura: sin ella, sería papilla.

—¿Este capullo te está molestando? —intervino Blanco.

Había aparecido detrás de ella como tenía por costumbre. Le puso la mano en la cintura, y Toby la vio incluso sin mirarla: las venas, las arterias. Carne cruda.

—No pasa nada —respondió Toby—. Es inofensivo.

Adán Uno no hizo ademán de apartarse. Continuó como si nadie hubiera hablado.

—Estás deseando hacer el bien en este mundo, hija mía...

—No soy tu hija —soltó Toby. Era más que consciente de que ya no era la hija de nadie.

—Todos somos unos hijos de otros —dijo Adán Uno con expresión triste.

—Largo —ordenó Blanco—, antes de que te arree.

—Por favor, vete o te harán daño —dijo Toby, con la máxima urgencia posible. Ese hombre no tenía miedo. Ella bajó la voz y le susurró—: ¡Largo! ¡Ahora!

—Serás tú la que saldrá trasquilada —dijo Adán Uno—. Cada día que pasas aquí vendiendo la carne mutilada de las amadas criaturas de Dios, te causa más daño. Únete a nosotros, querida, somos tus amigos, tenemos un lugar para ti.

—Quita tus putas zarpas de mi empleada, pervertido de mierda —gritó Blanco.

—¿Te estoy molestando, hija mía? —dijo Adán Uno, sin hacerle caso—.

Ciertamente no he tocado...

Blanco salió de detrás del puesto y se abalanzó sobre Adán Uno, pero éste parecía acostumbrado a que lo atacaran: se echó a un lado, y Blanco se vio propulsado hacia el grupo de niños que cantaban, derribando a algunos de ellos y cayendo él mismo. Un Linthead adolescente enseguida le atizó en la cabeza con una botella vacía —Blanco no era muy querido en el barrio— y lo dejó postrado, sangrando de una herida en la cabeza.

Toby rodeó corriendo la cabina de la parrilla. Su primer impulso fue el de ayudarle, porque sabía que se metería en grandes problemas si no lo hacía. Un grupo de plebiquillos Redfish le estaban atacando, y algunos Asian Fusion trataban de quitarle los zapatos. La multitud lo rodeó, pero él ya pugnaba por ponerse en pie. ¿Dónde estaban sus dos guardaespaldas? Ni rastro.

Toby se sentía curiosamente eufórica. Asestó una patada a Blanco en la cabeza. Lo hizo sin pensarlo siquiera. Se dio cuenta de que estaba riendo como un perro, sintió que su pie conectaba con el cráneo de Blanco: era como una piedra cubierta con una toalla. En cuanto lo hizo se dio cuenta de su error. ¿Cómo había podido ser tan tonta?

—Vente, querida —dijo Adán Uno, cogiéndola del codo—. Será mejor. De todas maneras, has perdido el trabajo.

Los dos matones de Blanco ya habían aparecido y estaban echando a golpes a los mocosos. Aunque él estaba aturdido, tenía los ojos abiertos y clavados en Toby. Le había dolido esa patada; peor, había quedado humillado por ella en público. Lo había desprestigiado. En cualquier momento se levantaría y la pulverizaría.

—¡Zorra! —dijo con voz ronca—. ¡Te cortaré las tetas!

Entonces Toby se vio rodeada por una multitud de niños. Dos de ellos la cogieron de las manos y los demás formaron en guardia de honor, por delante y por detrás.

—Deprisa, deprisa —iban diciendo mientras tiraban de ella y la empujaban por la calle.

Sonaba un rugido a sus espaldas.

—Vuelve aquí, zorra.

—Deprisa, por aquí —dijo el chico más alto.

Con Adán Uno cubriendo la retaguardia, Toby y los chiquillos trotaron por las calles de como un desfile: la gente miraba. Además de su pánico, Toby se sentía irreal y un poco mareada.

Las multitudes empezaron a disolverse y los olores se tornaron menos acres; había menos tiendas cerradas con tablones.

—Más deprisa —dijo Adán Uno.

Corrieron por un callejón y doblaron varias esquinas en rápida sucesión hasta que los gritos se desvanecieron.

Llegaron a una fábrica de ladrillo rojo de la edad moderna. Delante había un cartel que rezaba: **Pachinko**, encima de otro más pequeño en el que se leía: «Masaje personal Stardust, segundo piso, se consienten todos los caprichos, arreglos de nariz extra.» Los niños corrieron hasta el lateral del edificio y empezaron a subir por la escalera de incendios, y Toby los siguió. Estaba sin aliento, pero ellos trepaban como monos. Cuando llegaron al tejado, cada uno de ellos le dijo «Bienvenida a nuestro jardín» y la abrazó, y Toby quedó envuelta por el olor dulce y salado de niños que no se han lavado.

Toby no recordaba que la abrazara un niño. Para los niños debía de ser una formalidad, como abrazar a una tía lejana, pero para ella fue algo que no sabía definir: desconcertante, suavemente íntimo. Como ser acariciada por el hocico de un conejo. Pero un conejo de Marte. Sin embargo, le resultaba emocionante: estaba emocionada, de una forma impersonal pero amable que no era sexual. Considerando cómo había estado viviendo últimamente, teniendo en cuenta que las manos de Blanco eran las únicas que la habían tocado, parte de la sensación de extrañeza tenía que deberse a eso.

También había adultos, extendiendo las manos a modo de saludo —las mujeres con vestidos holgados, los hombres con monos de trabajo— y allí, de repente, estaba Rebecca.

—Lo has logrado, corazón —dijo—. ¡Se lo dije! ¡Sabía que te sacarían!

El Jardín no era para nada como Toby lo había imaginado por los rumores. No se trataba de una marisma recocida llena de desechos vegetales podridos, sino más bien de todo lo contrario. Miró a su alrededor, admirada: era muy hermoso, con plantas y flores de muchos tipos que ella jamás había visto antes. Había mariposas de colores intensos; se percibía el zumbido cercano de las abejas. Cada pétalo, cada hoja rebosaban vida, brillaban como si fueran conscientes de su presencia. Incluso el aire del Jardín era diferente.

Se dio cuenta de que estaba llorando de alivio y gratitud. Era como si una mano grande, benevolente, se hubiera dignado a rescatarla y sacarla a flote. Después, oiría con frecuencia a Adán Uno hablando de «ser inundado con la luz de de Dios», y sin saberlo todavía era así como se sentía en ese momento.

—Estoy encantado de que hayas tomado esta decisión, querida —dijo Adán Uno.

Pero Toby no creía que hubiera tomado ninguna decisión en absoluto. Las circunstancias lo habían hecho por ella. A pesar de todo lo que ocurrió después, ése fue un momento que nunca olvidó.

Esa primera tarde, hubo una modesta celebración en honor de la llegada de Toby. Se

formó un gran alboroto sobre la abertura de un frasco de ciertos elementos morados en conserva —fue la primera vez que probó las bayas de saúco— y sacaron un pote de miel como si del Santo Grial se tratara.

Adán Uno dio un pequeño sermón sobre los salvamentos providenciales. Se mencionó el tizón rescatado del fuego y la oveja extraviada —había oído hablar de ello antes, en la iglesia—, pero también se utilizaron otros ejemplos de rescates que no le resultaban familiares: el caracol realojado, la pera caída del árbol. Luego comieron una especie de panqueque de lentejas y un plato llamado revuelto de setas encurtidas de Pilar, seguido de rebanadas de pan de soja con las bayas moradas y la miel.

Pasada la euforia inicial, Toby estaba aturdida e inquieta. ¿Cómo había llegado ahí, a ese enclave inverosímil y en cierto modo inquietante? ¿Qué estaba haciendo entre aquella gente rara pero cordial, de religión extravagante y, en ese momento, dientes morados?

10

Las primeras semanas de Toby con los Jardineros no resultaron tranquilizadoras. Adán Uno no le dio ninguna instrucción: simplemente la observaba, por lo cual comprendió que se hallaba en libertad vigilada. Ella trató de integrarse, de ayudar cuando se la necesitaba, pero demostró su ineptitud en las tareas rutinarias. No sabía dar puntadas minúsculas como quería Eva Nueve (Nuala) y, después de sangrar sobre unas pocas ensaladas, Rebecca le pidió que dejara de cortar la verdura.

—Si quiero que parezca remolacha, pondré remolacha —le dijo.

Burt —Adán Trece, a cargo del huerto— la desalentó de arrancar malas hierbas después de que arrancara por error varias alcachofas. A cambio, la dejaron limpiar los biodoros violetas. Era una tarea simple que no requería ninguna preparación especial. De manera que se dedicó a eso.

Adán Uno era más que consciente de todos sus esfuerzos.

—Los biodoros no son tan malos, ¿no? —le dijo un día—. Al fin y al cabo, aquí somos vegetarianos estrictos.

Toby se preguntó qué quería decir, pero enseguida se dio cuenta: menos oloroso. Más vaca que perro.

Tardó un tiempo en formarse una idea de la jerarquía de los Jardineros. Adán Uno insistía en que todos los Jardineros eran iguales en lo espiritual; sin embargo, eso no valía en cuanto a lo material: los Adanes y las Evas ocupaban los rangos más altos, mientras que sus números indicaban áreas de experiencia y no un orden de importancia. Pensó que en muchos sentidos era como un monasterio. El capítulo interno, luego los hermanos seglares. Y las hermanas seglares, desde luego. Salvo que no se requería castidad.

Puesto que estaba aceptando la hospitalidad jardinera y fingiendo —Toby no era

una auténtica conversa—, sentía que tenía que pagarlo trabajando con tesón. A la limpieza de los biodoros violeta añadió otras labores. Subía tierra fresca al tejado por la escalera de incendios —los Jardineros tenían reservas de tierra que sacaban de solares y construcciones abandonadas— para mezclarla con compost, y con subproductos de los biodoros violeta. Fundía los últimos trozos de pastillas de jabón y trasvasaba y etiquetaba vinagre. Empaquetaba gusanos del Árbol de de Intercambio de Productos Naturales, fregaba la cinta de gimnasio Corre hacia , barría los dormitorios del piso de debajo del tejado, donde los solteros del grupo pernoctaban en futones rellenos con material de plantas secas.

Al cabo de varios meses, Adán Uno le propuso que pusiera en acción sus otros talentos.

—¿Qué otros talentos? —preguntó Toby.

—¿No estudiaste Medicina Holística? —dijo Adán Uno—. ¿En ?

—Sí —respondió Toby. No tenía sentido preguntar cómo Adán Uno sabía eso de ella. Él simplemente sabía cosas.

De modo que se puso a preparar lociones y cremas de hierbas. No había que cortar mucho y tenía un brazo fuerte para el mortero y la mano del almirez. Poco después, Adán Uno le pidió que compartiera su talento con los niños, y así añadió varias clases diarias a su rutina.

Para entonces estaba acostumbrada a la vestimenta oscura, a esa especie de sacos que llevaban las mujeres.

—Déjate crecer el pelo —le dijo Nuala—. Olvídate de ese aspecto rapado. Todas las mujeres Jardineras llevamos el pelo largo.

Cuando Toby preguntó por qué, se le hizo saber que la preferencia estética correspondía a Dios. Esa clase de mojigatería de sonrisa mandona era demasiado penetrante para Toby, sobre todo en el caso de las componentes femeninas de la secta.

De vez en cuando pensaba en desertar. Para empezar, sentía poderosas aunque bochornosas ansias de proteína animal.

—¿Alguna vez tienes ganas de comerte un SecretBurger? —le preguntó a Rebecca.

Rebecca formaba parte de su mundo anterior y Toby podía discutir esas cosas con ella.

—Debo admitirlo —dijo Rebecca—. Tengo esas ideas. Les ponían algo, ha de ser eso. Alguna sustancia adictiva.

La comida era bastante agradable —Rebecca hacía todo lo posible con los escasos ingredientes disponibles—, pero resultaba repetitiva. Además, las plegarias eran tediosas y la teología rara: ¿por qué ser tan quisquilloso con los detalles del estilo de vida si creías que pronto todo el mundo sería barrido de la faz del planeta? Los Jardineros estaban convencidos de la inminencia de un desastre, aunque Toby no

veía ninguna prueba sólida. Tal vez estaban leyendo las entrañas de las aves.

Iba a producirse en cualquier momento una mortandad masiva de la raza humana, debido a la superpoblación y la maldad, pero los Jardineros se excluían: pretendían navegar en el Diluvio Seco, con la ayuda de la comida que estaban almacenando en lugares ocultos que llamaban Ararats. En cuanto a los dispositivos de flotación en los cuales huirían del Diluvio, ellos mismos serían sus propias arcas, llenas de sus propias colecciones de animales, o al menos los nombres de esos animales. Por consiguiente, sobrevivirían para repoblar la tierra. O algo por el estilo.

Toby le preguntó a Rebecca si de verdad creía en el discurso de desastre total de los Jardineros, pero Rebecca no cedía. «Son buena gente —era lo único que decía—. Lo que ha de pasar, pasará, así que calma.» Y a continuación le daba a Toby un donut de soja y miel.

Buena gente o no, Toby no se imaginaba ocultándose de la realidad entre esos fugitivos por mucho tiempo. Sin embargo, no podía marcharse abiertamente. Eso habría sido demasiado descarado e ingrato: al fin y al cabo, esas personas le habían salvado el pellejo. De modo que se imaginó que se escabullía por la escalera de incendios —pasando el piso de los dormitorios y el antro de pachinko y el salón de masaje en los pisos inferiores— y salía corriendo al abrigo de la oscuridad para hacer autostop a un coche solar que la llevara a alguna ciudad situada más al norte. Los aviones estaban descartados porque eran demasiado caros y se hallaban bajo vigilancia de Corpsegur. Y aunque hubiera tenido dinero para ello no podía tomar el tren bala: allí comprobaban la identidad y ella no tenía ninguna.

No sólo eso, sino que Blanco seguiría buscándola en las calles de la plebilla, él y sus dos matones. Alardeaba de que ninguna mujer había escapado de él. Tarde o temprano la encontraría y se lo haría pagar. Esa patada suya le costaría cara. Para hacer borrón y cuenta nueva haría falta una violación en grupo o su cabeza clavada en una pértiga.

¿Era posible que él no supiera dónde estaba? No: las bandas de las plebillas seguro que tenían alguna idea, del mismo modo que captaban cualquier rumor y se lo vendían. Toby había estado evitando las calles, pero ¿qué iba a impedir que Blanco subiera al tejado por la escalera de incendios? Al final, Toby compartió sus temores con Adán Uno. Él conocía a Blanco y lo que era capaz de hacer: lo había visto en acción.

—No quiero poner en peligro a los Jardineros —fue la forma de expresarlo de Toby.

—Querida —dijo Adán Uno—, estás a salvo con nosotros. O moderadamente a salvo.

Le explicó que Blanco pertenecía a la mafia de , y los Jardineros eran vecinos, del Sumidero.

—Diferentes plebillas, diferentes mafias —explicó Adán Uno—. No pasan los límites a no ser que haya una guerra de mafias. Además, Corpsegur controla las mafias y, según nuestra información, nos han declarado en zona vedada.

—¿Por qué iban a molestarse en hacerlo? —preguntó Toby.

—Sería malo para su imagen extirpar algo que lleva el nombre de Dios —dijo Adán Uno—. Las corporaciones no lo aprobarían, considerando la influencia de los Petrobautistas y los Frutos Conocidos. Aseguran que respetan el Espíritu y favorecen la tolerancia religiosa, siempre que la religión no vuele nada por los aires: tienen aversión a la destrucción de la propiedad privada.

—No es posible que les gustemos —dijo Toby.

—Por supuesto que no —dijo Adán Uno—. Nos ven como fanáticos retorcidos que combinan el extremismo alimentario con un pésimo sentido de la moda y una actitud puritana frente a las compras. Pero no tenemos nada que les interese, por eso no nos califican de terroristas. Duerme tranquila, querida Toby. Los ángeles te protegen.

Curiosos ángeles, pensó Toby. No todos ellos eran ángeles de luz. Aun así, durmió más tranquila en su camastro de farfolla.

El Banquete de Adán y Todos los Primates

Año 10

De la metodología de Dios en la creación del hombre
Narrado por Adán Uno

Queridos compañeros Jardineros en que es el Jardín de Dios:

¡Qué maravilloso es veros a todos reunidos aquí en nuestro hermoso Jardín del Edén en el Tejado! He disfrutado viendo el excelente Árbol de los Animales creado por nuestros niños con objetos de plástico que ellos mismos han recogido —¡un ejemplo excelente de reciclaje de materiales inicuos!— y espero con muchas ganas la inminente comida de hermandad: el delicioso pastel que Rebecca prepara con los nabos que reservamos de la última cosecha, por no mencionar el revuelto de setas encurtidas cortesía de Pilar, nuestra Eva Seis. También celebramos el ascenso de Toby a la categoría de docente. Con su tesón y dedicación, Toby nos ha enseñado que una persona puede superar infinidad de experiencias dolorosas y obstáculos internos una vez que atisba la luz de la verdad. Estamos muy orgullosos de ti, Toby.

En el Banquete de Adán y Todos los Primates, reivindicamos a nuestros ancestros primates: una afirmación que nos ha acarreado la ira de aquellos que persisten de un modo arrogante en el negacionismo. Pero afirmamos, también, la actuación divina que causó que fuéramos creados en la forma en que lo fuimos, y esto ha enrabietado a los científicos necios convencidos de que Dios no existe. Aseguran la inexistencia de Dios porque no pueden ponerlo en un tubo de ensayo ni pesarlo ni medirlo. Pero Dios es Espíritu puro; por lo tanto ¿cómo puede alguien razonar que la imposibilidad de medir lo que no es mensurable prueba su no existencia? Dios es de hecho la no cosa, la no cosidad, mediante la cual y por la cual existen todas las cosas materiales;

porque si no hubiera la no cosidad, la existencia estaría tan repleta de materialidad que ninguna cosa podría distinguirse de otra. La mera existencia de objetos materiales distintos es una prueba de la no cosidad de Dios.

¿Dónde estaban los científicos necios cuando Dios colocó los cimientos de interponiendo su propio Espíritu entre una gota de materia y otra, dando así lugar a las formas? ¿Dónde estaban «cuando clamaban a coro todas las estrellas del alba»? Pero perdonémosles de corazón, porque nuestra tarea de hoy no es la reprimenda, sino contemplar nuestro propio estado terrenal con toda humildad.

Dios podría haber creado al hombre sólo mediante la palabra, pero no usó ese método. También podría haberlo creado del polvo de , lo cual en cierto sentido hizo, porque ¿qué otra cosa puede significar «polvo» sino átomos y moléculas, los componentes básicos de todas las entidades materiales? Además, nos creó mediante largos y complejos procesos de selección natural y sexual, que no son otra cosa que su ingenioso artefacto para instilar humildad en el hombre. Lo hizo un «poco inferior a los ángeles», pero en otros sentidos —y la ciencia lo confirma— estamos emparentados con nuestros compañeros primates, un hecho desagradable para la autoestima de los altaneros de este mundo. Nuestros apetitos, nuestros deseos, nuestras emociones más incontrolables, ¡son de los primates! del Jardín del Edén original fue una caída desde la actuación inocente de esos modelos e impulsos hasta una conciencia avergonzada de ellos; y de ahí surge nuestra tristeza, nuestra ansiedad, nuestra duda, nuestra rabia contra Dios.

Cierto, a nosotros —como a los otros animales— se nos bendijo y se nos exigió crecer y multiplicarnos, y repoblar ¡con qué medios humillantes, agresivos y dolorosos suele ocurrir esta repoblación! ¡No es de extrañar que nazcamos con una sensación de culpa y desgracia! ¿Por qué Dios no nos creó con un espíritu puro como el suyo? ¿Por qué nos encarnó en materia perecedera y en una materia tan desafortunadamente simiesca? Y así se suceden las quejas de los antiguos.

¿Qué mandamiento desobedecimos? El mandamiento de vivir la existencia animal en toda su simplicidad, sin ropa, por así decirlo. Pero ansiábamos el conocimiento del bien y del mal, y obtuvimos ese conocimiento, y ahora estamos pagando la osadía. En nuestros esfuerzos por alzarnos por encima de nosotros mismos hemos caído aún más bajo y aún seguimos cayendo; porque, como , también continúa. La nuestra es una caída en la codicia: ¿por qué pensamos que todo lo que existe sobre nos pertenece, cuando en realidad nosotros pertenecemos a todo? Hemos traicionado la confianza de los animales y mancillado nuestra tarea sagrada de llevar el timón. El mandamiento divino de «repoblar la tierra» no significa que debamos llenarla hasta que se desborde con nosotros mismos, borrando así todo lo demás. ¿Cuántas especies hemos aniquilado ya? En la medida en que hacemos daño a la menor criatura de Dios, se lo hacemos a Él. Por favor, considerar esto, amigos, la

próxima vez que piséis un gusano o menospreciéis un escarabajo.

Recemos para que no caigamos en el error del orgullo de considerarnos excepcionales, los únicos con alma de toda ; y porque no imaginemos en vano que estamos por encima de toda otra vida, y que podemos destruirla cuando nos plazca y con impunidad.

Te damos gracias, oh, Señor, por habernos hecho de tal modo que recordemos, no sólo nuestro ser casi angélico, sino también los nudos de ADN y ARN que nos atan a nuestros compañeros animales.

Cantemos.

No permitas mi orgullo

No permitas mi orgullo, Señor,
ni que me coloque delante
de otros primates, con cuyos genes
en tu amor crecimos todos.

Billones de años son
Tus Días, tus métodos, insondables;
pero tu mezcla de ADN
dio pasión, saber y mente.

No siempre conocemos Tu senda
por el mono y el gorila,
mas encontramos todos cobijo
bajo tu sombra celeste.

Si nos jactamos y nos henchimos
de vanidad y de orgullo,
recordemos al australopiteco,
nuestro animal interior.

Líbranos de rasgos peores,
agresión, rabia, codicia;
no desdeñemos nuestra baja cuna,
ni nuestro germen de primate.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

11

Ren

Año 25

Cuando pienso en esa noche —la noche en que empezó el Diluvio Seco— no consigo recordar nada extraordinario. Alrededor de las siete en punto me entró hambre. Saqué una Joltbar de la mininevera y me comí media. Sólo me comía la mitad de cada cosa porque una chica de mi constitución no puede permitirse hincharse como un globo. Una vez le pregunté a Mordis si no debería ponerme implantes de pecho, pero dijo que yo podía hacer de menor con luz tenue, y había mucha demanda del numerito de la colegiala.

Hice algunas flexiones en la barra y mis ejercicios de Kegel, y entonces Mordis me llamó al videoteléfono para ver si estaba bien: me echaba de menos, porque nadie sabía ganarse al público como yo.

—Ren, tú les haces cagar billetes de mil dólares —dijo, y yo le lancé un beso.

—¿Mantienes el trasero en forma? —preguntó.

Así que coloqué el videoteléfono detrás de mí.

—De puta madre —dijo.

Aunque te sintieras mal, te hacía sentir guapa.

Después de eso fui al vídeo del Nido de Víboras, para ver la acción y bailar al son de la música. Era extraño observar que todo continuaba sin mí, como si me hubieran borrado. Crimson Petal estaba en la barra; Savona me sustituía en el trapecio. Tenía buen aspecto: brillante, verde y sinuosa, con un mohair nuevo plateado. Yo también estaba planteándome usar uno —eran mejor que las pelucas, nunca se te movían—, pero algunas chicas decían que el olor era como a costillas de cordero, sobre todo

cuando llovía.

Savona era un poco torpe. No era una chica de trapecio, sino de barra, *y* era pesada de arriba, se había hinchado como una pelota de playa. Si le ponías tacones de aguja, bastaría con soplarle un poco desde atrás para que se cayera de bruces.

—Mientras funcione —diría—, y, nena, esto funciona.

Ahora estaba abriéndose de piernas cabeza abajo, sujetándose con una sola mano. No me convencía, pero los hombres que tenía debajo no estaban muy interesados en el arte: pensarían que Savona era genial a menos que se riera en lugar de gemir o se cayera del trapecio.

Salí del Nido de Víboras y me pasé por las otras salas, pero no estaba ocurriendo gran cosa. No había fetichistas, nadie que quisiera que lo cubrieran de plumas o lo pringaran de gachas o que lo colgaran con cuerdas de terciopelo o que se estremeciera de placer con lebistes. Sólo lo de cada día.

Entonces llamé a Amanda. Cada una de nosotras era la familia de la otra; supongo que de pequeñas las dos éramos cachorros callejeros. Es un vínculo.

Amanda estaba en el desierto de Wisconsin, terminando una de las instalaciones de bioarte que está haciendo desde que se metió en el mundillo artístico. Esta vez eran huesos de vaca. Wisconsin está lleno de huesos de vaca desde la gran sequía de hace diez años, cuando descubrieron que era más barato sacrificar las vacas in situ que transportarlas a otro lugar, eso en el caso de las que no habían muerto por sí solas. Amanda disponía de un par de excavadoras de pila de combustible y de dos refugiados ilegales Tex-Mex que había contratado, y estaba colocando los huesos de vaca en un patrón tan grande que sólo se veía desde arriba: enormes letras mayúsculas que formaban una palabra. Después lo cubriría con jarabe para crepes, esperaría a que se poblara de vida insectívora y grabaría vídeos desde el aire para exhibirlos en galerías. Le gustaba ver cosas que se movían, crecían y luego desaparecían.

Amanda siempre conseguía dinero para sus numeritos artísticos. Era bastante famosa en los círculos que contaban en la cultura. No eran círculos muy amplios, pero sí círculos ricos. Esta vez tenía un contrato con un pez gordo de Corpsegur que la llevaba en helicóptero para que grabara los vídeos.

—He hecho un canje con el señor Don por el remolino. —Así era como me lo decía, nunca decíamos Corpsegur ni helicóptero por teléfono, porque tenían robots que escuchaban en busca de determinadas palabras, como ésas.

Su rollo de Wisconsin formaba parte de una serie llamada Decía en broma que estaba inspirado en los Jardineros porque nos habían reprimido mucho por anotar cosas. Ella había empezado con palabras de una letra —I y A y O— y luego había hecho palabras de dos letras como Yo y luego de tres, de cuatro y de cinco. Ahora iba por las de seis. Estaban escritas en todos los materiales diferentes, incluidas entrañas

de pez, aves muertas por vertidos tóxicos o lavabos de inmuebles demolidos que llenaba de aceite usado para luego prenderles fuego.

Su nueva palabra era *kaputt.* Cuando me lo había contado antes, me había dicho que estaba mandando un mensaje.

—¿A quién? —le dije—. ¿A la gente que va a las galerías? ¿A los señores ricos y poderosos?

—Exacto —dijo ella—. Y también a las señoras ricas y poderosas.

—Te vas a meter en líos, Amanda.

—No pasa nada —dijo ella—. No lo entenderán.

El proyecto estaba yendo bien, dijo: había llovido, las flores del desierto se habían abierto, abundaban los insectos, lo cual era perfecto para cuando vertiera el jarabe. Ya había hecho , e iba por la mitad de los Tex-Mex se estaban aburriendo.

—Ya somos dos —dije—. No aguanto más aquí.

—Tres —dijo Amanda—. Hay dos Tex-Mex, y tú, tres.

—Ah, vale. Tienes buen aspecto. El caqui te sienta bien. —Era alta, con ese aire de exploradora larguirucha con salacot.

—Tú tampoco estás mal —dijo Amanda—. Ten cuidado, Ren.

—Tú también. No dejes que se te tiren los Tex-Mex.

—No lo harán. Creen que estoy zumbada. Las locas te cortan el rabo.

—¡No lo sabía! —Estaba riendo. A Amanda le gustaba hacerme reír.

—¿Por qué ibas a saberlo? —dijo Amanda—. Tú no estás loca y nunca has visto una de esas cosas retorciéndose en el suelo. Dulces sueños.

—Dulces sueños —repetí, pero ella ya había colgado.

He perdido la pista de los santos del día —no recuerdo cuál es el de hoy—, pero puedo contar los años. He usado mi delineador de ojos en la pared para sumar los años que hace que conozco a Amanda. Lo he hecho como en esas pelis viejas de prisioneros: cuatro trazos y luego uno que los tacha para el quinto.

Han pasado muchos años: más de quince desde que entró en los Jardineros. Mucha gente de mi vida anterior era de allí: Amanda y Bernice y Zeb; y Adán Uno y Shackie y Croze; y la vieja Pilar; y Toby, por supuesto. Me pregunto qué pensarán de mí: de lo que terminé haciendo para ganarme la vida. Algunos estarían decepcionados, como Adán Uno. Bernice diría que soy reincidente y que me está bien empleado. Lucerne diría que soy una guarra, y yo le diría que hace falta serlo para reconocer a otra. Pilar me miraría con prudencia. Shackie y Croze se reirían. Toby se cabrearía con el Scales. ¿Y Zeb? Creo que trataría de rescatarme, porque sería un desafío.

Amanda ya lo sabe. Ella no juzga. Dice que comercias con lo que tienes. No siempre tienes elección.

12

Cuando Lucerne y Zeb me sacaron por primera vez del mundo exfernal para llevarme a vivir con los Jardineros, no me hizo ninguna gracia. Todos sonreían mucho, pero me asustaban: estaban muy interesados en el destino y en los enemigos y en Dios. Y hablaban mucho de la muerte. Los Jardineros eran estrictos respecto a no acabar con una vida, pero en cambio decían que la muerte era un proceso natural, lo cual es una especie de contradicción, ahora que lo pienso. Tenían la idea de que convertirse en compost estaba bien. No todos creerían que el hecho de que tu cuerpo se convirtiera en parte de un buitre era un futuro estupendo, pero los Jardineros sí. Y cuando empezaban a hablar del Diluvio Seco que iba a matar a todos los que habitaban la tierra —salvo tal vez a ellos— me provocaba pesadillas.

Nada de eso asustaba a los verdaderos niños Jardineros. Estaban acostumbrados. Incluso hacían broma al respecto, o al menos los chicos mayores: Shackie y Croze y sus colegas. «Todos vamos a moriiiiir», decían poniendo cara de zombis. «Eh, Ren. ¿Quieres colaborar en el ciclo de la vida? Si te tumbas en ese vertedero, podrás ser compost.» «Eh, Ren, ¿quieres ser un gusano? ¡Lámeme el corte!»

«Calla —decía Bernice—. O serás tú el que acabe en el vertedero, porque te tiraré yo.» Bernice era mala y no se dejaba pisar, y la mayoría de los niños retrocedían. Incluso los chicos. Pero entonces yo estaba en deuda con Bernice y tenía que obedecerla.

Shackie y Croze se burlaban de mí de todos modos, cuando Bernice no estaba cerca para devolvérsela. Eran aplastagusanos, zampaescarabajos. Trataban de darte asco. Los buscapleitos, los llamaba Toby. Oía que le decía a Rebecca: «Aquí llegan los buscapleitos.» Shackie era el mayor; era alto y delgado, y tenía un tatuaje de una araña en la cara interna del brazo que él mismo se había hecho con una aguja y hollín

de vela. Croze era de constitución más achaparrada. Tenía la cabeza redonda y le faltaba un diente en un lado; decía que lo había perdido en una reyerta. Tenían un hermano pequeño que se llamaba Oates. No tenían padre ni madre; no es que fueran huérfanos, pero su padre se había marchado con Zeb en algún viaje especial de Adán y no había vuelto, y luego su madre se había ido diciéndole a Adán Uno que mandaría a buscar a sus hijos cuando se estableciera. Pero nunca lo hizo.

de Jardineros estaba en un edificio distinto al del Tejado. Lo llamaban Clínica de Estética porque es lo que había antes allí. Aún quedaban algunas cajas abandonadas llenas de vendas de gasa, que los Jardineros guardaban para trabajos de manualidades. Olía a vinagre: al otro lado del pasillo, frente a las aulas, estaba la sala que los Jardineros usaban para fabricar vinagre.

Los bancos de de Estética eran duros; nos sentábamos en filas. Escribíamos en pizarras y había que borrarlas al final del día, porque los Jardineros decían que no podías dejar palabras sueltas donde nuestros enemigos podían encontrarlas. Además, el papel era pecado porque estaba hecho de la carne de los árboles.

Pasábamos mucho tiempo memorizando cosas y recitándolas en voz alta. La historia de los Jardineros, por ejemplo, decía así:

Año Uno, un huerto contra el ayuno; año Dos, damos gracias a Dios; año Tres, las abejas de Pilar ponen todo del revés; año Cuatro, Burt entra en el teatro; año Cinco, Toby pega un brinco; año Seis, Katuro, ya lo veis; año Siete, llega Zeb como un cohete.

El año siete también debería decir que llegué yo, y mi madre, Lucerne; y Zeb no llegó como un cohete, pero a los Jardineros les gustaban las cancioncitas con rima.

Año Ocho, con Nuala no trasnocho; Año Nueve, Philo se pone de relieve.

Quería que en el año diez apareciera Ren, pero no me lo esperaba.

Las otras cosas que teníamos que memorizar eran más duras. Los temas de matemáticas y de ciencia eran los peores. También teníamos que memorizar el santoral, y todos los días había al menos un santo y a veces más, o una fiesta, lo cual significaba más de cuatrocientos. Además de lo que habían hecho los santos para convertirse en santos. Algunos eran fáciles. San Yoshi Leshem de las Lechuzas; bueno, la respuesta era obvia. Y santa Dian Fossey, porque la historia era muy triste, y san Shackleton por lo heroica. Pero algunos de ellos eran francamente difíciles. ¿Quién podía recordar a san Bashir Alouse o san Crick o el Día de las Podocarpáceas? Siempre me equivocaba con el Día de las Podocarpáceas, porque,

¿qué era una podocarpácea? Era una clase de árbol antigua, pero sonaba a pez.

Nuestros profesores eran Nuala para los niños pequeños, el Coro de Brotes y Flores y Reciclaje de Tela; y Rebecca, que impartía Arte Culinario, que significaba cocinar; y Surya, que enseñaba Costura; y Mugi para Aritmética Mental; y Pilar en Abejas y Micología; y Toby que daba Sanación Holística con Fitoterapia; y Zeb en Relaciones Depredador-Presa y Camuflaje Animal. Había otros maestros —a los trece, teníamos a Katuro para Urgencias Médicas y a Marushka en Sistema Reproductivo Humano, aunque el único tema que habíamos estudiado era Ovarios de Rana—, pero ésos eran los principales.

Los niños Jardineros ponían apodos a todos los profesores. Pilar era el Hongo, Zeb era el Loco Adán, Stuart era el Escoplo porque hacía los muebles. Mugi era el Músculo, Marushka era , Rebecca y Pimienta, Burt era el Pelón, porque era calvo. Toby era Bruja porque siempre estaba mezclando cosas y poniéndolas en frascos, y seca porque era muy delgada y dura, y para distinguirla de Nuala, que era porque siempre salivaba y por su trasero fofo, y porque podías hacerla llorar con mucha facilidad.

Además de los cantos de aprendizaje, los niños Jardineros tenían otros más groseros que se inventaban ellos. Los cantaban en voz baja; empezaban Shackleton y Crozier y los chicos mayores, pero enseguida nos uníamos todos:

Bruja Húmeda, Bruja Húmeda,
zorra gorda y babosa,
te venderé al carnicero, como si tal cosa.
Cómete una salchicha de Bruja Húmeda.

La letra era especialmente malvada por lo del carnicero y la salchicha, porque la carne de cualquier cosa resultaba obscena en cuanto concernía a los Jardineros. «Basta ya», decía Nuala, pero enseguida gimoteaba y los chicos mayores levantaban el pulgar.

Nunca logramos hacer llorar a Toby. Los chicos decían que era dura de roer; ella y Rebecca eran las más duras. Rebecca era jovial, pero más te valía no buscarle las cosquillas. En cuanto a Toby, era de cuero por dentro y por fuera. «No lo intentes, Shackleton», decía, aunque estuviera de espaldas. Nuala era demasiado amable con nosotros, pero Toby nos responsabilizaba, y confiábamos más en Toby: te fiarías más de una roca que de un pastel.

13

Vivía con Lucerne y Zeb en un edificio situado a unas cinco manzanas del Jardín. Lo llamaban porque es lo que había sido, y todavía conservaba un tenue olor a queso. Después del queso lo reciclaron en *lofts* para artistas, pero ya no quedaban artistas y nadie parecía saber quién era el propietario. Entretanto, los Jardineros lo habían ocupado. Les gustaba vivir en sitios donde no tenían que pagar alquiler.

Nuestra vivienda era un espacio amplio, con algunos cubículos separados por cortinas: uno para mí, otro para Lucerne y Zeb, otro para el biodoro violeta, otro para la ducha. Las cortinas de los cubículos estaban hechas de tiras de bolsas de plástico y cinta aislante, y no insonorizaban en absoluto. Suponía un inconveniente, sobre todo en el caso del biodoro violeta. Los Jardineros decían que la digestión era sagrada y que no había nada gracioso ni terrible respecto a los olores y sonidos que formaban parte de la fase final del proceso nutritivo, pero en nuestro hogar esos productos finales resultaban difíciles de pasar por alto.

Comíamos en la sala principal, en una mesa hecha a partir de una puerta. Todos nuestros platos y ollas y sartenes eran rescatados —cosechados, decían los Jardineros —, salvo algunas de las bandejas más gruesas y tazas. Estas las habían fabricado los Jardineros en su periodo cerámico, antes de que decidieran que los hornos consumían demasiada energía.

Yo dormía en un futón relleno de farfolla y paja. Tenía una colcha hecha de retazos de tejanos y alfombrillas de ducha viejas y cada mañana empezaba por hacerme la cama, porque a los Jardineros les gustaban las camas bien hechas, aunque no eran tiquismiquis respecto a de qué estaban hechas. Luego cogía la ropa que tenía colgada de un clavo en la pared y me la ponía. Me la cambiaba cada siete días: los Jardineros no eran partidarios de gastar demasiada agua y jabón en lavarse en exceso.

Mi ropa estaba siempre húmeda por el ambiente, y porque los Jardineros desaprobaban las secadoras. Nuala nos decía muchas veces que Dios hizo el sol por una razón, y según ella la razón era secar la ropa.

Lucerne seguía en la cama, que era su sitio favorito. Cuando vivíamos en HelthWyzer con mi verdadero padre, casi nunca se quedaba en casa, en cambio con los Jardineros apenas salía, salvo para ir al Tejado o a de Estética a ayudar a las otras mujeres Jardineras a pelar raíces de bardana, a hacer esas colchas abolladas o a tejer cortinas con bolsas de plástico, o a lo que fuera.

Zeb estaría en la ducha. «No hay duchas diarias» era una de las muchas reglas de los Jardineros que infringía. Nuestra agua de ducha salía de una manguera de jardín enganchada a un cubo de agua de lluvia y no usábamos más energía que la fuerza de gravedad. Ésa era la razón de que Zeb hiciera una excepción consigo mismo. Cantaba:

A nadie le importa un pimiento,
a nadie le importa un pimiento,
todo se va a tomar viento,
porque a nadie le importa un pimiento.

Todas sus canciones de ducha eran negativas de este modo, aunque él las cantaba entusiasmado, con esa voz de marcado acento ruso.

Tenía sentimientos encontrados respecto a Zeb. Podía dar miedo, pero también me tranquilizaba tener a alguien tan importante en mi familia. Zeb era un Adán, un Adán destacado. Te dabas cuenta por la forma en que lo miraban los demás. Era grande y robusto, con barba de motero y pelo largo —castaño y ligeramente salpicado de gris—, rostro curtido y cejas como alambre de espino. La pinta era de tener un diente de plata y un tatuaje, pero no tenía ninguna de las dos cosas. Era fuerte como un gorila, y su expresión era amenazadora pero simpática, como si pudiera partirte el cuello si fuera necesario, pero no por diversión.

En ocasiones jugaba conmigo al dominó. Los Jardineros andaban escasos de juegos —«la naturaleza es nuestro patio»— y los únicos juguetes que aprobaban estaban hechos de retales o tejidos con sobrantes de cuerda o eran figuras de ancianos arrugados con la cabeza hecha de manzanas silvestres secas. Eso sí, toleraban el dominó, porque hacían las fichas ellos mismos. Cuando ganaba yo, Zeb se reía y decía: «buena chica», y me daba unas capuchinas de premio.

Lucerne siempre me decía que fuera buena con él, porque aunque no era mi verdadero padre era como si lo fuera, y hería sus sentimientos si me comportaba de forma grosera con él. En cambio, no le hacía ninguna gracia que Zeb fuera amable conmigo. Así que me costaba mucho saber cómo actuar.

Mientras Zeb estaba cantando en la ducha, yo me preparaba algo de comer: bocaditos de soja secos o una hamburguesa vegetal que había sobrado de la cena. Lucerne era una cocinera pésima. Luego me iba a la escuela. Normalmente aún tenía hambre, pero podía contar con el almuerzo de la escuela. No era bueno, pero era comida. Como le gustaba decir a Adán Uno, el hambre es la mejor salsa.

No recordaba haber pasado hambre nunca en el complejo HelthWyzer. Me moría de ganas de volver allí. Echaba de menos a mi verdadero padre, que aún me querría: si hubiera sabido dónde estaba, seguramente habría venido a buscarme. Quería mi verdadera casa, con mi propia habitación y la cama con las sábanas rosa y el armario lleno de ropa diferente. Y por encima de todo, quería que mi madre volviera a ser como antes, cuando me llevaba de compras, o salía al club a jugar a golf, o iba al balneario AnooYoo para hacerse unos arreglillos, y luego volvía oliendo bien. Sin embargo, si yo mencionaba algo de nuestra antigua vida, ella me decía que todo eso era el pasado.

Tenía un montón de razones para huir con Zeb y unirse a los Jardineros. Decía que la forma de vida de los Jardineros era la mejor para la humanidad, y también para el resto de las criaturas de , y había actuado por amor, no sólo por Zeb sino por mí, porque quería que el mundo se sanara para que la vida no se extinguiera, y ¿no me hacía feliz saberlo?

Ella misma no parecía tan feliz. Se sentaba a la mesa a cepillarse el pelo, contemplándose en uno de los espejitos con expresión apesadumbrada, o crítica o quizá trágica. Llevaba el cabello largo como todas las mujeres Jardineras, y el cepillado, las trenzas y el tocado le daban mucho trabajo. En los días malos repetía todo el proceso cuatro o cinco veces.

Los días en que Zeb estaba fuera, Lucerne apenas me hablaba. O actuaba como si lo hubiera escondido yo. «¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —decía—. ¿Estaba en la escuela?» Era como si quisiera espiarlo. Luego se ponía en plan disculpa y me decía: «¿Cómo estás?» Como si me hubiera hecho algo malo.

Cuando yo respondía, ella no estaba escuchando. En cambio, estaba pendiente de la llegada de Zeb. Se ponía cada vez más ansiosa e incluso enfadada; caminaba en círculos y miraba por la ventana, hablando consigo misma sobre lo mal que la había tratado; pero cuando por fin aparecía Zeb, se desvivía por él. Luego empezaba a darle la lata: ¿dónde había estado, con quién había estado, por qué no había vuelto antes? Zeb se encogía de hombros y decía: «No pasa nada, cielo, ahora estoy aquí. Te preocupas demasiado.» Entonces los dos desaparecían detrás de la cortina de tiras de plástico y cinta aislante, y mi madre hacía ruidos afligidos y abyectos que me mortificaban. En esos momentos la odiaba, porque no tenía orgullo ni control. Era como si estuviera corriendo desnuda por el centro comercial. ¿Por qué veneraba tanto

a Zeb?

Ahora entiendo cómo ocurrió. Puedes enamorarte de cualquiera: de un loco, de un criminal, de un don nadie. No hay reglas que valgan.

La otra cosa que me desagradaba de los Jardineros era la ropa. Había Jardineros de todos los colores, pero sus ropas no lo eran. Si la naturaleza era hermosa, como afirmaban los Adanes y las Evas —si los lirios del campo eran nuestros modelos—, ¿por qué no podíamos parecemos más a las mariposas y menos a los aparcamientos? Éramos muy planos, lisos, gastados, oscuros.

Los niños de la calle —los plebiquillos— no eran ricos ni mucho menos, pero eran llamativos. Yo les envidiaba las cosas brillantes, las cosas deslumbrantes, como los teléfonos con cámara de televisión, rosas, morados y plateados, que destellaban en sus manos como las cartas de un mago, o los Sea/H/Ear Candies que se ponían en los oídos para escuchar música. Envidiaba su libertad chillona.

Nos tenían prohibido ser amigos de los plebiquillos, y ellos, por su parte, nos trataban como parias, tapándose la nariz y gritando, o lanzándonos cosas. Los Adanes y las Evas decían que nos perseguían por nuestra fe, pero era más probable que lo hicieran por nuestro vestuario: los plebiquillos tenían muy en cuenta la moda y llevaban las mejores ropas que podían comprar o robar. Así que no debíamos mezclarnos con ellos, pero parábamos la oreja. Pillábamos sus conocimientos así, como si se tratara de gérmenes. Contemplábamos la vida mundana prohibida como a través de una alambrada.

Una vez me encontré en la acera un precioso teléfono con cámara. Estaba embarrado y no daba señal, pero me lo llevé a casa de todos modos y las Evas me pillaron con él. «¿No se te ocurre nada mejor? —dijeron—. Esto puede hacerte daño. Te freirá el cerebro. Ni lo mires: si puedes verlo, puede verte a ti.»

14

Conocí a Amanda en el año 10, cuando yo tenía diez años: mi edad iba con el calendario, así que era fácil de recordar.

Ese día era San Farley de los Lobos: una jornada de recolección para los Jóvenes Bioneros. Teníamos que atarnos al cuello unos pañuelos verdes espantosos y salir a cosechar productos para la artesanía de materiales reciclados de los Jardineros. En ocasiones recogíamos restos de jabón, llevábamos cestos de mimbre y hacíamos la ronda de restaurantes y hoteles, porque tiraban jabón a paladas. Los mejores hoteles estaban en las plebillas ricas —Fernside, Golfgreens y la más rica de todas, SolarSpace— y casi siempre íbamos en autostop, aunque estaba prohibido. Los Jardineros eran así: te pedían que hicieras algo y luego te prohibían la forma más fácil de hacerlo.

El jabón con aroma de rosa era el mejor. Bernice y yo nos llevábamos un poco a casa, y yo me guardaba el mío en la funda de la almohada, para mitigar el olor a moho de la colcha húmeda. El resto lo llevábamos a los Jardineros, para que lo cocieran en los hornos solares del Tejado. Luego se dejaba enfriar y se cortaba en trozos.

Los Jardineros usaban mucho jabón, porque estaban muy preocupados por los microbios, pero algunos de los jabones cortados se guardaban aparte. Los enrollaban en hojas y los ataban con tallos retorcidos para venderlos a turistas y papamoscas en el Árbol de de Intercambio de Productos Naturales de los Jardineros, junto con bolsas de gusanos, los nabos y calabacines de cultivo ecológico y las demás verduras que los Jardineros no habían consumido.

Ese día no era un día de jabón, era un día de vinagre. Íbamos a las puertas traseras de bares, clubes nocturnos y antros de *strippers* a rebuscar entre los cubos de basura, y vertíamos cualquier resto de vino que encontrábamos en nuestros baldes esmaltados de los Bioneros. Luego lo llevábamos al edificio de de Estética. Allí el contenido de los baldes se vaciaba en los enormes barriles del Salón del Vinagre y se dejaba fermentar para fabricar vinagre, que los Jardineros usaban en la limpieza doméstica. Lo que sobraba se decantaba en las botellitas que recogíamos en nuestras cosechas y al que pegábamos etiquetas de Jardineros. Luego se vendía en el Árbol de , junto con el jabón.

Se suponía que nuestro trabajo de Jóvenes Bioneros tenía que enseñarnos algunas lecciones útiles. Por ejemplo: no se debía desperdiciar nada, ni siquiera el vino de lugares de pecado. No existían los desperdicios, la basura o la suciedad, sólo se trataba de materia a la que no se le había dado un uso adecuado. Y, lo que es más importante, todos, incluidos los niños, tenían que contribuir a la vida comunitaria.

Shackie y Croze y los mayores en ocasiones se bebían el vino en lugar de guardarlo. Si bebían demasiado, se caían o vomitaban, o se metían en peleas con los plebiquillos y lanzaban piedras a los borrachines. Como represalia, los borrachines se meaban en botellas de vino vacías para ver si conseguían engañarnos. Yo nunca bebí pis: bastaba con oler la botella. Sin embargo, algunos chicos tenían el olfato atrofiado de fumar colillas de cigarrillos y puros, o incluso de maría si la conseguían. Apuraban la botella, y luego escupían y blasfemaban. Aunque muchos de esos chicos bebían de las botellas meadas a propósito, para tener una excusa para blasfemar, lo cual estaba prohibido por los Jardineros.

En cuanto se alejaban del campo de visión del Jardín, Shackie, Croze y aquellos chicos se quitaban los pañuelos de Jóvenes Bioneros y se los ataban a la cabeza, como los Asian Fusion. Ellos también querían ser una banda callejera, incluso tenían una contraseña. «¿Peli?», decían, y el otro tenía que responder «groso». Se suponía que tenía que ser un código secreto, sólo para los miembros de la banda, pero todos lo conocíamos. Bernice dijo que se habían equivocado de contraseña, que en realidad era «¿Pelo? Graso».

—Gran chiste, Bernice —decía Crozier—. Posdata: eres fea.

Se suponía que teníamos que cosechar en grupos para defendernos de las bandas callejeras de plebiquillos, o de los borrachines que querían quitarnos los baldes y beberse el vino, y también de los raptores de niños que podrían vendernos en el mercado sexual de menores. Pese a las advertencias, nos separábamos por parejas o tríos para poder cubrir el territorio más deprisa.

En ese día en particular, empecé con Bernice, pero luego nos enzarzamos en una pelea. Discutíamos constantemente, lo cual yo tomaba como señal de nuestra amistad, porque no importaba la brutalidad con la que riñésemos, siempre terminábamos haciendo las paces. Un vínculo nos mantenía unidas: no era duro como el hueso, sino resbaladizo, como cartílago. Tal vez ambas nos sentíamos inseguras entre los chicos Jardineros; cada una de nosotras temía quedarse sin aliada.

En esa ocasión, nos peleamos por un monedero con una estrella de mar bordada con cuentas que habíamos recogido de una pila de basura. Codiciábamos esa clase de hallazgos y siempre los estábamos buscando. Los habitantes de las plebillas tiraban un montón de materiales, porque —según los Adanes y las Evas— tenían problemas de atención y carecían de toda moral.

—Yo lo he visto primero —dije.

—Tú lo viste primero la última vez —protestó Bernice.

—¿Y qué? ¡De todas formas lo he visto primero!

—Tu madre es una fresca —dijo Bernice.

No era justo porque eso mismo pensaba yo, y Bernice lo sabía.

—La tuya es un vegetal —le solté.

Vegetal no debería haber sido un insulto entre los Jardineros, pero lo era.

—Veena *el Vegetal* —añadí.

—¡Aliento de carne! —exclamó Bernice. Tenía el monedero y no lo soltaba.

—¡Tú misma! —dije.

Me volví y me alejé. Deambulé un rato, pero no miré alrededor y Bernice no me vino detrás.

Esto ocurrió en un centro comercial que se llamaba Apple Corners. Era el nombre oficial de nuestra plebilla, aunque todos la llamaban el Sumidero, porque la gente desaparecía sin dejar rastro. Los chicos Jardineros paseábamos por el centro comercial siempre que podíamos, aunque sólo para mirar.

Como ocurría con todo lo demás en nuestra plebilla, aquel centro comercial había sido más elegante. Había una fuente rota llena de latas de cerveza vacías. También había planteles construidos con un montón de latas de Zizzy Froot y colillas y condones usados llenos de gérmenes (según Nuala). Había una cabina de holocentrifugado donde antes giraban soles y lunas, y animales raros, y tu propia imagen si echabas dinero, pero se la habían cargado tiempo atrás y parecía un muñeco al que le habían arrancado los ojos. En ocasiones entrábamos y corríamos la cortina de estrellas hecha jirones para leer los mensajes que dejaban los plebiquillos en las paredes. «Mónica la chupa.» «Darf tb pero mejor.» «$?» «Pa ti 0.» «Brad, estás muerto.» Los plebiquillos eran encantadores, escribían cualquier cosa en cualquier sitio. No les importaba quién lo viera.

Los plebiquillos del Sumidero iban al holocentrifugador a fumar droga —la

cabina apestaba— y a montárselo: lo sabíamos porque se dejaban allí condones y a veces bragas. Los chicos Jardineros no debían hacer ninguna de las dos cosas —el consumo de alucinógenos tenía propósitos religiosos y el sexo era para los que habían intercambiado hojas verdes y saltado la hoguera—, pero los chicos más grandes decían que lo hacían de todas formas.

Las tiendas que no estaban cerradas con tablones eran locales de veinte dólares con nombres como Tinsel's y Wild Side y Bong's, nombres de ese estilo. Vendían sombreros de plumas, lápices para dibujarte el cuerpo y camisetas con dragones, calaveras y eslóganes amenazadores. También Joltbars y chicle que hacía que la lengua te brillara en la oscuridad y ceniceros con labios rojos que decían «Deja que te la sople» y tatuajes que, según decían las Evas, te quemaban la piel hasta las venas. Podías encontrar material caro a precio de ganga que Shackie decía que era robado de las boutiques de SolarSpace.

Todo porquerías y oropel, decían las Evas. Si vas a vender tu alma, ¡al menos pide un precio más alto! Bernice y yo no hacíamos caso. Nuestras almas no nos interesaban. Mirábamos por los escaparates y nos mareábamos de avidez. ¿Qué te llevarías?, decíamos. ¿La varita con luz de LED? ¡Genial! ¿El vídeo de Sangre y rosas? Qué asco, eso es para chicos. Los implantes de pecho de mujer real con pezones sensibles. Ren, das asco.

Después de que Bernice se hubiera marchado ese día, me quedé sin saber qué hacer. Pensé que tal vez lo mejor sería volver, porque no me sentía segura sola. Entonces vi a Amanda, al otro lado del centro comercial, con un grupo de plebiquillas Tex-Mex. Conocía a ese grupo de vista, y Amanda nunca había estado con ellas antes.

Las chicas llevaban la clase de ropa que solían ponerse: minifaldas y *tops* de lentejuelas, boas falsas en torno al cuello, guantes plateados, mariposas de plástico en el pelo. Tenían sus Sea/H/Ear Candies, sus teléfonos deslumbrantes y sus brazaletes de medusa, y estaban alardeando. Todas escuchaban el mismo tema en sus Sea/H/ Ear Candies y bailaban meneando el trasero y sacando pecho. Daban la impresión de que ya tenían todo lo que se vendía en todas las tiendas y que ya se habían aburrido. Envidiaba mucho ese *look*. Me limité a quedarme allí, muerta de envidia.

Amanda también estaba bailando, salvo que ella lo hacía mejor. Al cabo de un rato se detuvo y se quedó un poco aparte, mandando mensajes de texto en su teléfono morado. Entonces me miró y me sonrió. Me hizo un gesto con los dedos plateados. Eso significaba «Ven aquí».

Comprobé que nadie estaba mirando y me acerqué.

15

—¿Quieres ver mi brazalete de medusa? —me dijo Amanda cuando llegué allí.

Debí de parecerle patética, con esa ropa de huérfana y las uñas sin pintar. Ella levantó la muñeca: vi las medusas pequeñas, abriéndose y cerrándose como flores acuáticas. Parecían perfectas.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté. Apenas sabía qué decir.

—Lo birlé —dijo Amanda. Así era cómo por lo general conseguían las cosas las plebiquillas.

—¿Cómo sobreviven aquí?

Ella señaló el encaje de plata donde se abrochaba el brazalete.

—Esto es un aireador —dijo—. Bombea oxígeno. Añades el alimento dos veces por semana.

—¿Qué pasa si te olvidas?

—Se comen las unas a las otras —explicó Amanda. Sonrió un poco—. Algunos chicos lo hacen a propósito, no les ponen comida. Entonces hay como una guerra en miniatura ahí dentro, y al cabo de un rato sólo queda una medusa, y luego se muere.

—Eso es terrible —dije.

Amanda mantuvo la misma sonrisa.

—Sí. Por eso lo hacen.

—Son muy bonitas —dije con voz neutral. Quería complacerla, y no tenía forma de saber si pensaba que «terrible» era bueno o malo.

—Quédatelo —dijo Amanda. Extendió el brazo—. Puedo birlar otro.

Deseaba muchísimo el brazalete, pero no sabría cómo comprar la comida y la medusa moriría. O me descubrirían el brazalete, por bien que lo escondiera, y me metería en un lío.

—No puedo —dije. Di un paso atrás.

—Tú eres una de ellos, ¿a que sí? —dijo Amanda. No era provocadora, parecía simplemente curiosa—. Los beatos. Dicen que hay unos cuantos por aquí.

—No —dije—. Yo no.

Seguro que la mentira llamaba la atención. Había un montón de gente mal vestida en la plebilla del Sumidero, pero no iban mal vestidos a propósito como los Jardineros.

Amanda ladeó un poco la cabeza.

—Es gracioso —dijo—. Te pareces a ellos.

—Yo sólo vivo con ellos. Como de visita. No soy como ellos para nada.

—Por supuesto que no —dijo Amanda, sonriendo. Me dio un golpecito en el brazo—. Ven aquí. Quiero enseñarte algo.

A donde me llevó fue al callejón que daba a la parte trasera del Scales and Tails. Se suponía que los chicos Jardineros no podían acercarse allí, pero íbamos de todos modos cuando estábamos cosechando, porque conseguías un montón de vinagre de vino si llegabas antes que los borrachines.

Ese callejón era peligroso. El Scales and Tails era un antro de depravación, decían las Evas. No teníamos que entrar bajo ningún concepto, y menos las niñas. Decía **Espectáculo para adultos** en letras de neón sobre la puerta. Por la noche custodiaban la entrada dos hombres enormes vestidos de negro que llevaban gafas de sol aunque estuviera oscuro. Una de las chicas Jardineras más grandes aseguraba que esos hombres le habían dicho: «Vuelve el año que viene y trae tu culito dulce.» Pero Bernice decía que sólo estaba alardeando.

En el Scales había fotos a ambos lados de la entrada: holofotos iluminadas. Las fotos eran de chicas preciosas cubiertas completamente con escamas de color verde brillante, como lagartos, salvo por el pelo. Una de ellas se aguantaba en un pie y tenía el otro en torno al cuello. Pensaba que tenía que doler una postura así, pero la chica de la foto estaba sonriendo.

¿Las escamas le crecían o estaban pegadas? Bernice y yo no nos poníamos de acuerdo en eso. Yo decía que estaban pegadas, pero Bernice sostenía que les crecían porque las chicas estaban operadas; era como ponerse tetas. Le dije a Bernice que estaba loca, porque nadie se sometería a semejante operación. Pero en secreto casi me lo creía.

Un día habíamos visto a una chica con escamas por la calle de día, perseguida por un hombre vestido de negro. La chica destellaba mucho por las escamas verde brillante; se sacó de un pisotón los tacones altos y siguió corriendo descalza, esquivando gente, hasta que pisó un trozo de cristal roto y se cayó. El hombre le dio alcance, la cogió en brazos y volvió a llevarla al Scales mientras la chica agitaba los

brazos de piel verde de serpiente. Le sangraban los pies. Siempre que pensaba en eso, notaba un escalofrío, como cuando ves que otra persona se corta un dedo.

En la parte de atrás del callejón, al lado del Scales, había un patiecito cuadrado donde se guardaban las papeleras, las de basuróleo y las otras. Al fondo había una valla de tablones y, detrás, un solar donde se había incendiado un edificio. Ya sólo había tierra dura con trozos de cemento, madera chamuscada y cristales rotos, donde crecían las malas hierbas.

En ocasiones los plebiquillos rondaban por ahí, y nos asaltaban cuando estábamos vaciando botellas de vino. Nos gritaban «Devoto, devoto, apestoso y roto», nos quitaban los baldes y salían corriendo con ellos o nos los vaciaban encima. Eso le pasó a Bernice una vez y olió a vino durante días.

En ocasiones íbamos al solar con Zeb en nuestras excursiones pedagógicas: decía que era lo más parecido a un prado que se podía encontrar en nuestra plebilla. Cuando él estaba con nosotros, los niños de las plebillas no nos molestaban. Contar con Zeb era como tener un tigre: manso contigo, salvaje con todos los demás.

Una vez encontramos a una chica muerta allí. No tenía pelo ni ropa, sólo unas pocas escamas verdes enganchadas. «Están enganchadas —pensé—, o algo así. Pero seguro que no le han crecido. Así que tenía razón.» —Quizá se está dando un baño de sol —dijo uno de los chicos más mayores, y los demás se rieron.

—No la toquéis —dijo Zeb—. ¡Un poco de respeto! Hoy daremos la lección en el Jardín del Tejado.

Cuando volvimos en nuestra siguiente excursión pedagógica, ya no estaba.

—Apuesto a que es basuróleo —me susurró Bernice.

El basuróleo estaba hecho de cualquier tipo de desecho que contuviera carbono: residuos de matadero, verduras podridas, vertidos de restaurantes, incluso botellas de plástico. Los restos se echaban a una caldera, y salía aceite y agua, además de algo de metal. Oficialmente no podías echar cadáveres humanos, pero los chicos hacían chistes al respecto. Aceite, agua y botones de camisa. Aceite, agua y plumines dorados.

—Aceite, agua y escamas verdes —le susurré a Bernice.

A primera vista, el solar estaba vacío. No había borrachines, ni plebiquillos, ni ninguna mujer desnuda muerta. Amanda me condujo hasta el rincón, donde había una losa plana de cemento.

Vi una botella de jarabe apoyada contra la losa, de las que se aprietan.

—Mira esto —dijo Amanda.

Había escrito su nombre en jarabe en la losa, y una fila de hormigas se estaban

comiendo las letras, de modo que cada letra tenía un borde de hormigas negras. Fue así como conocí el nombre de Amanda, lo vi escrito en hormigas. Amanda Payne.

—¿A que es guapo? —dijo ella—. ¿Quieres escribir tu nombre?

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté.

—Es limpio —dijo Amanda—. Escribes cosas, luego ellos se comen tu escritura. Así apareces y desapareces. De esa manera nadie puede encontrarte.

¿Por qué eso tenía sentido para mí? No lo sé, pero lo tenía.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—Ah, por ahí —dijo Amanda despreocupadamente. Eso significaba que no vivía en ninguna parte: dormía en alguna casa ocupada o algo peor—. Antes vivía en Tejas —añadió.

O sea que Amanda era una refugiada. Habían aparecido muchos refugiados de Tejas después de los huracanes y las posteriores sequías. Eran sobre todo ilegales. Me di cuenta de por qué Amanda estaba tan interesada en desaparecer.

—Puedes venir a vivir conmigo —dije. No lo había planeado así, pero así salió de mis labios.

En ese momento, Bernice se coló por el hueco de la valla. Había cedido, había regresado a recogerme, salvo que ahora yo ya no quería.

—¡Ren! ¡Qué estás haciendo! —gritó Bernice.

Se acercó por el solar pisando fuerte, con esas maneras tan resueltas que tenía. Se me ocurrió entonces que tenía pies grandes, un cuerpo demasiado cuadrado y una nariz demasiado pequeña, y el cuello debería ser más largo y más delgado. Más parecido al de Amanda.

—Diría que aquí viene una amiga tuya —dijo Amanda, sonriendo.

Tuve ganas de decir que no era mi amiga, pero no era lo bastante valiente para ser tan traicionera. Bernice se nos acercó con la cara colorada. Siempre se ponía colorada cuando se enfadaba.

—Vámonos, Ren —dijo—. No tendrías que hablar con ella.

Se fijó en el brazalete de medusa de Amanda, y me di cuenta de que le gustaba tanto como a mí.

—Eres mala —le dijo a Amanda—. ¡Plebiquilla!

Me enlazó del brazo.

—Ésta es Amanda —dije—. Va a venir a vivir conmigo.

Pensé que a Bernice iba a darle una de sus rabietas, pero yo le estaba clavando mi mirada glacial, la que decía que no iba a ceder. Podía arriesgarse a quedar mal delante de una desconocida si tensaba la cuerda, de modo que prefirió fulminarme con una mirada silenciosa y calculadora.

—Pues muy bien —dijo—. Puede ayudar a llevar el vinagre de vino.

—Amanda sabe robar —le dije a Bernice cuando volvíamos caminando a de

Estética.

Pretendía que fuera una oferta de paz, pero Bernice se limitó a gruñir.

16

Sabía que no podía llevarme a Amanda a casa como si fuera un gato callejero: Lucerne me habría dicho que la dejara donde la había encontrado, porque Amanda era una plebiquilla y a Lucerne no le gustaban las plebiquillas. Según ella eran chicas echadas a perder, ladronas y mentirosas, todas, y una vez que un niño se echaba a perder era como un perro salvaje, no podías adiestrarlo ni confiar en él. A Lucerne le daba miedo ir por la calle de un lugar Jardinero a otro por las bandas de plebiquillos que podían rodearte y largarse con lo que encontraran. Nunca aprendió a recoger piedras ni a devolver los golpes y gritar. Era por su vida anterior. Era una flor de invernadero: así es como la llamaba Zeb. Yo pensaba que era un halago por la palabra «flor».

Así que a Amanda la pondrían de patitas en la calle a menos que antes consiguiera el permiso de Adán Uno. A él le gustaba que la gente se uniera a los Jardineros, sobre todo los niños: siempre insistía en que los Jardineros tenían que moldear las mentes jóvenes. Si él decía que Amanda viviera con nosotros, Lucerne no podría oponerse.

Las tres nos encontramos a Adán Uno en de Estética, ayudando a embotellar el vinagre. Expliqué que había recogido a Amanda —dije que la había «cosechado»— y que ella quería unirse a nosotros, porque había visto , y pregunté si podía vivir en mi casa.

—¿Es verdad eso, pequeña? —preguntó Adán Uno a Amanda.

Los otros Jardineros habían dejado de trabajar y estaban fijándose en la minifalda de Amanda y en los dedos plateados.

—Sí, señor —dijo Amanda con voz respetuosa.

—Será una mala influencia para Ren —opinó Nuala, que se había acercado—.

Ren es muy fácil de manipular. Deberíamos colocarla con Bernice.

Bernice me dedicó una mirada triunfante: «¡Mira lo que has conseguido!» —Eso estaría bien —dijo ella con neutralidad.

—No —dije—. ¡La encontré yo!

Bernice me fulminó con la mirada. Amanda no dijo nada.

Adán Uno nos tuvo en cuenta a las tres. Sabía muchas cosas.

—Quizá debería decidirlo la propia Amanda —dijo—. Tendría que conocer a las familias en cuestión. Eso la ayudará a decidirse. Eso sería más justo, ¿no?

—A mi casa primero —dijo Bernice.

Bernice vivía en el Buenavista Condos. Los Jardineros no eran exactamente dueños del edificio, porque la propiedad privada era mala, pero la cuestión es que lo controlaban. Tenía un cartel que decía *«Lofts* de lujo para solteros de hoy» en letras doradas desdibujadas, pero sabía que eso no era lujo: la ducha del apartamento de Bernice estaba atascada; las baldosas de la cocina, resquebrajadas y melladas; los techos tenían goteras; en el lavabo te resbalabas por el moho.

Las tres entramos en el vestíbulo y pasamos junto a la señora Jardinera de mediana edad que cumplía labores de seguridad allí: estaba ocupada con alguna artesanía de macramé embrollado y apenas reparó en nosotras. Tuvimos que subir seis tramos de escaleras para llegar al piso de Bernice, porque los Jardineros no aprobaban los ascensores salvo para la gente mayor y los parapléjicos. Había objetos prohibidos en la escalera: agujas, condones usados, cucharitas, cabos de vela. Los Jardineros decían que los sinvergüenzas de las plebillas y los matones y macarras entraban de noche y hacían fiestas guarras en la escalera; nunca habíamos visto nada de eso, aunque una vez pillamos a Shackie y Croze y sus colegas bebiendo posos de vino allí.

Bernice tenía su propia llave de tarjeta; abrió la puerta y nos invitó a entrar. El apartamento olía a ropa sin lavar dejada bajo un grifo que gotea, o como los senos taponados de otros niños o a pañal. Entre estos olores flotaba otro: un aroma rico, fértil, especiado, terroso. Quizá subía a través de los conductos de aire acondicionado de lechos de hongos que los Jardineros cultivaban en el sótano.

Sin embargo, ese olor —todos los olores— parecía proceder de la madre de Bernice, Veena, que estaba sentada en el sofá raído como si hubiera echado raíces allí, mirando a la pared. Llevaba su habitual vestido suelto; tenía las rodillas cubiertas con una mantita de color amarillo viejo; el cabello pálido le caía lánguidamente a ambos lados de una cara redonda, blanda y blancuzca; tenía las manos retorcidas de un modo antinatural, como si tuviera los dedos rotos. En el suelo, a sus pies, había unos cuantos platos sucios. Veena no cocinaba: comía lo que le daba el padre de Bernice; o se quedaba sin comer. Y nunca hacía limpieza. Apenas hablaba, y tampoco

me habló en esa ocasión. Sus ojos pestañearon cuando pasamos a su lado, así que quizá nos vio.

—¿Qué le pasa? —me susurró Amanda.

—Está en barbecho —le respondí en otro susurro.

—¿Sí? —susurró Amanda—. Parece colocada.

Mi madre decía que la madre de Bernice estaba «deprimida». Claro que mi madre no era una auténtica Jardinera, como Bernice siempre me recordaba, porque un auténtico Jardinero nunca diría «deprimido». Los Jardineros creían que la gente que actuaba como Veena estaba en barbecho: descansando, retrayéndose en su interior para obtener un conocimiento espiritual, acumulando energía para el momento en que volverían a abrirse como los capullos en primavera. Sólo en apariencia no hacían nada. Algunos Jardineros podían permanecer mucho tiempo en estado de barbecho.

—Esta es mi casa —dijo Bernice.

—¿Dónde dormiría? —preguntó Amanda.

Estábamos mirando la habitación de Bernice cuando entró Burt *el Pelón.*

—¿Dónde está mi nena?

—No respondas —dijo Bernice—. ¡Cierra la puerta!

Lo oímos moviéndose por la habitación principal; hasta que entró en la habitación de Bernice y la levantó por las axilas.

—¿Dónde está mi nena? —repitió, y me hizo sentir vergüenza ajena.

Le había visto hacer lo mismo antes, no sólo a Bernice. Simplemente le gustaban las axilas de las niñas. Te arrinconaba detrás de las hileras de plantas de judías cuando estabas recolocando babosas y caracoles y simulaba que quería ayudarte. Luego venían las manos. Era un capullo.

Bernice estaba poniendo cara de enfadada y retorciéndose.

—Yo no soy tu nena —dijo, lo cual podía significar: No soy una nena o no soy tuya. Pero Burt se lo tomó a broma.

—¿Entonces adónde ha ido mi nena? —preguntó con voz acongojada.

—Bájame —gritó Bernice.

Sentí pena por ella, y también me sentí afortunada, porque sintiera lo que sintiera por Zeb, él no te hacía sonrojar.

—Ahora me gustaría ver tu casa —dijo Amanda.

Así que las dos bajamos la escalera, dejando allí a Bernice, más colorada y más enfadada que nunca. Me sentía mal por eso, pero no tan mal como para ceder a Amanda.

A Lucerne no le complació descubrir que Amanda se había añadido a nuestra familia, pero le dije que lo había ordenado Adán Uno; o sea que poco podía hacer.

—Tendrá que dormir en tu habitación —dijo enfadada.

—No le importará —aseguré—. ¿Verdad, Amanda?

—Claro que no —dijo Amanda.

Tenía una manera muy educada de expresarse, como si fuera ella la que te hacía el favor. A Lucerne le molestó.

—Y tendrá que deshacerse de toda esa ropa colorida —dijo Lucerne.

—Pero todavía no está gastada —dije inocentemente—. ¡No podemos tirarla! ¡Eso sería un desperdicio!

—La venderemos —masculló Lucerne—. Desde luego el dinero no nos vendrá mal.

—El dinero debería ser para Amanda —dije—. Es su ropa.

—No importa —dijo Amanda, con voz suave pero majestuosa—. No me ha costado nada.

Entonces fuimos a mi cubículo, nos sentamos en la cama y nos reímos tapándonos con las manos.

Cuando Zeb volvió esa tarde, al principio no hizo ningún comentario. Todos cenamos juntos, y Zeb despreció la soja y la cazuela de alubias verdes y observó a Amanda con su gracioso cuello y manos plateadas escogiendo con delicadeza lo que había en su plato. Todavía no se había quitado los guantes. Finalmente le dijo a ella:

—Eres una pequeña picara, ¿no? —Era su voz amistosa, la que usaba para decir ¡buena chica! en el dominó.

Lucerne, que le estaba sirviendo otra vez, se quedó rígida a medio movimiento, con el cucharón en el aire, como si fuera algún tipo de detector de metales. Amanda lo miró muy seria, con los ojos muy abiertos.

—¿Disculpe, señor?

Zeb rio.

—Eres muy buena —dijo.

17

Tener a Amanda viviendo conmigo era como tener una hermana, pero mejor. Ya llevaba ropa de Jardinera, así que su aspecto era el del resto de nosotros; y enseguida olió como el resto de nosotros.

En la primera semana le enseñé todo. La llevé al Salón del Vinagre, a de Costura y al gimnasio Corre hacia encargado era Mugi; lo llamábamos Mugi *el Músculo* porque sólo le quedaba un músculo. No obstante, Amanda se hizo amiga de él. Se hacía amiga de todos preguntándoles cuál era la forma correcta de hacer las cosas.

Burt *el Pelón* explicó cómo realojar las babosas y los caracoles del jardín lanzándolos por encima de la barandilla al tráfico, desde donde se arrastrarían para encontrar nuevos hogares, aunque yo sabía que en realidad los aplastaban. Katuro *el Curvatubos,* que arreglaba las fugas y se ocupaba de los sistemas de agua, le mostró cómo funcionaban las cañerías.

Philo *el Niebla* apenas le dijo nada; se limitó a sonreírle mucho. Los Jardineros más viejos explicaban que había trascendido el lenguaje y estaba viajando con el Espíritu, aunque Amanda sentenció que estaba acabado.

A Stuart *el Escoplo*, que nos hacía los muebles con basura reciclada, no le gustaba mucho la gente, pero Amanda le cayó bien. «Esta chica tiene buen ojo para la madera», dijo.

A Amanda no le gustaba coser, pero lo disimulaba, por eso la alabó Surya. Rebecca la llamó «cielo», y dijo que tenía buen gusto para la comida, y Nuala estaba embobada por cómo cantaba en el Coro de Capullos y Flores. Incluso , Toby, se iluminaba cuando veía llegar a Amanda. Ella era la más dura de pelar, pero Amanda sintió un interés repentino en las setas y ayudó a la vieja Pilar a estampar abejas en las etiquetas de miel, y eso complació a Toby, aunque trató de ocultarlo.

—¿Por qué eres tan lameculos? —le pregunté a Amanda.

—Así es como descubres las cosas —dijo.

Nos contamos muchas cosas la una a la otra. Yo le hablé de mi padre y de mi casa en el complejo HelthWyzer, y en cómo mi madre huyó con Zeb.

—Apuesto a que se pone bragas sexis para él —dijo Amanda.

Estábamos susurrando todo esto en nuestro cubículo, de noche, con Zeb y Lucerne muy cerca, así que resultaba difícil no oír los ruidos sexuales que hacían. Antes de la llegada de Amanda me avergonzaba todo eso, pero ahora me parecía divertido, porque a Amanda le divertía.

Amanda me habló de las sequías en Tejas: sus padres habían perdido su franquicia de café Happicuppa y no consiguieron vender su casa porque nadie quería comprarla, y me contó que no había trabajo y que todos terminaron en un campo de refugiados con caravanas viejas y un montón de Tex-Mex. Luego uno de los huracanes destruyó su caravana y a su padre lo mató un trozo de metal que salió volando. Mucha gente se ahogó, pero ella y su madre se agarraron a un árbol y un grupo de hombres que iban en una barca de remo las rescataron. Eran ladrones, dijo Amanda, que buscaban algo que llevarse, pero dijeron que llevarían a Amanda y a su madre a tierra seca si hacían un intercambio.

—¿Qué clase de intercambio? —dije.

—Un intercambio —dijo Amanda.

El refugio era un estadio de fútbol americano con tiendas. Había mucho intercambio allí: la gente hacía cualquier cosa por veinte dólares, dijo Amanda. Entonces su madre enfermó por beber agua contaminada, pero Amanda no, porque ella se cambiaba por sodas. Y no había medicamentos, de modo que su madre murió.

—Mucha gente se moría de disentería —dijo Amanda—. Tendrías que haber olido ese sitio.

Amanda se escabulló, porque cada vez había más gente enferma y nadie se llevaba la mierda ni la basura ni traía comida. Se cambió el nombre, porque no quería que la devolvieran al estadio: se suponía que los refugiados eran enviados a hacer el trabajo que les dijeran. No hay comida gratis, decía la gente: tenías que pagar por todo, de una manera o de otra.

—¿Cuál era tu nombre antes? —le pregunté.

—Era un nombre de palurda blanca. Barb Jones —dijo Amanda—. Ésa era mi identidad. Pero ahora no tengo identidad. Así que soy invisible.

Era una cosa más que podía admirar en ella, su invisibilidad.

Amanda caminó hacia el norte, junto con otros varios miles de personas.

—Traté de hacer autostop, pero sólo me pararon una vez. Un tipo que decía que era granjero de pollos —dijo—. Me metió la mano entre las piernas; lo ves venir

cuando respiran así. Le clavé los pulgares en los ojos y me largué deprisa.

Lo dijo como si clavar los pulgares en los ojos fuera normal en el mundo exfernal. Yo quería aprender a hacerlo, pero no creía que tuviera agallas.

—Luego tuve que pasar el Muro —dijo.

—¿Qué muro?

—¿No miras las noticias? El Muro que están construyendo para que no entren refugiados de Tejas, porque con la valla no bastaba. Hay hombres con pulverizadores, es un muro de Corpsegur. Pero no pueden patrullar cada palmo y los chicos Tex-Mex se conocen todos los túneles y me ayudaron a pasar.

—Podrían haberte matado —dije—. ¿Y entonces qué?

—Entonces llegué hasta aquí. Por comida y eso. Tardé bastante.

En su lugar, me habría tumbado en una zanja y habría llorado hasta la muerte. Pero Amanda dice que si hay algo que quieres de verdad, encuentras una forma de conseguirlo. Dice que estar desanimada es una pérdida de tiempo.

Me preocupaba que pudiera haber problemas con los otros chicos Jardineros: al fin y al cabo, Amanda era una plebiquilla, una de nuestros enemigos. Bernice la odiaba, por supuesto, pero no se atrevía a decirlo, porque Amanda la intimidaba como a todos los demás. Para empezar, ningún chico Jardinero sabía bailar, y Amanda tenía movimientos excelentes: era como si tuviera las caderas dislocadas. Me enseñaba cuando Lucerne y Zeb no andaban cerca. Sacábamos la música de su teléfono morado, que guardaba escondido en nuestro colchón, y cuando se agotaba la tarjeta se mangaba otro. También tenía escondidas unas prendas llamativas de plebiquilla, y cuando necesitaba robar algo se ponía esa ropa y se iba al centro comercial del Sumidero.

Me daba cuenta de que Shackleton, Crozier y los chicos mayores estaban enamorados de ella. Era muy guapa, con esa piel aceitunada y el cuello largo y los ojos grandes, pero que fueras guapa no impedía que esos chicos te llamaran chupanabos o agujero de carne con patas; tenían un montón de nombres guarros para las chicas.

Pero no para Amanda: ella merecía su respeto. Siempre llevaba un trozo de cristal, con un borde envuelto en cinta aislante para agarrarlo, y decía que ese cristal le había salvado la vida más de una vez. Nos enseñó cómo rajarle la entrepierna a un tipo o cómo hacerlo caer y luego darle una patada debajo de la barbilla y partirle el cuello. Conocía un montón de trucos por el estilo, trucos que podías usar si te hacía falta.

Pero en las festividades o en los ensayos del Coro de Capullos y Flores, nadie era más pío que ella. Daba la impresión de haberse bañado en leche.

Festividad de las Arcas

Festividad de las Arcas

Año 10

De los dos Diluvios y de las dos Alianzas
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos y compañeros mortales:

Hoy los niños han construido sus pequeñas arcas y las han lanzado al Arboretum Creek para llevar sus mensajes de respeto a las criaturas de Dios a otros niños que puede que las encuentren en la orilla. ¡Qué acto más generoso en un mundo que se encuentra cada vez más en peligro! Recordémoslo: es mejor tener esperanza que lamentarse.

Esta tarde compartiremos una comida festiva especial: la deliciosa sopa de lentejas de Rebecca, que representa el primer diluvio, con albóndigas de verdura del Arca de Noé con forma de animales. Una de esas albóndigas contiene un nabo Noé, y quien encuentre ese Noé tendrá un premio especial; así aprenderemos a no zamparnos la comida de un modo inconsciente.

El premio es una pintura de Nuala, nuestra talentosa Eva Nueve: *San Brandán el Navegante,* representado con los objetos esenciales que deben incluirse en nuestras despensas de Ararat en preparación para el Diluvio Seco. En esta obra de arte, Nuala ha dado a las sojadinas en lata y a los bocaditos de soja su justa prominencia. Pero acordémonos de renovar regularmente nuestros Ararat. No nos gustaría abrir esa lata de sojadinas el día que las necesitemos y descubrir que se han estropeado.

La virtuosa esposa de Burt, Veena, está en barbecho y no puede acompañarnos en esta festividad, pero esperamos que pueda reunirse pronto con nosotros.

Ahora centremos nuestra devoción en de las Arcas.

En este día lloramos, pero también nos regocijamos. Lloramos las muertes de todas las criaturas de que perecieron en el primer Diluvio de extinciones —cuando ocurriera—, pero nos regocijamos de que se salvaran los peces y las ballenas y los corales y las tortugas de mar y los delfines y los erizos de mar y, sí, también los tiburones. Nos regocijamos de que se salvaran, pese a que un cambio en la temperatura y salinidad del océano causado por un gran vertido de aguas dulces acabara con algunas de las especies que desconocemos.

Lloramos la matanza que se produjo entre los animales. Dios evidentemente estaba deseando acabar con numerosas especies, como atestiguan los registros fósiles, pero muchos se salvaron hasta nuestros días, y éstos son los que Él legó de nuevo a nuestro cuidado. Si hubieras compuesto una sinfonía excelente, ¿te gustaría que la destruyeran? y la música de la misma, el universo y la armonía que contiene: ésas son las obras de la creatividad de Dios de la cual la creatividad del hombre no es más que una pálida sombra.

Según las Palabras Humanas de Dios, se encomendó a Noé, símbolo de los conscientes entre la humanidad, la tarea de salvar las especies elegidas. Sólo él fue advertido; él solo se ocupó de la labor original de Adán, manteniendo las especies amadas de Dios a salvo hasta que las aguas del Diluvio se retiraron y su arca encalló en el monte Ararat. Entonces las criaturas rescatadas quedaron sueltas en , como en una segunda Creación.

En la primera Creación todo era regocijo, pero en la segunda había matices: Dios ya no estaba tan complacido. Sabía que algo había fallado en su último experimento, el hombre, pero era demasiado tarde para solucionarlo. «Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre, porque las trazas del corazón humano son malas desde su niñez; ni volveré a herir a todo ser viviente, como lo he hecho», decían las Palabras Humanas de Dios en Génesis 8:21.

Sí, amigos míos: cualquier maldición posterior del planeta no la hizo Dios, sino el hombre mismo. Consideremos la costa meridional del Mediterráneo, antes tierra fértil y ahora un desierto. Consideremos las ruinas en la cuenca del río Amazonas; consideremos la carnicería total de los ecosistemas, cada uno de ellos reflejo viviente de la infinita atención al detalle de Dios... pero éstas son cuestiones para otro día.

Entonces Dios dice una cosa valiosa. Dice: «Infundiréis temor y miedo a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todo lo que repta por el suelo, y a todos los peces del mar; quedan a vuestra disposición» (Génesis 9:2). No es que Dios estuviera diciendo al hombre que era correcto destruir a todos los animales, como algunos sostienen, sino que se trataba de una advertencia a las criaturas amadas de Dios. Tened cuidado con el hombre y con su corazón malvado.

Por tanto, Dios establece su Alianza con Noé, y con sus hijos, y «con todo ser

viviente». Muchos recuerdan con Noé, pero olvidan con los demás seres vivos. No obstante, Dios no la olvida. Recalca que establece su Alianza «con todo ser viviente de toda especie» para asegurarse de que nos queda claro.

Nadie puede hacer una Alianza con una piedra: para que una Alianza exista, ha de haber un mínimo de dos partes vivas y responsables. Por consiguiente, los animales no son materia sin sentimientos, ni meros trozos de carne. No; tienen almas vivas, o Dios no habría hecho una Alianza con ellos. Las Palabras Humanas de Dios afirman esto: «Interroga a las bestias, que te instruyan —dice Job 12—; a las aves del cielo, que te informen... y a los peces del mar.»

Recordemos hoy a Noé, el elegido para cuidar de las especies. Nosotros, los Jardineros de Dios, somos un Noé plural: a nosotros también nos han llamado, a nosotros también nos han advertido. Somos capaces de sentir los síntomas del desastre inminente como un médico percibe el pulso de un paciente enfermo. Hemos de estar preparados para el momento en que aquellos que han abusado de la confianza con los animales —sí, quienes los barrieron de la faz de la tierra donde Dios los colocó— serán arrasados por el Diluvio Seco, que traerán en sus alas los ángeles oscuros de Dios, que vuelan de noche y en aeroplanos y helicópteros y en trenes bala, y en camiones y otros medios de transporte.

Pero nosotros los Jardineros sabremos apreciar el conocimiento de las especies y lo preciosas que son para Dios. Debemos transbordar este conocimiento de incalculable valor sobre la faz de las Aguas Secas, como si estuviera en un arca.

Construyamos con esmero nuestros Ararat, amigos. Dotémoslos de visión, y de bienes enlatados y secos. Camuflémoslos bien.

Que Dios nos libre de la red del cazador, que nos cubra con sus plumas y nos proteja bajo sus alas, como dice en Salmos 91; que no temamos ni la peste que avanza en las tinieblas ni el azote que devasta a mediodía.

Os recordaré la importancia de lavarse las manos, al menos siete veces al día, y después de cada encuentro con un desconocido. Nunca es demasiado pronto para practicar esta precaución esencial.

Evitemos a cualquiera que estornude.

Cantemos.

Es mi cuerpo mi arca terrena

Es mi cuerpo mi arca terrena,
es el refugio contra el Diluvio;
contiene todas las criaturas
y bien sabe que todas son buenas.

Está hecha de genes y células,

y también de neuronas sin número;
tiene dentro millones de años,
lo que duró el sueño de Adán.

Y cuando llegue ,
hacia el monte Ararat pondré rumbo;
mi arca alcanzará tierra firme
por medio de la luz del Espíritu.

Junto con todas las criaturas,
en placidez viviré mis días;
cada cual, con su voz asignada,
cantará alabanza al Creador.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

18

Toby. Día de San Crick

Año 25

En el prado norte todavía yace el verraco muerto. Los buitres se han abatido sobre él, pero no han logrado alcanzar el tesoro oculto: se han limitado a ojos y lengua. Tendrán que esperar hasta que se pudra y se abra para seguir hurgando.

Toby orienta sus prismáticos al cielo, a los ruidosos buitres. Cuando mira atrás, dos leoneros están cruzando el prado. Un macho y una hembra, paseando como si estuvieran en su casa. Se detienen ante el verraco. Olisquean un momento y siguen su camino.

Toby los contempla, fascinada: nunca había visto un leonero de carne y hueso, sólo en fotos. ¿Son imaginaciones mías?, se pregunta. No, los leoneros son reales. Han de ser animales del zoo liberados por alguna de las sectas más fanáticas en aquellos últimos días de desesperación.

No parecen peligrosos, aunque lo son. El híbrido de león y cordero fue encargado por los Leones de Isaías para forzar el advenimiento del Reino Apacible. Habían razonado que la única forma de cumplir la profecía de la amistad león-cordero sin que el primero se comiera al segundo sería fundir los dos en uno. Sin embargo, el resultado no había sido un animal estrictamente vegetariano.

Aun así, los leoneros tenían un aspecto amable, con el pelo rizado y dorado y su revolear de cola. Mordisquean capullos de flores sin levantar la cabeza; sin embargo, Toby tiene la sensación de que son perfectamente conscientes de su presencia. De pronto el macho abre la boca, mostrando sus caninos largos y afilados, y llama. Es una extraña combinación de balido y rugido: un balugido, piensa Toby.

Le pica la piel. No le hace gracia la idea de que una de estas criaturas salte sobre ella desde detrás de algún arbusto. Si su destino es ser destrozada y devorada, preferiría un animal de presa más convencional. Aun así son asombrosos. Los observa retozando juntos, olisqueando el aire y alejándose con paso despreocupado hasta el linde del bosque, desvaneciéndose en una sombra moteada.

Cuánto habría disfrutado Pilar viéndolos, piensa. Pilar y Rebecca y la pequeña Ren. Y Adán Uno. Y Zeb. Ahora están todos muertos.

Basta, se dice. Para ahora mismo.

Baja la escalera con suma precaución, usando el palo de la fregona para equilibrarse. Sigue esperando, todavía, que las puertas del ascensor se abran, que las luces parpadeen, que el aire acondicionado empiece a zumbar y salga alguien. ¿Quién?

Recorre el largo pasillo, caminando sin hacer ruido sobre la mullida moqueta, más allá de la fila de espejos. No faltan espejos en el balneario: a las damas había que recordarles bajo una luz severa el mal aspecto que tenían y luego, con una iluminación suave, el buen aspecto que aún podían mantener tras una ayuda un poco cara. Sin embargo, después de las primeras semanas de soledad, Toby había cubierto los espejos con toallas rosas para evitar que le sobresaltara su propio reflejo al pasar de un espejo al otro.

—¿Quién vive aquí? —dice en voz alta.

Yo no, piensa. Esto que estoy haciendo mal puede llamarse vivir. Más bien estoy aletargada, como una bacteria en una nevera. Pasando el tiempo. Nada más.

El resto de la mañana se queda sentada en una suerte de estupor. En tiempos habría sido meditación, pero ahora no puede llamarlo así. La rabia paralizante todavía puede vencerla, o eso parece: es imposible saber cuándo golpeará.

Empieza como incredulidad y termina en pena, pero entre estas dos fases todo su cuerpo se agita de rabia. ¿Rabia hacia quién, por qué? ¿Por qué le han salvado la vida? Entre incontables millones. ¿Por qué no alguien más joven, alguien con más optimismo y células más frescas? Debería confiar en que está aquí por una razón: para dar testimonio, para transmitir un mensaje, para salvar al menos algo del naufragio general. Debería confiar, pero no puede.

Es malo dedicar demasiado tiempo a lamentarse, se dice a sí misma. Lamentándose y dando demasiadas vueltas a las cosas no se consigue nada.

Durante el calor del día, se echa una siestecita. Tratar de permanecer despierta durante el baño de vapor de mediodía es una pérdida de tiempo.

Duerme en una mesa de masaje, en uno de los cubículos donde las clientes del balneario recibían sus tratamientos orgánico-botánicos. Hay sábanas rosas y

almohadas rosas, y también mantas rosas —colores suaves de peluche, colores de niñas mimadas—, aunque no necesita las mantas con este clima.

Le está costando levantarse. Ha de combatir el letargo. El deseo imperioso de dormir. De dormir y dormir. Dormir para siempre. No puede vivir sólo en el presente, como un arbusto. Sin embargo, el pasado es una puerta cerrada, y no atisba ningún futuro. Quizá seguirá de día en día, de año en año hasta que simplemente se mustie, hasta que se doble sobre sí misma y se seque como una araña vieja.

O podría tomar un atajo. Siempre le queda la adormidera en su frasco rojo, siempre hay hongos letales, la amanita, los Ángeles de ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los ingiera y deje que se la lleven volando en sus alas blancas, blanquísimas?

Para animarse, abre el tarro de miel. Es el último que queda de una miel que recogieron —ella y Pilar— en el Jardín del Edén del Tejado, hace mucho tiempo. La ha estado guardando todos estos años como si de un hechizo protector se tratara. La miel no se descompone, decía Pilar, siempre que la mantengas seca: por eso los antiguos la llamaban el néctar de la inmortalidad.

Se traga una cucharada fragante, luego otra. Fue muy laborioso recoger esa miel: el ahumado de las colmenas, la minuciosa retirada de los panales, la extracción. Requería delicadeza y tacto. Había que hablar a las abejas y convencerlas, por no mencionar gasearlas temporalmente, y a veces picaban, pero en su recuerdo el conjunto de la experiencia es de dicha absoluta. Sabe que se está engañando, pero prefiere engañarse. Siente la necesidad imperiosa de creer que semejante gozo puro todavía es posible.

19

Gradualmente, Toby dejó de pensar que debería abandonar a los Jardineros. No tenía una fe completa en su credo, pero ya no era incrédula. Una temporada se solapaba con la siguiente —lluviosa, tormentosa, caliente y seca, más fría y seca, lluviosa y cálida— y luego un año con otro. Aunque no era una auténtica Jardinera, tampoco era una habitante de plebilla. Ni una cosa ni la otra.

Ya se aventuraba a salir a la calle, aunque no se alejaba demasiado del Jardín, y se camuflaba bien y llevaba un cono nasal y un sombrero de ala ancha para el sol. Todavía tenía pesadillas con Blanco: las serpientes en los brazos, las mujeres sin cabeza encadenadas a su espalda, las manos despellejadas con las venas azules marcadas que iban a por su cuello. «Dime que me quieres. Dilo, zorra.» Durante los peores tiempos con él, durante el máximo terror, el máximo dolor, se concentraba en aquellas manos desencajándose de las muñecas. Las manos, otras partes de él. Sangre gris, brotando. Se lo había imaginado arrojado en un caldero de basuróleo, vivo. Ésos habían sido pensamientos violentos, y desde que se había unido a los Jardineros había intentado sinceramente borrarlos de su cerebro. Pero eran recurrentes. Los que dormían en cubículos cercanos le decían que en ocasiones en sueños hacía lo que ellos denominaban «señales de aflicción».

Adán Uno era consciente de estas señales. Toby había comprendido con el tiempo que sería un error subestimarlo. Aunque su barba había adquirido un color blanco inocente y sus ojos azules eran redondos y cándidos como los de un bebé, aunque parecía muy confiado y vulnerable, Toby sentía que nunca encontraría a nadie con una determinación tan fuerte. No blandía esa determinación como un arma, simplemente flotaba en ella y se dejaba llevar por ella. Sería duro de atacar: como enfrentarse a la marea.

—Ahora está en Painball, querida —le dijo un bonito Día de San Mendel—. Puede que nunca lo suelten. Quizá volverá a los elementos allí.

El corazón de Toby palpitaba con fuerza.

—¿Qué hizo?

—Mató a una mujer —dijo Adán Uno—. De las que no puedes matar. Una mujer de una de las corporaciones que estaba buscando excitación en las plebillas. Ojalá no lo hicieran. Esta vez Corpsegur se ha visto obligado a actuar.

Toby había oído hablar de Painball. Era un centro para criminales condenados, tanto políticos como comunes: les daban a elegir entre ser ejecutados con un pulverizador o cumplir condena en el Painball Arena, que no era ningún estadio sino un bosque cerrado. Tenías comida suficiente para dos semanas más la pistola de Painball. Ésta disparaba pintura como una pistola normal de *paintball*, pero un impacto en los ojos te cegaría y si entraba en contacto con la piel empezabas a corroerte, y entonces serías un objetivo fácil para los cortagargantas del otro equipo. Porque cualquiera que entrara era asignado a uno de los dos equipos: el Rojo o el Dorado.

Las mujeres criminales casi nunca elegían Painball; preferían el pulverizador. Lo mismo hacían la mayoría de los políticos. Sabían que no tendrían oportunidad allí y preferían acabar de una vez. Toby podía entenderlo.

Durante mucho tiempo mantuvieron el secreto del Painball Arena, como las luchas de gallos y , pero comentaban que ya podía verse en pantalla. En el bosque de Painball había cámaras ocultas en árboles e incrustadas en rocas, aunque con frecuencia no había mucho que ver salvo una pierna, un brazo o una sombra desdibujada, porque, como es lógico, los *painballers* se escondían. Sin embargo, de cuando en cuando se producía un disparo justo en pantalla. El que sobrevivía un mes, era bueno; más que eso, era muy bueno. Algunos se quedaban enganchados a la adrenalina y no querían salir cuando se les acababa el tiempo. Incluso los profesionales de Corpsegur tenían miedo de los *painballers* de larga duración.

Algunos equipos colgaban sus presas de un árbol, otros mutilaban los cuerpos. Les cortaban la cabeza, les arrancaban el corazón y los riñones. Lo hacían para intimidar al otro equipo. Se comían una parte si se estaba agotando la comida, o sólo para mostrar lo pérfidos que eran. Al cabo de un rato, pensaba Toby, no sólo cruzarías la línea, sino que olvidarías que había líneas. Harías lo que hiciera falta.

Tuvo una visión fugaz de Blanco, decapitado, colgando cabeza abajo. ¿Qué sintió al verlo? ¿Placer? ¿Pena? No sabría decirlo.

Pidió hacer una vigilia, y la pasó de rodillas, tratando de fundirse mentalmente con una planta de guisantes. Las parras, las flores, las hojas, las vainas. ¡Tan verde y balsámico! Casi funcionó.

Un día, la vieja Pilar cara de nuez —Eva Seis— le preguntó a Toby si quería aprender a cuidar de las abejas. Abejas y hongos eran las especialidades de Pilar. A Toby le caía bien Pilar, quien parecía amable y poseía una serenidad envidiable, de manera que aceptó.

—Bien —dijo Pilar—. Siempre puedes contarles tus problemas a las abejas.

De manera que Adán Uno no era la única persona que había registrado las preocupaciones de Toby. Pilar se la llevó a visitar las colmenas y la presentó a las abejas por su nombre.

—Han de saber que eres una amiga —dijo—. Pueden olerte. Tú muévete despacio —la advirtió cuando las abejas envolvieron el brazo desnudo de Toby como una piel dorada—. Te conocerán la próxima vez. Ah, si te pican no les des un manotazo. Sólo arráncate el aguijón. Pero no te picarán si no están asustadas, porque picar las mata.

Pilar tenía todo un caudal de charla apícola. Una abeja en la casa significa la visita de un desconocido, y si matas la abeja, la visita no será buena. Si el apicultor muere, hay que decírselo a las abejas o se irán volando. La miel cura una herida abierta. Un enjambre de abejas en mayo augura un día frío. Un enjambre de abejas en junio indica luna nueva. Un enjambre de abejas en julio no vale ni una mosca aplastada. Todas las abejas de una colmena son una abeja: por eso mueren por la colmena.

—Como los Jardineros —dijo Pilar.

Toby no supo si estaba bromeando o no.

Al principio las abejas estaban agitadas por la presencia de Toby, pero al cabo de un rato la aceptaron. Le permitieron extraer la miel por sí misma y sólo la picaron dos veces.

—Las abejas se equivocaron —le dijo Pilar—. Has de pedir permiso a la reina y explicarles que no quieres hacerles daño.

Pilar decía que había que hablarles en voz alta, porque las abejas no podían leerte la mente con precisión, no más que una persona. Así que Toby habló, aunque se sentía un poco estúpida. ¿Qué pensaría alguien que pasara por la acera si la veían hablando a un enjambre de abejas?

Según Pilar, las abejas de todo el mundo llevaban décadas con problemas. Era por los pesticidas, o el clima cálido o por una enfermedad, quizá por todo ello, nadie lo sabía a ciencia cierta. No obstante, las abejas del Jardín en el Tejado estaban bien. De hecho, estaban flamantes.

—Saben que las queremos —dijo Pilar.

Toby lo ponía en entredicho. Dudaba de muchas cosas. Pero se guardaba las dudas para su coleto, porque «duda» no era una palabra que los Jardineros usaran mucho.

Al cabo de un rato, Pilar llevó a Toby a las bodegas húmedas que estaban debajo del Buenavista Condos y le mostró dónde se cultivaban las setas. Abejas y hongos iban de la mano, decía Pilar: las abejas estaban a buenas con el mundo invisible, porque eran las mensajeras de los muertos. Pilar dejó caer esa idea delirante como si se tratara de algo que todo el mundo sabía, y Toby simuló no hacer caso. Los hongos eran las rosas en el jardín de ese mundo invisible, porque la verdadera planta del hongo está bajo tierra. La parte visible, lo que la mayoría de la gente llamaba champiñón, era sólo una aparición fugaz. Una flor en forma de nube.

Había champiñones para comer, hongos para usos medicinales y hongos para tener visiones. Estos últimos sólo se usaban en los retiros y en las semanas de aislamiento, aunque a veces podían ser buenos para ciertas afecciones médicas, e incluso para aliviar a personas en estado de barbecho, cuando el alma se estaba refertilizando. Pilar explicó que todo el mundo entraba en barbecho en ocasiones. Pero era peligroso quedarse demasiado tiempo en ese estado.

—Es como bajar por la escalera —dijo— y no volver a subir nunca. Pero los hongos pueden ayudarte con eso.

Había tres clases de hongos, según Pilar: no venenosos; usar con precaución y consejo, y alerta. Había que memorizarlos todos. Pedos de lobo, cualquier especie: no venenosos. *Psilocibes:* emplear con precaución y consejo. Todas las amanitas y en especial *phalloides,* el Ángel de : alerta.

—¿No son muy peligrosos? —preguntó Toby.

Pilar asintió.

—Ah, sí, muy peligrosos.

—Entonces ¿por qué los cultivas?

—Dios no habría hecho venenosos los hongos a no ser que pretendiera usarlos en ocasiones —explicó Pilar.

Pilar era tan educada y amable que Toby no podía creer lo que acababa de oír.

—¡No envenenarías a nadie! —dijo.

Pilar la miró con seriedad.

—Nunca se sabe, querida, cuándo podrías necesitarlos.

Ahora Toby pasaba todas las horas libres con Pilar, cuidando las colmenas del Jardín del Edén en el Tejado, los cultivos de trigo sarraceno y la lavanda que se dejaba crecer para las abejas en tejados adyacentes, extrayendo la miel y conservándola en tarros. Estampaban las etiquetas con la abejita que usaba Pilar en lugar de letras, y reservaban unos tarros para añadir a la comida en conserva en el Ararat que Pilar había construido detrás de un ladrillo móvil en la bodega del Buenavista. O se ocupaban de las plantas de adormidera y recogían el jugo espeso de sus vainas de

semillas o se entretenían trabajando con los lechos de hongos en la bodega del Buenavista, o cocían elixires y remedios y la emulsión cutánea líquida de miel y rosa que vendían en el Árbol de de Intercambio de Productos Naturales.

Así pasó el tiempo. Toby dejó de contarlo. En cualquier caso, el tiempo no es una cosa que pasa, explicaba Pilar, sino un mar en el que flotas.

Por la noche, Toby se respiraba a sí misma. Su nuevo yo. Su piel olía como a miel y sal. Y a tierra.

20

No dejaba de incorporarse gente nueva a los Jardineros. Algunos eran conversos genuinos, pero otros no se quedaban mucho. Rondaban por allí un tiempo, ataviados con ropa suelta y poco insinuante, igual que todos los demás, trabajando en las tareas más nimias y, en el caso de las mujeres, llorando de cuando en cuando. Luego desaparecían. Eran como fantasmas a los que Adán Uno movía en las sombras. Igual que había movido a Toby.

Se trataba de conjeturas: Toby no había tardado en darse cuenta de que a los Jardineros no les hacían gracia las preguntas personales. De dónde vienes, qué hacías antes: las maneras de los Jardineros implicaban que todo eso era irrelevante. Sólo contaba el ahora. Cuenta de los demás lo que te gustaría que los demás contaran de ti. En una palabra: nada.

Había muchas cosas que despertaban la curiosidad de Toby. Por ejemplo: ¿Nuala se había acostado con alguien alguna vez? Y de lo contrario, ¿era ése el motivo por el que flirteaba tanto? ¿Dónde había aprendido sus habilidades Marushka *?* ¿Qué había hecho exactamente Adán Uno antes de los Jardineros?

¿Había existido una Eva Uno, o incluso una señora de Adán Uno, o algún niño Adán Uno? Si se acercaba demasiado a este territorio, Toby se topaba con una sonrisa y un cambio de tema, y la pista de que más valía evitar el pecado original de desear demasiado conocimiento o tal vez demasiado poder. Porque ambos estaban relacionados, ¿no estaba de acuerdo la querida Toby?

Y allí estaba Zeb. Adán Siete. Toby no creía que Zeb fuera un auténtico Jardinero, al menos no más que ella. Había visto un montón de hombres con esa figura durante los días en SecretBurgers, y apostaba a que tramaba algo; tenía esa actitud alerta. Ahora bien, ¿qué estaba haciendo un hombre así en el Edén en el Tejado?

Zeb iba y venía; en ocasiones se esfumaba durante días, y cuando volvía a aparecer podía ir vestido con ropas de plebilla: atuendo de polipiel de motero solar, mono de encargado de mantenimiento, todo de negro como un matón. Al principio, Toby temía que fuera un colega de Blanco que hubiera venido a espiarla, pero no, no lo era. El Loco Adán, lo llamaban los chicos, aunque parecía más que cuerdo. Casi demasiado cuerdo para ir con semejante pandilla de excéntricos encantadores pero delirantes. ¿Y cuál era el vínculo entre él y Lucerne? Lucerne era la viva imagen de una mujer consentida de alguno de los complejos y cada vez que se rompía una uña hacía un mohín. Era una pareja inverosímil para un hombre como Zeb: un escupebalas, lo habrían llamado en la infancia de Toby, cuando las balas eran algo común.

Aunque quizá se trataba del sexo, pensó Toby. Un espejismo de la carne, una obsesión potenciada por las hormonas. Le ocurría a infinidad de personas. Recordaba un tiempo en el que ella misma podría haber participado de una historia así, dado el hombre adecuado, pero cuanto más se prolongaba su estancia con los Jardineros, más se alejaba ese tiempo.

No había tenido relaciones sexuales recientemente, ni tampoco las echaba de menos: durante su inmersión en había tenido demasiado sexo, aunque no de la clase que una desearía. Verse liberada de Blanco significaba mucho: era afortunada de no haber terminado apaleada, hecha puré y arrojada en un solar.

Se había producido un incidente relacionado con el sexo entre los Jardineros: el viejo Mugi *el Músculo* había saltado sobre ella cuando estaba haciendo una hora de ejercicio en la cinta Corre por tu Vida, en la antigua sala de fiestas del último piso del Boulevard Condos. Él la había tirado de la cinta y la había retenido en el suelo, luego se había dejado caer pesadamente encima de ella y había tratado de manosearla bajo la falda tejana, silbando como una bomba pinchada. Pero Toby estaba fuerte de tanto cargar tierra y subir escaleras, y Mugi no mantenía la forma que debía haber disfrutado en otros tiempos. Toby le había clavado el codo, se lo había sacado de encima haciendo palanca y lo había dejado allí cuan largo era, boqueando en el suelo.

Le había hablado de ello a Pilar, porque ya le contaba todo lo que le preocupaba.

—¿Qué he de hacer? —preguntó.

—Nunca montamos lío por estas cosas —dijo Pilar—. En realidad Mugi no tiene peligro. Lo ha intentado con más de una, incluso conmigo hace unos años. —Hizo un chasquidito seco—. El australopiteco ancestral que llevamos dentro puede surgir en cualquiera de nosotros. Has de perdonarlo de corazón. No volverá a hacerlo, ya lo verás.

Así que eso fue todo en lo relativo al sexo. Toby pensó que tal vez era algo temporal, como cuando se te duerme un brazo. «Mis conexiones neuronales están bloqueadas para el sexo. Pero ¿por qué no me importa?»

Ocurrió en la tarde del Día de Santa Anna Maria Sibylla Merian de de los Insectos, que se consideraba jornada propicia para trabajar con abejas. Toby y Pilar estaban extrayendo miel. Llevaban puestos los sombreros con velo; para ahumar usaban un fuelle y un tizón de madera en descomposición.

—¿Tus padres están vivos? —preguntó Pilar, desde detrás de su velo blanco.

A Toby le sorprendió semejante pregunta, tan impropia de un Jardinero. Sin embargo, Pilar no se la habría planteado sin una buena razón. Toby no estaba preparada para hablar de su padre, de modo que le habló a Pilar de la misteriosa enfermedad de su madre. Lo que era más extraño, explicó, era que su madre siempre había sido muy cuidadosa con la salud: la mitad de su peso debían ser complementos vitamínicos.

—Cuéntame —dijo Pilar—. ¿Qué complementos tomaba?

—Dirigía una franquicia de HelthWyzer, así que tomaba los de ellos.

—HelthWyzer —dijo Pilar—. Sí. Hemos oído hablar de eso antes.

—¿Oído qué? —preguntó Toby.

—Esa clase de enfermedad relacionada con los complementos. No es de extrañar que en HelthWyzer quisieran tratar ellos mismos a tu madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Toby. Tenía frío, aunque el sol matinal calentaba y mucho.

—¿No se te ha ocurrido nunca, querida —dijo Pilar—, que tal vez usaron a tu madre de conejillo de Indias?

A Toby no se le había ocurrido, pero en ese momento se le ocurrió.

—Me temía algo —dijo—. No pensaba en las pastillas, sino... Pensaba que era cosa del promotor que quería la tierra de papá. Pensaba que a lo mejor habían echado algo en el pozo.

—En ese caso habríais enfermado todos —dijo Pilar—. Ahora, prométeme que nunca te tomarás ninguna pastilla hecha por una corporación. Nunca compres una pastilla así, y nunca aceptes una pastilla de ésas si te la ofrecen, no importa lo que digan. Enseñarán datos y científicos; sacarán doctores; es inútil, estarán todos comprados.

—¡Todos no! —dijo Toby, impactada por la vehemencia de Pilar: normalmente era muy calmada.

—No —dijo Pilar—. No todos. Pero todos los que siguen trabajando para las corporaciones. Los demás, algunos han muerto de manera inesperada. Pero los que todavía viven, aquellos a los que aún les queda una brizna de la ética médica... —Hizo una pausa—. Aún quedan médicos así. Pero no en las corporaciones.

—¿Dónde están? —preguntó Toby.

—Algunos de ellos están aquí, con nosotros —dijo Pilar. Sonrió—. Katuro *el*

Curvatubos era internista. Ahora se ocupa de nuestras cañerías. Surya era cirujana oftalmológica. Stuart era oncólogo. Marushka era ginecóloga.

—¿Y los demás médicos? ¿Los que no están aquí?

—Digamos que están a salvo, en otro sitio —explicó Pilar—. Por el momento. Pero ahora has de prometerme algo: estas píldoras de la corporación son la comida de los muertos, querida. No de nuestra clase de muertos, de los malos. Los muertos que aún están vivos. Hemos de enseñar a los niños a evitar estas pastillas: son el mal. No se trata sólo de una regla de fe entre nosotros, es una cuestión de certeza.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? —preguntó Toby—. Nadie sabe lo que están haciendo las corporaciones. Están encerradas en esos complejos suyos, nada sale...

—Te sorprendería —dijo Pilar—. Nunca se ha construido un bote que no tenga una filtración en alguna parte. Ahora, prométemelo.

Toby lo prometió.

—Un día —dijo Pilar—, cuando seas una Eva, lo comprenderás mejor.

—Ah, no creo que sea nunca una Eva —dijo Toby sin darle importancia.

Pilar sonrió.

Esa misma tarde, cuando Pilar y Toby habían terminado con la extracción de miel, y Pilar estaba dando las gracias a la colmena y a la abeja reina por su cooperación, Zeb subió por la escalera de la salida de incendios. Llevaba una chaqueta de polipiel negra de las que gustaban a los moteros solares. Hacían cortes a las chaquetas para que circulara el aire caliente mientras iban en moto, pero en ésa había cuchilladas extra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Toby—. ¿Qué puedo hacer?

Zeb tenía las manazas aferradas al estómago; le brotaba sangre de entre los dedos. Toby se mareó un poco, pero al mismo tiempo sintió la urgencia de decir: «No gotees sangre a las abejas.»

—Me he caído y me he cortado —dijo Zeb—. Con cristales rotos. —Respiraba con dificultad.

—Eso no me lo creo —dijo Toby.

—No esperaba que lo hicieras —repuso Zeb, sonriéndole—. Toma —le dijo a Pilar—. Te he traído un regalo. Un especial de SecretBurgers.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de polipiel y sacó un puñado de carne picada. Por un momento, Toby tuvo la horrible impresión de que era carne del propio Zeb, pero Pilar sonrió.

—Gracias, querido Zeb —dijo—. ¡Siempre puedo confiar en ti! Ven conmigo, te curaremos. Toby, ¿puedes ir a buscar a Rebecca y pedirle que traiga papel de cocina limpio? Y a Katuro. Que venga también.

No parecía en absoluto nerviosa por la visión de la sangre.

¿Qué edad tendré antes de poder estar así de tranquila?, pensó Toby. Se sentía vulnerable como porcelana china.

21

Pilar y Toby llevaron a Zeb a de Recuperación de Barbecho en la esquina noroeste del Tejado. La usaban los Jardineros en sus vigilias, o quienes estaban saliendo del estado de barbecho, o los convalecientes. Cuando estaban ayudando a Zeb a acostarse, Rebecca salió del cobertizo que había en la parte de atrás del Tejado con una pila de paños de cocina en la mano.

—Bueno, ¿quién te ha hecho esto? —preguntó—. Cortes de cristal. ¿Una pelea de botellas?

Llegó Katuro, despegó la chaqueta del estómago de Zeb y echó un vistazo de profesional.

—Lo han parado las costillas —afirmó—. Corte, no puñalada. No hay heridas profundas. Has tenido suerte.

Pilar le entregó la carne picada a Toby.

—Es para los gusanos —dijo—. ¿Te encargarás tú esta vez, querida?

La carne ya se estaba pudriendo, a juzgar por el olor.

Toby la envolvió en una gasa de de Estética como había visto hacer a Pilar, y bajó el atillo desde el borde del tejado con una cuerda. En un par de días, después de que las moscas pusieran los huevos y éstos se abrieran, lo subirían otra vez y recogerían los gusanos, porque donde había carne en putrefacción los gusanos nunca tardan en llegar. Pilar siempre tenía a mano una reserva de gusanos para usarlos con fines terapéuticos en caso de necesidad, pero Toby nunca los había visto en acción.

Según Pilar, la terapia con gusanos era muy antigua. La habían descartado por pasada de moda junto con las sanguijuelas y las sangrías, pero durante Mundial los médicos se habían fijado en que las heridas de los soldados sanaban mucho más deprisa en presencia de gusanos. Las amables criaturas no sólo se comían la carne en

descomposición, sino que también mataban bacterias necróticas y por tanto eran de gran ayuda para evitar la gangrena.

Los gusanos daban una sensación placentera, contaba Pilar —un mordisqueo suave como de pececitos—, pero había que vigilarlos con atención, porque si salían de la zona de descomposición y empezaban a invadir la carne viva producían dolor y hemorragia. De lo contrario, la herida se curaba limpiamente.

Pilar y Katuro aplicaron vinagre con una esponja sobre los cortes de Zeb y luego frotaron miel. Zeb ya no estaba sangrando, aunque estaba pálido. Toby le llevó una bebida de zumaque.

Katuro explicó que el cristal que se usaba en las reyertas callejeras de las plebillas era notoriamente infeccioso, de modo que había que aplicar de inmediato los gusanos para evitar una septicemia. Pilar colocó con pinzas los gusanos en un pliegue de gasa y aplicó ésta sobre la herida. Cuando los gusanos atravesaran la gasa, la herida de Zeb ya estaría lo bastante podrida para resultarles atractiva.

—Alguien ha de vigilar a los gusanos —dijo Pilar—.

Veinticuatro horas al día. Por si acaso empiezan a comerse a nuestro querido Zeb.

—O por si acaso empiezo a comérmelos yo a ellos —dijo Zeb—. Son gambas de tierra. Tienen el mismo esquema corporal. Son muy buenos fritos. Una gran fuente de lípidos. —Mantenía la compostura, pero su voz era débil.

Toby se encargó del primer turno de cinco horas. Adán Uno se había enterado del accidente de Zeb y acudió a visitarlo.

—La discreción es la mejor parte del valor —dijo con voz suave.

—Sí, bueno, había muchos —explicó Zeb—. De todos modos, mandé a tres al hospital.

—No es algo de lo cual sentirse orgulloso —sentenció Adán Uno.

Zeb torció el gesto.

—Los soldados de a pie usan los pies. Por eso llevo botas.

—Discutiremos eso después, cuando te encuentres mejor —dijo Adán Uno.

—Me siento bien —gruñó Zeb.

Nuala intervino para relevar a Toby.

—¿Le has preparado un poco de sauce? —preguntó—. Oh, vaya, ¡detesto los gusanos! Deja que te levante. ¿No podemos levantar la malla metálica? ¡Necesitamos que entre la brisa! Zeb, ¿es a esto a lo que te refieres con Limitación de Derramamiento de Sangre Urbana? ¡Qué malo eres!

Estaba cotorreando, y Toby tuvo ganas de darle una patada.

A continuación llegó Lucerne, enjugándose las lágrimas.

—¡Qué horror! ¿Qué ha pasado, quién...?

—Oh, ha sido muy malo —dijo Nuala con complicidad—. ¿Verdad, Zeb? Mira que pelearte en las plebillas —susurró con deleite.

—Toby —dijo Lucerne, sin hacer caso a Nuala—, ¿es muy grave? Se va a... se va a... —Sonaba como una actriz de la tele antigua representando una escena de lecho de muerte.

—Estoy bien —dijo Zeb—. ¡Ahora aire y déjame solo!

No quería a nadie dándole la lata, dijo. Salvo a Pilar. Y Katuro en caso de absoluta necesidad. Y Toby, porque al menos ella estaba en silencio. Lucerne se marchó, llorando enfadada, pero Toby no podía hacer nada para impedirlo.

El rumor era la noticia diaria entre los Jardineros. Los chicos mayores enseguida se enteraron de la batalla de Zeb —ya se había convertido en una batalla— y la tarde siguiente Shackleton y Crozier fueron a verlo. Estaba dormido —Toby le había colado un poco de adormidera en su té de sauce—, de manera que los chicos pasaron de puntillas, hablando en voz baja y tratando de hurtar una mirada a la herida.

—Una vez se comió un oso —dijo Shackleton—. Cuando estaba volando para Bearlift, esa vez que estaban tratando de salvar los osos polares. Su avión se estrelló y él se largó caminando; ¡se pasó meses!

Los chicos mayores conocían esos cuentos heroicos de Zeb.

—Dijo que los osos parecen un hombre cuando los despellejas.

—Se comió al copiloto. Pero después de que hubiera muerto —dijo Crozier.

—¿Podemos ver los gusanos?

—¿Ha tenido gangrena?

—¡Aj! ¡Aliento de carne!

—Ahora largo —dijo Toby—. Zeb... Adán Siete necesita descansar.

Adán Uno insistía en pensar que Shackleton y Crozier y el joven Oates saldrían adelante, pero Toby tenía sus dudas. Se suponía que Philo *el Niebla* tenía que ser su padre postizo, pero no siempre estaba mentalmente disponible.

Pilar se ocupó de las guardias nocturnas: de todos modos no dormía mucho de noche, dijo. Nuala se presentó voluntaria para las mañanas. Toby se encargó de las tardes. Echaba un vistazo a los gusanos cada hora. Zeb no tenía fiebre, y no había sangre fresca.

En cuanto empezó a curarse, se puso inquieto, de modo que Toby jugó con él al dominó, a cartas y finalmente al ajedrez. El juego de ajedrez era de Pilar: las negras eran hormigas, y las blancas, abejas; había tallado las piezas ella misma.

—Pensaban que la abeja reina era un rey —dijo Pilar—. Porque si matabas a esa

abeja, el resto perdía su propósito. Por eso el rey de ajedrez apenas se mueve por el tablero: porque la abeja reina siempre se queda dentro de la colmena.

Toby no estaba segura de que eso fuera cierto: ¿la abeja reina estaba siempre dentro de la colmena? Salvo cuando se enjambraban, por supuesto, y para vuelos nupciales... Miró al tablero, tratando de entender la posición. Desde fuera de de Recuperación del Barbecho llegaba el sonido de la voz de Nuala que se mezclaba con el gorjeo de los niños más pequeños.

—Los cinco sentidos mediante los cuales percibimos el mundo... vista, oído, tacto, olfato y gusto... ¿Para qué usamos el gusto? Muy bien... Oates, no hace falta que lamas a Melissa. Ahora volved a guardar las lenguas en vuestros contenedores de lengua y cerrar la tapa.

Toby tuvo una imagen; no, un gusto. Podía saborear el brazo de Zeb, la sal...

—Jaque mate —dijo Zeb—. Las hormigas vuelven a ganar. —Zeb siempre jugaba con las hormigas para dar a Toby la ventaja de la apertura.

—Oh —dijo Toby—. No lo había visto.

En ese momento se estaba preguntando —una idea inútil— si había algo entre Nuala y Zeb. Nuala, aunque ampulosa, era lozana y extrañamente aniñada. A algunos hombres eso les resultaba seductor.

Zeb barrió las piezas del tablero y empezó a colocarlas otra vez.

—¿Me haces un favor? —dijo.

No esperó un sí. Contó que Lucerne estaba teniendo muchos dolores de cabeza. Su voz era neutra, pero con cierto tonillo, por lo cual Toby entendió que los dolores de cabeza tal vez no fueran reales; o bien eran reales pero a Zeb le resultaban igualmente aburridos.

¿Toby podía pasarse con algunos de sus frascos la siguiente vez que Lucerne tuviera migraña y ver qué podía solucionar? Porque él mismo estaba más que convencido de que no podía hacer nada por las hormonas de Lucerne si era de eso de lo que se trataba.

—Me está dando mucho la lata —dijo—. Por estar demasiado tiempo fuera. Se pone celosa. —Sonrió como un tiburón—. Quizá contigo atienda a razones.

Bueno. La rosa se ha marchitado, pensó Toby. Y a la rosa no le gusta.

22

San Allan Sparrow del Aire Puro: hasta el momento el día no había hecho honor a su nombre. Toby se abrió camino por entre las calles repletas de las plebillas, con su bolsa de hierbas secas y botellas de medicamentos ocultos bajo su mono de trabajo. Pese a que la tormenta de la tarde había limpiado un poco el aire de humos y partículas, ella llevaba un cono negro en la nariz en honor de san Sparrow. Como era costumbre.

Se sentía más segura en la calle desde que habían puesto a Blanco en Painball; aun así, nunca paseaba ni se entretenía, aunque —recordando las instrucciones de Zeb— tampoco corría. Era mejor mostrarse decidida, como si estuviera en una misión. No hacía caso de las miradas de los viandantes ni de las difamaciones anti-Jardineras, pero permanecía atenta a cualquier movimiento repentino o cuando alguien se acercaba demasiado. Una banda de plebiquillos le había robado los hongos en cierta ocasión; por fortuna para ellos, no llevaba nada letal en ese momento.

Se dirigía al edificio de para cumplir con la solicitud de Zeb. Era la tercera vez que iba. Si los dolores de cabeza de Lucerne eran reales y no sólo una llamada de atención, un analgésico somnífero sin receta de HelthWyzer le habría solucionado el problema, o bien curándola o bien matándola. Sin embargo, las pastillas de las corporaciones eran tabú entre los Jardineros, así que había estado dándole extracto de sauce, seguido de valeriana, con un poco de adormidera añadida; aunque no demasiada adormidera, porque tenía efectos adictivos.

—¿Qué lleva esto? —preguntaba Lucerne cada vez que Toby le daba algo—. Sabe mejor cuando lo prepara Pilar.

Toby se guardaba de decir que lo había hecho Pilar, e instaba a Lucerne a tragar la dosis. Luego le ponía una compresa fría en la frente y se sentaba a la vera de su cama,

tratando de desconectar de los silbidos de Lucerne.

Se esperaba de los Jardineros que evitaran cualquier difusión de sus problemas personales: endilgarle a otro tu basura mental no estaba bien visto. Nuala enseñaba a los niños que para beber Vida había dos copas. Lo que hay en ellas puede ser exactamente lo mismo, pero vaya, el gusto es muy diferente.

La Copa del del No es amarga, del Sí es buena.
Dime tú con cuál prefieres tener la barriga llena.

Éste era un credo básico de los Jardineros. Ahora bien, aunque Lucerne podía pronunciar los eslóganes, no había interiorizado las enseñanzas: Toby sabía detectar a un farsante en cuanto lo veía, porque también ella lo era. En cuanto Toby se situaba en la posición de pastor espiritual, todo lo que se estaba pudriendo dentro de Lucerne salía a borbotones. Toby asentía en silencio, con la esperanza de dar la impresión de compasión, aunque en realidad estaba considerando cuántas gotas de adormidera hacían falta para dejar a Lucerne inconsciente antes de que ella, Toby, cediera a sus peores impulsos y la estrangulara.

Mientras recorría las calles con paso ligero, Toby anticipó las quejas de Lucerne. Si seguían el modelo habitual serían sobre Zeb: ¿por qué no estaba nunca presente cuando lo necesitaba? ¿Cómo había terminado ella en esa fosa séptica antihigiénica con ese puñado de soñadores («No me refiero a ti, Toby. Tú tienes sentido común») que no tenían ni la menor idea de cómo funcionaba el mundo? Ella estaba enterrada viva ahí con un monstruo de egoísmo, con un hombre que sólo se preocupaba de sus necesidades. Hablar con él era como hablar con una patata; no, con una piedra. No te oía, nunca te decía lo que estaba pensando, era duro como el pedernal.

No es que Lucerne no lo hubiera intentado. Quería ser una persona responsable, creía de verdad que Adán Uno tenía razón respecto a muchas cosas, y nadie amaba a los animales tanto como ella, pero había un límite y Lucerne no creía ni por un instante que las babosas tuvieran sistema nervioso central, y decir que tenían alma era burlarse de la idea misma del alma, y ella lo lamentaba, porque nadie tenía más respeto por las almas que ella, que siempre había sido una persona espiritual. En cuanto a salvar el mundo, nadie deseaba salvar el mundo tanto como ella, pero por más que los Jardineros se privaran de comer y vestirse como es debido, y hasta de ducharse como es debido, por el amor de Dios, y por más que se sintieran más elevados y poderosos y virtuosos que todos los demás, la verdad era que no cambiarían nada. Eran como aquellas personas que se azotaban durante , esos flagrantes.

—Flagelantes —la había corregido Toby, la primera vez que lo mencionó.

Entonces Lucerne le dijo que no tenía nada contra los Jardineros, que sólo se

sentía desmoralizada por el dolor de cabeza. También porque la miraban mal por proceder de una corporación, y por abandonar a su marido para huir con Zeb. No confiaban en ella. Pensaban que era una zorra. Contaban chistes sobre ella a sus espaldas. O los contaban los niños, ¿no?

—Los niños hacen chistes guarros de cualquiera —había dicho Toby—, hasta de mí.

—¿De ti? —se había extrañado Lucerne, abriendo sus grandes ojos de pestañas oscuras—. ¿Por qué iban a hacer chistes guarros de ti?

«No hay nada sexual en ti», era lo que había querido decir. Plana como una tabla por delante y por detrás. Abeja obrera.

Había una ventaja en eso: al menos Lucerne no estaba celosa de ella. En ese sentido, Toby se alzaba sola entre las mujeres Jardineras.

—No te menosprecian —había dicho Toby—. No creen que eres una zorra. Ahora relájate y cierra los ojos y visualiza el sauce moviéndose por tu organismo, hasta la cabeza, donde está el dolor.

Era cierto que los Jardineros no menospreciaban a Lucerne, o al menos no por las razones que ella pensaba. Tal vez les molestaba la forma en que haraganeaba en el cumplimiento de las tareas o que no hubiera aprendido nunca a trocear una zanahoria, podían ser desdeñosos con el desorden de su espacio vital, con su patético intento de cultivar tomates en el alféizar o con la cantidad de tiempo que se pasaba en la cama, pero no les importaba su infidelidad, o su adulterio, o como lo hubieran llamado en otro momento.

Eso era porque a los Jardineros no les preocupaban los certificados de matrimonio. Aprobaban la fidelidad porque las relaciones de pareja eran habituales, pero no constaba que el primer Adán y la primera Eva se hubieran casado, así que a sus ojos ni los clérigos de otras religiones ni ninguna autoridad secular ostentaban el poder de casar a la gente. En cuanto a Corpsegur, eran partidarios de los matrimonios oficiales sólo como medio de capturar tu imagen de iris, tomarte las huellas dactilares y registrar tu ADN para controlarte mejor. O eso afirmaban los Jardineros, y ésa era una de las afirmaciones que Toby podía creer sin reservas.

Entre los Jardineros, las bodas eran asuntos simples. Ambas partes tenían que proclamar delante de testigos que se amaban. Intercambiaban hojas verdes, para simbolizar el crecimiento y la fertilidad, y saltaban una hoguera que simbolizaba la energía del universo, luego se declaraban casados y se iban a la cama. En los divorcios lo hacían todo al revés: una declaración pública de desamor y separación, el intercambio de ramitas secas y un saltito por encima de una pila de cenizas frías.

Una queja habitual de Lucerne —que sin duda surgiría si Toby no se daba prisa con la adormidera— era que Zeb nunca la había invitado a la ceremonia de hojas verdes y salto de hogueras.

—No es que yo crea que tiene ningún significado —diría—. Pero él ha de creerlo, porque es uno de ellos, ¿no? Así que, al no hacerlo, está rechazando el compromiso. ¿Estás de acuerdo?

—Nunca sé lo que nadie piensa —diría Toby.

—Pero si se tratara de ti, ¿no pensarías que está rehuyendo su responsabilidad?

—¿Por qué no se lo preguntas? —diría Toby—. Pregunta por qué no te ha... —¿Era «propuesto» la palabra correcta?

—Sólo se cabrearía —diría Lucerne, con un suspiro—. ¡Era tan diferente cuando lo conocí!

Luego a Toby se le ofrecería la historia de Lucerne y Zeb: una historia que Lucerne nunca se cansaba de contar.

23

La historia ocurrió así. Lucerne conoció a Zeb en el AnooYoo Spa-in-the-Park, ¿Toby conocía el balneario AnooYoo? Ah. Bueno, era un lugar fantástico para relajarse y volver a ponerte en circulación. Fue justo después de que lo construyeran, y aún estaban poniendo el paisaje: las fuentes, los parterres, los jardines, los arbustos. Las lumirrosas. ¿A Toby no le gustaban las lumirrosas? ¿No las había visto nunca? Ah. Bueno, quizás alguna vez...

A Lucerne le encantaba despertarse al alba, entonces se levantaba temprano, le gustaba contemplar la salida del sol; siempre había sido muy sensible al color y la luz, por eso prestaba mucha atención a los valores estéticos en sus casas, las casas que había decorado. Le encantaba incorporar al menos una habitación con colores de la salida del sol: la concebía como la sala del amanecer.

Estaba inquieta en aquellos días. Estaba realmente muy inquieta, porque su marido era frío como una cripta, y ya no hacían el amor porque él estaba demasiado ocupado con su carrera. Y ella era una persona sensual, siempre lo había sido, y su naturaleza sensual estaba muriendo de inanición. Y eso era malo para la salud, sobre todo para el sistema inmunitario. ¡Había leído estudios sobre el tema!

Así que allí estaba, merodeando al alba con su quimono rosa y llorando un poco, contemplando un divorcio de su marido de la corporación HelthWyzer, o al menos una separación, aunque se daba cuenta de que no sería lo mejor para Ren, que entonces era pequeña y estaba muy orgullosa de su padre, aunque no es que él le prestara suficiente atención. Y de repente allí estaba Zeb, a la luz del sol del amanecer, como un, bueno, como una visión, solo, plantando una mata de lumirrosas. Aquellas rosas que brillaban en la oscuridad, las de aroma tan divino. ¿Toby las había olido alguna vez? Suponía que no, porque los Jardineros se oponían a todo lo nuevo,

pero aquellas rosas eran bonitas porque sí.

De manera que allí había un hombre, al alba, arrodillado en el suelo y con aspecto de que sostenía un ramo de brasas de carbón.

¿Qué mujer inquieta puede resistirse a un hombre con una pala en una mano, un ramo de rosas brillantes en la otra y un brillo moderadamente delirante en la mirada que podía tomarse por amor?, pensó Toby. En cuanto a Zeb, seguro que tenía algo que decirle a una mujer atractiva vestida con quimono rosa, con el cinturón un poco suelto, en un parterre, bajo la luz perlada del amanecer, y más aún a una mujer llorosa. Porque Lucerne era atractiva. Desde un punto de vista estrictamente visual, era muy atractiva. Aunque lloriqueara, que era como Toby la veía casi siempre.

Lucerne se había deslizado por el césped, consciente de sus pies descalzos sobre la hierba fría y húmeda, consciente del roce de la tela en sus muslos, consciente de que le apretaba en la cadera y le quedaba suelta bajo la clavícula. Hinchándose, como las olas. Se había detenido delante de Zeb, que la había estado viendo acercarse como si él hubiera sido un marinero arrojado al océano por error y ella una sirena o un tiburón. (Era Toby la que proporcionaba estas imágenes: Lucerne decía «destino».) Los dos eran muy conscientes ya en ese momento, le dijo a Toby; ella siempre había sido consciente de la consciencia de otras personas, era como un gato, o, o... tenía ese talento, ¿o era una maldición?; por eso lo sabía. Así pues, fue capaz de notar desde su propio interior lo que Zeb estaba sintiendo al mirarla. ¡Fue abrumador!

Era imposible explicarlo en palabras, dijo Lucerne, como si a Toby no pudiera pasarle nunca nada similar.

En cualquier caso, allí estaban, aunque ya habían previsto lo que iba a ocurrir: lo que tenía que ocurrir. El temor y la lujuria los unían y los separaban a partes iguales.

Lucerne no lo llamaba lujuria. Lo llamaba ansia.

En este punto, a Toby le asaltaría la imagen del conjunto de salero y pimentero que se usaba en la mesa de la cocina en su lejana infancia: un gallito de porcelana, una gallinita de porcelana. La gallina era el salero y el gallo el pimentero. La salada Lucerne estaba allí frente al picante Zeb, sonriéndole y mirándole, y se había limitado a plantearle una pregunta sencilla: cuántos rosales había o algo por el estilo, no lo recordaba, tan cautivada estaba por Zeb... (Aquí Toby desconectaría su atención, porque no quería ni oír hablar de bíceps, tríceps y otros atractivos musculares de Zeb. ¿Era inmune a esos atractivos? No. ¿Estaba celosa de esta parte de la historia? Sí. Debemos ser conscientes de nuestras propias tendencias y desvíos de naturaleza animal en todo momento, decía Adán Uno.) Y entonces diría Lucerne, volviendo a enganchar a Toby a su relato: y entonces había ocurrido algo extraño: había reconocido a Zeb.

—Te había visto antes —dijo ella—. ¿No estabas en HelthWyzer? Pero entonces no eras Jardinero. Eras...

—Te equivocas de persona —dijo Zeb.

Y acto seguido la besó. Ese beso la había atravesado como un cuchillo y ella se había derrumbado en sus brazos como... como un pez muerto, no, como una enagua..., no, como pañuelos de papel empapado. Y entonces él la había recogido y la había acostado en el césped, justo donde cualquiera podía verlos, y eso era increíblemente excitante, y a continuación él le había desatado el quimono y había arrancado los pétalos de las rosas que llevaba y los había esparcido sobre el cuerpo de Lucerne y luego los dos... Fue como una colisión a alta velocidad, dijo Lucerne, y había pensado: ¿cómo puedo sobrevivir a esto? Me voy a morir aquí y ahora. Y se dio cuenta de que él sentía lo mismo.

Después —bastante después, después de que vivieran juntos—, él le había dicho que tenía razón. Sí, él había estado en HelthWyzer, pero por razones en las que no iba a entrar había tenido que marcharse apresuradamente, y confiaba en que ella no mencionara a nadie ese anterior tiempo y lugar que había habitado en cierta ocasión. Y ella no lo había mencionado. O no mucho. Salvo justo ahora, a Toby.

En cambio, entonces, durante su estancia en el balneario —gracias a Dios que ella no se estaba sometiendo a ningún proceso de piel que la habría hecho parecer sarnosa, sólo había ido para una puesta a punto—, tuvieron muchas más raciones de aperitivo el uno del otro, encerrados en alguna de las duchas de los vestuarios del balneario, y después de eso se quedó pegada a Zeb como una hoja húmeda. Como él lo estaba a ella, añadía. Nunca tenían bastante el uno del otro.

Y luego, una vez que terminaron las sesiones en el balneario y volvió a lo que llamaba su casa, Lucerne se escabullía del complejo con un pretexto u otro —ir de compras, sobre todo, las cosas que podías comprar en el complejo eran muy predecibles— y se encontraban en secreto en las plebillas —era muy excitante al principio—, en lugares muy divertidos, hotelitos sucios y habitaciones que alquilabas por horas, bien lejos del ambiente acartonado del complejo de HelthWyzer; y luego, cuando él tuvo que viajar de manera inesperada —hubo algún problema, ella nunca había comprendido por qué, pero tenía que irse muy deprisa—, bueno, descubrió que no podía soportar estar separada de él.

De este modo Lucerne había abandonado a su llamado marido, aunque no es que no le estuviera bien empleado por ser tan inerte.

Y se habían ido trasladando de una ciudad a otra, de un parque de caravanas a otro, y Zeb había comprado unos pocos procedimientos en el mercado negro, para sus dedos y su ADN y tal; y después, cuando fue seguro, habían vuelto, justo aquí, a los Jardineros. Porque Zeb le había dicho a ella que siempre había sido Jardinero. O eso decía. En cualquier caso, parecía conocer muy bien a Adán Uno. Habían ido juntos al colegio. O algo por el estilo.

Así que Zeb se vio obligado, pensó Toby. Se había fugado de una corporación; quizás había estado vendiendo en el mercado negro algún producto patentado, como nanotecnología o una combinación genética. Eso podía ser fatal si te pillaban. Y Lucerne había juntado cara y antiguo nombre, y él había tenido que distraerla con sexo y luego se la había tenido que llevar para asegurarse su lealtad. Era eso o matarla. No podía dejarla: Lucerne se habría sentido humillada y habría mandado tras él a los perros de Corpsegur. Aun así, ¡qué riesgo había corrido! La mujer era como el coche bomba de un aficionado: no sabías cuándo saltaría por los aires, ni a quién se llevaría por delante cuando lo hiciera. Toby se preguntaba si Zeb había pensado alguna vez en meterle un corcho en la epiglotis y echarla a un vertedero de basuróleo.

Aunque quizá la amaba. A su manera. Por duro que le resultara imaginarlo a Toby. No obstante, quizás el amor se había agotado, porque en ese momento no estaba haciendo suficiente trabajo de mantenimiento con ella.

—¿Tu marido no te buscó? —había preguntado Toby la primera vez que oyó este cuento—. ¿El de HelthWyzer?

—No considero que ese hombre siga siendo mi marido —dijo Lucerne en tono ofendido.

—Disculpa. Tu antiguo marido. Los de Corpsegur... ¿Le dejaste un mensaje?

El rastro de Lucerne, si lo seguían, llevaría directamente a los Jardineros, no sólo a Zeb sino a la propia Toby, y a su anterior identidad, lo cual podía tener consecuencias incómodas para ella: Corpsegur nunca tachaba antiguas deudas, ¿y si alguien había desenterrado a su padre?

—¿Por qué iban a gastarse el dinero? —dijo Lucerne—. No soy importante para ellos. En cuanto a mi antiguo marido... —Hizo una mueca— debería haberse casado con una ecuación. Quizá ni se dio cuenta de que me fui.

—Y qué pasa con Ren —dijo Toby—. Es una niña encantadora. Seguramente le echa de menos.

—Oh —dijo Lucerne—. Sí. Probablemente se da cuenta de eso.

Toby quiso preguntar por qué Lucerne no había dejado a Ren con su padre. Robarla sin dejar ninguna información parecía un acto de crueldad. Pero formular semejante pregunta simplemente enfadaría a Lucerne, sonaría demasiado crítico.

A dos manzanas de , Toby se topó con una batalla callejera: Asian Fusions contra Blackened Redfish, con unos pocos Lintheads gritando desde fuera. Los chicos no tendrían más de siete u ocho años, pero había muchos, y cuando la localizaron pararon de gritarse los unos a los otros y empezaron a gritarle a ella. «Beata, beata, zorrita blanca. ¡Vamos a quitarle los zapatos!»

Toby giró sobre sí misma, de modo que su espalda quedó contra la pared, y se preparó para hacerles frente. Era difícil patearles fuerte cuando eran tan pequeños —

como había señalado Zeb en su clase de Limitación de Derramamiento de Sangre Urbana, existía cierta inhibición de la especie que impedía hacer daño a niños—, pero Toby sabía que tendría que hacerlo porque podían ser letales. Apuntarían a su estómago, la embestirían con sus cabecitas, tratando de derribarla. Los más pequeños tenían un hábito guarro de tirar de las faldas sueltas de las Jardineras y meterse debajo de ellas para luego morder lo que encontraban una vez que estaban allí. Pero Toby estaba preparada: cuando se acercaran lo suficiente, les retorcería las orejas o les golpearía en el cuello con el lateral de la mano, o golpearía uno contra otro sus pequeños cráneos.

Sin embargo, de repente, todos viraron bruscamente como un cardumen, pasaron corriendo a su lado y desaparecieron en el callejón.

Toby giró el cuello y vio la causa. Era Blanco. No estaba en Painball. Debían de haberle dejado salir. O el caso es que había salido.

El pánico le atenazó el corazón. Vio las manos desolladas rojas y azules, sintió que se le desmenuzaban los huesos. Era su peor pesadilla.

Tranquila, se dijo a sí misma. Blanco estaba al otro lado de la calle, y ella iba vestida con un mono suelto y llevaba puesto el cono de la nariz, de modo que tal vez él no lograra reconocerla. De hecho, todavía no había mostrado signo alguno de reconocerla. No obstante, estando sola no se sentía a salvo de una violación o una agresión. Blanco la arrastraría a ese mismo callejón por el cual se habían largado los plebiquillos. Le quitaría el cono y vería quién era. Y ése sería el final, y no sería un final rápido. La mataría lo más lentamente que pudiera. La convertiría en una valla publicitaria de carne, una muestra viva (o no tan viva) de su repugnante refinamiento.

Toby se volvió con rapidez y se alejó lo más deprisa que pudo, antes de que Blanco tuviera tiempo de apuntar su malevolencia hacia ella. Sin aliento, dobló la esquina, recorrió media manzana y miró atrás. Blanco no estaba ahí.

Por una vez se sintió más que contenta de llegar al umbral del apartamento de Lucerne. Se levantó el cono de la nariz, forzó los músculos de su sonrisa profesional y llamó a la puerta.

—¿Zeb? —preguntó Lucerne en voz alta—. ¿Eres tú?

San Euell de la Comida Silvestre

Año 12

De los dones de san Euell
Narrado por Adán Uno

Amigos míos, compañeros animales, mis queridos hijos:

Este día marca el principio de de San Euell, durante la cual recolectaremos los dones de que Dios, a través de la naturaleza, ha puesto a nuestra disposición. Pilar, nuestra Eva Seis, nos llevará de excursión por Heritage Park, en busca de hongos, y Burt, nuestro Adán Trece, nos ayudará con las hierbas comestibles. Recordad: «En caso de duda, ¡escúpela!» Pero si un ratón se la ha comido, posiblemente tú también te la puedes comer. Aunque no siempre.

Los niños mayores asistirán a una demostración de Zeb, nuestro respetado Adán Siete, sobre la caza de animales pequeños mediante el uso de trampas para obtener comida de supervivencia en tiempos de imperiosa necesidad. Recordad, nada nos es impuro si sentimos gratitud y pedimos perdón, y siempre y cuando nosotros mismos estemos dispuestos a ofrecernos a la gran cadena trófica cuando nos llegue el turno. Porque ¿dónde si no radica el significado profundo de sacrificio?

La estimada esposa de Burt, Veena, sigue en barbecho, aunque esperamos volver a recibirla entre nosotros en breve. Que la luz la rodee.

Hoy hemos meditado sobre san Euell Gibbons, que floreció en esta tierra entre 1911 y 1975; hace mucho tiempo, pero está muy cerca en nuestros corazones. De niño, cuando su padre se fue de casa para buscar trabajo, san Euell proporcionó sustento a

su familia gracias a su conocimiento de la naturaleza. No fue a ninguna universidad salvo a , oh, Señor. En Tus especies encontró a sus profesores, con frecuencia estrictos pero siempre acertados. Y después compartió estas enseñanzas con nosotros.

Nos enseñó los usos de tus numerosos bejines, y de otros hongos; nos advirtió de los peligros de las especies venenosas, que no obstante poseen un valor espiritual si se toman en cantidades juiciosas.

Él nos cantó las virtudes de la cebolla silvestre, del espárrago silvestre, del ajo silvestre, que no exigen esfuerzo, ni están rociados de pesticidas cuando crecen dichosos lo bastante lejos de los cultivos de agricultura industrial. Conocía los medicamentos de los márgenes: la corteza de sauce para dolores y fiebres, la raíz de diente de león como diurético en caso de retención de líquidos. Nos enseñó a no malgastar; porque incluso la humilde ortiga, tan frecuentemente arrancada y arrojada, es fuente de muchas vitaminas. Nos enseñó a improvisar; porque si no hay acedera puede haber aneas; y si no hay arándanos azules quizás abunden los arándanos rojos.

San Euell, que podamos sentarnos en espíritu a tu mesa —esa humilde lona extendida sobre el suelo— y cenar contigo fresas silvestres, y frondas de helechos y vainas jóvenes de algodoncillo, ligeramente hervidas, con un poco de sucedáneo de margarina si se puede obtener.

Y en momentos de máxima necesidad, ayúdanos a aceptar lo que nos depare el destino; y susúrranos en nuestros oídos internos y espirituales los nombres de las plantas, y sus estaciones, y los lugares donde pueden encontrarse.

Porque se acerca el Diluvio Seco, y cesará toda compraventa, y nos encontraremos limitados a nuestros propios recursos en medio del Jardín munificente de Dios. Que también era tu Jardín.

Cantemos.

Oh, cantemos a las hierbas santas

Oh, cantemos a las hierbas santas
que florecen en las zanjas,
pues son para los necesitados
y no son para los ricos.

No están en los centros comerciales,
tampoco en supermercados;
las desprecian porque todas crecen
sin dueño para los pobres.

La achicoria brota en primavera,
antes de salir las flores;

la raíz de bardana es en junio
cuando está llena de jugo.

Madura en otoño la bellota
y también el nogal negro;
el algodoncillo es tierno hervido,
y sus brotes cuando nacen.

Las cortezas de abedul y picea
tienen vitamina C;
pero no les quites demasiada
porque matarás el árbol.

Verdolaga, acedera, huauzontle
y ortigas también son buenos;
espino albar, saúco, zumaque
tienen bayas que son sanas.

Las hierbas santas proliferan
y son hermosas de ver,
¿duda que Dios las puso
para que no pasemos hambre?

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

24

Ren

Año 25

Recuerdo lo que había para cenar esa noche en el Cuarto Pringoso: había ChickieNobs. No me gustaba la carne desde mi paso por los Jardineros, pero Mordis decía que los ChickieNobs en realidad eran verdura, porque crecían en tallos y no tenían cara. Así que me comí la mitad.

Luego bailé un poco para no perder la práctica. Tenía mi propio Sea/H/Ear Candy, y cantaba. Adán Uno decía que Dios nos había creado con la música incorporada: podíamos cantar como los pájaros, pero también como los ángeles, porque el canto era una forma de alabanza con un origen más profundo que el habla, y Dios podía oírnos mejor cuando cantábamos. Trato de recordarlo.

Luego miré otra vez al Nido de Víboras. Había tres tipos de Painball allí: acababan de salir. Te dabas cuenta porque estaban afeitados, con el pelo recién cortado y ropa nueva, y parecían pasmados, como si los hubieran guardado en un armario oscuro durante mucho tiempo. Además lucían un pequeño tatuaje en la base del pulgar izquierdo: un círculo, rojo o amarillo brillante, según fueran del Equipo Rojo o del Equipo Dorado. Los otros clientes se estaban alejando de ellos, dándoles espacio, pero con respeto, como si se tratara de estrellas de la web o de héroes del deporte y no de criminales de Painball. También apostaban sobre los equipos: Rojo contra Dorado. Mucho dinero cambiaba de manos con el Painball.

Siempre había dos o tres tipos de Corpsegur ocupándose de los veteranos de

Painball: podían ponerse hechos una furia y causar estragos. A las chicas del Scales nunca nos dejaban estar solas con ellos: no entendían qué era la fantasía. Nunca sabían cuándo parar y podían romper muchas más cosas que los muebles. Era mejor emborracharlos, pero había que hacerlo deprisa, antes de que entraran en el modo de rabia plena.

—Echaré a estos capullos yo mismo —dijo Mordis—. No queda nada humano bajo ese tejido cicatrizado. Pero SeksMart nos paga un bono de tiempo extra con ellos.

Les daríamos bebida y pastillas, a paladas a ser posible. Habían empezado a usar algo nuevo cuando yo ya estaba en el Pringoso: BlyssPluss, lo llamaban. Sexo sin malos rollos, satisfacción total, te llevaba al paraíso y además ofrecía un ciento por ciento de protección, o eso decían. Las chicas del Scales no estaban autorizadas a tomar droga en el trabajo —no nos pagaban para que disfrutásemos, decía Mordis—, pero esto era diferente, porque si lo tomaban no te hacía falta un guante corporal de biofilm, y muchos clientes pagaban extra porque no te lo pusieras. En el Scales estaban probando el BlyssPluss para la corporación Rejoov, así que lo repartían como caramelos —era sobre todo para los clientes *top*— y me moría de ganas de probarlo.

Siempre recibíamos propinas enormes en las noches de Painball, aunque ninguna de las habituales del Scales teníamos que hacer trabajo primario con los nuevos veteranos, porque éramos artistas de talento y cualquier daño que sufriéramos sería costoso. Para el trabajo guarro básico traían a las temporales: chusma europea o Tex-Mex o Asian Fusion y menores Redfish que recogían de las calles porque los tipos de Painball querían membrana, y después de que hubieran terminado te juzgarían contaminada hasta que demostraras lo contrario, y en el Scales no querían gastar dinero en el Cuarto Pringoso chequeando a estas chicas o curándolas. Yo nunca las vi dos veces. Entraban por la puerta, pero no creo que salieran. En un club más cutre las habrían usado para los tipos que querían realizar sus fantasías vampíricas, pero eso implicaba contacto boca-sangre y, como he dicho, a Mordis le gustaba la pulcritud.

Esa noche, uno de los tipos de Painball tenía a Starlite en su regazo. Ella le estaba dando el polvo marca de la casa. Iba con su vestido de plumas de pavoceta y el tocado, y puede que fuera alucinante desde delante, pero desde mi ángulo de visión parecía que al tipo se lo estaba haciendo un guardapolvo enorme azul verdoso, como un lavado de coche en seco.

El segundo tipo estaba mirando a Savona con la boca abierta y la cabeza tan echada hacia atrás que casi formaba ángulo recto con su espalda. Si ella se resbalaba de la barra le partiría el cuello. Si ocurre eso, pensé, no será el primer tipo al que sacan por la puerta de atrás del Scales y lo tiran desnudo en un solar. Era mayor que el otro tipo, calvo y con cola de caballo, y con un montón de tatuajes en los brazos. Había algo familiar en él —quizás era repetidor—, pero no tenía una buena

perspectiva. El tercero se estaba poniendo como una cuba. Quizá trataba de olvidar lo que había hecho en el Painball Arena. Yo nunca miraba el sitio web de Painball Arena. Era demasiado asqueroso. Sólo lo conocía por lo que contaban los hombres. Es asombroso lo que te explican, sobre todo si estás cubierta de escamas verdes brillantes y no pueden verte la cara. Ha de ser como hablarle a un pez.

No estaba ocurriendo nada más, así que llamé a Amanda al móvil. Pero ella no respondía. Quizás estaba dormida, enrollada en su saco de dormir en Wisconsin. O a lo mejor estaba sentada en torno a un fuego de campamento y los dos Tex-Mex estaban tocando la guitarra y cantando, y Amanda también estaba cantando porque hablaba el idioma de los Tex-Mex. Quizá brillaba la luna y había algunos coyotes aullando en la distancia, igual que en una peli vieja. Ojalá.

25

Mi vida cambió cuando Amanda vino a vivir conmigo, y luego cambió otra vez en de San Euell, cuando yo tenía casi trece años. Amanda era más mayor: ella ya tenía tetas de verdad. Es extraño medir el tiempo de ese modo.

Ese año, Amanda y yo —y también Bernice— íbamos a unirnos a los chicos mayores en el ejercicio práctico de depredador-presa que dirigía Zeb, en el que teníamos que comernos a la presa. Conservaba un vago recuerdo de comer carne en el complejo de HelthWyzer. En cambio, los Jardineros estaban muy en contra salvo en tiempos de crisis, así que la idea de poner un puñado de músculo y cartílago sangriento en la boca y hacerlo pasar por mi garganta me resultaba nauseabunda. Hice votos de no vomitar, porque eso me avergonzaría mucho y haría quedar mal a Zeb.

No estaba preocupada por Amanda. Ella estaba acostumbrada a comer carne, lo había hecho muchas veces antes. Birlaba SecretBurgers siempre que podía. Así que podría masticar y tragar como si nada.

El lunes de de San Euell, nos pusimos ropa limpia —lavada el día anterior— y yo le hice una trenza en el pelo a Amanda, y luego ella me hizo una a mí.

Acicalado de primates, lo llamaba Zeb.

Oíamos a Zeb cantando en la ducha.

A nadie le importa una higa,
a nadie le importa una higa,

por eso estamos en esta fatiga,
porque a nadie le importa una higa.

Me había acostumbrado a tomar su canto matinal como un sonido reconfortante. Significaba que las cosas eran normales, al menos ese día.

Por lo general, Lucerne se quedaba en la cama hasta que nos habíamos ido, en parte para evitar a Amanda. En cambio, esta vez estaba en la zona de cocina, ataviada con su vestido oscuro de Jardinera y cocinando de verdad. Había estado haciendo ese esfuerzo con más frecuencia en los últimos tiempos. Y también mantenía nuestro espacio vital más ordenado. Incluso estaba cultivando una tomatera, un poco mustia, en una maceta que tenía en el alféizar. Creo que estaba tratando de facilitarle las cosas a Zeb, aunque discutían más. Nos hacían salir cuando se estaban peleando, pero eso no significaba que no pudiéramos oírlos.

Las disputas eran respecto a dónde estaba Zeb cuando no estaba con Lucerne. «Trabajando», era lo único que decía. O «No me presiones» o «No tienes que saberlo, cielo. Es por tu propio bien».

—¡Tienes a otra! —decía Lucerne—. Huelo a zorra rica.

—Guau —susurraba Amanda—. Menuda boquita tiene tu madre.

Y yo no sabía si sentirme orgullosa o avergonzada.

—No, no —decía Zeb con voz cansada—. ¿Por qué iba a querer a nadie más, cielo?

—¡Estás mintiendo!

—Oh, por Cristo en helicóptero. ¡Déjame en paz!

Zeb salió del cubículo de la ducha, goteando en el suelo. Vi la cicatriz donde lo habían acuchillado en aquella ocasión, cuando yo tenía diez años. Me dio un escalofrío.

—¿Cómo están hoy mis plebiquillitas? —dijo, sonriendo como un trol.

Amanda sonrió dulcemente.

—Plebiquillotas —dijo.

Había puré de alubias negras y huevos de paloma pasados por agua para desayunar.

—Buen desayuno, cielo —le dijo Zeb a Lucerne.

Yo tuve que reconocer que estaba francamente bueno, aunque lo hubiera preparado Lucerne.

Lucerne le dedicó esa mirada empalagosa.

—Quería asegurarme de que disfrutarais de una buena comida —dijo—. Teniendo en cuenta lo que comeréis el resto de la semana. Raíces viejas y ratones,

supongo.

—Conejo a la barbacoa —dijo Zeb—. Me comería diez cabrones de ésos, con un ratón de guarnición y unas babosas fritas de postre.

Nos lanzó una mirada lasciva a Amanda y a mí: estaba tratando de darnos asco.

—Suena apetitoso —comentó Amanda.

—Eres un monstruo —dijo Lucerne, mirándolo con ojos desorbitados.

—Lástima que no lo pueda acompañar con una cerveza —dijo Zeb—. Únete a nosotros, cielo, necesitamos un poco de decoración.

—Oh, creo que me lo saltaré —dijo Lucerne.

—¿No vas a acompañarnos? —pregunté.

Normalmente, durante de San Euell, Lucerne nos acompañaba en los paseos por el bosque, recogiendo hierbas extrañas, quejándose de los gusanos y sin quitarle ojo a Zeb. Esa vez yo no quería en serio que viniera, pero por otra parte quería que la situación continuara con normalidad, porque tenía la sensación de que todo iba a reorganizarse otra vez, como cuando me habían arrancado como una zanahoria del complejo HelthWyzer. Era sólo una sensación, pero no me gustaba. Estaba acostumbrada a los Jardineros, era el lugar al que pertenecía.

—No creo que pueda —dijo ella—. Tengo migraña.

También había tenido migraña el día anterior.

—Volveré a la cama.

—Le pediré a Toby que se quede cerca —dijo Zeb—. O a Pilar. Para que te quite ese dolor tan pesado.

—¿Sí? —Una sonrisa de sufrimiento.

—Claro —dijo Zeb.

Lucerne no se había comido su huevo de paloma, así que Zeb se lo zampó por ella. De todos modos, sólo era del tamaño de una ciruela.

Las alubias eran del Jardín, pero los huevos de paloma eran de nuestro propio tejado. No teníamos plantas, porque Adán Uno decía que no era una superficie adecuada, pero teníamos palomas. Zeb las atraía con migas, moviéndose despacio para que se sintieran seguras. Luego ponían los huevos, y él les robaba sus nidos. La paloma no era una especie amenazada, decía, por eso no estaba mal.

Adán Uno explicaba que los huevos eran criaturas en potencia, pero todavía no eran criaturas: una nuez no es un árbol. ¿Los huevos tienen alma? No, pero tenían potenciales almas. Por eso la mayoría de los Jardineros no comían huevos, aunque tampoco lo condenaban. No pedías disculpas a un huevo antes de unir sus proteínas a las tuyas, aunque tenías que pedir disculpas a la madre paloma, y darle las gracias por el regalo. No creía que Zeb se molestara pidiendo disculpas. Seguramente, también se comía a algunas de las madres paloma, a escondidas.

Amanda se comió un huevo de paloma. Yo también. Zeb se comió tres, más el de

Lucerne. Necesitaba más que nosotros porque era más grande, dijo Lucerne: si comíamos como él engordaríamos.

—Hasta luego, damas guerreras. No matéis a nadie —dijo Zeb cuando salimos.

Había oído hablar del rodillazo en la entrepierna y los movimientos arrancaojos de Amanda, y de su trozo de cristal con cinta aislante; hacía bromas al respecto.

26

Teníamos que recoger a Bernice en el Buenavista antes ir a la escuela. Amanda y yo queríamos dejar de hacerlo, pero sabíamos que nos meteríamos en líos con Adán Uno, porque eso era impropio de los Jardineros. A Bernice todavía no le caía bien Amanda, aunque tampoco es que la odiara. Mantenía con ella la precaución que uno tiene con algunos animales, como un ave con un pico muy afilado. Bernice era amenazadora, pero Amanda era dura, que no es lo mismo.

Nada podía cambiar cómo eran las cosas, o sea que Bernice y yo habíamos sido las mejores amigas y ya no estábamos juntas. Me hacía sentir incómoda cuando estaba cerca de ella: en cierto modo, me sentía culpable. Bernice era consciente de ello, y trataba de encontrar formas de darle la vuelta a mi culpa y dirigirla contra Amanda.

Aun así, la apariencia externa era de amistad. Las tres íbamos juntas a la escuela, o hacíamos juntas tareas de recolección de los Jóvenes Bioneros. Esa clase de cosas. Sin embargo, Bernice nunca venía a , y nunca nos quedábamos con ella después de la escuela.

De camino a casa de Bernice esa mañana, Amanda dijo:

—He descubierto algo.

—¿Qué? —dije.

—Sé adónde va Burt entre las cinco y las seis, dos tardes por semana.

—¿Burt *el Pelón?* ¡A quién le importa! —dije.

Ambas sentíamos desprecio por él, porque era un patético sobón de axilas.

—No. Escucha. Va al mismo sitio al que va Nuala —dijo Amanda.

—¡Estás de broma! ¿Adónde?

Nuala flirteaba, pero flirteaba con todos los hombres. Era su manera de ser, como fulminarte con la mirada era la manera de ser de Toby.

—Van al Salón del Vinagre cuando se supone que no ha de haber nadie allí.

—¡Oh, no! —dije—. ¿En serio?

Sabía que tenía relación con el sexo: la mayoría de nuestras conversaciones en tono de broma trataban de sexo. Los Jardineros llamaban al sexo el «acto generativo» y decían que no era una materia adecuada para el ridículo, pero Amanda lo ridiculizaba de todos modos. Podías reírte de él o comerciar con él o ambas cosas, pero no podías respetarlo.

—No es de extrañar que tenga el culo como un flan —dijo Amanda—. Está hecha polvo. Como el viejo sofá de Veena, todo combado.

—¡No te creo! —dije—. ¡No puede estar haciéndolo! ¡Y menos con Burt!

—Me persigno y escupo —dijo Amanda. Escupió: escupía bien—. ¿Por qué otra razón iba a ir allí con él?

A los niños Jardineros nos gustaba inventar historias rudas sobre las vidas sexuales de los Adanes y las Evas. Perdían parte de su poder cuando te los imaginabas desnudos, o entre ellos o con perros callejeros, o incluso con las chicas de piel verde que estaban fotografiadas en la puerta del Scales and Tails. Aun así, Nuala, gimiendo y meneándose con Burt *el Pelón* era una imagen dura.

—Bueno, da igual —dije—. ¡No podemos decírselo a Bernice!

Y nos reímos un poco más.

En el Buenavista hicimos una seña a la aburrida dama Jardinera que había detrás del mostrador del vestíbulo, que estaba haciendo ganchillo y no levantó la mirada. Luego subimos por la escalera, esquivando jeringuillas y condones usados. Amanda llamaba al edificio el Buenavista Condom, así que ahora yo también lo llamaba así. El olor mohoso y especiado del Buenavista era más fuerte ese día.

—Alguien tiene una plantación —dijo Amanda—. Apesta a marihuana.

Amanda era una autoridad: había vivido en el mundo exfernal, incluso había consumido drogas. Aunque no mucho, decía, porque pierdes el norte con la droga. Sólo podías comprarla a gente en la que confiabas, porque cualquier cosa podía llevar cualquier cosa, y Amanda no confiaba demasiado en nadie. La incordiaba para que me dejara probar algo, pero no quería.

—Eres una niña —decía.

O si no, me decía que no tenía buenos contactos desde que estaba con los Jardineros.

—No puede haber una plantación ahí —dije—. Es un edificio Jardinero. Sólo las mafias tienen plantaciones. Lo que pasa es que los chicos fuman allí de noche. Chicos de plebillas.

—Sí, ya lo sé —dijo Amanda—, pero no es humo. Es más olor de cultivo.

Al llegar a la cuarta planta, oímos voces: voces de hombres, dos, en el otro lado de la puerta del rellano. No sonaban amistosos.

—No tengo más —dijo una voz—. Mañana tendré el resto.

—¡Capullo! —dijo el otro—. ¡No me jodas!

Sonó un ruido, como si alguien hubiera golpeado la pared; luego otro golpe, y un grito sin palabras de dolor o rabia.

Amanda me dio un empujoncito.

—Sube. ¡Deprisa!

Subimos el resto de la escalera lo más silenciosamente que pudimos.

—Eso iba en serio —dijo Amanda cuando hubimos llegado a la sexta planta.

—¿Qué quieres decir?

—Es un rollo chungo —dijo Amanda—. No has oído nada. Ahora, actúa normal.

Parecía espantada, lo cual me espantó a mí también, porque Amanda no se asustaba con facilidad.

Llamamos a la puerta de Bernice.

—Pom, pom —dijo Amanda.

—¿Quién está ahí? —dijo la voz de Bernice.

Debía de haber estado esperándonos al otro lado de la puerta, como si temiera que no viniéramos. Me resultó triste.

—Peli —dijo Amanda.

—¿Qué peli?

—Groso —dijo Amanda. Había adoptado la contraseña de Shackie y ahora las tres la usábamos.

Cuando Bernice abrió la puerta, atisbé a Veena *el Vegetal*. Estaba sentada en su sofá acolchado marrón como de costumbre, pero nos estaba mirando como si realmente nos viera.

—No llegues tarde —le dijo a su hija.

—¡Te ha hablado! —le dije a Bernice en cuanto cerró la puerta y salió al pasillo.

Estaba tratando de ser amable, pero Bernice me dejó helada.

—Sí, ¿y qué? —dijo—. No es imbécil.

—No había dicho que lo fuera —solté con frialdad.

Bernice me fulminó con la mirada, pero ni siquiera el poder de su mirada era lo mismo desde que había llegado Amanda.

27

Cuando llegamos al solar que había detrás del Scales para nuestra Excursión Didáctica Depredador-Presa, Zeb estaba sentado en un taburete de lona plegable. Había una bolsa de tela a sus pies con algo en ella. Traté de no mirar hacia la bolsa.

—¿Estamos todos? Bien —dijo Zeb—. Empecemos. Relaciones depredador-presa. Cazar y acechar. ¿Cuáles son las reglas?

—Ver sin ser visto —entonamos—. Oír sin ser oído. Oler sin ser olido. ¡Comer sin ser comido!

—Olvidáis una —dijo Zeb.

—Herir sin ser herido —respondió uno de los chicos mayores.

—¡Exacto! Un depredador no puede permitirse una herida grave. Si no puede cazar, morirá de hambre. Debe atacar por sorpresa y matar deprisa. Ha de elegir la presa que esté en desventaja: demasiado joven, demasiado vieja, demasiado lisiada para huir o combatir. ¿Cómo evitamos ser una presa?

—No pareciendo una presa —entonamos.

—No pareciendo la presa de ese depredador —matizó Zeb—. Un surfista parece una foca a un tiburón que lo mira desde abajo. Tratad de imaginar qué parecéis desde el punto de vista del depredador.

—No mostrando temor —dijo Amanda.

—Correcto. No hay que mostrar temor. No hay que parecer enfermo. Hay que intentar parecer lo más grande posible. Eso disuadirá a los animales cazadores mayores. Pero también nosotros estamos entre los animales cazadores mayores, ¿no? ¿Por qué cazamos? —dijo Zeb.

—Para comer —dijo Amanda—. No hay otra buena razón.

Zeb le sonrió como si esto fuera un secreto que sólo conocían ellos dos.

—Exacto —dijo.

Zeb levantó la bolsa de tela, la abrió, y metió la mano en ella. Dejó la mano dentro durante lo que me pareció mucho tiempo. Por fin sacó un conejo verde muerto.

—Lo cacé en Heritage Park con una trampa de conejos —dijo—. Un lazo. También podéis usarla con los mofaches. Ahora vamos a despellejar y destripar la presa.

Todavía me mareo al pensar en esa parte. Los chicos más mayores lo ayudaron: no se estremecieron, aunque hasta Shackie y Croze parecían un poco tensos. Siempre hacían lo que decía Zeb. Lo admiraban. No sólo por su tamaño, sino también porque tenía tradición y era la tradición lo que se respetaba.

—¿Y si el conejo no está muerto? —preguntó Croze—. En la trampa.

—Pues lo matas —dijo Zeb—. Le golpeas con una roca en la cabeza. O lo coges por las patas traseras y lo aplastas en el suelo.

No matarías así a una oveja, añadió, porque las ovejas tenían el cráneo duro: a una oveja le cortarías el cuello. Cada animal tenía su forma más eficiente de que lo mataran.

Zeb continuó despellejando. Amanda ayudó con la parte en que había que dar vuelta a la piel verde y peluda como si fuera un guante. Traté de no mirar las venas. Eran demasiado azules. Ni los tendones brillantes.

Zeb cortaba trocitos de carne muy pequeños para que cualquiera pudiera probarlos, y también porque no quería exigirnos demasiado haciéndonos comer trozos grandes. Cocinamos los trozos sobre un fuego hecho de tablones viejos.

—Esto es lo que tendréis que hacer si las cosas se ponen fatal —dijo Zeb.

Me pasó un trozo. Me lo puse en la boca. Me di cuenta de que podía masticar y tragar si me lo repetía mentalmente.

—En realidad es pasta de alubias, es pasta de alubias...

Conté hasta cien y me lo tragué.

Pero tenía el gusto de conejo en la boca. Me sentía como cuando tragas la sangre que te sale por la nariz.

Esa tarde tocaba Árbol de de Intercambio de Productos Naturales. Lo celebraban en un descampado del extremo norte de Heritage Park, al otro lado de las tiendas de SolarSpace. Había un arenero y un conjunto de columpio y tobogán para los niños pequeños. Y también una cabaña, hecha de arcilla, arena y paja. Tenía seis habitaciones y entradas y ventanas curvadas, pero sin puertas ni cristales. Adán Uno decía que la habían construido antiguos ecologistas, al menos treinta años antes. Los plebiquillos habían dejado sus firmas y mensajes en todas las paredes: «Me gustan los coños (a la barbacoa)»; «¿Eres vegetariana? Cómeme el nabo»; «Muerte a los putos

verdes».

El Árbol de no era sólo para los Jardineros. Todos los de la red Natmart vendían allí: el Colectivo de Fernside, el Patio Trasero del Big Box, los Verdes de los Greens. Despreciábamos a todos los demás, porque su ropa era más bonita que la nuestra. Adán Uno decía que los productos con los que comerciaban estaban contaminados moralmente, aunque no irradiaban esa maldad sintética del trabajo esclavo como los llamativos objetos del centro comercial. Los de Fernside vendían cerámica pintada, además de joyas hechas con clips de papelería; los del Patio Trasero vendían animales tejidos; los Verdes de los Greens ofrecían bolsas de mano de artesanía hechas con papel de revistas viejas y coles verdes que cultivaban en los márgenes de su campo de golf. Vaya cosa, decía Bernice, aún regaban la hierba, así que unas pocas coles no les salvarían el alma. Bernice se estaba volviendo cada vez más piadosa. Quizás era un sustituto a no tener amigos reales.

Muchos pijos modernos venían al Árbol de de las comunidades cerradas de SolarSpace, fanfarrones de Fernside, incluso gente de los complejos, que salían a vivir una aventura segura en las plebillas. Afirmaban que preferían nuestra verdura de Jardineros a la del supermercado, e incluso a la de los llamados mercados de granjeros, donde, según Amanda, tipos con pinta de granjero compraban cosas de los almacenes, las metían en cestas «étnicas» y subían el precio, o sea que aunque dijera ecológico no te podías fiar. Sin embargo, el producto Jardinero era de verdad. Apestaba a autenticidad: los Jardineros podían ser fanáticos y estrafalarios, pero al menos tenían ética. Eso era lo que comentaban mientras yo les envolvía sus compras en papel reciclado.

Lo peor de ayudar en el Árbol de era que teníamos que llevar nuestros pañuelos de cuello de Jóvenes Bioneros. Era humillante, porque los modernos muchas veces traían a sus hijos. Esos chicos se ponían gorras de béisbol con palabras escritas en ellas y nos miraban a nosotros, con nuestros pañuelos de cuello y ropa sosa, como si fuéramos friquis. Susurraban entre ellos y riendo. Yo intentaba no hacer caso. Bernice les salía al paso y les decía: «¿Qué estáis mirando?» Los modales de Amanda eran más suaves. Ella les sonreía, pero luego sacaba su trozo de cristal con la cinta aislante, se hacía un corte en el brazo y chupaba la sangre. Después se lamía los labios con la lengua ensangrentada y extendía el brazo, y ellos retrocedían rápido. Amanda decía que si querías que la gente te dejara en paz, lo mejor era hacerse el loco.

A las tres nos pidieron que ayudáramos en el puesto de setas. Normalmente allí estaban Pilar y Toby, pero Pilar no se encontraba bien, así que sólo estaba Toby. Era estricta: tenías que estar bien recta y ser muy educada.

Yo miraba a los ricos que iban de un lado a otro. Algunos llevaban tejanos de tonos pastel y sandalias, pero otros iban sobrecargados con pieles caras: zapatos de

caimán, minis de leopardo, bolsos de oryx. Te dedicaban esa mirada a la defensiva: «Yo no lo maté, ¿por qué dejar que se desperdiciara?» Me preguntaba qué se sentiría al llevar esas cosas, al notar la piel de otra criatura junto a la tuya.

Algunos lucían el nuevo cabello de mohair: plata, rosa, azul. Amanda decía que había tiendas de mohair en que atraían niñas, y una vez que estabas en una sala de trasplante de cuero cabelludo te dormían y cuando te despertabas no sólo tenías el pelo distinto sino también diferentes huellas dactilares, y luego te encerraban en una casa de membrana y te obligaban a hacer trabajo guarro, y aunque lograras escapar nunca podrías probar quién eras, porque te habían robado la identidad. Sonaba exagerado. Y Amanda contaba mentiras. Pero habíamos hecho un pacto de no mentirnos nunca entre nosotras, así que pensaba que quizás era cierto.

Después de una hora vendiendo setas con Toby nos dijeron que fuéramos al puesto de Nuala para ayudarla con el vinagre. Para entonces ya estábamos aburridas y estúpidas, y cada vez que Nuala se inclinaba para sacar más vinagre de la caja que había bajo el mostrador, Amanda y yo meneábamos el trasero y nos reíamos por lo bajo. Bernice se estaba poniendo cada vez más colorada porque no la estábamos haciendo partícipe. Sabía que estaba siendo mala, pero no podía parar.

Entonces Amanda tuvo que ir al biodoro violeta portátil y Nuala dijo que necesitaba hablar con Burt, que estaba vendiendo jabón envuelto en hojas en el puesto de al lado. En cuanto Nuala nos dio la espalda, Bernice me agarró del brazo y me lo retorció.

—¡Cuéntamelo! —susurró.

—¡Suéltame! —dije—. ¿Que te cuente qué?

—¡Ya lo sabes! ¿Qué os hace tanta gracia a Amanda y a ti?

—¡Nada! —dije.

Me retorció más el brazo.

—Vale —dije—, pero no va a gustarte.

Entonces le hablé de Nuala y Burt y de lo que habían estado haciendo en el Salón del Vinagre. Supongo que estaba deseando soltarlo, porque todo salió de golpe.

—¡Es una mentira apestosa! —dijo.

—¿Qué es una mentira apestosa? —preguntó Amanda, al volver del biodoro portátil.

—Mi padre no se está tirando a —susurró Bernice.

—No pude evitarlo —dije—. Me estaba retorciendo el brazo.

Bernice tenía los ojos rojos y empañados, y si Amanda no hubiera estado allí me habría atizado.

—Ren se deja llevar —dijo Amanda—. El hecho es que no lo sabemos seguro. Sólo sospechamos que tu padre se tira a Tal vez no lo hace. Pero, con tu madre tanto

tiempo en barbecho, has de entenderlo si lo hace. Tiene que estar muy caliente, y por eso siempre coge a las niñas por las axilas.

Amanda le soltó todo eso con voz virtuosa de Eva. Fue cruel.

—No es verdad —dijo Bernice—. No lo hace. —Estaba al borde de las lágrimas.

—Si lo hace —dijo Amanda con voz calmada—, es algo de lo que tendrías que estar al tanto. Vamos, que si yo tuviera un padre no me gustaría que se metiera en el órgano generativo de nadie, salvo en el de mi madre. Es un hábito sucio, muy antihigiénico. Has de cuidarte de que no te toque con manos con gérmenes. Aunque estoy segura de que no...

—No sabes cuánto te odio —dijo Bernice—. Ojalá que te mueras quemada.

—Eso no es muy piadoso, Bernice —dijo Amanda con una voz cargada de reproche.

—Bueno, chicas —dijo Nuala al venir hacia nosotros—. ¿Algunos clientes? Bernice, ¿por qué tienes los ojos tan rojos?

—Soy alérgica a algo —dijo Bernice.

—Sí, lo es —dijo Amanda con solemnidad—. No se siente bien. Quizá debería irse a casa. O quizás ha sido el aire. Tal vez debería ponerse un cono nasal. ¿No te parece, Bernice?

—Amanda, eres una chica muy sensata —dijo Nuala—. Sí, querida Bernice, creo que tendrías que irte ahora. Y miraré de conseguirte un cono nasal para mañana, por las alergias. Te acompañaré un rato, querida. —Puso un brazo en torno a los hombros de Bernice y la apartó.

No podía creer lo que acabábamos de hacer. Tenía esa sensación de desánimo, como cuando se te escapa un objeto pesado y sabes que te va a caer en el pie. Nos habíamos pasado, pero no sabía cómo decirlo sin que Amanda pensara que estaba sermoneando. De todos modos, no había vuelta atrás.

28

Justo entonces un chico al que nunca había visto antes se acercó a nuestro puesto. Era un adolescente, mayor que nosotras. Delgado, alto y de cabello oscuro, y no llevaba la clase de ropa que se ponían los ricos. Iba todo de negro.

—¿Cómo puedo ayudarle, señor? —preguntó Amanda.

En ocasiones imitábamos a los esclavos asalariados del SecretBurgers cuando estábamos trabajando en los puestos.

—He de ver a Pilar —dijo el chico. Sin sonrisa, nada—. Esto no está bien.

Sacó de la mochila un tarro de miel Jardinera. Era extraño, porque ¿qué podía estar malo en la miel? Pilar decía que nunca se estropeaba a no ser que le echaras agua.

—Pilar no se siente bien —dije—. Deberías comentárselo a Toby. Está allí con las setas.

Miró a su alrededor, como si estuviera nervioso. No parecía que lo acompañara nadie, ni amigos ni padres.

—No —dijo—. Ha de ser Pilar.

Zeb se acercó desde el puesto de verduras, donde estaba vendiendo raíces de bardana y huauzontle.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Quiere hablar con Pilar —dijo Amanda—. Por algo de la miel.

Zeb y el chico se miraron el uno al otro, y me pareció que el chico negaba ligeramente con la cabeza.

—¿Te sirvo yo? —preguntó Zeb.

—Creo que debería ser ella —dijo el chico.

—Amanda y Ren te llevarán —dijo Zeb.

—¿Y quién venderá el vinagre? —pregunté—. Nuala ha tenido que irse.

—Yo lo vigilaré —dijo Zeb—. Éste es Glenn. Cuidadlo. No dejes que te coman vivo —le dijo a Glenn.

Atravesamos las calles de la plebilla, dirigiéndonos al Jardín del Edén en el Tejado.

—¿Cómo es que conoces a Zeb? —dijo Amanda.

—Oh, ya lo conocía —dijo el chico.

No era hablador. Ni siquiera quería caminar al lado de nosotras: después de una manzana, se quedó un poco atrás.

Llegamos al edificio de los Jardineros y subimos por la salida de incendios. Philo *el Niebla* y Katuro *el Curvatubos* estaban allí: nunca dejábamos el edificio vacío, por si acaso los plebiquillos trataban de colarse. Katuro estaba arreglando una de las mangueras; Philo sólo estaba sonriendo.

—¿Quién es éste? —preguntó Katuro cuando vio al chico.

—Zeb nos ha dicho que lo trajéramos aquí —dijo Amanda—. Está buscando a Pilar.

Katuro señaló con la cabeza por encima del hombro.

—En del Barbecho.

Pilar estaba tumbada en una hamaca con el tablero de ajedrez a su lado. Todas las piezas estaban colocadas: no había jugado. No tenía buen aspecto: estaba un poco hundida. Estaba con los ojos cerrados, pero los abrió cuando nos oyó llegar.

—Bienvenido, querido Glenn —dijo, como si lo estuviera esperando—. Espero que no hayas tenido ningún problema.

—Ningún problema —dijo el chico. Sacó el tarro—. No está bien —añadió.

—Todo está bien —dijo Pilar—. En la imagen global. Amanda, Ren, ¿me traeríais un vaso de agua?

—Lo iré a buscar —dije.

—Id las dos —dijo Pilar—. Por favor.

No nos quería allí. Dejamos del Barbecho lo más lentamente que pudimos. Ojalá hubiera podido oír lo que estaban diciendo: no era sobre la miel. El aspecto de Pilar me estaba asustando.

—No es de una plebilla —susurró Amanda—. Es de un complejo.

Yo pensaba lo mismo, pero dije:

—¿Cómo lo sabes?

En los complejos vivía la gente de las corporaciones: todos esos científicos y gente de negocios que Adán Uno decía que estaban destruyendo las viejas especies y creando nuevas y arruinando al mundo, aunque yo no podía creer que mi verdadero padre estuviera haciendo eso en HelthWyzer; en cualquier caso, ¿por qué Pilar saludaba siquiera a alguien de allí?

—Sólo es una sensación —dijo Amanda.

Cuando regresamos con el vaso de agua, Pilar volvía a tener los ojos cerrados. El chico estaba sentado a su lado; había movido unas pocas piezas de ajedrez. La reina blanca estaba encerrada: un movimiento más y estaría muerta.

—Gracias —dijo Pilar, cogiendo el vaso de agua de Amanda—. Y gracias por venir, querido Glenn —le dijo al chico.

El joven se levantó.

—Bueno, adiós —dijo con torpeza.

Y Pilar le sonrió. Su sonrisa era brillante aunque débil. Tuve ganas de abrazarla, se la veía muy pequeña y frágil.

Volviendo al Árbol de , Glenn caminó junto a nosotras.

—Está muy mal, ¿verdad? —dijo Amanda.

—La enfermedad es un defecto de diseño —dijo el chico—. Podría corregirse.

Sí, decididamente era de un complejo. Sólo los cerebritos de los complejos hablaban así: sin responder a tu pregunta, sino diciendo algo general, como si lo supieran todo a ciencia cierta. ¿Era así como hablaba mi verdadero padre? Quizás.

—Entonces, si estuvieras haciendo el mundo, ¿lo harías mejor? —dije.

Mejor que Dios, era lo que quería decir. De repente, me sentía piadosa, como Bernice. Como un Jardinero.

—Sí —dijo—. La verdad es que sí.

29

Al día siguiente, pasamos a recoger a Bernice por el Buenavista Condos, como de costumbre. Creo que las dos nos sentíamos avergonzadas por lo que habíamos hecho el día anterior: al menos, yo lo estaba, pero cuando llamamos a la puerta y dijimos «pom, pom» Bernice no dijo «¿quién es?». No dijo nada.

—Peli —dijo Amanda en voz alta—. Peligroso.

Todavía nada. Casi podía sentir su silencio.

—Vamos, Bernice —dije—. Abre la puerta. Somos nosotras.

Abrieron la puerta, pero no fue Bernice quien lo hizo, sino Veena.

Estaba mirándonos a los ojos, y no parecía en barbecho para nada.

—Largaos —dijo, y cerró la puerta.

Nos miramos la una a la otra. Tenía una sensación muy mala. ¿Y si habíamos causado algún trauma permanente a Bernice, con nuestra historia sobre Burt y Nuala? ¿Y si ni siquiera era cierto? Al principio, sólo había sido una broma. Pero ya no lo parecía.

Cualquier otra Semana de San Euell habríamos ido al Heritage Park a buscar setas con Pilar y Toby. Era emocionante, porque nunca sabías con qué te ibas a encontrar. Había familias de las plebillas cocinando al aire libre y peleándose, y nos tapábamos la nariz para evitar el hedor de la carne chisporroteante; había parejas revolcándose en los arbustos, o gente sin hogar bebiendo o roncando bajo los árboles, o locos de pelo alborotado hablando entre ellos o gritando, o drogados disparando. Si llegábamos hasta la playa, podía haber chicas tomando el sol en biquini, y Shackie y Croze les decían «cáncer de piel» para recabar su atención.

O podía haber varios tipos de Corpsegur en patrulla de servicio público para decir a la gente que echara la basura en los contenedores, aunque en realidad —decía Amanda— estaban buscando pequeños camellos que hacían negocio sin dar la parte correspondiente a sus amigos de la mafia. En esos casos oías el chisporroteo de un pulverizador y algunos gritos. Ha ofrecido resistencia, decían a los que pasaban al llevarse al tipo a rastras.

Sin embargo, nuestra excursión a Heritage Park se canceló ese día por la enfermedad de Pilar. Así que en lugar de eso tuvimos Botánica Silvestre con Burt *el Pelón,* en el solar de detrás del Scales and Tails.

Llevábamos pizarras y tiza porque siempre dibujábamos las hierbas silvestres para memorizarlas mejor. Luego borrábamos nuestros dibujos, y la planta seguía en nuestras cabezas. No hay nada como dibujar una cosa para verla de verdad, decía Burt.

Burt dio vueltas por el solar, recogió algo, lo levantó para que lo viésemos.

—*Portulaca oleracea* —dijo—. Nombre común: verdolaga. Se encuentra cultivada y silvestre. Prefiere la tierra revuelta. Fijaos en el tallo rojo, las hojas alternas. Es una buena fuente de omega-3. —Hizo una pausa y torció el gesto—. La mitad no estáis mirando y la otra mitad no estáis dibujando —dijo—. ¡Esto podría salvaros la vida! Aquí estamos hablando de sustento. Sustento. ¿Qué es el sustento?

Miradas en blanco, silencio.

—Sustento —dijo el Pelón— es lo que sostiene el cuerpo de una persona. Es comida. ¡Comida! ¿De dónde sale la comida? ¿Clase?

Recitamos juntos:

—Toda la comida sale de la tierra.

—Exacto —dijo Burt—. ¡De la tierra! Y luego la mayoría de la gente la compra en el supermercado. ¿Qué ocurriría si de repente no hubiera más supermercados? ¿Shackleton?

—Cultivaríamos en el tejado —dijo Shackie.

—Supongamos que no hay tejados —dijo el Pelón, empezando a sonrosarse—. ¿De dónde la sacaríais entonces?

Otra vez miradas inexpresivas.

—Iríais a recolectar —dijo el Pelón—. ¿Qué quiere decir recolectar, Crozier?

—Encontrar cosas —dijo Croze—. Cosas que no has de pagar. Como robar.

Reímos.

El Pelón no hizo caso.

—¿Y dónde buscaríais esas cosas? ¿Quill?

—¿En el centro comercial? —dijo Quill—. Por detrás. Donde tiran cosas como botellas viejas y...

Quill era un poco corto, pero también se lo hacía.

Los chicos se hacían el tonto para que el Pelón perdiera los nervios.

—¡No, no! —gritó el Pelón—. ¡No habrá nadie que tire nada! ¿Nunca habéis salido de esta plebilla? ¡Nunca habéis visto un desierto, nunca habéis sufrido una hambruna! Cuando llegue el Diluvio Seco, aunque lo sobreviváis, moriréis de hambre. ¿Por qué? ¡Porque no estáis prestando atención! ¿Por qué pierdo mi tiempo con vosotros?

Cada vez que el Pelón daba una clase, tropezaba con algún obstáculo invisible y empezaba a gritar.

—Bueno, pues —dijo, calmándose—. ¿Qué es esta planta? Verdolaga. ¿Qué podéis hacer con ella? Comerla. Pues, venga, seguid dibujando. ¡Verdolaga! ¡Fijaos en las formas ovaladas de las hojas! ¡Fijaos en su brillo! ¡Fijaos en el tallo! ¡Memorizadlo!

Yo estaba pensando que no podía ser verdad. No imaginaba que nadie —ni siquiera Nuala, — pudiera tener relaciones sexuales con Burt *el Pelón.* Era muy calvo y sudaba un montón.

—Cretinos —murmuraba para sus adentros—. ¿Para qué me preocupo?

Entonces se quedó muy quieto. Estaba mirando algo que había detrás de nosotros. Nos volvimos: Veena estaba allí de pie, al lado del hueco en la valla. Debía de haberse colado. Todavía iba en zapatillas; y se cubría la cabeza con la mantita amarilla, como si fuera un chal. Bernice estaba a su lado.

Se limitaron a quedarse allí. No se movieron. Enseguida dos hombres de Corpsegur también cruzaron la valla. Eran Combat; sus trajes grises brillaban y les hacían parecer un espejismo. Habían sacado los pulverizadores. Noté que me ponía pálida; pensaba que iba a vomitar.

—¿Qué pasa? —gritó Burt.

—¡Quieto! —dijo uno de los hombres de Corpsegur—. Su voz sonó muy alta por el micrófono que llevaba en el casco. Avanzaron.

—Atrás —nos dijo Burt. Tenía aspecto de que le hubieran disparado con una pistola aturdidora.

—Acompáñenos, señor —dijo el primer hombre de Corpsegur cuando nos alcanzaron.

—¿Qué? —dijo Burt—. ¡Yo no he hecho nada!

—Cultivo ilegal de marihuana para su venta en el mercado negro, señor —dijo el segundo—. Será mejor que no se resista a la detención.

Condujeron a Burt hacia el hueco en la valla. Todos fuimos en silencio detrás de él: no entendíamos lo que estaba ocurriendo.

Cuando llegaron a Veena y Bernice, Burt separó los brazos.

—¡Veena! ¿Cómo ha ocurrido esto?

—¡Eres un hijo de puta degenerado! —le soltó—. ¡Hipócrita! ¡Fornicador! ¿Te crees que soy idiota?

—¿De qué estás hablando? —dijo Burt en tono de súplica.

—Supongo que pensabas que estaba tan colocada con esa hierba venenosa tuya que no podía ver —dijo Veena—. Pero lo descubrí. ¡Qué estás haciendo con esa vaca de Nuala! Aunque ella no es la más culpable. Capullo retorcido.

—No —dijo Burt—. ¡Lo juro! Nunca he... Sólo...

Yo estaba mirando a Bernice y no tenía ni idea de lo que estaba sintiendo. Ni siquiera estaba colorada. Estaba pálida como la tiza. Blanco nieve.

Adán Uno se coló por un hueco en la valla. Daba la sensación de que siempre sabía cuándo ocurría algo inusual. Amanda decía que era como si tuviera un teléfono. Puso la mano sobre la mantita amarilla de Veena.

—Veena, querida, has salido del barbecho —dijo—. Qué maravilloso. Hemos estado rezando por eso. Pero dime, ¿qué está pasando?

—Apártese, por favor, señor —dijo el primer hombre de Corpsegur.

—¿Por qué me has hecho esto? —le gritó Burt a Veena cuando se lo llevaban.

Adán Uno respiró hondo.

—Esto es lamentable —dijo—. Tal vez sería sensato reflexionar sobre las fragilidades humanas que compartimos...

—Eres idiota —le soltó Veena—. Burt tiene un enorme cultivo en el Buenavista, justo debajo de vuestras sagradas narices de Jardineros. También ha estado traficando en vuestras narices, en ese estúpido mercado vuestro. Esas barritas de jabón envueltas en hojas: ¡no todo era jabón! Se ha estado forrando.

Adán Uno parecía apesadumbrado.

—El dinero es una tentación horrible —dijo—. Es una enfermedad.

—Estúpido —le dijo Veena—. Botánica orgánica, ¡vaya chiste!

—Te dije que había un cultivo en el Buenavista —me susurró Amanda—. El Cabolo está bien jodido.

Adán Uno dijo que todos deberíamos irnos a casa, y eso fue lo que hicimos. Me sentía francamente mal por Burt. Lo único que se me ocurría era que, después de que nos pasáramos tanto con ella ese día en el Árbol de , Bernice había vuelto y le había contado a Veena que Burt y Nuala tenían un lío, y también le había hablado de que sobaba axilas, y eso había puesto a Veena tan celosa y cabreada que había contactado con Corpsegur y lo había acusado. Los de Corpsegur te animaban a delatar a vecinos y familiares. Incluso podías ganar dinero así, decía Amanda.

Yo no quería causar ningún daño, o al menos no esa clase de daño, pero ahí estaban las consecuencias.

Pensaba que deberíamos acudir a Adán Uno y contarle lo que habíamos hecho,

pero Amanda dijo que no sacaríamos nada bueno, que eso no arreglaría las cosas y nos causaría más problemas. Tenía razón. Pero eso no me hizo sentir mejor.

—Anímate —dijo Amanda—. Robaré algo para ti. ¿Qué quieres?

—Un teléfono —dije—. Morado. Como el tuyo.

—Vale —dijo Amanda—. Me encargaré de eso.

—¡Qué detalle! —exclamé. Traté de poner mucha energía en mi voz para que entendiera que se lo agradecía, pero ella se dio cuenta de que estaba fingiendo.

30

Al día siguiente, Amanda dijo que tenía una sorpresa que seguro que me animaría. La sorpresa me esperaba en el centro comercial del Sumidero. Y la verdad es que lo fue, porque cuando llegamos allí Shackie y Croze estaban haciendo tiempo cerca de la cabina rota del holocentrifugador. Sabía que los dos estaban colgaditos de Amanda —todos los chicos lo estaban—, aunque ella nunca iba con ellos, salvo en grupo.

—¿Lo tenéis? —les preguntó.

Le sonrieron con timidez. Shackie había crecido mucho últimamente: era alto y larguirucho, con las cejas oscuras. Croze había crecido también, pero tanto a lo ancho como a lo alto; tenía una barba incipiente de color pajizo. Hasta entonces yo no había pensado demasiado en lo mucho que se parecían —no en detalle—, pero en ese momento caí en la cuenta de que los veía de un modo diferente.

—Vamos adentro —dijeron.

No parecían exactamente asustados, sino alerta. Comprobaron que nadie los estaba observando, y entonces todos nos apiñamos en la cabina donde la gente centrifugaba su imagen en el centro comercial. Estaba diseñada sólo para dos, así que estábamos apiñados.

Hacía calor allí. Notaba el calor de nuestros cuerpos, como si estuviéramos infectados y con fiebre, y percibía el sudor seco y el olor a algodón viejo, a mugre y a aceite del cuero cabelludo de Shackie y Croze —que era como olíamos todos— mezclado con su olor de chicos mayores, una mezcla de hongos y restos de vino; y el olor floral de Amanda, con un matiz de almizcle y un rastro de sangre.

No sé cómo les olía yo a ellos. Dicen que nunca puedes percibir bien tu propio olor, porque te acostumbras a él. Ojalá hubiera conocido la sorpresa por adelantado, porque podría haber usado uno de mis restos de jabón de rosa. Esperaba que no oliera

a ropa interior sucia o a pies encerrados.

¿Por qué queremos gustar a otras personas, aunque estas personas no nos importen demasiado? No sé por qué, pero es así. Me di cuenta de que estaba allí de pie, oliendo todos esos olores y deseando que Shackie y Croze pensaran que era guapa.

—Aquí está —dijo Shackie. Sacó un trozo de tela con algo envuelto en él.

—¿Qué es? —pregunté. Oí mi propia voz: de niña y chillona.

—Es la sorpresa —dijo Amanda—. Tienen parte de esta superyerba para nosotras. De la que cultivaba Burt *el Pelón.*

—¡Ni hablar! —exclamé—. ¿La has comprado? ¿De Corpsegur?

—La birlé —dijo Shackie—. Nos colamos en la parte de atrás del Buenavista, lo hemos hecho montones de veces. Los tipos de Corpsegur estaban entrando y saliendo por la puerta principal, no nos prestaron atención.

—Hay unos barrotes sueltos en una de las ventanas de la bodega: nos metíamos allí para hacer fiestas en la escalera —dijo Croze.

—Han puesto bolsas de hierba en la bodega —dijo Shackie—. Deben de haber recogido toda la cosecha. Te colocas sólo de respirar.

—A verla —dijo Amanda.

Shackie desenrolló la tela: hojas secas picadas.

Conocía la opinión de Amanda respecto a las drogas: perdías el control de la mente, y eso era arriesgado porque daba ventaja a los demás. También te podías pasar, como le había ocurrido a Philo *el Niebla, y* entonces no te quedaba ni mente de la que perder el control. Y sólo podías fumar con gente de confianza. ¿Ella confiaba en Shackie y Croze?

—¿Tú la has probado? —le susurré a Amanda.

—Todavía no —me respondió Amanda en otro susurro.

¿Por qué estábamos susurrando? Los cuatro estábamos tan cerca que Shackie y Croze podían oírlo todo.

—Entonces, no quiero —dije.

—Pero he pasado —dijo Amanda. Sonó feroz—. ¡He pasado un montón!

—Yo he probado esta mierda —dijo Shackie. Usó su voz más dura para decir «mierda»—. ¡Es alucinante!

—Yo también. Es como si volaras —dijo Croze—. Como un puto pájaro.

Shackie ya estaba enrollando las hojas picadas, ya lo estaba encendiendo, ya estaba dando una calada.

Noté en mi trasero la mano de alguien, no supe de quién. Estaba subiendo, tratando de encontrar una vía de entrada bajo mi vestido de Jardinera de una pieza. Quería decir basta, pero no lo hice.

—Tú pruébalo —dijo Shackie.

Me agarró por la barbilla, metió su boca en la mía y me sopló una bocanada de humo. Yo tosí, y él lo hizo otra vez y me sentí muy mareada. Entonces vi una clara imagen fluorescente, cegadora y brillante del conejo que nos habíamos comido esa semana. Me estaba mirando con sus ojos sin vida, pero los ojos eran de color naranja.

—Te has pasado —dijo Amanda—. ¡No está acostumbrada!

Enseguida me mareé, y vomité. Creo que los manché a todos. Oh, no, pensé, qué idiota. No sé cuánto duró todo eso, porque el tiempo era como de goma, se extendía como una larga soga elástica o un enorme trozo de chicle. Luego todo se cerró en un cuadradito negro y me desmayé.

Cuando me levanté estaba sentada, apoyada en la fuente rota del centro comercial. Todavía estaba mareada, aunque ya no tenía ganas de vomitar: era más como flotar. Todo parecía lejano y traslúcido. «A lo mejor puedo atravesar el cemento con la mano —pensé—. Quizá todo está hecho de encaje: de motas, con Dios en medio, como dice Adán Uno. Quizá soy humo.»

El escaparate de la tienda del centro comercial que teníamos delante era como una caja llena de luciérnagas, como lentejuelas vivas. Estaban dando una fiesta, oía la música. Tintineante y extraña. Una fiesta de mariposas: debían de estar danzando sobre sus largas y flacas patas de mariposa. Si consigo levantarme, pensé, también podré bailar.

Amanda tenía su brazo a mi alrededor.

—No pasa nada —dijo—. Estás bien.

Shackie y Croze aún estaban allí, y sonaban cabreados. O al menos Croze, más que Shackie, porque Shackie estaba casi tan machacado como yo.

—Bueno, ¿cuándo pagarás? —dijo Croze.

—No ha funcionado —dijo Amanda—, así que nunca.

—Ese no era el trato —dijo Croze—. El trato era que nosotros traíamos el material. Nosotros lo hemos traído, así que nos lo debes.

—El trato era que Ren se ponía contenta —dijo Amanda—. No se ha puesto contenta. Fin del trato.

—Ni hablar —dijo Croze—. Nos lo debes. Paga.

—Que os den —dijo Amanda.

Su voz tenía ese filo peligroso, el que usaba en las plebillas cuando se le acercaban.

—Bueno —dijo Shackie—. Cuando quieras. —No parecía demasiado preocupado.

—Nos debes dos polvos —dijo Croze—. Uno a cada uno. Hemos corrido un gran riesgo, nos podían haber matado.

—No la jodas —dijo Shackie—. Sólo quiero tocarte el pelo —le dijo a Amanda

—. Hueles a tofe. —Aún estaba volando.

—¡Largaos! —dijo Amanda.

Y supongo que lo hicieron, porque la siguiente vez que los busqué ya no estaban.

Para entonces ya me sentía más normal.

—Amanda —dije—. No puedo creer que comerciaras con ellos. —Quise decir, por mí, pero tenía miedo de echarme a llorar.

—Siento que no haya funcionado —dijo—. Sólo quería que te sintieras mejor.

—Me siento mejor —dije—. Más ligera.

Eso era verdad, en parte porque había vomitado mucho peso en forma de líquido, pero en parte por Amanda. Sabía que había hecho ese tipo de comercio, a cambio de comida, cuando pasó hambre después del huracán de Tejas, pero me había dicho que nunca le había gustado y que era estrictamente un negocio, así que no había vuelto a hacerlo porque no había tenido necesidad. Y tampoco la tenía esta vez, pero lo había hecho de todos modos. No sabía que me apreciaba tanto.

—Ahora están furiosos contigo —dije—. Buscarán revancha.

De todos modos no me importaba demasiado, porque yo todavía estaba volando como una abeja.

—No me preocupa —dijo Amanda—. Puedo ocuparme de ellos.

Día de los Topos

Año 12

De la vida subterránea
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros mamíferos, queridos compañeros animales:

No señalo con el dedo, porque no sé adónde señalar; pero como acabamos de ver, los rumores maliciosos extienden la confusión. Un comentario despreocupado puede ser como la colilla de un cigarrillo lanzada en el vertedero, humeante hasta que estalla en llamas y envuelve un barrio entero. Vigilad vuestras palabras en el futuro.

Es inevitable que ciertas amistades susciten comentarios indebidos. Pero no somos chimpancés: nuestras hembras no muerden a sus hembras rivales; nuestros machos no saltan sobre nuestras hembras ni las golpean con ramas. Al menos, por regla general. Todas las relaciones de pareja están sometidas a estrés y tentación: pero no contribuyamos a esa tensión ni malinterpretemos esa tentación.

Echamos de menos la presencia de nuestro antiguo Adán Trece, Burt, la de su esposa, Veena, y la de la pequeña Bernice. Perdonemos lo que hay que perdonar, y pongamos luz en torno a ellos en nuestros corazones.

Avancemos. Hemos identificado un taller de reparación de automóviles abandonado que puede convertirse en hogares acogedores, una vez que llevemos a cabo un realojo de las ratas. Estoy seguro de que las ratas del taller estarán muy felices en el Buenavista en cuanto vean las oportunidades de comida que éste les ofrece.

Os complacerá saber que aunque se han perdido nuestros lechos de cultivo de setas del Buenavista, Pilar ha guardado micelios de cada una de nuestras atesoradas

especies, y prepararemos lechos de hongos en una sala de bodega en de Estética hasta que se encuentre una ubicación más húmeda.

Hoy celebramos el Día de los Topos, nuestra festividad de la vida subterránea. El Día de los Topos es una fiesta infantil, y nuestros niños han estado muy ocupados decorando el Jardín del Edén en el Tejado. Los topos, con sus pequeñas garras hechas con trozos de peines, los nematodos creados con bolsas de plástico transparente, las lombrices hechas con medias rellenas y cuerda, los escarabajos peloteros: qué gran testimonio de los poderes de creatividad que Dios nos ha concedido, por medio de los cuales incluso lo inútil y descartado puede redimirse del sinsentido.

Tendemos a pasar por alto las criaturas más pequeñas que moran entre nosotros; sin embargo, sin ellas nosotros mismos no podríamos existir; porque cada uno de nosotros es un jardín de formas de vida microscópica. ¿Dónde estaríamos sin la flora que puebla el tracto intestinal o sin las bacterias que nos defienden de invasores hostiles? Convivimos con multitudes, amigos míos, con una miríada de formas de vida que reptan bajo nuestros pies y, podría añadir, bajo nuestras uñas.

Cierto es que en ocasiones estamos infestados con nanobioformas con las que preferiríamos no convivir, como el acaro de las cejas, el ancilostoma, la ladilla, la lombriz intestinal y la garrapata, por no hablar de las bacterias y los virus hostiles. Pero pensemos en ellos como los ángeles más diminutos de Dios, que cumplen con su trabajo insondable a su propia manera, porque también estas criaturas residen en la mente eterna y brillan en la luz eterna, y forman parte de la sinfonía polifónica de

¡Consideremos también a Sus trabajadores en la tierra! Sin los gusanos, los nematodos y las hormigas, sin su incesante labrado del suelo, éste se transformaría en una masa compacta y se extinguiría la vida. Pensemos en las propiedades antibióticas de los gusanos y de los diversos hongos, y en la miel que fabrican nuestras abejas, y también en la tela de araña, tan útil para detener la hemorragia de una herida. Para cada mal, Dios ha proporcionado un remedio en su gran botiquín de medicina natural.

Mediante el trabajo de los escarabajos carroñeros y las bacterias putrescentes, nuestra morada de carne se destruye y regresa a los elementos para enriquecer las vidas de otras criaturas. Qué equivocados estaban nuestros antepasados al preservar los cadáveres: sus embalsamamientos, sus adornos, sus féretros en mausoleos... ¡Qué horror convertir la cáscara del alma en un fetiche impuro! Y, al final, ¡qué egoísta! ¿No deberíamos devolver el don de la vida regalándonos a la vida cuando llegue el momento?

La próxima vez que tengáis en las manos un puñado de compost húmedo, rezad una silenciosa oración de agradecimiento a todas las anteriores criaturas de la tierra. Imaginaos dando a todas y cada una de ellas un achuchón cariñoso. Porque sin duda están aquí con nosotros, siempre presentes en esa matriz nutritiva.

Ahora unámonos a nuestro Coro de Capullos y Flores para cantar nuestro himno tradicional del Día de los Topos.

Alabamos los topos perfectos

Alabamos los topos perfectos,
jardineros del subsuelo;
la hormiga, el gusano y el nematodo,
dondequiera que se encuentren.

En la oscuridad viven su vida,
al ojo humano invisibles;
la tierra es aire para ellos
y su día es nuestra noche.

Revuelven el suelo y lo labran,
las plantas hacen crecer;
nuestra Tierra sería un desierto
si ellos no estuvieran vivos.

Los escarabajos carroñeros,
que en sitios extraños buscan,
nos devuelven a los elementos
y los lugares ordenan.

Por las diminutas criaturas
bajo los campos y bosques,
demos gracias hoy con alegría
porque Dios vio que eran buenas.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

31

Toby. Día de los Topos

Año 25

Cuando el Diluvio desate su cólera tenéis que contar los días, decía Adán Uno. Tenéis que observar las salidas del sol y los cambios de la luna, porque hay una estación para cada cosa. En las meditaciones, no os alejéis en exceso en vuestros viajes interiores, no sea que entréis en lo eterno antes de tiempo. En vuestros estados de barbecho, no descendáis a un nivel demasiado profundo para volver a salir, o llegará la noche en que todas las horas serán iguales para vosotros, y entonces ya no habrá esperanza.

Toby ha estado contando los días en una libreta vieja del AnooYoo Spa-in-the-Park. Cada página rosa tiene en la parte superior dos ojos de largas pestañas —uno de ellos guiñado— y un beso de pintalabios. A ella le gustan esos ojos y esas bocas sonrientes: le hacen compañía. Encima de cada página nueva apunta la festividad de los Jardineros o el santo del día. Aún puede recitar la lista completa de memoria: san E. F. Schumacher, santa Jane Jacobs, santa Sigurdsdottir de Gullfoss, san Wayne Grady de los Buitres; san James Lovelock, el bendito Gauthama Buda, santa Bridget Stutchbury del Café Arábigo, san Lineo de , de los Cocodrilos, san Stephen Jay Gould del Esquisto Jurásico, san Gilberto Silva de los Murciélagos. Y el resto.

Bajo el nombre de cada santo, Toby escribe sus notas de agricultura: lo que se ha plantado, lo que se ha cosechado, la fase lunar, los insectos huéspedes.

«Día de los Topos —escribe hoy—. Año 25. Hacer la colada. Luna creciente.» El Día de los Topos formaba parte de de San Euell. No era un buen aniversario.

En el lado positivo, ya debería haber algunas polibayas maduras. La fuerza del gen híbrido de las polibayas es que da fruto en todas las estaciones. Quizás a última hora de la tarde irá a recogerlas.

Dos días antes —en San Orlando Garrido de los Lagartos— hizo una anotación que no estaba relacionada con la agricultura. «¿Alucinación?», había escrito. Ahora cavila sobre esa anotación. En ese momento pareció una alucinación.

Fue después de la tormenta del día. Toby se hallaba en el tejado, comprobando las conexiones entre los cubos: del único grifo que había dejado abierto abajo no salía agua. Encontró el problema —un ratón ahogado que atascaba la toma— y se estaba volviendo hacia la escalera cuando oyó un extraño sonido. Era como un canto, pero no un canto que hubiera oído antes.

Examinó con los prismáticos. Al principio no vio nada, pero luego en el extremo del campo, apareció una extraña procesión. Parecía formada únicamente por gente desnuda, aunque un hombre que iba delante llevaba ropa, y una especie de sombrero rojo y, ¿podía ser?, gafas de sol. Detrás de él había hombres, mujeres y niños, de todos los colores de piel conocida; al concentrarse, vio que varias de las personas desnudas tenían abdómenes azules.

Por eso había decidido que tenía que ser una alucinación: por el azul. Y por el canto cristalino sobrenatural. Había visto las figuras sólo un momento. Estaban allí, luego se desvanecieron como humo. Debían de haberse internado entre los árboles para seguir aquel sendero.

Había dado saltos de alegría: no pudo evitarlo. Había tenido ganas de bajar corriendo por la escalera, de salir corriendo del edificio, de ir tras ellos. Pero era una esperanza demasiado grande, esperar que vivieran otras personas, tantas otras personas. Otras personas que parecían muy sanas. No podía ser real. Si se dejaba cautivar por esos espejismos, si permitía que esos cantos de sirena la atrajeran al bosque de los cerdos, podría ser la primera persona en la historia en ser destruida por las proyecciones excesivamente optimistas de su propia mente.

Al enfrentarse a un vacío excesivo, decía Adán Uno, el cerebro inventa. La soledad crea compañía igual que la sed crea agua. ¿Cuántos marineros habían naufragado en busca de islas que no eran más que un resplandor?

Toby coge el lápiz y tacha el signo de interrogación. «Alucinación», dice ahora. Claro. Simple. No cabe duda.

Toby deja el lápiz, recoge el palo de la fregona, sus prismáticos y el rifle, y sube al tejado por la escalera para examinar su territorio. Todo está tranquilo esta mañana. No hay movimiento en el campo: no hay animales grandes, no hay cantantes

desnudos teñidos de azul.

32

¿Cuánto tiempo ha pasado desde ese Día de los Topos, el último antes de la muerte de Pilar? En el año 12 tuvo que ser.

Justo antes de eso se había producido el desastre de la detención de Burt. Después de que se lo llevaran los hombres de Corpsegur y después de que Veena y Bernice se marcharan del solar, Adán Uno había convocado a todos los Jardineros a una reunión de emergencia en el Jardín del Tejado. Les había contado la noticia, *y* los Jardineros se habían quedado de piedra al comprenderla. La revelación era demasiado dolorosa, demasiado bochornosa. ¿Cómo se las había arreglado Burt para tener una plantación en el Buenavista sin que nadie sospechara?

Gracias a la confianza, por supuesto, piensa Toby. Los Jardineros desconfiaban de todos en el mundo exfernal, pero confiaban en los suyos. Se habían unido a la larga lista de confesiones religiosas que se habían despertado una mañana para descubrir que el vicario se había largado con los fondos de la iglesia, dejando atrás un rastro de niños víctimas de abusos sexuales. Al menos, Burt no había abusado de los niños del coro, o nadie tenía noticia. Había cotilleos entre los niños —comentarios crudos de los que suelen hacer los niños—, pero no era respecto a niños. Sólo niñas, y sólo manoseos.

El único de los Jardineros al que no había sorprendido y al que no había horrorizado la plantación era a Philo *el Niebla*, aunque a él nunca le sorprendía ni le horrorizaba nada.

—Me gustaría probar esa hierba, a ver si es tan buena —fue todo cuanto tenía que decir.

Adán Uno había pedido voluntarios para que acogieran a las familias que se habían encontrado desplazadas tan de repente: no podían volver al Buenavista, había

dicho, porque estaría plagado de hombres de Corpsegur, de manera que tenían que despedirse de sus posesiones materiales.

—Si el edificio estuviera en llamas no volveríais a entrar para rescatar unos pocos trastos y baratijas —dijo—. Es la forma que tiene Dios de poner a prueba nuestro apego al reino de la ilusión inútil.

Se suponía que a los Jardineros no tenía que importarles esta parte: cosechaban sus posesiones materiales en vertederos, de manera que siempre podían coger otras, en teoría. No obstante, hubo llantos por una copa de cristal perdida y una desconcertante disputa por una plancha para hacer gofres rota pero de gran valor sentimental.

Adán Uno pidió entonces a todos los presentes que no hablaran de Burt y el Buenavista, y menos de Corpsegur.

—Nuestros enemigos podrían estar escuchando —dijo.

Decía eso cada vez con más frecuencia. En ocasiones, Toby se preguntaba si no se estaba poniendo paranoico.

—Nuala, Toby —había dicho cuando los demás se estaban marchando—. Un momento. ¿Puedes pasarte por allí a ver qué pasa? —le dijo a Zeb—. No creo que haya nada que hacer.

—No —dijo Zeb—. Nada que valga una mierda, pero echaré un vistazo.

—Lleva tus ropas de plebilla —dijo Adán Uno.

Zeb asintió con la cabeza.

—El traje de motero solar. —Se alejó hacia la escalera de incendios.

—Nuala, querida —dijo Adán Uno—. ¿Puedes arrojar algo de luz sobre lo que ha dicho Veena sobre Burt y tú?

Nuala empezó a gimotear.

—No tengo ni idea —dijo—. ¡Es mentira! ¡Es muy irrespetuoso! ¡Es muy hiriente! ¿Cómo puede pensar una cosa así de mí y... Adán Trece?

«No cuesta tanto de imaginar —pensó Toby—, considerando la forma en que te frotas con cualquier pernera.» Nuala flirteaba con cualquier cosa de sexo masculino. Sin embargo, Veena había estado en barbecho durante el tiempo del flirteo, así pues ¿qué había levantado sus sospechas?

—Nadie de aquí lo cree, querida —dijo Adán Uno—. Veena ha debido estar escuchando algún rumor, quizás un *agent provocateur* enviado por nuestros enemigos para sembrar la disensión entre nosotros. Preguntaré a los porteros si Veena recibió alguna visita inusual en días recientes. Ahora, querida Nuala, deberías enjugar tus lágrimas e ir a de Costura. Los miembros desplazados de nuestra congregación necesitarán muchas prendas, como colchas, y sé que te gustará ser de utilidad.

—Gracias —dijo Nuala con sinceridad.

Puso su expresión que decía «sólo tú me entiendes» y se dirigió apresuradamente

hacia la escalera de incendios.

—Toby, querida, ¿crees que podrás reunir ánimo suficiente para ocuparte de los deberes de Burt? —preguntó Adán Uno cuando Nuala se hubo marchado—. de Jardín, las Hierbas Comestibles. Te convertiríamos en Eva, por supuesto. Hace tiempo que pensaba hacerlo, pero Pilar ha valorado mucho tu papel de ayudante, y creo que estabas contenta con ese papel. No quería privarla de ti.

Toby reflexionó.

—Sería un honor —dijo al fin—, pero no puedo aceptar. Ser una Eva hecha y derecha... sería hipócrita.

Nunca había logrado repetir el momento de iluminación que había experimentado en su primer día con los Jardineros, aunque lo había intentado con frecuencia. Había acudido a los retiros, había observado una semana de aislamiento, había hecho vigilias, se había tomado los hongos y elixires requeridos, pero no había experimentado ninguna revelación especial. Visiones, sí, pero ninguna con significado. O ninguna con un significado que supiera descifrar.

—¿Hipócrita? —dijo Adán Uno, torciendo el gesto—. ¿En qué sentido?

Toby eligió cuidadosamente sus palabras: no quería herir sus sentimientos.

—No estoy segura de creer en todo. —Se quedó corta: creía en muy poco.

—En algunas religiones la fe precede a la acción —dijo Adán Uno—. En la nuestra, la acción precede a la fe. Has estado actuando como si creyeras, querida Toby. «Como si», estas palabras son muy importantes para nosotros. Continúa viviendo según ellas y la fe llegará con el tiempo.

—No es mucho para empezar —dijo Toby—. Seguramente una Eva debería estar...

Adán Uno suspiró.

—No deberíamos esperar demasiado de la fe —sentenció—. El conocimiento humano es falible, y vemos a través de un cristal oscuro. Cualquier religión es una sombra de Dios. Pero las sombras de Dios no son Dios.

—No me gustaría ser un ejemplo mediocre —dijo Toby—. Los niños detectan la impostura, verán que sólo estoy cumpliendo el expediente. Eso podría ser dañino para lo que estás tratando de lograr.

—Tus dudas me reafirman —insistió Adán Uno—. Muestran que eres de fiar. ¡Para cada no también hay un sí! ¿Harás una cosa por mí?

—¿Qué? —preguntó Toby con precaución.

No quería la responsabilidad de ser una Eva, no quería reducir sus opciones. Quería sentirse libre para dejarlo si tenía que hacerlo. Sólo he estado cumpliendo condena, pensó. Aprovechándome de su buena voluntad. Menudo fraude.

—Pide orientación, nada más —dijo Adán Uno—. Haz una vigilia de una noche. Reza para tener fuerzas para afrontar tus dudas y temores. Tengo confianza en que

obtendrás una respuesta positiva. Tienes dones que no deberían desperdiciarse. Todos estaríamos encantados de recibirte como una Eva entre nosotros, te lo aseguro.

—De acuerdo —dijo Toby—. Eso puedo hacerlo. —Para cada sí, pensó, también hay un no.

Pilar era la encargada de los materiales de vigilia y el resto de sustancias de viaje extracorpóreo de los Jardineros. Toby no había hablado con ella en varios días por su enfermedad: un virus estomacal, decían. Sin embargo, en su conversación con Adán Uno, éste no había mencionado nada de la enfermedad, de modo que tal vez Pilar volvía a estar bien. Esos virus nunca duraban más de una semana.

Toby buscó el pequeño cubículo de Pilar en la parte posterior del edificio. Pilar estaba tumbada, apoyada en su futón; una vela de cera de abeja temblaba en una latita en el suelo, a su lado. El aire estaba cerrado y olía a vómito. Pero el bol que había al lado de Pilar estaba vacío, y limpio.

—Querida Toby —dijo Pilar—. Ven y siéntate a mi lado.

Su carita parecía más que nunca una nuez, aunque tenía la piel pálida, o tan pálida como podía ponerse una tez morena. Gris. Turbia.

—¿Te sientes mejor? —inquirió Toby, tomando la garra tendinosa de Pilar entre sus dos manos.

—Oh, sí. Mucho mejor —dijo Pilar, sonriendo con dulzura. Su voz no era fuerte.

—¿Qué era?

—Comí algo que me sentó mal —dijo Pilar—. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quería asegurarme de que estabas bien —dijo Toby, que acababa de descubrir que eso era verdad.

Pilar tenía un aspecto macilento, consumido. Toby reconoció el temor en su interior: ¿y si Pilar —que le había parecido eterna, que seguramente siempre estaría allí, o si no siempre, al menos durante un tiempo largo, como una roca o un tocón antiguo—, y si desaparecía de repente?

—Eres muy amable —dijo Pilar. Apretó la mano de Toby.

—Y Adán Uno me ha pedido que sea una Eva.

—¿Supongo que has dicho que no? —aventuró Pilar, sonriendo.

—Exacto —dijo Toby. Pilar normalmente podía adivinar lo que estaba pensando —. Pero quiere que haga una noche de vigilia. Para rezar en busca de orientación.

—Eso sería lo mejor —sentenció Pilar—. Ya sabes dónde guardo las cosas de la vigilia. Es el frasco marrón —dijo al tiempo que Toby levantaba la cortina de goma y cuerda que cubría los anaqueles—. El marrón de la derecha. Sólo cinco gotas, y dos del púrpura.

—¿He hecho esta mezcla antes? —preguntó Toby.

—No exactamente. Con ésta, obtendrás algún tipo de respuesta. Nunca falla. La

naturaleza jamás nos traiciona. ¿Eso lo sabes?

Toby no lo sabía. Contó las gotas en una de las tazas de té astilladas de Pilar y volvió a guardar los frascos.

—¿Estás segura de que estás mejor? —preguntó.

—Estoy bien —dijo Pilar—, por ahora. Y el ahora es el único momento en que podemos estar bien. Bueno, querida Toby, vete y que tengas una buena vigilia. Hoy hay luna creciente. Disfrútala.

A veces, cuando repartía los viajes mentales, Pilar parecía el supervisor de una rúa infantil.

Toby eligió la sección de tomates del Jardín del Edén en el Tejado como ubicación para su vigilia. Anotó el lugar en la pizarra de Aviso de Vigilias cumpliendo con el requisito: los que estaban de vigilia en ocasiones se iban de paseo, y resultaba útil conocer su posición teórica para poder encontrarlos.

Adán Uno recientemente se había ocupado de apostar porteros en todas las plantas, al lado de los rellanos. Así que no puedo bajar del Jardín sin que alguien me vea, pensó Toby. A no ser que me caiga del tejado.

Aguardó hasta el anochecer, antes de tomarse las gotas con un té de flor de saúco y frambuesa para disimular el sabor: las pociones de vigilia de Pilar siempre tenían gusto a mantillo. Luego se sentó en posición de meditación, junto a una gran tomatera que a la luz de la luna parecía una bailarina contorsionada o un insecto grotesco.

La planta pronto empezó a brillar y a retorcer sus ramas, y los tomates empezaron a latir como corazones. Había grillos cerca, hablando en sus lenguas: quarkit, quarkit, ibbit, ibbit, arkit, arkit...

Gimnasia neuronal, pensó Toby. Cerró los ojos.

¿Por qué no puedo creer?, se preguntó en la oscuridad.

Detrás de sus párpados vio un animal. Tenía el pelaje dorado, con ojos verdes y amables, dientes caninos y una lana rizada en lugar de piel. El animal abrió la boca, pero no habló. Sólo bostezó.

La miró. Ella lo miró.

—Eres el efecto de una mezcla de toxinas vegetales cuidadosamente calibrada —le dijo, y se quedó dormida.

33

A la mañana siguiente, Adán Uno vino a interesarse por cómo había ido la vigilia de Toby.

—¿Obtuviste una respuesta? —preguntó.

—Vi un animal —dijo Toby.

Adán Uno estaba encantado.

—¡Qué fantástico resultado! ¿Qué animal? ¿Qué te dijo?

Pero antes de que Toby tuviera tiempo de responder, Adán Uno miró por encima del hombro de ella.

—Tenemos un mensajero —dijo.

En su neblinoso estado de posvigilia, Toby pensó que se refería a algún tipo de ángel de los hongos o a un espíritu botánico, pero era sólo Zeb, que respiraba con dificultad después de haber subido por la escalera de incendios. Todavía llevaba su disfraz de plebilla: chaleco negro de polipiel, tejanos sucios, botas de motero solar ajadas. Parecía resacoso.

—¿Has pasado la noche en vela? —preguntó Toby.

—Parece que tú también —dijo Zeb—. Me va a costar una buena, a Lucerne no le gusta que trabaje de noche. —No parecía demasiado preocupado por eso—. Quieres convocar una asamblea general —le dijo a Adán Uno— o prefieres conocer primero tú solo la mala noticia.

—Primero la mala noticia —dijo Adán Uno—. A lo mejor hemos de editarla para el consumo más amplio. —Hizo un gesto hacia Toby—. Ella no tiene pánico.

—Bueno —dijo Zeb—. Ésta es la historia.

Sus fuentes de información eran extraoficiales, dijo: se había visto obligado a sacrificarse en aras de la verdad, pasando una noche observando a las chicas

danzando en el Scales and Tails, donde los tipos de Corpsegur pasaban el rato cuando no estaban de servicio. No le gustaba acercarse demasiado a los tipos de Corpsegur, dijo: tenía un historial, y podrían reconocerlo a pesar de las alteraciones que se había hecho. Pero conocía a algunas de las chicas, así que les había sonsacado rumores.

—¿Les pagaste? —dijo Adán Uno.

—Nada es gratis —dijo Zeb—. Pero no pagué demasiado.

Era verdad que Burt tenía una plantación en el Buenavista, explicó. Con el método habitual: apartamentos desocupados, ventanas ennegrecidas, electricidad pirateada. Luces de invernadero de pleno espectro, sistemas de riego automático, todo de primera. Pero no se trataba de la marihuana habitual, ni siquiera de la supermaría de Era un híbrido estratosférico, con algunos genes de peyote y psilocibina, e incluso un poco de ayahuasca: la parte buena de la ayahuasca, aunque no habían eliminado por completo la parte que te hace vomitar hasta la bilis. Mucha gente que la había probado mataría por volver a hacerlo, y todavía no habían fabricado mucha, lo cual disparaba el precio en el mercado.

Por supuesto, era una operación de Corpsegur. Los laboratorios HelthWyzer habían desarrollado el híbrido y los hombres de Corpsegur eran los vendedores al por mayor. Lo dirigían del modo en que dirigían todo lo que era ilegal, por medio de las mafias. Pensaron que era un chiste poner a uno de los Adanes de tapadera y plantar el cultivo en un edificio que controlaban los Jardineros. Habían pagado muy bien a Burt, pero él había tratado de engañarlos vendiendo por su cuenta. Se estaba saliendo con la suya también eso, explicó Zeb, hasta que Corpsegur recibió una llamada anónima. La llamada los condujo a un teléfono móvil arrojado en un vertedero. No encontraron ADN. Era una voz de mujer, una mujer muy cabreada.

Veena, pensó Toby. ¿De dónde sacó el teléfono? Corría la voz de que se había llevado a Bernice a con el dinero que Corpsegur le había pagado.

—¿Dónde está ahora Adán Trece? —dijo Adán Uno—. El antiguo Adán Trece. ¿Sigue vivo?

—No puedo decírtelo —dijo Zeb—, no se sabe nada.

—Recemos —dijo Adán Uno—. Hablará de nosotros.

—Si estaba tan metido con ellos, ya lo habrá hecho —dijo Zeb.

—¿Sabía lo de las muestras de tejido de Pilar? —preguntó Adán Uno—. ¿Y nuestro contacto en HelthWyzer? ¿Nuestro joven correo con el tarro de miel?

—No —dijo Zeb—. Eso sólo lo sabíamos tú, yo y Pilar. Nunca lo discutimos en el consejo.

—Por fortuna —dijo Adán Uno.

—Esperemos que tenga un accidente con un cuchillo de destripar —dijo Zeb—. Tú no has oído nada de esto —le dijo a Toby.

—¡No temas! —dijo Adán Uno—. Ahora Toby es de verdad una de las nuestras.

Va a ser una Eva.

—¡No he obtenido respuesta! —protestó Toby. Un bostezo animal no era muy definitivo en lo que a visiones se refería.

Adán Uno sonrió con benignidad.

—Has tomado la decisión correcta —dijo.

Toby pasó el resto de la tarde preparando una combinación de aromas que sería irresistible para las ratas y que podía sembrarse como un camino desde el taller de coches hasta el Buenavista Condos. El objetivo era eliminar las ratas del primer lugar y realbergarlas en el segundo sin pérdida de vidas: a los Jardineros no les gustaba reubicar a especies compañeras sin ofrecerles un alojamiento de igual valor.

Usó trozos de carne del montón que Pilar guardaba para los gusanos, un poco de miel, un poco de mantequilla de cacahuete —había enviado a Amanda al supermercado a comprarla—, un poco de queso rancio; restos de cerveza como elemento líquido. Cuando estuvo preparado, envió a Shackleton y Crozier y les dio instrucciones.

—Es realmente pútrido —exclamó Shackleton, olisqueando con admiración.

—¿Crees que puedes soportarlo? —preguntó Toby—. Porque si no puedes...

—Lo haremos —dijo Crozier, enderezando los hombros.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó el pequeño Oates, con intención de acompañarlos.

—No queremos a nadie que se chupe el dedo —dijo Crozier.

—Tened cuidado —les advirtió Toby—. No queremos encontraros muertos en un solar. Sin riñones.

—Sé lo que hago —dijo Shackleton, orgulloso—. Zeb nos ayudará. Llevamos ropa de las plebillas, ¿ves? Se abrió la camisa de Jardinero: debajo llevaba una camiseta negra que decía: «Muerte: ¡la mejor manera de perder peso!» Debajo del eslogan había una calavera y unas tibias cruzadas, en color plata.

—Esos tipos de las corpos son idiotas —dijo Crozier, sonriendo. Él también llevaba una camiseta: «A las *strippers* les encanta mi barra»—. Pasaremos por delante de sus narices.

—No me chupo el dedo —dijo Oates, dándole una patada en la espinilla a Crozier.

Crozier le arreó en la sien.

—Volamos por debajo de su radar —dijo Shackleton—. Ni siquiera nos verán.

—Comecerdos —dijo Oates.

—Oates, ya has soltado bastantes palabrotas —le reprendió Toby—. Tú puedes ayudarme a alimentar a los gusanos. Y vosotros largaos —les dijo a los otros dos—. Aquí está la botella. Que no se os caiga dentro del taller, y sobre todo que no caiga en

la madera, o algún pobre desgraciado tendrá que vivir con ese olor mucho tiempo. —Y dirigiéndose a Shackleton añadió—. Dependemos de vosotros.

Era bueno dejar que los chicos de esa edad creyeran que hacían trabajo de hombres, siempre y cuando no se emocionaran demasiado.

—Adiós, mojacolchones —dijo Crozier.

—Das asco —dijo Oates.

34

A la mañana siguiente, Toby estaba dando una clase en de Estética: Hierbas Afectivas, para chicos de entre doce y quince años. Botánica Maníaca, lo llamaban los chicos, que era mejor de cómo llamaban a algunas otras asignaturas: Caca de Vaca a las normas de uso del biodoro violeta, Bosta y Boñiga al Apilado de Compost.

—Sauce —dijo—. Analgésico. A-N-A-L-G-É-S-I-C-O, deletreadlo en vuestras pizarras.

Hubo chirriar de tiza, demasiados chirridos.

—Basta con eso, Crozier —dijo Toby, sin mirar.

Crozier era un chirriador crónico. ¿Había oído que susurraban «Bruja Seca»?

—He oído eso, Shackleton —dijo.

La clase estaba más inquieta que de costumbre: réplicas del terremoto causado por Veena.

—Analgésico, ¿qué significa?

—Calmante —dijo Amanda.

—Exacto, Amanda —dijo Toby.

Amanda, que siempre se comportaba sospechosamente bien en clase, se estaba portando aún mejor. Amanda se las sabía todas. Estaba demasiado versada en las artimañas del mundo exfernal. Sin embargo, Adán Uno creía que los Jardineros habían sido de gran beneficio para ella, y ¿quién iba a decir que Amanda no estaba experimentando un cambio vital?

Aun así, era desafortunado que Ren hubiera sido atraída a la órbita hiperatractiva de Amanda. Ren era muy maleable: se arriesgaba a estar siempre bajo el dominio de alguien.

—¿Qué parte del sauce usamos para fabricar el analgésico? —continuó Toby.

—¿Las hojas? —dijo Ren.

Demasiado ansiosa por complacer, y respuesta equivocada de todos modos, e incluso más ansiosa de lo habitual. Ren debía de estar sintiendo la pérdida de Bernice, o quizá la culpa: de qué forma tan despiadada habían dejado de lado a Bernice en cuanto apareció Amanda. Se creen que no los vemos, pensó Toby. Suponen que no sabemos lo que pretenden. Sus presuntuosidades, sus crueldades, sus tramas.

Nuala asomó la cabeza por la puerta.

—Toby, querida —dijo—, ¿puedo hablar un momento contigo?

Su tono era lúgubre. Toby salió al pasillo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Has de ir a ver a Pilar —dijo Nuala—. Ahora mismo. Ha elegido su hora.

Toby sintió que se le encogía el corazón. Así que Pilar le había mentido. No, no mentido; simplemente no le había contado toda la verdad. Había sido algo que había comido, pero no por accidente. Nuala apretó el brazo de Toby para mostrarle su compasión. Aparta tus manos húmedas de mí, pensó Toby. No soy un hombre.

—¿Puedes ocuparte de mi clase? —le pidió—. Por favor. Estoy enseñando las propiedades del sauce.

—Por supuesto, Toby, querida —dijo Nuala—. Haré el sauce llorón con ellos.

Esa canción almibarada era una de las favoritas de Nuala; la había compuesto para niños pequeños. Toby se imaginaba las caras que le pondrían los chicos más mayores. Pero como Nuala no sabía mucho de botánica, hacerles cantar al menos ocuparía el tiempo.

Toby se apresuró a alejarse al oír el sonido de la voz de Nuala:

—Toby ha tenido que ir a hacer una misión caritativa, así que ¡vamos a ayudarla cantando la canción del sauce llorón!

Su voz intensa y un poco desafinada de contralto se elevó por encima de las voces carentes de lustre de los niños:

Sauce llorón, sauce llorón,
ramas que ondean como el mar,
mientras descanso en mi cama,
ven y quítame el penar...

El infierno sería una eternidad de las letras de Nuala, pensó Toby. De todos modos, no se trataba del sauce llorón sino del sauce blanco, *Salix alba,* con su ácido salicílico. Eso era lo que calmaba el dolor.

Pilar estaba tumbada en su cubículo, en su cama, con una vela de cera de abeja ardiendo todavía en su recipiente de lata. Estiró sus delgados dedos marrones.

—Querida, Toby —dijo—. Gracias por venir. Quería verte.

—¡Lo has hecho tú! —dijo Toby—. ¡No me lo dijiste! —De tan triste, estaba enfadada.

—No quería hacerte perder tiempo preocupándote —dijo Pilar. Su voz había menguado a un susurro—. Quería que tuvieras una buena vigilia. Ahora ven a sentarte a mi lado y cuéntame lo que viste anoche.

—Un animal —dijo Toby—. Una especie de león, pero no un león.

—Bueno —susurró Pilar—. Es una buena señal. Tendrás la ayuda de la fortaleza cuando la necesites. Estoy contenta de que no fuera un gusano. —Se rio por lo bajo; luego su rostro se contorsionó de dolor.

—¿Por qué? —preguntó Toby—. ¿Por qué lo has hecho?

—Recibí el diagnóstico —dijo Pilar—. Es cáncer. Muy avanzado. Así que es mejor irse ahora mientras todavía sé lo que estoy haciendo. ¿Para qué demorarlo?

—¿Qué diagnóstico? —dijo Toby.

—Envié unas muestras de biopsia —dijo Pilar—. Katuro me la hizo, tomó las muestras de tejido. Las escondimos en un tarro de miel y las llevamos clandestinamente a los laboratorios de diagnóstico de HelthWyzer West, bajo una identidad diferente, por supuesto.

—¿Quién las pasó? —dijo Toby—. ¿Fue Zeb?

Pilar sonrió como si disfrutara de un chiste privado.

—Un amigo —dijo—. Tenemos muchos amigos.

—Podemos llevarte a un hospital —dijo Toby—. Estoy segura de que Adán Uno lo autorizaría...

—No reincidas, mi Toby —dijo Pilar—. Conoces nuestra opinión de los hospitales. Es lo mismo que si me arrojaran a un pozo ciego. Además, no hay cura para lo que me he tomado. Ahora, por favor, pásame ese vaso, el azul.

—¡Todavía no! —exclamó Toby. ¿Cómo posponerlo, retrasarlo? ¿Cómo mantener a Pilar con ella?

—Es sólo agua, y un poco de sauce y adormidera —susurró Pilar—. Alivia el dolor sin dejarte fuera de combate. Quiero mantenerme despierta lo máximo posible. Estaré bien durante un rato.

Toby observó a Pilar mientras ésta bebía.

—Dame otra almohada —pidió Pilar.

Toby le pasó uno de los sacos rellenos de farfolla que había a los pies de la cama.

—Has sido mi familia aquí —dijo—. Más que los demás.

Le costaba hablar, pero se resistía a llorar.

—Y tú has sido la mía —dijo Pilar con sencillez—. Acuérdate de cuidar del Ararat del Buenavista. Mantenlo renovado.

Toby no quiso contarle que habían perdido el Ararat del Buenavista por culpa de Burt. ¿Para qué disgustarla? Apoyó a Pilar en la almohada: era extrañamente pesada.

—¿Qué has usado? —preguntó. Se le estaba cerrando la garganta.

—Te he enseñado bien —dijo Pilar. Los ojos se le arrugaron en las comisuras, como si todo fuera una broma—. A ver si lo adivinas. Síntomas: calambres y vómitos. Luego un periodo de respiro en el cual el paciente parece mejorar. Pero entretanto, el hígado se va destruyendo lentamente. No hay antídoto.

—Una de las amanitas —dijo Toby.

—Chica lista —susurró Pilar—. El Ángel de es un amigo para cuando lo necesitas.

—Pero será muy doloroso —dijo Toby.

—No te preocupes por eso —dijo Pilar—. Siempre está la adormidera concentrada. Es la botella roja, ésa. Ya te diré el momento. Ahora, escúchame con atención. Esta es mi voluntad. Como decimos, las mortajas no tienen bolsillos. Los moribundos deben legar a los vivos todas las cosas terrenas, y eso incluye el conocimiento.

Quiero que tengas todo lo que he reunido aquí: todos mis materiales. Es una buena colección y confiere un gran poder. Guárdalo bien y úsalo bien. Confío en que lo hagas. Ya conoces algunas de estas botellas. He hecho una lista en papel del resto, has de memorizarla y destruirla. La lista está dentro del tarro verde: ése. ¿Lo prometes?

—Sí —dijo Toby—. Lo prometo.

—Las promesas en el lecho de muerte son sagradas entre nosotros —dijo Pilar—. Eso lo sabes. No llores. Mírame. No estoy triste.

Toby conocía la teoría: Pilar creía que estaba donándose a la matriz de la vida por propia voluntad, y también creía que eso debería ser cuestión de celebración.

Pero ¿qué pasa conmigo?, pensó Toby. Me están abandonando. Era como cuando había fallecido su madre, y luego su padre. ¿Cuántas veces tendría que pasar por el proceso de quedarse huérfana? No gimas, se dijo con gravedad.

—Quiero que seas Eva Seis —dijo Pilar—. En mi lugar. Nadie más posee ni el talento ni el conocimiento. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Me lo prometes?

Toby lo prometió. ¿Qué más podía decir?

—Bien —susurró Pilar, soltando el aire—. Ahora, creo que es el momento de la adormidera. La botella roja, ésa es. Deséame lo mejor en mi viaje.

—Gracias por todo lo que me has enseñado —dijo Toby.

No puedo soportarlo, pensó. La voy a matar. No. Voy a ayudarla a morir. Estoy cumpliendo sus deseos.

Observó mientras Pilar bebía.

—Gracias a ti por aprender —dijo Pilar—. Ahora voy a dormir. No olvides decírselo a las abejas.

Toby se sentó junto a Pilar hasta que ésta dejó de respirar. Entonces colocó la colcha por encima de su cara calmada y apagó la vela. ¿Era imaginación suya o la vela se había avivado en el momento de la muerte de Pilar como si le hubiera insuflado un soplo de aire? Espíritu, diría Adán Uno. Una energía que no puede aferrarse ni medirse. El inconmensurable espíritu de Pilar. Se había ido.

Pero si el espíritu no era material, podía influir en la llama de una vela. ¿Podía?

Me estoy volviendo tan ñoña como todos los demás, pensó Toby. Estoy podrida. Lo siguiente que haré será hablar con las plantas. O con los caracoles, como Nuala.

Sin embargo, Toby fue a contárselo a las abejas. Se sintió como una idiota al hacerlo, pero lo había prometido. Recordó que no bastaba con pensarlo: tenías que pronunciar las palabras en voz alta. Las abejas eran las mensajeras entre este mundo y los otros mundos, le había dicho Pilar. Entre los vivos y los muertos. Llevaban la palabra hecha aire.

Toby se cubrió la cabeza —como era costumbre, decía Pilar— y se quedó de pie delante de las colmenas del tejado. Las abejas estaban volando como de costumbre, yendo y viniendo, acarreando el polen en las patas, moviéndose en sus danzas semafóricas en figuras de ocho. Desde el interior de las colmenas llegaba el zumbido de las alas al batir en el aire, enfriándolo, ventilando las celdas y los pasajes. Una abeja son todas las abejas, solía decir Pilar, así que lo que es bueno para la colmena es bueno para la abeja.

Varias abejas doradas volaron en torno a su cabeza. Tres chocaron en su cara, probándola.

—Abejas —dijo ella—. Os traigo noticias. Debéis decírselo a vuestra reina.

¿Estaban escuchando? Quizás. Estaban chupando en las comisuras de sus ojos secos. Por la sal, habría dicho un científico.

—Pilar ha muerto —dijo—. Os envía sus saludos y os da las gracias por vuestra amistad de tantos años. Cuando os llegue el momento de seguirla al lugar al que se ha ido, ella os recibirá allí. —Éstas eran las palabras que Pilar le había enseñado, y Toby se sintió estúpida diciéndolas en voz alta—. Hasta entonces, yo soy vuestra nueva Eva Seis.

Nadie estaba escuchando, aunque si lo hubieran estado haciendo no les habría parecido extraño, al menos allí en el Tejado. En cambio, más abajo, al nivel del suelo, la habrían tildado de loca que vagaba por las calles y hablaba en voz alta sin ningún interlocutor.

Pilar llevaba las noticias a las abejas todas las mañanas. ¿Se esperaba que Toby

hiciera lo mismo? Sí. Era una de las funciones de Si no les contabas a las abejas lo que estaba ocurriendo, decía Pilar, se sentirían heridas en sus sentimientos, se enjambrarían y se irían a otro sitio. O morirían.

Las abejas que tenía en la cara vacilaron: quizá notaran su temblor. Sin embargo, sabían distinguir el dolor del miedo, porque no le picaron. Al cabo de un momento, alzaron el vuelo para mezclarse con las multitudes que describían círculos sobre las colmenas.

35

Una vez que recobró la compostura y se lavó la cara, Toby fue a contárselo a Adán Uno.

—Pilar ha muerto —dijo—, se ha ocupado ella misma.

—Sí, querida. Lo sé —dijo Adán Uno—. Lo discutimos. Usó el Ángel de , y después, ¿adormidera?

Toby asintió.

—Pero (esto es una cuestión delicada y cuento con tu discreción) ella no creía que hubiera que decir toda la verdad a los Jardineros en general. El viaje personal final es una opción moral sólo para los experimentados y, debo decirlo, sólo para los enfermos terminales como era el caso de Pilar; pero no debemos hacerlo ampliamente accesible, sobre todo en el caso de nuestros jóvenes, que son impresionables y dados a las depresiones mórbidas y al falso heroísmo. Confío en que te has hecho cargo de esos frascos de medicamentos de Pilar. No queremos ningún accidente.

—Sí —dijo Toby. He de conseguir una caja metálica. Con candado, pensó.

—Y ahora eres Eva Seis —dijo Adán Uno, sonriendo—. ¡Estoy encantado, querida!

—Supongo que también discutiste eso con Pilar —dijo Toby.

Pensó que toda la cuestión de la vigilia había sido un entretenimiento para mantenerla controlada hasta que Pilar pudo cerrar el trato.

—Era su deseo más querido —expuso Adán Uno—. Tenía un profundo amor y respeto por ti.

—Y espero ser digna de ella —dijo Toby.

Así que entre los dos la habían atrapado. ¿Qué podía decir? Sintió que se metía en un ritual como quien se prueba un par de zapatos.

Adán Uno convocó una asamblea de Jardineros, en la cual hizo un discurso mentiroso.

—Por desgracia —empezó—, nuestra querida Pilar (Eva Seis) ha fallecido hoy trágicamente después de equivocarse en la identificación de una especie. Tenía muchos años de práctica impecable que la acreditaban, pero quizás era la forma que tiene Dios de reclamar a nuestra querida Eva Seis para Sus propósitos mayores. Dejadme que os recuerde la importancia de aprender a conocer las setas a conciencia; y limitaos a las actividades micológicas de las especies bien conocidas, tales como las colmenillas, las barbudas y los champiñones, aquellas sobre las que no puede haber confusión.

»A lo largo de su vida, Pilar expandió enormemente nuestra colección de setas y hongos, añadiendo diversos especímenes salvajes. Algunos de éstos pueden ayudaros en la meditación durante vuestros retiros, pero por favor, no los probéis sin antes informaros bien, y vigilad esas copas y anillos delatores, no queremos más incidentes desafortunados de esta naturaleza.

Toby se sintió ultrajada: ¿cómo podía Adán Uno menospreciar la experiencia micológica de Pilar? Pilar nunca habría cometido semejante fallo: los viejos Jardineros tenían que saberlo. Aunque tal vez era sólo una forma de hablar, igual que se referían al suicidio como «muerte por desventura».

—Me alegra anunciar —continuó Adán Uno— que nuestra apreciada Toby ha accedido a ocupar la posición de Eva Seis. Éste era el deseo de Pilar, y estoy seguro de que no hay nadie más adecuado que ella para esa posición. Yo mismo confío completamente en ella por... por muchas cosas. Sus virtudes no se limitan a sus amplios conocimientos, sino que también tiene buen sentido, fortaleza ante la adversidad y un corazón noble. Por eso la eligió Pilar.

Hubo algunas señales de asentimiento y sonrisas en dirección a Toby.

—Nuestra querida Pilar deseaba que la compostaran en Heritage Park —continuó Adán Uno—. Ella misma seleccionó cuidadosamente el matorral que deseaba plantar encima de su cuerpo (un fino espécimen de saúco), de manera que algún día obtengamos dividendos de recolección. Como sabéis, un compostaje no oficial comporta un riesgo y conlleva duras penas: en el mundo exfernal piensan que incluso la muerte debe someterse a disciplina y, por encima de todo, que hay que pagar por ella. Sin embargo, nos prepararemos para este acto con precaución y lo llevaremos a cabo con discreción. Entretanto, aquellos que deseen ver a Pilar por última vez, pueden hacerlo en su cubículo. Si deseáis ofrecerle un tributo floral, me atrevo a sugerir las capuchinas, que abundan esta temporada. Por favor, no cojáis ninguna de las flores de ajo, porque las estamos guardando para la propagación.

Hubo lágrimas y sollozos de los niños: Pilar era muy querida. A continuación, los

Jardineros empezaron a salir. Algunos sonrieron de nuevo a Toby para mostrar que estaban complacidos con su ascenso. Toby se quedó donde estaba, porque Adán Uno la estaba sujetando del brazo.

—Perdóname, querida Toby —dijo cuando el resto se hubieron ido—. Te pido disculpas por mi excursión a la ficción. En ocasiones debo decir cosas que no son transparentemente honestas. Pero es por el bien mayor.

Eligieron a Toby y Zeb para seleccionar la localización del compostaje de Pilar y para precavar el hoyo. El tiempo era esencial, dijo Adán Uno: los Jardineros aprobaban la refrigeración y el clima era cálido, así que si no compostaban a Pilar pronto lo más probable era que ella misma iniciara el proceso demasiado pronto.

Zeb tenía un par de trajes de empleado de Heritage Park: monos verdes y camisas con el logo del parque en blanco. Los dos se los pusieron y salieron con un par de palas, rastrillos, un azadón y una horqueta que repiqueteaban en la parte de atrás de su vehículo. Para Toby era una novedad que los Jardineros tuvieran una furgoneta, pero la tenían. Era una furgoneta de aire comprimido, que guardaban en una tienda de animales domésticos de tienda de animales domésticos abandonada: no había mucho interés por mimar a las mascotas en , según Zeb, porque si tenías un gato allí era probable que terminara en la freidora de algún vecino.

Los Jardineros pintaban diferentes cosas en su furgoneta, dijo Zeb, según la necesidad. En ese momento tenía un logo de Heritage Park, impecablemente falsificado.

—Hay varios ex artistas gráficos entre los Jardineros —dijo Zeb—. Por supuesto, hay varios ex de todo.

Circularon por el Sumidero, haciendo sonar el claxon para apartar de su camino a los plebiquillos y ahuyentar a cualquiera que intentara limpiarle el parabrisas.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó Toby.

—¿Con «esto» te refieres a enterrar ilegalmente a damas ancianas en un parque público? No —dijo Zeb—. No había visto morir a ninguna Eva hasta ahora. Pero siempre hay una primera vez para todo.

—¿Es muy peligroso? —inquirió Toby.

—Supongo que lo descubriremos —dijo Zeb—. Por supuesto, siempre podemos dejarla en un solar abandonado para los carroñeros, pero podría terminar en un SecretBurgers. La proteína animal se está poniendo muy cara. O podrían venderla a los tipos del basuróleo; cogen cualquier cosa. Vamos a salvarla de eso: la vieja Pilar odiaba el petróleo, iba contra su religión.

—¿Contra la tuya no? —dijo Toby.

Zeb se rio.

—Dejo los puntos más delicados de la doctrina a Adán Uno. Yo uso lo que tengo

que usar para llegar a donde necesito ir. Vamos a por un Happicuppa. —Viró en un aparcamiento de centro comercial.

—¿Vamos a tomar Happicuppa? —dijo Toby—. Modificado genéticamente, crecido al sol, rociado con venenos. Mata aves, arruina a los campesinos, eso lo sabemos todos.

—Estamos de camuflaje —dijo Zeb—. ¡Has de meterte en el papel! —Le hizo un guiño a Toby, luego se estiró por encima de ella y abrió la puerta de la furgoneta—. Date un respiro. Apuesto a que eras un encanto hasta que te recogieron los Jardineros.

Eras, piensa Toby. Esto lo resume todo. No obstante, estaba complacida: no había oído un cumplido en relación a su género en mucho tiempo.

Happicuppa había sido un componente de la hora de comer cuando trabajaba en SecretBurgers: parecía que había pasado toda una vida desde que se había tomado uno. Pidió un Happicappuccino. Había olvidado lo delicioso que era. Lo degustó a pequeños sorbos: podían pasar años antes de que se tomara otro, si es que alguna vez volvía a tomarlo.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Zeb antes de que ella hubiera terminado del todo—. Hemos de cavar un hoyo. Ponte la gorra, escóndete el pelo dentro, así es como lo llevan las chicas del parque.

—Eh, zorra del parque —dijo una voz detrás de ella—. ¡Muéstranos tu matorral!

Toby tenía miedo de volverse a mirar, aunque Blanco volvía a estar en Painball. Se lo había contado Adán Uno, eso se decía en la calle.

Zeb captó su miedo.

—Si alguien te molesta, le daré con el azadón —dijo.

De nuevo en la furgoneta, recorrieron las calles de la plebilla hasta que llegaron a la entrada norte de Heritage Park. Zeb mostró su pase falsificado a los vigilantes y pasaron. El parque era oficialmente peatonal, de manera que no había más vehículos que los suyos.

Zeb condujo despacio, pasando junto a familias de habitantes de las plebillas sentadas a las mesas de picnic, con sus barbacoas a plena potencia. Había grupos de plebiquillos pendencieros que bebían y molestaban. Una piedra rebotó en el camión: el personal del parque no iba armado, y los plebiquillos lo sabían. Había habido broncas e incluso víctimas, le contó Zeb. Los árboles tenían algo que hacía que la gente pensara que se podía soltar.

—Donde hay naturaleza, hay capullos —dijo con alegría.

Encontraron una buena ubicación: un trozo de suelo abierto donde el saúco recibiría suficiente luz solar, y donde seguramente ellos no encontrarían demasiadas raíces de árboles al cavar. Zeb se puso a trabajar con el azadón, esponjando el suelo; Toby usó la pala. Plantaron un cartel: «P**lantación cortesía de** H**elth**W**yzer** West.»

—Si alguien pregunta, tengo la autorización en el bolsillo —dijo Zeb—. Ni

siquiera me ha costado mucho.

Cuando el hoyo fue lo bastante grande, recogieron, dejando el cartel en su sitio.

El compostaje de Pilar se llevó a cabo esa tarde. Pilar viajó hasta allí en furgoneta, en un saco de arpillera etiquetado «Mantillo», con el saúco y un depósito de agua de veinte litros a su lado. Nuala y Adán Uno hicieron desfilar al Coro de Flores y Capullos por el parque, junto al lugar de sepultura, de manera que cualquiera que estuviera cerca los estaría mirando a ellos en lugar de a Zeb y a Toby, y su plantación de arbustos. Estaban entonando a pleno pulmón el *Himno del Día de los Topos.* Cuando llegaron al verso final, Shackleton y Crozier, disfrazados con sus camisetas de plebiquillos, los abuchearon desde el camino lateral. Cuando Crozier lanzó una botella, los Flores y Capullos gritaron, rompieron filas y corrieron por el sendero. Todos los presentes observaron la persecución con interés, esperando violencia. Zeb encajó con destreza a Pilar en el hoyo, todavía en el interior del saco de arpillera, y plantó una mata de saúco encima de ella. Toby echó unas paladas de tierra y la apisonó; luego regaron.

—No tengas aspecto abatido —le dijo Zeb—. Actúa como si sólo fuera un trabajo.

Había otro mirón, un chico alto de cabello oscuro. No estaba distraído por el numerito del Coro de Flores y Capullos; se quedó de pie apoyado contra un árbol, como con indiferencia. Llevaba una camiseta negra con un eslogan que decía: «El hígado es el mal, y hay que castigarlo.»

—¿Conoces a ese chico? —preguntó Toby. La camiseta no encajaba. A un auténtico plebiquillo le habría quedado mejor.

Zeb lo miró.

—¿A él? ¿Por qué?

—Se está interesando en nosotros. —De Corpsegur, pensó. No, demasiado joven.

—No mires —dijo Zeb—. Conocía a Pilar. Le conté que estaríamos aquí.

36

Según Adán Uno, del hombre era multidimensional. Los antepasados primates cayeron de los árboles; luego cayeron del vegetarianismo a comer carne. Después cayeron del instinto a la razón, y por consiguiente a la tecnología; de las señales simples a la gramática compleja, y por lo tanto a la humanidad; de la ausencia de fuego al fuego, y por consiguiente al armamento; y del apareamiento estacional a una actividad sexual compulsiva. Luego cayeron de una vida gozosa en el momento a la contemplación ansiosa de un pasado que se fue y un futuro distante.

continuaba, pero la trayectoria era cada vez más cuesta abajo. Absorbido en el pozo de conocimiento, sólo puedes caer en picado, aprendiendo cada vez más, pero sin ser más feliz. Y eso le ocurría a Toby desde que se había convertido en una Eva. Sentía que el título de Eva Seis la impregnaba, la erosionaba, desbastando las aristas de lo que había sido. Era más que austera. ¿Cómo se había permitido ser moldeada de este modo?

Sin embargo, ahora sabía más. Como ocurre con todo conocimiento, una vez que sabes algo, no te cabe en la cabeza cómo es que no lo supiste antes. Como pasa con la magia, antes de saber algo tienes el conocimiento ante tus propios ojos, pero estás mirando a otro lado.

Por ejemplo, los Adanes y las Evas tenían un portátil. Toby se desconcertó al descubrirlo. ¿Un aparato así no contravenía los principios Jardineros? Sin embargo, Adán Uno la había tranquilizado: nunca se conectaban salvo con extrema precaución, lo usaban sobre todo para almacenamiento de datos cruciales pertenecientes al mundo exfernal, y se ocupaban de ocultar un objeto tan peligroso del conjunto de los

Jardineros, sobre todo de los niños. No obstante, tenían uno.

—Es como la colección porno del Vaticano —le contó Zeb—. Está a salvo en tus manos.

Guardaban el portátil en un compartimento escondido en la pared de la salita que había detrás de las cubas de vinagre, que también era donde celebraban las reuniones quincenales de Adanes y Evas. Había una puerta que daba a esta sala, pero antes de ser una Eva, a Toby le habían dicho que sólo había un armario detrás, que usaban para almacenar botellas. Había sin duda varios estantes para botellas vacías, pero la estantería completa se abría para revelar la puerta real de la sala. Ambas puertas se mantenían cerradas: sólo los Adanes y las Evas tenían llaves. Ahora Toby también tenía llave.

Debería haberse dado cuenta de que los Adanes y las Evas se reunían de un modo u otro. Daban la sensación de moverse y pensar como uno, y no usaban teléfonos ni ordenadores, así que, ¿cómo tomaban las decisiones de grupo excepto cara a cara? Tal vez había supuesto que intercambiaban información químicamente, como los árboles. Pero no, no era nada tan vegetal: se sentaban en torno a una mesa como en cualquier otro cónclave y alisaban a martillazos sus posiciones —tanto teológicas como prácticas— con la misma falta de misericordia que los monjes medievales. Y, como les ocurría a los monjes, cada vez había más en juego. Eso preocupaba a Toby, porque las corporaciones no toleraban oposición, y la posición Jardinera contra las actividades comerciales en el sentido más amplio bien podría interpretarse como tal. De manera que Toby no estaba atrapada en ninguna cápsula sobrenatural, como había supuesto, sino que estaba caminando por el borde de un poder real y potencialmente explosivo.

Al parecer, los Jardineros ya no eran un minúsculo culto localizado. Estaban creciendo en influencia: lejos de confinarse al Jardín del Edén en el Tejado del Sumidero y a los tejados vecinos y a los otros edificios que controlaban, tenían ramificaciones en diferentes plebillas, e incluso en otras ciudades. Incluso contaban con células secretas de simpatizantes exfernales incrustados en cada nivel, hasta dentro de las mismas corporaciones. La información que proporcionaban estos simpatizantes era indispensable, según Adán Uno: por medio de ella podían monitorizar las intenciones y movimientos de sus enemigos, al menos en parte.

Se referían a las células como trufas porque estaban escondidas, y eran raras y valiosas, y porque nunca podías saber dónde aparecería la siguiente, y porque se empleaban cerdos y perros para localizarlas. No es que los Jardineros tuvieran nada contra los cerdos y los perros en sí. Adán Uno siempre insistía en que sólo estaban en contra de su esclavitud por parte de las fuerzas de las tinieblas.

Aunque habían ocultado su inquietud a la masa de los Jardineros, los Adanes y las

Evas estaban preocupados por la detención de Burt. Algunos aseguraban que Corpsegur le ofrecería un trato que era viejo como el diablo: información a cambio de tu vida. Aunque Corpsegur no necesitaba hacer tratos, dijo sombríamente Zeb, porque cuando empezaban con sus procedimientos de Rendición Interna, una persona diría cualquier cosa. A saber cuántos cubos de mentiras incriminatorias le estarían extrayendo al pobre Burt junto con su sangre, su mierda y su vómito.

Así pues, los Adanes y las Evas esperaban una redada de Corpsegur en el Jardín en cualquier momento. Pusieron en marcha los planes de evacuación rápida, y alertaron a las células trufa, con las que podían contar para que los escondieran. Luego habían encontrado a Burt en un solar detrás del Scales and Tails, con quemaduras de congelación en la piel y sin sus órganos vitales.

—Quieren que parezca un crimen de la mafia —dijo Zeb en el consejo, detrás del Salón del Vinagre—. Pero no convence. La mafia haría más mutilaciones gratuitas. Por diversión.

Nuala se quejó de que era irrespetuoso por parte de Zeb usar el término «diversión» en ese contexto. Zeb dijo que estaba hablando irónicamente. Marushka , que rara vez decía nada, manifestó que la ironía estaba sobrevalorada. Zeb dijo que no había percibido esa sobrevaloración entre los Jardineros. Rebecca, que ya era una poderosa nueva Eva, Eva Once de Combinación de Nutrientes, dijo que todo el mundo debería contenerse un poco y morderse la lengua. Adán Uno manifestó que una casa con divisiones internas no podía sostenerse.

Entonces se organizó un animado debate sobre cómo deshacerse del cadáver de Burt. Burt había sido un Adán, dijo Rebecca: merecía ser compostado ilegalmente en Heritage Park, como cualquier otro Adán o Eva. Eso sería justo. Philo *el Niebla* —que era menos neblinoso dentro del consejo que fuera— opinó que resultaría demasiado peligroso. ¿Y si Corpsegur había dejado el cadáver de Burt para ver quién iba a recogerlo? Stuart *el Escoplo* dijo que Corpsegur ya sabía que Burt era Jardinero; por tanto ¿qué podían averiguar con eso? Zeb opinó que quizás el cadáver de Burt era un mensaje de Corpsegur a las mafias de las plebillas, para decirles que controlaran mejor sus operaciones y acabaran con los inconformistas que iban por libre.

Nuala dijo que, bueno, si no podían compostar a Burt quizá podrían salir de noche y rociar una palada de tierra por encima de él como acto simbólico: ella personalmente se sentiría mucho mejor espiritualmente si podía hacerlo. Mugi comentó que Burt era un aliento de carne comecerdos que los había traicionado y que ni siquiera sabía por qué estaban hablando de eso. Adán Uno opinó que deberían guardar un momento de silencio y echar luz en torno a Burt en sus corazones, y Zeb soltó que ya habían puesto tanta luz que probablemente el tipo estaba ardiendo como un terrorista suicida en una franquicia de pollo frito. Nuala insistió en que Zeb se estaba comportando con frivolidad. Adán Uno manifestó que deberían meditar toda la

noche y quizá la solución llegaría en forma de inspiración visionaria. Philo manifestó que en ese caso daría unas caladas.

Sin embargo, el cadáver de Burt ya no estaba en el solar al día siguiente; se lo habían llevado los recogedores de basuróleo madrugadores, según informó Zeb, y sin duda estaba dando energía a la furgoneta de algún empleado de corporación. Toby preguntó cómo estaba seguro de eso, y Zeb sonrió y dijo que tenía conexiones en las bandas de las plebillas que delatarían a cualquiera siempre que les pagaran.

Adán Uno dio un discurso a los miembros de los Jardineros en general en el cual subrayó el destino de Burt, lo llamó víctima seducida por el espíritu de codicia materialista por quien deberían sentir pena más que condenarlo, y les pidió a todos que reforzaran la vigilancia e informaran de turistas excesivamente curiosos y sobre todo de cualquier actividad inusual.

Sin embargo, nadie informó de actividades inusuales. Pasaron meses, luego más meses. Las tareas diarias y las horas de enseñanza continuaron como de costumbre, y los días de santos y festividades mantenían sus rondas asignadas. Toby empezó a hacer macramé, con la esperanza de que eso la curaría de las ensoñaciones diurnas y los deseos infructuosos, e incrementaría su concentración en el presente. Las abejas se multiplicaron, y Toby les daba las noticias cada mañana. La luna emergió de la oscuridad, luego creció, luego menguó. Hubo nacimientos, y una infestación de escarabajos verdes brillantes, y algunos nuevos Jardineros convertidos. Las arenas del tiempo son arenas movedizas, decía Adán Uno. Muchas cosas podían hundirse en él sin dejar rastro. Y qué bendición cuando las cosas que se hunden son preocupaciones innecesarias.

Pez de Abril

Año 14

De la estupidez en todas las religiones.
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros animales y queridos mortales:

Qué Día del Pez de Abril lleno de alegría tuvimos aquí en nuestro Jardín del Edén en el Tejado. Las linternas pez de este año, inspiradas en el pez fosforescente que adorna las profundidades del océano, son más eficaces que nunca, y los pasteles con forma de pez ¡tienen una pinta exquisita! Hemos de agradecer a Rebecca y a sus ayudantes especiales, Amanda y Ren, por estos apetitosos dulces.

Nuestros niños siempre disfrutan de este día, porque les permite reírse de sus mayores; y siempre y cuando esas risas no se pasen de la raya, a nosotros los mayores nos gusta, porque nos acordamos de nuestra propia infancia. Nunca viene mal que nos recuerden lo pequeños que nos sentíamos entonces, y lo mucho que dependemos de la fuerza, el conocimiento y la sabiduría de nuestros mayores para protegernos. Enseñemos tolerancia a nuestros hijos, y amabilidad, y pongámosles límites correctos, y hagámoslo sin olvidar las risas de alegría. Como Dios contiene todas las cosas buenas, también ha de contener el carácter juguetón: un don que ha compartido con criaturas distintas a nosotros, como atestiguan las jugarretas del cuervo, o la deportividad de la ardilla y el retozar del gatito.

El Día del Pez de Abril, que se originó en Francia, nos reímos los unos de los otros colgando un pez de papel, o, en nuestro caso, un pez de tela reciclada, a la espalda de

otra persona y gritándole: «¡Pez de abril!» O, en el francés original, *«Poisson d'avril!»* En los países anglófonos, esta jornada se conoce como April's Fool Day. Pero no cabe duda de que el Pez de Abril fue en primer lugar una festividad cristiana, porque los primeros cristianos usaban la imagen de un pez como señal secreta de su fe en tiempos de opresión.

El pez era un símbolo adecuado, porque los primeros apóstoles que recabó Jesús eran dos pescadores, a los que seguramente eligió para que le ayudaran a conservar la población de peces. Les pidió que fueran pescadores de hombres en lugar de pescadores de peces, y de esta forma ¡neutralizó a dos destructores de peces! Que Jesús era considerado con las aves, los animales y las plantas queda claro por sus observaciones sobre gorriones, gallinas, corderos y lirios; pero comprendía que la mayor parte del Jardín de Dios estaba bajo el agua y que esa parte también había que cuidarla. San Francisco de Asís hizo un sermón para los peces, sin darse cuenta de que los peces comulgan directamente con Dios. Aun así, el santo estaba afirmando el respeto que les debemos. ¡Qué profético parece ahora que los océanos del mundo están quedando despoblados!

Otros adoptan el punto de vista especista según el cual nosotros los humanos somos más listos que el pez y por consiguiente un Pez de Abril nos señala como mudos y estúpidos. Pero la vida del espíritu siempre parece estúpida a quienes no la comparten: por consiguiente debemos aceptar y llevar la etiqueta de tontos de Dios con alegría, porque en una relación con Dios todos somos necios, no importa lo sabios que creamos ser. Ser un Pez de Abril significa aceptar con humildad nuestra propia estupidez, y admitir de buen grado lo absurdo —desde un punto de vista materialista— de toda la verdad espiritual que profesamos.

Os ruego que ahora os unáis a mí en una meditación sobre nuestros hermanos peces.

Querido Dios, Tú que creaste el grande y ancho mar, con sus innumerables criaturas: rezamos para que contemples a aquellos que moran en tu jardín submarino, donde se originó la vida; y rezamos para que nada pueda desvanecerse del planeta por mano del hombre. Que el amor y la ayuda sean llevados a las criaturas del mar en su actual estado de peligro y enorme sufrimiento; propiciado por el calentamiento del mar y las redes de arrastre, y con la matanza de todo lo que el mar contiene, desde las criaturas de las aguas bajas hasta las criaturas de las profundidades, incluido el calamar gigante; y recuerda tus ballenas, que creaste en el quinto día, y pusiste en el mar para que jugaran allí; y ayuda especialmente a los tiburones, esa especie incomprendida y perseguida.

Tenemos en nuestras mentes de Muerte en el golfo de México; y de Muerte en el lago Erie; y de Muerte en el mar Negro, y el desolado Gran Banco de Terranova, donde en tiempos abundó el bacalao; y de Coral, que ahora agoniza perdiendo color y

partiéndose.

Que cobren vida otra vez; que el amor brille sobre ellos y los restaure; y que se nos perdone por nuestros crímenes oceánicos; y por nuestra estupidez, cuando se trata de la estupidez equivocada: la actitud arrogante y destructiva.

Y ayúdanos a aceptar con toda humildad nuestro parentesco con los peces, que nos parecen silenciosos y estúpidos; porque en Tu sagacidad, todos somos silenciosos y estúpidos.

Cantemos.

Conoces, Señor, nuestra locura

Conoces, Señor, nuestra locura,
y nuestro obrar insensato;
aquí y allá nos ves agitarnos
en pos de afanes inútiles.

Se nos olvida que eres amor,
y omitimos darte gracias;
pensamos que el cielo es un vacío,
y que el universo es nada.

Caemos en el abatimiento,
nuestra hora maldecimos;
decimos incluso que no existes
o que no nos haces caso.

Perdona nuestro humor tornadizo,
nuestro hablar triste y arisco;
reconocemos hoy ser Tus tontos,
lo celebramos jugando.

Por eso admitimos sin ambages
que en nosotros todo es vano:
nuestras ruines luchas y aflicciones,
el dolor que nos causamos.

Por el pez burlamos y cantamos
y reímos como niños;
pinchamos la pompa y el orgullo,
vemos todo con sonrisas.

No podemos concebir Tu Mundo
lleno de estrellas y asombro;
te rogamos que, entre Tus Tesoros,
tengas también a Tus Tontos.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

37

Ren

Año 25

Debo de haberme quedado dormida —estar en el Cuarto Pringoso te agota—, porque estaba soñando con Amanda. Caminaba hacia mí con su vestido caqui a través de un ancho campo de hierba seca salpicado de huesos blancos. Había buitres sobrevolando su cabeza, pero ella me vio soñando con ella, y sonrió y me saludó, y yo me desperté.

Era demasiado temprano para irse a dormir, así que me hice la pedicura. A Starlite le gustaba el efecto garra con refuerzo de seda de araña, pero yo nunca lo usaba porque Mordis decía que me daría una imagen desquiciante, como una conejita con espinas. Así que me ceñía a los tonos pastel. El esmalte de uñas te hacía sentir fresca y destellante: si alguien quería chuparte los pies, los pies tenían que merecer la pena. Mientras el esmalte se secaba, conecté la cámara del intercomunicador de la habitación que compartía con Starlite. Me alegró conectarme con mis propias cosas: mi tocador, mi Roboperro, mis trajes colgados en las perchas. Me moría de ganas de volver a mi vida normal. Tampoco es que fuera muy normal, pero me había acostumbrado a ella.

Luego navegué por Internet, buscando webs de horóscopos para ver qué clase de semana se presentaba, porque muy pronto saldría del Cuarto Pringoso si mis tests daban negativo. Wild Stars era mi favorita. Me gustaba porque te levantaba el ánimo:

en tu signo, Escorpio, significa que tus hormonas están disparadas esta semana. ¡Caliente, caliente, caliente! Disfruta, pero no te tomes demasiado en serio este

estallido sexy: pasará.

Ahora estás trabajando mucho para hacer de tu hogar un palacio del placer. Es hora de que compres esas nuevas sábanas de satén y te metas en la cama. ¡Vas a mimar todos tus sentidos de Tauro esta semana!

Esperaba que el romance y la aventura vinieran en mi dirección, en cuanto saliera del Cuarto Pringoso. Y quizá viajes, o búsquedas espirituales: a veces los mencionaban. Pero las previsiones de mi signo zodiacal no eran tan buenas:

Mercurio el Mensajero en tu signo, Piscis, significa que las cosas y la gente del pasado te sorprenderán en las semanas venideras. ¡Prepárate para algunas transiciones rápidas! El romance puede adoptar extrañas formas: ilusión y realidad bailan pegados ahora mismo, así que actúa con precaución.

No me gustaba cómo sonaba eso de que el romance adopta formas extrañas. Ya tenía suficiente de eso en el trabajo.

Cuando volví a mirar en el Nido de Víboras, estaba a rebosar. Savona continuaba en el trapecio, y Crimson Petal también estaba allí arriba. Llevaba un integral de biofilm con volantes genitales extra y parecía una orquídea gigante. Abajo, Starlite seguía trabajándose a su cliente del Painball. Esa chica podía resucitar a un muerto, pero el tipo parecía casi inconsciente, así que no creía que le sacara una gran propina.

Los guardaespaldas de Corpsegur estaban al acecho, pero de repente todos miraron en dirección a la puerta, así que yo conecté con otra cámara para echar un vistazo. Allí estaba Mordis, hablando con otros dos tipos de Corpsegur. Había otro *painballer* con ellos, que parecía en un estado aún peor que los tres primeros. Más explosivo. A Mordis no le hacía ninguna gracia. Cuatro *painballers* era demasiado que controlar. ¿Y si eran de equipos diferentes y ayer mismo estaban tratando de arrancarse las tripas los unos a los otros?

Mordis estaba conduciendo al nuevo *painballer* a un rincón. Estaba gritando en el móvil; se acercaron apresuradamente tres bailarinas de refuerzo: Vilya, Crenola, Sunset. Bloquead la visión, debía de haberles dicho. Usad las tetas, ¿para qué creéis que os las ha dado Dios? Hubo un resplandor, un movimiento de plumas, seis brazos entrelazándolo. Casi podía oír lo que estaría susurrando Vilya al oído del tipo: «Coge dos, cielo, están baratas.» A una señal de Mordis, subió el volumen de la música: la música alta los distrae, es menos probable que se enfurezcan con los oídos

atiborrados de sonido. Las bailarinas ya estaban sobre aquel tipo como anacondas. Y había dos gorilas del Scales al acecho.

Mordis estaba sonriendo: situación resuelta. Llevaría a ése a una de las habitaciones con plumas en el techo, lo empaparía de alcohol, le pondría unas cuantas chicas encima y lo convertiría en lo que Mordis llamaba un zombi feliz, colocado, con encefalograma plano y ordeñado hasta quedar reseco. Y ahora que teníamos BlyssPluss, tendría múltiples orgasmos y sensaciones de confianza alcohólica, sin problemas de microbios. La rotura de muebles en el Scales se había reducido de manera drástica desde que lo usábamos. Lo servían en polibayas bañadas en chocolate, y en olivas sojayectables: aunque tenías que tener cuidado de no pasarte, decía Starlite, o la polla del tipo podía partirse.

38

En el año 14 tuvimos la fiesta del Pez de Abril como de costumbre. En ese día se suponía, que tenías que actuar tontamente y reírte mucho. Yo le colgué un pez a Shackie, y Croze me colgó uno a mí, y Shackie le colgó uno a Amanda. Un montón de niños colgaron peces a Nuala, pero nadie le colgó ninguno a Toby, porque no podías pasarle por detrás sin que se diera cuenta. Adán Uno se colgó un pez a sí mismo para afirmar algo sobre Dios. Ese gamberrete de Oates iba por ahí corriendo y gritando «barritas de pescado», y clavándole un dedo por detrás a todo el mundo hasta que Rebecca le hizo parar. Luego estaba triste, así que me lo llevé a un rincón y le conté el cuento del buitre más pequeño. Era un chico dulce cuando no estaba incordiando.

Zeb se había marchado en uno de sus viajes, últimamente viajaba mucho. Lucerne se quedó en casa: dijo que no tenía nada que celebrar, y que, además, era una fiesta estúpida.

Fue mi primer Pez de Abril sin Bernice. De pequeñas, antes de que llegara Amanda, decorábamos juntas un pastel con forma de pescado. Siempre discutíamos sobre qué ponerle. Una vez habíamos hecho el pastel verde, con espinacas para el color verde y con ojos redondos de zanahoria. Tenía un aspecto francamente tóxico. Al pensar en ese pastel me entraron ganas de llorar. ¿Dónde estaba Bernice en ese momento? Me sentía avergonzada de mí misma por haber sido tan antipática con ella. ¿Y si estaba muerta como Burt? Si lo estaba, en parte era por mi culpa. Sobre todo por mi culpa. Por mi culpa.

Amanda y yo volvimos caminando a , y Shackie y Croze nos acompañaron: para

protegernos, dijeron. Amanda se rio de eso, pero dijo que podían venir con nosotros si querían. Los cuatro volvíamos a ser más o menos amigos, aunque de vez en cuando Croze le decía a Amanda:

—Aún estás en deuda conmigo.

Y Amanda lo mandaba al cuerno.

Cuando volvimos a estaba oscuro. Pensamos que tendríamos problemas por llegar tan tarde —Lucerne siempre nos advertía de los peligros de la calle—, pero resultó que Zeb había vuelto, y ya se estaban peleando. Así que salimos a esperar al pasillo, porque sus peleas ocupaban todo el espacio de nuestra casa.

La pelea era más ruidosa que de costumbre. Volcaron un mueble, o lo lanzaron: Lucerne tuvo que ser, porque Zeb no era de ésos.

—¿De qué va esto? —le pregunté a Amanda, que tenía la oreja pegada a la puerta. No le daba vergüenza escuchar.

—No sé —dijo—. Está gritando demasiado. Oh, espera: dice que está liado con Nuala.

—Con Nuala no —dije—. ¡Imposible! —Entonces supe cómo se habría sentido Bernice cuando dijimos todo eso de su padre.

—Los hombres se lo montan con cualquier cosa si tienen ocasión —dijo Amanda —. Ahora dice que en el fondo es un macarra. Y que la desprecia y la trata como una mierda. Creo que está llorando.

—Quizá deberíamos parar de escuchar —dije.

—Vale —dijo Amanda.

Nos quedamos las dos con la espalda apoyada en la pared, esperando a que Lucerne empezara a gimotear. Como hacía siempre. Entonces Zeb saldría ruidosamente y daría un portazo, y a lo mejor no volveríamos a verlo durante días.

Zeb salió.

—Nos vemos, reinas de la noche —dijo—. Tened cuidado.

Estaba haciendo bromas con nosotras como le gustaba hacer, pero no había alegría. Tenía aspecto sombrío.

Normalmente, después de una pelea, Lucerne se iba a la cama y lloraba, pero esa noche empezó a preparar una maleta. En realidad era una mochila rosa que habíamos cosechado Amanda y yo. Lucerne no tenía mucho que guardar en la bolsa, así que pronto terminó y entró en nuestro cubículo.

Amanda y yo nos hicimos las dormidas, en nuestros futones rellenos de farfolla, bajo nuestras colchas de tela vaquera.

—Levántate, Ren —me dijo Lucerne—. Nos vamos.

—¿Adónde? —pregunté.

—Volvemos —dijo—. Al complejo HelthWyzer.

—¿Ahora mismo?

—Sí. ¿Por qué pones esa cara? ¿No es lo que siempre habías querido?

Es cierto que al principio quería volver al complejo HelthWyzer. Tenía nostalgia. Sin embargo, desde la llegada de Amanda, no había vuelto a pensar demasiado en eso.

—¿Amanda también va a venir?

—Amanda se queda aquí.

Sentí mucho frío.

—Quiero que venga Amanda —dije.

—Ni hablar —dijo Lucerne.

Al parecer había ocurrido algo más: Lucerne se había liberado del hechizo paralizante, el hechizo de Zeb. Se había desembarazado de él como quien se quita un vestido suelto. De repente era enérgica, decidida, no estaba por tonterías. ¿Había sido antes así, tiempo atrás? Apenas podía recordarlo.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué no puede venir Amanda?

—Porque no la dejarían entrar en HelthWyzer. Podemos recuperar nuestras identidades allí, pero ella no tiene ninguna, y desde luego, no tengo dinero para comprarle una. Aquí cuidarán de ella —añadió, como si Amanda fuera un gatito al que nos viéramos obligadas a abandonar.

—Ni hablar —dije—. Si ella no viene, yo tampoco.

—¿Y dónde vivirías aquí? —dijo Lucerne con desprecio.

—Nos quedaremos con Zeb —respondí.

—Nunca está en casa —dijo Lucerne—. Crees que dejarían que dos jovencitas campen a sus anchas.

—Pues podemos vivir con Adán Uno —dije—. O con Nuala. O tal vez con Katuro.

—O con Stuart *el Escoplo* —dijo Amanda, esperanzada.

Era un recurso a la desesperada —Stuart era adusto y solitario—, pero me aferré a la idea.

—Podemos ayudarle a hacer muebles —propuse.

Me imaginé el escenario completo: Amanda y yo recogiendo trastos para Stuart, serrando, martilleando y cantando mientras trabajábamos, preparando infusiones...

—No seréis bienvenidas —dijo Lucerne—. Stuart es un misántropo. Sólo os soporta por Zeb, y lo mismo pasa con todos los demás.

—Nos quedaremos con Toby —dije.

—Toby tiene otras cosas que hacer. Basta ya. Si Amanda no puede encontrar a alguien que cuide de ella, siempre puede irse con los plebiquillos. Es su sitio. Pero no el tuyo. Vamos, date prisa.

—Tengo que vestirme —dije.

—Bien —dijo Lucerne—. Diez minutos. —Salió del cubículo.

—¿Qué haremos? —le susurré a Amanda mientras empezaba a vestirme.

—No lo sé —me contestó Amanda en otro susurro—. Una vez que estés allí, no te dejarán salir. Esos complejos son como castillos, son como mazmorras. Ella nunca te dejará que me veas. Me odia.

—No importa lo que piense —susurré—. Me escaparé de alguna manera.

—Toma mi teléfono —susurró Amanda—. Llévatelo. Puedes telefonearme.

—Conseguiré que vengas —dije.

En ese momento yo estaba llorando en silencio. Me guardé su teléfono morado en el bolsillo.

—Date prisa, Ren —dijo Lucerne.

—¡Te llamaré! —murmuré—. ¡Mi papá te comprará una nueva identidad!

—Seguro que lo hará —dijo Amanda con suavidad—. No te desanimes, ¿vale?

En la sala, Lucerne se estaba moviendo con rapidez. Arrancó las tomateras de aspecto enfermo que había estado cultivando en el alféizar. Debajo de la tierra había una bolsa de plástico llena de dinero. Debía de haberlo estado sisando, de vender cosas del Árbol de : el jabón, el vinagre, el macramé, las colchas. El dinero estaba pasado de moda, pero la gente todavía lo usaba para pequeñas cosas, y los Jardineros no aceptaban dinero virtual porque no autorizaban los ordenadores. Así que había estado escondiendo dinero para fugarse. No era tan tonta como pensaba.

Lucerne cogió las tijeras de cocina y se cortó el pelo recto a la altura del cuello. El corte hizo un sonido de Velero, rasposo y seco. Dejó la mata de cabello en medio de la mesa del comedor.

Fue entonces cuando me cogió del brazo, me sacó de casa y me hizo bajar la escalera. Lucerne nunca salía de noche por los borrachos y drogadictos de las esquinas, y por las bandas de plebiquillos y atracadores. Pero en ese momento estaba blanca de rabia y cargada de una energía desbordante: la gente de la calle se apartaba de nuestro camino como si fuéramos contagiosas, e incluso los Asian Fusion y los Blackened Redfish nos dejaron en paz.

Tardamos horas en atravesar el Sumidero y , y luego plebillas más ricas. A medida que avanzábamos, las casas, los edificios y los hoteles tenían un aspecto cada vez más nuevo, y las calles estaban cada vez más vacías de gente. En Big Box cogimos un taxi solar: atravesamos Golfgreens y luego pasamos una amplia zona despoblada, hasta que por fin llegamos a las puertas del complejo de HelthWyzer. Hacía tanto tiempo que no veía ese lugar que fue como uno de aquellos sueños en que no reconoces nada, aunque sí lo reconoces. Me sentía un poco enferma, pero eso podría haber sido excitación.

Antes de subirnos al taxi, Lucerne me había desordenado el pelo a mí y ella se

había manchado la cara y se había roto el vestido.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté.

Pero no respondió.

Había dos guardas en la verja de HelthWyzer, detrás de la ventanita.

—¿Identificaciones?

—No tenemos —dijo Lucerne—. Nos han robado. Nos secuestraron. —Miró atrás como si temiera que alguien nos estuviera siguiendo—. Por favor, ha de dejarnos entrar, ahora. Mi marido está en Nanobioformas. Les contará quién soy. —Se echó a llorar.

Uno de ellos cogió el teléfono, pulsó un botón.

—Frank —dijo—. Puerta principal. Una mujer dice que es tu esposa.

—Necesitaremos unas muestras de saliva, señora, por las contagiosas —dijo el segundo—. Luego puede ir a la sala de espera, hasta que dispongamos de la autorización y la verificación de bioforma. Enseguida irá alguien a acompañarlas.

En la sala de espera nos sentamos en un sofá negro de escay. Eran las cinco de la mañana. Lucerne cogió una revista. *«NooSkins* —decía en la cubierta—. ¿Por qué vivir con la imperfección?» La hojeó.

—¿Nos secuestraron? —pregunté.

—Oh, querida —dijo ella—. ¡No te acuerdas! ¡Eras demasiado pequeña! No quería decírtelo por no asustarte. Podrían haberte hecho algo terrible.

Se echó a llorar otra vez, con más fuerza. Cuando llegó el hombre de Corpsegur con el biotraje, se le había corrido el maquillaje.

39

Ten cuidado con lo que deseas, decía muchas veces la vieja Pilar. Había vuelto al complejo HelthWyzer y me había reencontrado con mi padre, como tanto había deseado. Pero nada estaba bien. Todo ese mármol falso, y esos muebles de estilo antiguo, y las alfombras de nuestra casa: nada parecía real. También olía raro, como a desinfectante. Echaba de menos los olores frondosos de los Jardineros, los olores de cocina, incluso el ácido del vinagre; incluso los biodoros violetas.

Mi padre —Frank— no había cambiado mi habitación. Aun así, la cama de cuatro postes y las cortinas rosas parecían encogidas. También la veía demasiado infantil para mí. Estaban los animales de peluche que tanto había querido, pero ahora sus ojos de cristal parecían muertos. Los metí en el fondo de mi armario para que no pudieran mirarme como si yo fuera una sombra.

La primera noche, Lucerne me preparó un baño con falsa esencia de flores. La gran bañera blanca y las mullidas toallas blancas me hicieron sentir sucia, y también apestosa. Hedía como la tierra: a suelo de compost en proceso. Ese olor acre.

Mi piel también estaba azul: era el tinte de la ropa de los Jardineros. Nunca me había dado cuenta de eso, porque las duchas de los Jardineros eran muy breves, y no había espejos. Tampoco me había fijado en el vello que tenía, y eso me impresionó más que la piel azul. Froté y froté el azul: no salía. Me miré los dedos de los pies, donde salían del agua de la bañera. Las uñas de los pies como garras.

—Vamos a ponerte un poco de esmalte —me dijo Lucerne dos días después, cuando me vio en chanclas.

Estaba actuando como si nada hubiera existido: ni los Jardineros, ni Amanda ni, sobre todo, Zeb. Ella llevaba un vestido corto de lino, había ido a la peluquería y se había puesto mechas. También se había hecho los pies, no perdía tiempo.

—Mira todos estos colores que te he comprado. Verde, violeta, naranja, y te he traído unos brillantes...

Pero yo estaba enfadada con ella, y le di la espalda. Era una mentirosa.

Todos esos años había conservado en la cabeza una imagen de mi padre, como una silueta de tiza rodeando un espacio con forma de padre. De pequeña, la coloreaba con frecuencia. Pero aquellos colores habían sido demasiado brillantes, y la silueta, demasiado grande. Frank era más bajo, más gris, más calvo y tenía un aspecto más confundido que la imagen que yo tenía en mente.

Antes de que viniera a la puerta de HelthWyzer para identificarnos, había pensado que estaría encantado de descubrir que no estábamos muertas, sino sanas y salvas al fin y al cabo. Sin embargo, le cambió la cara cuando me vio. Me di cuenta de que la última vez que me había visto yo era una niña, así que era más grande de lo que esperaba, y probablemente más grande de lo que él quería. También tenía un aspecto más desaliñado; a pesar de que llevaba ropa de Jardinera, tendría el mismo aspecto que cualquier plebiquilla que podría haber visto corriendo por el Sumidero o si hubiera ido allí alguna vez. Quizá tenía miedo de que le vaciara los bolsillos o me llevara sus zapatos. Se me acercó como si fuera a morderle, y me abrazó de un modo torpe. Olía a compuestos químicos, la clase de compuestos químicos que se usaban para limpiar cosas pegajosas, como el pegamento. Era un olor que te podía quemar los pulmones.

En esa primera noche dormí doce horas, y cuando me desperté descubrí que Lucerne se había llevado mi ropa de Jardinera y la había quemado. Por suerte, había escondido el teléfono morado de Amanda dentro del tigre de peluche de mi armario, le había cortado el estómago. Así que el teléfono no se quemó.

Echaba de menos el olor de mi propia piel, que había perdido su olor salado y ahora era jabonosa y perfumada. Pensé en lo que solía decir Zeb de los ratones: si los sacas un tiempo de la ratonera y los vuelves a meter, los otros ratones los despedazarán. Si volvía con los Jardineros con mi olor de flor falsa, ¿me despedazarían?

Lucerne me llevó a la clínica de HelthWyzer para que me hicieran un chequeo en busca de piojos y lombrices, y para que me examinaran. Eso significaba un par de dedos en tu interior, por delante y por detrás.

—Oh, Dios mío —dijo el doctor cuando me vio la piel azul—. ¿Eso son hematomas, querida?

—No —dije—. Es tinte.

—Ah —exclamó—.¿Hacían que te tiñeras?

—Estaba en la ropa —dije.

—Ya veo —dijo.

Me dio hora para el psiquiatra de la clínica, que tenía experiencia con personas que habían sido secuestradas por sectas. Mi madre también tendría que asistir a esas sesiones.

Fue así como descubrí lo que Lucerne les estaba contando. Nos habían cogido en la calle mientras estábamos en SolarSpace haciendo unas compras, pero no sabía exactamente adónde nos habían llevado, porque nunca se lo habían dejado saber. Dijo que no era culpa del culto en sí, sino de uno de sus componentes masculinos que se había obsesionado con ella y la quería como esclava sexual particular, y le había quitado los zapatos para mantenerla cautiva. Se suponía que ése era Zeb, aunque dijo que no conocía su nombre. Yo era demasiado pequeña para darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, dijo, pero había sido rehén: ella tenía que cumplir con la voluntad de ese loco, satisfacer todos sus antojos retorcidos, daba náuseas las cosas que le obligaba a hacer, porque mi vida corría peligro. Al final, Lucerne había conseguido compartir su penosa situación con una de las componentes del culto, una especie de monja. Debía de referirse a Toby. Fue esa mujer quien la ayudó a escapar: le compró zapatos, le dio dinero, distrajo al hombre para que Lucerne pudiera salir corriendo hacia la libertad.

Decía que no tenía sentido que me preguntaran nada. Los miembros de la secta habían sido amables conmigo, y además estaban drogados. Ella era la única que conocía la verdad: era una carga que tendría que soportar sola. ¿Qué mujer que amara a su hija tanto como ella me amaba a mí no habría hecho lo mismo?

Antes de nuestras sesiones con el psiquiatra, me apretaba el hombro y decía:

—Amanda está allí, no te olvides.

Lo que significaba que si le decía a alguien que había estado mintiendo, ella recordaría de repente dónde había estado cautiva, y Corpsegur iría con sus pulverizadores y a saber qué pasaría. Moría mucha gente inocente en ataques con pulverizadores. No se podía evitar, decían los de Corpsegur. Era por el bien del orden público.

Durante semanas, Lucerne no se alejó mucho de mí para asegurarse de que no intentaba huir ni delatarla, pero al final tuve la ocasión de coger el teléfono morado de Amanda y llamar. Amanda me había mandado un mensaje de texto con el número del móvil que se había birlado, así que sabía dónde localizarla: ella siempre pensaba en todo. Me senté dentro del armario e hice la llamada. Había una luz dentro, como en todos los armarios de la casa. El armario en sí era tan grande como mi antigua habitación.

Amanda respondió enseguida. Allí estaba en pantalla, con el mismo aspecto de

siempre. Lamenté no estar con los Jardineros.

—Te echo mucho de menos —dije—. Me escaparé en cuanto pueda.

Pero no sabía cuándo tendría ocasión, le expliqué, porque Lucerne guardaba mi identidad encerrada en un cajón y no me dejarían cruzar la verja sin ella.

—¿Puedes hacer un trato? —preguntó Amanda—. ¿Con los guardas?

—No —dije—. Creo que no. Aquí es diferente.

—Ah. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—Lucerne me lo ha hecho cortar.

—Te queda bien —dijo Amanda. Luego añadió—: Encontraron a Burt en un solar, detrás del Scales. Tenía quemaduras de congelador.

—¿Había estado en un congelador?

—Lo que quedaba de él. Faltaban partes: hígado, riñones, corazón. Zeb dice que las mafias venden los órganos y luego se quedan el resto en un congelador hasta que necesitan mandar un mensaje.

—¡Ren! ¿Dónde estás? —Era Lucerne, en mi habitación.

—He de colgar —susurré. Volví a meter el teléfono en el tigre—. Estoy aquí dentro —dije. Me castañeteaban los dientes. Los congeladores eran muy fríos.

—¿Qué estás haciendo en el armario, querida? —dijo Lucerne—. Sal a comer algo. Pronto te sentirás mejor.

Sonaba animada: cuanto más trastornada pareciera yo, mejor para ella, porque menos me creería nadie si la delataba.

Su historia era que yo había quedado traumatizada al pasar tanto tiempo en esa secta de gente retorcida que te lavaba el cerebro. Yo no tenía forma de demostrar lo contrario. Además, quizá sí estaba traumatizada: no tenía nada con lo que compararme.

40

Una vez que me ajusté lo suficiente —«ajustar» era la palabra que usaban, como si hablaran del tirante de un sujetador—, Lucerne dijo que tenía que ir a la escuela, porque era malo para mí que anduviera dando vueltas por la casa: necesitaba salir y vivir una vida nueva, como ella. Era un riesgo para Lucerne: yo era una bomba de racimo andante, y la verdad sobre ella podía salir de mi boca en cualquier momento. Sin embargo, Lucerne sabía que yo la estaba juzgando en silencio, y eso la molestaba, así que de verdad me quería en otro sitio.

Al parecer, Frank había creído su historia, aunque no daba la sensación de que le importara demasiado. Comprendí por qué Lucerne se había fugado con Zeb: al menos Zeb se fijaba en ella. Y también se había fijado en mí, mientras que Frank me trataba como una ventana: nunca me miraba a mí, miraba a través de mí.

En ocasiones soñaba con Zeb. Llevaba un traje de oso. La piel se abría por en medio como un pijama de cremallera, y salía Zeb. En el sueño olía de modo tranquilizador; a hierba mojada por la lluvia, y a canela y al olor salado, a vinagre y a hoja chamuscada de los Jardineros.

La escuela se llamaba HelthWyzer High. En el primer día me puse uno de los nuevos vestidos que Lucerne había elegido para mí. Era rosa y amarillo limón; colores que los Jardineros nunca habrían autorizado, porque mostraban la suciedad y desperdiciaban jabón.

Me sentía disfrazada con la nueva ropa. No me acostumbraba a lo ajustada que me quedaba en comparación con mis viejos vestidos sueltos, ni a cómo mis brazos desnudos asomaban por las mangas y mis piernas desnudas aparecían por la parte inferior de la falda plisada hasta la rodilla. Pero eso era lo que llevaban todas las chicas de HelthWyzer High, según Lucerne.

—No te olvides la crema solar, Brenda —me dijo cuando me dirigía hacia la puerta.

Había empezado a llamarme Brenda, y aseguraba que era mi verdadero nombre.

HelthWyzer mandó una estudiante para que fuera mi guía, me acompañara a la escuela y me enseñara todo. Se llamaba Wakulla Price; era delgada, de piel brillante como el tofe. Llevaba un *top* de color amarillo pastel como el mío, pero con pantalones debajo. Miró mi falda plisada con los ojos muy abiertos:

—Me gusta tu falda.

—Me la ha comprado mi madre —dije.

—Ah —dijo ella con voz compungida—. Mi madre me compró una como ésa hace dos años.

Me cayó bien. De camino a la escuela, Wakulla pregunto «¿Qué hace tu padre?», «¿Cuándo llegaste aquí?», etcétera, pero no mencionó ningún culto; y yo dije: «¿Te gusta la escuela?», «¿Quiénes son los profesores?», y nos mantuvimos en ese terreno seguro. Las casas que estábamos pasando eran todas de estilos diferentes, pero con techo de paneles solares. En los complejos contaban con la última tecnología y Lucerne no perdía ocasión de señalármelo. «De verdad, Brenda, son mucho más auténticamente verdes que esos Jardineros puristas, así que no has de preocuparte por la cantidad de agua caliente que usas, y, por cierto, ¿no es hora de que te des otra ducha?» El edificio de la escuela estaba limpísimo: ni pintadas, ni piezas caídas, ni ventanas destrozadas. Tenía un parterre de color verde oscuro, varios arbustos podados en forma circular y una estatua: «Florence Nightingale —decía en la placa —. Dama de alguien había cambiado la de por una eme: «Mama de la lámpara».

—Eso es cosa de Jimmy —dijo Wakulla—. Es mi compañero de laboratorio en Biotecnología de Nano-formas, siempre está haciendo tonterías como ésa. —Sonrió: tenía los dientes francamente blancos.

Lucerne había estado insistiendo en que yo tenía los dientes amarillentos y que necesitaba un cosmético dental. Ya estaba planeando redecorar toda la casa, pero también había planeado algunas modificaciones para mí.

Al menos no tenía caries. Los Jardineros estaban en contra de los productos de azúcar refinado y eran estrictos respecto a cepillarse los dientes, aunque tenías que usar una ramita deshilachada porque aborrecían la idea de meterse en la boca plástico o cerdas de animales.

La primera mañana en esa escuela fue muy extraña. Me sentía como si impartieran las clases en un idioma extranjero. Todas las asignaturas eran diferentes, las palabras eran distintas, y luego estaban los ordenadores y las libretas de papel. Tenía un miedo inherente a eso: parecía demasiado peligroso, todos esos escritos que tus enemigos podían encontrar: no podías borrarlo como en una pizarra. Quería correr al lavabo y

lavarme las manos después de tocar los teclados y las páginas; el peligro seguramente se me había contagiado.

Lucerne me había contado que las autoridades del complejo HelthWyzer mantendrían la confidencialidad de nuestro, llamado, relato biográfico: el secuestro y todo eso. Sin embargo, alguien lo había filtrado porque todos los chicos de la escuela lo sabían. Al menos no se habían enterado de la historia de que Lucerne había sido la esclava sexual de un sátiro. Si tenía que hacerlo, yo estaba decidida a mentir para proteger a Amanda, y a Zeb y a Adán Uno, e incluso a los Jardineros comunes. Todos estábamos en manos del otro, decía Adán Uno. Estaba empezando a descubrir a qué se refería.

A la hora de comer, se reunió un grupo a mi alrededor. No era un grupo amenazador, sólo curioso. «Así que vivías en una secta.» «¡Que locura!» «¿Estaban muy chalados?» Tenían un montón de preguntas. Entretanto se iban comiendo el almuerzo, y todo olía a carne. Beicon. Barritas de pescado, veinte por ciento pescado auténtico. Hamburguesas; las llamaban WyzeBurgers y estaban hechas de carne cultivada. Así que no habían matado a animales reales. Amanda se habría comido el beicon para demostrar que los comedores de hojas no le habían lavado el cerebro, pero yo no podía llegar tan lejos. Separé el panecillo de mi WyzeBurger y traté de comérmelo, pero apestaba a animal muerto.

—¿Lo pasaste muy mal? —dijo Wakulla.

—Sólo era una secta verde —dije.

—Como los Lobos de Isaías —dijo un chico—. ¿Eran terroristas?

Todos se inclinaron hacia delante, querían escuchar historias truculentas.

—No, eran pacifistas —dije—. Teníamos que trabajar en su huerto del tejado.

Y les hablé del realojo de caracoles y gusanos. Cuando se lo conté, me sonó extraño.

—Al menos no te los comías —dijo una niña—. Algunas de esas sectas comen animales atropellados.

—Los Lobos de Isaías seguro que lo hacen. Salía en la web.

—Pero vivíais en las plebillas. Guay.

Entonces me di cuenta de que tenía una ventaja, porque había vivido en las plebillas, donde ninguno de ellos había estado, salvo quizás en alguna excursión escolar, o arrastrados por sus padres sórdidos al Árbol de que podía inventarme lo que quisiera.

—Eras mano de obra infantil —dijo un chico—. Una esclava medioambiental. ¡Qué sexy!

Todos rieron.

—Jimmy, no seas tan tonto —lo reprendió Wakulla—. No te preocupes —me dijo a mí—, siempre dice estas cosas.

Jimmy sonrió.

—¿Adorabais las coles? —continuó—. Oh, gran repollo, beso a su crucífera colestad. —Se puso de rodillas y agarró un trozo de mi falda plisada—. Bonitas hojas, ¿se pueden arrancar?

—No seas tan aliento de carne —dije.

—¿Qué? —dijo, riendo—. ¿Aliento de carne?

Entonces tuve que explicar que eso era un insulto entre los extremistas verdes. Igual que comecerdo. O cara de babosa. Esto hizo reír más a Jimmy.

Vi la tentación. La vi con claridad. Se me ocurrirían más detalles estrambóticos de mi vida en la secta, y luego simularía que pensaba que todas esas cosas eran tan retorcidas como las consideraban los chicos de HelthWyzer. Eso sería popular. Pero también me vi del modo en que me verían los Adanes y las Evas: con tristeza, con decepción. Adán Uno, y Toby y Rebecca. Y Pilar, aunque estaba muerta. E incluso Zeb.

Qué fácil es la traición. Simplemente te deslizas a ella. Pero eso ya lo sabía, por Bernice.

Wakulla me acompañó a casa, y Jimmy también vino. El iba haciendo el tonto —contaba chistes y esperaba que nos riéramos—, y Wakulla se rio, de un modo educado. Me di cuenta de que Jimmy estaba colado por ella, aunque Wakulla me contó más tarde que sólo podía ver a Jimmy como un amigo.

Wakulla se desvió a medio camino para dirigirse hacia su casa, y Jimmy me dijo que continuaría conmigo porque le iba de paso. Era irritante cuando había más de una persona: seguramente sentía que es mejor hacerte el tonto a que otra gente se burle de ti. Pero cuando no estaba actuando, era mucho más agradable. Me di cuenta de que por dentro estaba triste, porque lo mismo me ocurría a mí. Éramos como gemelos en ese sentido. Nunca antes había tenido un chico por amigo.

—Así que ha de ser raro para ti, estar aquí en un complejo después de las plebillas —me dijo un día.

—Sí.

—¿De verdad tu madre estaba atada a la cama por un maníaco trastornado? —Jimmy era directo con cosas que otra gente podía pensar pero que nunca diría.

—¿Dónde has oído eso? —dije.

—En el vestuario —dijo Jimmy.

O sea que la fábula de Lucerne se había filtrado.

Respiré hondo.

—Esto es entre tú y yo, ¿sí?

—Te lo juro —dijo Jimmy.

—No —dije—. No estaba atada a la cama.

—Ya me lo figuraba —dijo Jimmy.

—Pero no se lo digas a nadie. Confío en que no lo hagas.

—No lo haré —dijo Jimmy.

No dijo «¿por qué no?». Sabía que si todo el mundo oía que Lucerne había mentido, la gente se daría cuenta de que no la habían secuestrado sino que sólo había estado engañando a lo grande. Lo que había hecho, lo había hecho por amor, o simplemente por sexo. Y había vuelto a HelthWyzer con su marido perdedor porque el otro tipo la había dejado. Pero moriría antes que admitirlo. O mataría a alguien.

Todo ese tiempo me metía en el armario y sacaba el teléfono morado de mi tigre para llamar a Amanda. Nos enviábamos mensajes de texto con las mejores horas para llamar, y si la conexión era buena podíamos vernos en pantalla. Yo hacía muchas preguntas sobre los Jardineros. Amanda me dijo que ya no estaba con Zeb: Adán Uno había dicho que había crecido mucho y que tenía que dormir en uno de los cubículos individuales, y eso era muy aburrido.

—¿Cuándo podrás volver? —me preguntó.

Pero yo no sabía cómo podía arreglármelas para huir de HelthWyzer.

—Estoy trabajando en eso —dije.

La siguiente vez que me puse al teléfono, ella me dijo:

—Mira quién está aquí.

Y era Shackie, sonriéndome con timidez, y me pregunté si se habrían acostado. Me sentó como si Amanda hubiera recogido un chisme brillante que quería para mí, pero era una estupidez, porque yo no sentía nada por Shackie. Me pregunté si habría sido suya la mano que me tocó el trasero esa noche en el holocentrifugador. Aunque lo más probable es que fuera Croze.

—¿Cómo está Croze? —le pregunté a Shackie—. ¿Y Oates?

—Están bien —murmuró Shackie—.¿Cuándo vas a volver? ¡Croze te echa mucho de menos? ¿Peli?

—Groso —dije—. Peligroso.

Me sorprendió que aún usara esa contraseña infantil, aunque quizás Amanda lo había animado a hacerlo para que me sintiera incluida.

Después Shackie desapareció de la pantalla, Amanda dijo que eran compañeros: los dos se llevaban cosas de los centros comerciales. Era un trato justo: ella contaba con alguien que le guardara las espaldas y la ayudara a robar cosas y venderlas, y él conseguía sexo.

—¿No le quieres? —preguntó.

Amanda me dijo que era una romántica. Dijo que el amor era inútil, porque te llevaba a estúpidos intercambios en los cuales dabas demasiado, y luego te amargabas y te volvías mala.

41

Jimmy y yo empezamos a hacer los deberes juntos. Era muy amable y me ayudaba con las partes que yo no sabía. Gracias a toda la memorización que teníamos que hacer con los Jardineros, yo podía mirar una lección y luego verla toda mentalmente, como una fotografía. Así que, aunque me resultaba difícil y sentía que iba muy atrasada, empecé a ponerme al día muy deprisa.

Al llevarme dos años, Jimmy no estaba en ninguna de mis clases salvo en la de Aptitudes Vitales, que se suponía que te ayudaba a estructurar la vida, cuando tenías una vida que estructurar. Mezclaban grupos de edad en Aptitudes Vitales para que pudiéramos beneficiarnos de compartir nuestras experiencias diferentes, y Jimmy se cambiaba de pupitre para sentarse justo detrás de mí.

—Soy tu guardaespaldas —me susurraba, y eso me hacía sentir segura.

Íbamos a mi casa a hacer los deberes cuando Lucerne no estaba allí; si estaba, íbamos a la casa de Jimmy. Me gustaba más la casa de Jimmy porque tenía un mofache de animal de compañía: era un nuevo híbrido, mitad mofeta pero sin el olor, y mitad mapache pero sin la agresividad. Se llamaba *Matón* y era uno de los primeros que habían hecho. Cuando lo cogí, me gustó de inmediato.

La madre de Jimmy también me cayó bien, aunque la primera vez que me vio me miró con dureza con aquellos severos ojos azules y me preguntó qué edad tenía. A mí también me caía bien, aunque fumaba demasiado y me hacía toser. Entre los Jardineros nadie fumaba, al menos tabaco. Ella trabajaba mucho al ordenador, pero yo no sabía en qué, porque no tenía empleo. El padre de Jimmy casi nunca estaba allí: estaba en los laboratorios, investigando cómo trasplantar células madre y ADN humano a los cerdos, para fabricar nuevas piezas humanas. Le pregunté a Jimmy qué piezas y me dijo que riñones, aunque quizá también hacían pulmones: en el futuro,

podrías tener tu propio cerdo con segundas copias de todo. Yo sabía lo que pensarían de eso los Jardineros: pensarían que estaba mal, porque tenían que matar a los cerdos.

Jimmy había visto esos cerdos: los llamaban cerdones porque eran enormes. Los métodos de doble órgano eran secretos corporativos, decía: extravaliosos.

—¿No tienes miedo de que una corporación extranjera secuestre a tu padre y le saque los secretos del cerebro? —le pregunté.

Eso ocurría cada vez con más frecuencia: no salía en las noticias, pero en HelthWyzer corrían esos rumores. En ocasiones devolvían a los científicos secuestrados, y otras veces no. La seguridad era cada vez más firme.

Después de hacer los deberes, Jimmy y yo dábamos una vuelta por el centro comercial de HelthWyzer, nos divertíamos con los videojuegos y tomábamos Happi-cappuccinos. La primera vez le dije que Happicuppa era un brebaje de maldad y que no podía tomarlo, y él se rio de mí. La segunda vez hice un esfuerzo. Tenía un gusto delicioso, y enseguida dejé de pensar en la maldad.

Al cabo de un rato, Jimmy me habló de Wakulla Price. Dijo que había sido la primera chica de la que se había enamorado, pero cuando le había pedido ir en serio con ella, Wakulla le había dicho que sólo podían ser amigos. Ya conocía esa parte, pero le dije que era una lástima, y Jimmy me contó que había sido un charco de vómito de perro durante semanas y que aún no lo había superado.

Luego me preguntó si tenía novio en las plebillas y le dije que sí —aunque no era verdad—, pero que como no tenía forma de volver allí había decidido olvidarlo, porque era lo mejor que podías hacer si querías a alguien que no podías tener. Jimmy fue muy compasivo por mi novio perdido y me apretó la mano. Me sentí culpable por contarle semejante trola, pero no lamentaba el apretón.

Para entonces escribía un diario. Todas las chicas de la escuela lo hacían, era una moda retro: la gente te podía piratear el ordenador, pero no un diario de papel. Yo anotaba todo en mi diario. Era como hablar con alguien. Ni siquiera pensaba que escribir cosas fuera tan peligroso: supongo que eso demuestra lo mucho que me había alejado ya de los Jardineros. Guardaba mi diario en el armario, dentro de un oso de peluche, porque no quería que Lucerne me espiara. Los Jardineros tenían razón en esa parte: leer los secretos de una persona te daba poder sobre ella.

Entonces vino un chico nuevo al instituto de HelthWyzer. Se llamaba Glenn, y en cuanto lo vi supe que era el mismo Glenn que había venido al Árbol de en de San Euell, cuando Amanda y yo lo habíamos acompañado con ese tarro de miel a visitar a Pilar.

Creo que me hizo una señal con la cabeza, ¿me reconoció? Esperaba que no, porque no quería que empezara a hablar de dónde me había visto por última vez. ¿Y si Corpsegur aún estaba tratando de investigar la fingida esclavitud sexual de

Lucerne? ¿Y si descubrían a Zeb a través de mí y aparecía sin sus vísceras dentro de un congelador? Era una idea aterradora.

Seguramente, Glenn no hablaría aunque me recordara, porque no querría que descubrieran nada de Pilar y los Jardineros y lo que hubiera estado haciendo con ellos. Estaba segura de que era algo ilegal, ¿si no por qué nos había hecho salir Pilar a Amanda y a mí? Tuvo que ser para protegernos.

Glenn actuaba como si no le importara nadie, él y sus camisetas negras. Pero al cabo de poco Jimmy empezó a salir con él, y entonces yo ya no veía tanto a Jimmy.

—¿Qué haces con ese Glenn? Da miedo —dije una tarde cuando estábamos haciendo los deberes en los ordenadores de la biblioteca de la escuela.

Jimmy dijo que sólo jugaban a ajedrez tridimensional o a videojuegos en línea en su casa o en la de Glenn. Pensaba que probablemente estaban viendo porno —la mayoría de los chicos lo hacían, y también muchas chicas—, así que le pregunté qué juegos. Campaña Bárbara, dijo, era un juego de guerra. Sangre y Rosas era como el Monopoly, sólo que tenías que acaparar el mercado del genocidio y la atrocidad. Extintaton era un juego de preguntas que jugabas con animales extinguidos.

—Quizá yo también pueda ir a jugar algún día —dije.

Pero él no me invitó, así que supuse que en realidad estaban mirando porno.

Entonces ocurrió algo realmente malo: la madre de Jimmy desapareció. Dijeron que no la habían secuestrado: se había ido por su cuenta. Oí que Lucerne se lo contaba a Frank: parecía que la madre de Jimmy se había largado con un montón de datos cruciales, así que Corpsegur estaba en casa de Jimmy como un sarpullido. Y como Jimmy era tan colega mío, pronto estarían también en la nuestra. No es que yo tuviera nada que esconder, pero sería un incordio.

Le mandé enseguida un mensaje de texto a Jimmy y le dije que sentía mucho lo de su madre, y le pregunté si podía hacer algo por él. Él no estaba en la escuela, pero me contestó con un mensaje esa misma semana y luego vino a mi casa. Estaba muy deprimido. Ya era bastante malo que su madre se hubiera ido, dijo, pero encima Corpsegur había pedido a su padre que les ayudara con sus investigaciones, lo cual significaba que se habían llevado a su padre en una furgoneta solar negra; y ahora había dos mujeres de Corpsegur poniendo la casa patas arriba y haciéndole un montón de preguntas estúpidas. Lo peor de todo, la madre de Jimmy había robado a *Matón* para dejarlo suelto en el bosque: le había dejado una nota al respecto. Pero el bosque no era un buen lugar para *Matón*, porque lo habían criado como a un garito.

—Oh, Jimmy —dije—. Es terrible.

Puse los brazos en torno a él y lo abracé: estaba casi llorando. Yo también me eché a llorar, y nos acariciamos con cautela, como si los dos tuviéramos un brazo roto o enfermedades, y luego nos echamos con ternura en mi cama, todavía abrazándonos

como si nos estuviéramos hundiendo, y empezamos a besarnos. Sentí que estaba ayudando a Jimmy y que él me estaba ayudando a mí al mismo tiempo. Era como un día de fiesta con los Jardineros, cuando hacíamos todo de un modo especial porque era en honor de algo. Así es como fue: fue en honor.

—No quiero hacerte daño —dijo Jimmy.

Oh, Jimmy, pensé. Estoy rodeándote de luz.

42

Después de esa primera vez me sentí muy feliz, como si estuviera cantando. No una canción compungida, sino más bien el canto de un pájaro. Me encantaba estar en la cama con Jimmy, tener sus brazos en torno a mí, me hacía sentir segura, y me resultaba asombroso lo resbaladiza y sedosa que se siente la propia piel en contacto con la de otro. El cuerpo tiene su propia sabiduría, decía Adán Uno: él se refería al sistema inmunológico, pero también era cierto en otro sentido. Esa sabiduría no era sólo como cantar, era como bailar, pero mejor. Estaba enamorada de Jimmy, y tenía que creer que Jimmy estaba igual de enamorado de mí.

Escribí en mi diario: J**immy**. Luego lo subrayé en rojo y puse un corazón rojo. Todavía desconfiaba de escribir lo suficiente para no poner todo lo que estaba ocurriendo, pero cada vez que teníamos sexo dibujaba otro corazón y lo pintaba.

Quería llamar a Amanda y contárselo, aunque Amanda había dicho una vez que la gente que te habla de sexo es tan aburrida como la gente que te cuenta sus sueños. Pero cuando fui a mi armario y saqué mi tigre de peluche, el teléfono morado ya no estaba allí.

Sentí un escalofrío. Mi diario aún estaba dentro del oso, donde lo había escondido. Pero no tenía teléfono.

Entonces Lucerne entró en mi habitación. Me dijo que si no sabía que todos los teléfonos que había dentro del complejo tenían que estar registrados para que la gente no pudiera comunicar secretos industriales. Era un delito tener un teléfono sin registrar y Corpsegur podía seguir la pista de esos teléfonos. ¿No lo sabía?

Negué con la cabeza.

—¿Pueden saber a quién he llamado? —pregunté.

Dijo que podían investigar los números, lo cual podía ser una pésima noticia a

ambos lados de la línea. No dijo «pésima noticia», dijo «consecuencias desafortunadas».

Luego dijo que a pesar de mi obvia creencia de que era una mala madre, ella guardaba mis intereses de corazón. Por ejemplo, si encontraba un teléfono morado con un número llamado frecuentemente, ella podía enviar un mensaje de texto que dijera: tíralo. Así que si localizaban ese segundo teléfono, sería dentro de un contenedor. Y ella misma se desharía del morado. Y ahora se iba a jugar a golf, y esperaba que reflexionara sobre lo que acababa de decirme.

Reflexioné. Pensé: Lucerne ha hecho todo por salvar a Amanda. Tenía que saber que la llamaba a ella. Pero odia a Amanda. Así que realmente ha hecho todo por salvar a Zeb: a pesar de todo, todavía le quiere.

Ahora que estaba enamorada de Jimmy tenía más simpatía por Lucerne y por la forma en que solía comportarse en relación a Zeb. Me di cuenta de que podías hacer cosas extremas por la persona a la que amas. Adán Uno decía que cuando amas a una persona, ese amor no siempre se devuelve de la forma en que querrías, pero de todos modos es algo bueno porque el amor te envuelve como en una ola de energía, y puede ayudar a una criatura a la que quizá ni siquiera conoces. El ejemplo que daba era el de alguien que moría por un virus y luego era devorado por los buitres. No me había gustado la comparación, pero la idea general era cierta; porque allí estaba Lucerne, enviando ese mensaje de texto porque amaba a Zeb, pero como efecto secundario salvaba a Amanda, lo cual no había sido su intención original. Así que Adán Uno tenía razón.

Pero entretanto había perdido el contacto con Amanda. Me sentía muy triste por eso.

Jimmy y yo todavía hacíamos los deberes juntos. En ocasiones, los hacíamos de verdad, cuando había más gente alrededor. El resto del tiempo no los hacíamos. Tardábamos un minuto en quitarnos la ropa y echarnos uno en brazos del otro, y Jimmy me pasaba las manos por todas partes y me decía que era muy delgada, como una sílfide: le gustaban esas palabras, y yo no siempre sabía qué significaban. Decía que a veces se sentía como un abusador de menores. Después escribí algunas de las cosas que dijo como si fueran profecías. «Jimmy es tan genial que me llama *sílfide*.» No me preocupaba mucho la ortografía, sólo por la sensación.

Lo amaba con locura. Pero entonces cometí un error. Le pregunté si aún amaba a Wakulla o me amaba a mí. No debería haberle preguntado eso. Él tardó demasiado en responder y luego dijo: «¿Eso importa?» Quería decirle que sí, pero le dije que no. Entonces Wakulla Price se mudó a , y Jimmy se puso de mal humor y empezó a pasar más tiempo con Glenn del que pasaba conmigo. Así que ésa era la respuesta, y me hizo muy desgraciada.

A pesar de eso, todavía teníamos relaciones, aunque no con mucha frecuencia: los corazones rojos de mi diario estaban cada vez más separados. Hasta que un día vi por casualidad a Jimmy en el centro comercial con esa chica mayor grosera llamada LyndaLee, de la que se rumoreaba que se lo hacía con todos los chicos de la escuela, de uno en uno pero deprisa, como quien come sojanueces. Jimmy tenía una mano en el culo de ella, y entonces le inclinó la cabeza y la besó. Fue un beso largo y húmedo. Me mareé de pensar en Jimmy con ella, y recordé algo que había dicho Amanda de las enfermedades, y pensé, lo que tiene LyndaLee también lo tengo yo. Y me fui a casa y vomité y lloré, y luego me metí en mi gran bañera blanca y me di un baño caliente. Pero no me alivió mucho.

Jimmy no sabía que estaba al tanto de lo suyo con LyndaLee. Al cabo de unos días me preguntó si podía pasarse como de costumbre y le dije que sí. Escribí en mi diario: «Jimmy, fisgón asqueroso, sé que estás leyendo esto. Es repugnante. ¿Crees que me gustas porque me haya acostado contigo? Pues no, así que ¡¡¡D**eja de leer**!!!» Dos subrayados rojos debajo de «repugnante» y tres debajo de «deja de leer». Dejé el diario encima de mi tocador. Tus enemigos pueden usar lo que escribes contra ti, pensé, pero tú también puedes usarlo contra ellos.

Después del sexo me di una ducha yo sola, y cuando salí, Jimmy estaba leyendo mi diario, y me preguntó por qué lo odiaba de repente. Se lo conté. Usé palabras que nunca antes había pronunciado en voz alta, y Jimmy dijo que se había equivocado conmigo, que era incapaz de comprometerse por culpa de Wakulla Price, que se había convertido en un vertedero emocional, aunque quizás era destructivo por naturaleza, porque jodía a todas las chicas que tocaba. Y yo le pregunté cuántas serían exactamente. No podía soportar que me incluyera en un gran canasto de chicas, como si fuéramos melocotones o nabos. Entonces dijo que de verdad me quería como persona y que por eso era honesto conmigo, y yo le dije que se fuera a tomar por el culo. Así que rompimos de malos modos.

El periodo que siguió fue muy oscuro. Yo me pregunté qué estaba haciendo en la tierra: a nadie le importaría demasiado si dejara de estar. Quizá debería despojarme de lo que Adán Uno llamaba mi cáscara y transformarme en un buitre o en un gusano. Pero entonces recordé lo que solían decir los Jardineros: «Ren, tu vida es un don precioso, y donde hay un don hay alguien que da, y cuando te dan un regalo siempre has de decir gracias.» Así que eso me ayudó un poco.

También podía oír la voz de Amanda: ¿por qué eres tan débil? El amor nunca es un comercio justo. Jimmy se ha cansado de ti, ¿y qué? Hay tipos por todas partes, como gérmenes, y puedes elegirlos como quien elige flores y tirarlos cuando se marchitan. Pero has de actuar como si te lo estuvieras pasando espectacular y cada día fuera una fiesta.

Lo que hice después no estuvo bien, y todavía estoy avergonzada de ello. Me acerqué a Glenn en la cafetería: hacía falta valor, porque Glenn era tan frío que era casi un cubo de hielo. Y le pregunté si quería salir conmigo. Lo que tenía en mente era tirármelo y que Jimmy lo descubriera y se jodiera. No es que quisiera tener sexo con Glenn, sería como follarse un tenedor de ensalada. Muy plano y de madera.

—¿Salir? —dijo Glenn, desconcertado—. ¿No estás con Jimmy?

Le dije que había terminado y que de todas formas nunca había sido nada serio, porque Jimmy era un payaso. Entonces le solté lo primero que me vino a la cabeza.

—Te vi con los Jardineros en el Árbol de —dije—. ¿Te acuerdas? Yo fui la que te llevó a ver a Pilar. Con esa miel.

Él pareció alarmado y me dijo que deberíamos tomarnos un Happicappuccino y hablar.

Hablamos. Hablamos mucho. Salimos tanto por el centro comercial que los chicos empezaron a decir que estábamos enrollados, pero no lo estábamos: nunca fue un romance. ¿Y entonces qué era? Supongo que Glenn era la única persona en HelthWyzer con la que podía hablar de los Jardineros, y lo mismo le pasaba a él. Ese era el vínculo. Era como pertenecer a un club secreto. Quizá Jimmy no fue nunca mi alma gemela, quizás era Glenn. Lo cual era una idea extraña, porque él era un chico extraño. Más como un cyborg, que era como solía llamarle Wakulla Price. ¿Éramos amigos? Yo nunca habría dicho eso. En ocasiones me miraba como si yo fuera una ameba o algún problema que tuviera que resolver con las nanobioformas.

Glenn ya sabía muchas cosas de los Jardineros, pero quería saber más. ¿Cómo era vivir con ellos todos los días? ¿Qué hacían y decían, qué creían en realidad? Me pedía que cantara las canciones, quería que repitiera lo que decía Adán Uno en sus discursos de santos y festividades: Glenn nunca se rio como lo habría hecho Jimmy si lo hubiera hecho con él. En cambio, decía cosas como:

«Entonces creen que no deberíamos usar nada que no fuera reciclado. Pero y si las corpos dejan de fabricar nada nuevo. Nos quedaríamos sin.» En ocasiones me preguntaba cosas más personales como: «¿Comerías animales si estuvieras muriéndote?» o «¿Crees que de verdad ocurrirá el Diluvio Seco?». Pero yo no siempre conocía las respuestas.

También hablaba de otras cosas. Un día dijo que lo que siempre tenías que hacer en una situación adversa era matar al rey, como en ajedrez. Yo le dije que la gente ya no tenía reyes. Dijo que se refería al centro de poder, aunque hoy no sería una sola persona, serían las conexiones tecnológicas. Le pregunté si se refería a codificar e hibridar, y me dijo que algo así.

Un día me preguntó si creía que Dios era un clúster de neuronas, y si era así, si la gente que tenía ese clúster lo había heredado por selección natural, porque les confería una ventaja competitiva, o si quizás era sólo un tímpano como ser pelirrojo,

que no afectaba ni de una forma ni de otra tus posibilidades de supervivencia. Muchas veces estando con él sentía que no hacía pie, así que decía: «Tú qué crees.» Él siempre tenía una respuesta.

Jimmy nos vio juntos en el centro comercial y pareció desconcertado, pero no por mucho tiempo, porque lo pillé haciéndole una señal a Glenn con los pulgares hacia arriba, como diciendo: «Adelante, colega, te invito.» Como si yo fuera de su propiedad y me estuviera compartiendo.

Jimmy y Glenn se graduaron dos años antes que yo y fueron a la universidad. Glenn fue a WatsonCrick con todos los cerebritos y Jimmy fue a Academy, que era para chicos sin potencial matemático o científico. Así que al menos ya no tuve que ver más a Jimmy en el instituto, acercándose a esta chica o a aquélla. Pero casi era peor sin Jimmy allí que con Jimmy.

De algún modo pasé los dos años siguientes. Mis notas eran malas, y yo no pensaba que pudiera ir a la universidad: terminaría como una esclava de salario mínimo, trabajando en SecretBurgers o en un sitio por el estilo. Pero Lucerne movió algunos hilos. La oí hablar de ello con uno de sus amigos del club de golf: «No es estúpida, pero la experiencia en la secta ha arruinado su motivación. Así que es lo mejor que podemos conseguir.» De manera que compartiría el mismo espacio con Jimmy: eso me puso tan nerviosa que me mareé.

La noche anterior a salir en el tren bala releí mi viejo diario, y entonces supe lo que querían decir los Jardineros con «ten cuidado con lo que escribes». Eran mis propias palabras de cuando había sido tan feliz, salvo que ahora leerlas era una tortura. Me llevé el diario calle abajo, doblé la esquina y lo tiré en un contenedor de basuróleo. Se convertiría en aceite y todos esos corazones rojos que había dibujado se alzarían en humo, pero servirían para algo.

Parte de mí pensaba que volvería a encontrarme con Jimmy en , y él diría que siempre me había querido y que volveríamos a estar juntos, y yo le perdonaría y todo volvería a ser maravilloso como al principio. Pero la otra parte de mí se daba cuenta de que las posibilidades de que eso pasara eran nulas. Adán Uno decía que la gente puede creer dos cosas opuestas al mismo tiempo, y en ese momento supe que era verdad.

Banquete de la Sabiduría de la Serpiente

Año 18

De la importancia del conocimiento instintivo
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, compañeros mortales, compañeros animales:

Hoy es nuestro Banquete de de , y nuestros niños una vez más han sobresalido en su decoración. Hemos de agradecer a Amanda y Shackleton por el apasionante mural de la serpiente del este ingiriendo una rana, adecuado recordatorio de la naturaleza entrelazada de la danza de la vida. En esta fiesta es tradición que utilicemos el calabacín, una hortaliza con forma de serpiente. Damos gracias a Rebecca, nuestra Eva Once, por su innovador postre de calabacín y rábano. Ya tenemos ganas de probarlo.

Sin embargo, primero debo alertaros del hecho de que ciertos individuos están investigando de manera no oficial a Zeb, nuestro Adán Siete de talentos múltiples. En el Jardín de Nuestro Padre hay muchas especies, y hacen falta de todo tipo para formar un ecosistema, y Zeb ha elegido la opción no violenta; así que si os preguntan, recordad que «No lo sé» es siempre la mejor respuesta.

Nuestro texto de de es de Mateo 10:16: «Sed, pues, sabios como las serpientes e inofensivos como las palomas.» A los antiguos biólogos que se encuentran entre nosotros que hayan hecho un estudio de las serpientes o de las palomas, esta cita les resultará desconcertante. Las serpientes son cazadoras expertas, que paralizan a su presa, o la estrangulan y la aplastan. Ese don para la caza les permite depredar a

muchos ratones y ratas. Sin embargo, a pesar de su tecnología natural, por lo general no llamamos a las serpientes «sabias». Y las palomas, aunque inofensivas para nosotros, son extremadamente agresivas con otras palomas: un macho acechará y matará a otro macho menos dominante si se le brinda la ocasión. El Espíritu de Dios en ocasiones se representa como una paloma, lo cual simplemente nos informa de que este espíritu no siempre es pacífico: también tiene un lado feroz.

La serpiente posee una gran carga simbólica en las Palabras Humanas de Dios, aunque de muy distintas maneras. En ocasiones, se muestra como un malvado enemigo de la humanidad, quizá porque, cuando nuestros ancestros primates dormían en los árboles, las constrictor se contaban entre sus escasos depredadores nocturnos. Y para estos ancestros —descalzos como iban— pisar una víbora significa muerte segura. Sin embargo, la serpiente también se equipara con el Leviatán, esa gran bestia marina que Dios creó para humillar a la humanidad, y es mencionada a Job como ejemplo sobrecogedor de Su inventiva.

Entre los antiguos griegos, las serpientes eran sagradas para el dios de la curación. En otras religiones, la serpiente con su cola en la boca se refiere al ciclo de la vida, y al principio y el fin del tiempo. Como mudaban sus pieles, las serpientes también simbolizaban renovación: el alma desembarazándose de su viejo ser, desde el que emerge resplandeciente. Es un símbolo complicado, sin duda. Por consiguiente, ¿cómo vamos a ser «sabios como serpientes»? ¿Hemos de comernos nuestras propias colas, o tentar a la gente a hacer el mal, o enrollarnos en torno a nuestros enemigos y matarlos por asfixia? Seguramente no, porque en la misma frase se nos dice que seamos tan inofensivos como palomas.

Sabiduría de serpiente —propongo— es la sabiduría de sentir directamente, igual que la serpiente percibe las vibraciones de la tierra. La serpiente es sabia por cuanto vive en la inmediatez, sin la necesidad de los elaborados esquemas intelectuales que la humanidad está construyendo para sí misma de un modo incesante. Porque lo que en nosotros es creencia y fe, en las otras criaturas es conocimiento innato. Ningún humano puede conocer la mente completa de Dios. La razón humana es un alfiler danzando en la cabeza de un ángel, tan pequeña es en comparación con la inmensidad divina que nos envuelve.

Como se expresaba en las Palabras Humanas de Dios: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven.» Ésta es la cuestión: que no se ven. No podemos conocer a Dios por razón y medida; de hecho, el exceso de razón y medida conduce a la duda. A través de ellas, sabemos que los cometas y los holocaustos nucleares están entre los mañanas posibles, por no mencionar el Diluvio Seco, que tememos que ocurra muy pronto. Este temor diluye nuestra certeza, y a través de este canal llega la pérdida de fe; y luego la tentación de actuar con malevolencia impregna nuestras almas; porque si nos aguarda la aniquilación, ¿por

qué tomarnos la molestia de esforzarnos por hacer el bien?

Nosotros los humanos hemos de trabajar para creer, mientras que las demás criaturas no han de hacerlo. Saben que el amanecer llegará. Lo perciben: esa ondulación en la penumbra, el horizonte espabilándose. No sólo cada gorrión, cada mofache, sino también cada nematodo, cada molusco, cada pulpo y cada mohair y cada leonero: todos se aguantan en la palma de Su mano. A diferencia de nosotros, no necesitan la fe.

En cuanto a la serpiente, ¿quién puede decir dónde termina su cabeza y empieza su cuerpo? Experimenta a Dios en todas las partes de su ser; siente las vibraciones de la divinidad que recorren la tierra, y responde a ellas más deprisa que el pensamiento.

Ésta es pues de que ansiamos, esa totalidad de ser. Recibamos con gozo los escasos momentos en que, por medio de la gracia y con la ayuda de nuestros retiros y vigilias y la asistencia de la botánica divina, se nos concede una comprensión de ella.

Cantemos.

Dios dio a todos los animales

Dios dio a todos los animales
un saber más allá de nosotros:
saben al nacer cómo vivir,
lo cual nos cuesta mucho trabajo.

No estudian libros las criaturas,
pues Dios les instruye mente y alma:
el sol zumba para cada abeja,
la arcilla susurra para el topo.

En Dios buscan todas su alimento
y gozan del fruto de la tierra.
Ninguna de ellas compra ni vende,
ni tampoco ensucia su morada.

La serpiente es flecha reluciente
que percibe el vibrar de la tierra;
recorre su carne acorazada
y toda su ondulante columna.

Ah, ser sabio como las serpientes...
y sentir la perfección del todo,
no sólo con la mente pensante,

sino con el alma ardiente y ágil.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

43

Toby. Banquete de la Sabiduría de la Serpiente

Año 25

«Banquete de de llena.» Toby anota la festividad del día y la fase lunar en su libreta rosa con los ojos guiñados y los labios de beso. La luna menguante es una semana propicia para la poda, decían los Jardineros. Plantas en luna creciente, cortas en menguante. Era un buen momento para usar herramientas afiladas con uno mismo, para arrancar cualquier parte superflua que pueda necesitar recorte. Tu cabeza, por ejemplo.

—Es broma —dice en voz alta. Debería evitar esos pensamientos mórbidos.

Hoy se cortará las uñas. También las uñas de los pies: no hay que dejar que se descontrolen. Puede hacerse la manicura: hay montones de aplicaciones cosméticas a mano, estantes enteros. Esmalte Voluptuoso AnooYoo. Reafirmante Piel de Ciruela AnooYoo. Fuente de Juventud Inmersión Total AnooYoo: «¡Quítate esa epidermis escamada!» Aunque ¿por qué molestarse en pulir, rellenar o cubrir? ¿Y por qué no molestarse? Cualquier elección es igualmente inútil.

«Do it for Yoo: AnooYoo», canturreaba la publicidad. Podría cambiarme por completo, piensa Toby. Otro nuevo yo completamente distinto, fresco como una serpiente. ¿Cuántos sumarían ya?

Sube con dificultad por la escalera hasta el tejado, levanta los prismáticos, inspecciona su reino visible. Hay movimiento en la maleza, en el linde del bosque: ¿serán los cerdos? Si es así, se mantienen a la expectativa. Los buitres todavía se

están reuniendo en torno a un cerdo muerto. Habrá montones de nanobioformas trabajando allí: ya estará casi podrido.

Aquí hay algo diferente. Más cerca del edificio pace un grupo de ovejas. Hay cinco: tres mohair —uno verde, uno rosa y uno violeta brillante— y otras dos ovejas que parecen convencionales. El pelo largo de los mohair no está muy bien: hay marañas como coágulos, y ramitas y hojas secas. En pantalla, en los anuncios, el pelo era brillante, se veía a las ovejas sacudiéndoselo y a continuación una chica guapa sacudiendo una melena del mismo pelo. «Más mujer con Mohair.» Pero no les está yendo tan bien sin sus tratamientos de belleza.

Las ovejas se reúnen, levantan las cabezas. Toby descubre la razón: agazapados en la maleza, hay dos leoneros al acecho. Quizá las ovejas los huelen, pero el aroma debe confundir: parte león, parte cordero.

El mohair violeta es el más nervioso. No parezcas una presa, piensa Toby. Y claro está, los leoneros van a por el violeta. Lo separan del grupo y lo persiguen durante una corta distancia. El patético animal está impedido por su peinado —parece una peluca violeta asustada con patas— y los leoneros enseguida lo abaten. Les cuesta un rato encontrar la garganta bajo todo ese pelo, y el mohair se levanta varias veces antes de que los leoneros acaben con él. Luego se disponen a comer. Las otras ovejas han huido torpemente entre una confusión de balidos, pero ahora están paciendo otra vez.

Toby pretendía dedicarse un poco al huerto, recoger algunas hierbas: su reserva de conservas y comida no perecedera está menguando como la luna. Sin embargo, decide no hacerlo por los leoneros. Los extraños felinos tenderán emboscadas: uno retoza en campo abierto para distraer tu atención mientras otro se desliza silenciosamente a tu espalda.

Por la tarde, Toby se echa una siesta. La luna menguante atrae el pasado, decía Pilar: lo que llega de las sombras has de recibirlo como una bendición. Y el pasado la asalta: la casa de madera blanca de su infancia, los árboles comunes, el bosque en el fondo, teñido de azul como si fuera niebla. Un ciervo se recorta contra ese fondo, rígido como un seto ornamental, con las orejas levantadas. Su padre está cavando con una pala, al lado de la pila de estacas de valla; su madre es un atisbo fugaz en la ventana de la cocina. Quizás está preparando sopa. Todo está tranquilo, como si no fuera a terminar nunca. Pero ¿dónde está Toby en esta imagen? Porque es una imagen. Es plana, como una pintura en una pared. Ella no está allí.

Abre los ojos, con lágrimas en las mejillas. Yo no estaba en la imagen porque yo soy el marco, piensa. En realidad no es el pasado. Sólo soy yo, juntándolo todo. Es sólo un puñado de circuitos neuronales mortecinos, un espejismo.

Seguramente yo era una persona optimista entonces, piensa. Allí. Me despertaba

silbando. Sabía que había cosas malas en el mundo, hablaban de ellas, las veía en las noticias en pantalla. Pero las cosas malas ocurrían en algún otro sitio.

En el momento en que llegó al instituto, lo malo se había acercado. Recuerda la sensación opresiva, como esperar todo el tiempo una pisada fuerte y luego la llamada a la puerta. Todo el mundo lo sabía, aunque nadie lo admitiera. Si otra gente empezaba a discutirlo, los desintonizabas, porque lo que estaban diciendo era tan obvio como inimaginable.

«Estamos consumiendo la tierra. Casi se ha agotado.» No puedes vivir con esos temores y seguir silbando. La espera crece en ti como una marea. Empiezas a desear que termine. Te descubres rogando al cielo: «Hazlo ya. Haz lo peor. Termina de una vez.» Sentía el temblor inminente en la columna, dormida o despierta. Nunca desapareció, ni siquiera entre los Jardineros. Especialmente —a medida que el tiempo fue transcurriendo— entre los Jardineros.

44

El domingo siguiente al Día de de era el Día de San Jacques Cousteau. Corría el año 18, el año de la ruptura, aunque Toby todavía no lo sabía. Recuerda que estaba atravesando las calles del Sumidero de camino a de Estética para asistir a la reunión dominical ordinaria del Consejo de Adanes y Evas. No tenía ganas de que llegara el momento: últimamente esas reuniones habían derivado en peleas.

La semana anterior se habían pasado todo el tiempo discutiendo problemas teológicos. La cuestión de la dentadura de Adán, para empezar.

—¿La dentadura de Adán? —había soltado Toby.

Tenía que esforzarse en controlar esas expresiones de sorpresa, pues podían interpretarse como críticas.

Adán Uno había explicado que algunos de los niños estaban inquietos porque Zeb había señalado las diferencias entre los dientes para morder y desgarrar de los carnívoros y los dientes para machacar y mascar de los herbívoros. Los niños querían saber por qué —si Adán había sido creado como vegetariano, de lo cual no cabía duda— los dientes humanos tenían características tan mezcladas.

—No debería haber sacado el tema —había mascullado Stuart.

—Cambiamos en el momento de —había propuesto alegremente Nuala—. Evolucionamos. Una vez que el hombre empezó a comer carne, bueno, de un modo natural...

Eso sería poner el carro delante del caballo, dijo Adán Uno; no podían lograr su objetivo de reconciliar los hallazgos de la ciencia con su punto de vista sacramental de la vida simplemente pasando por alto las reglas de la primera. Les pidió que reflexionaran sobre este acertijo y que propusieran soluciones en una fecha posterior.

Luego volvieron al problema de la ropa de piel de animal que Dios había

proporcionado a Adán y Eva al final de Génesis 3. Las problemáticas «túnicas de piel».

—Los niños están muy preocupados con eso —había dicho Nuala.

Toby entendía por qué estaban tan consternados. ¿Dios había matado a una de sus amadas criaturas para hacer una de esas túnicas de piel? Si era así, esgrimió un muy mal ejemplo para el hombre. Si no fue así, ¿de dónde habían salido esas «túnicas de piel»?

—Quizás esos animales murieron de muerte natural. —Eso lo apuntó Rebecca—. Y Dios no quiso desperdiciar. —Rebecca era inflexible con lo de aprovechar los restos.

—Tal vez eran animales muy pequeños —había apuntado Katuro—. De vidas breves.

—Es una posibilidad —había dicho Adán Uno—. Dejémoslo por el momento, hasta que se nos presente una explicación más plausible.

Al principio de su condición de Eva, Toby había preguntado si realmente era necesario hilar tan fino con semejantes cuestiones teológicas, y Adán Uno le había explicado que sí lo era.

—La verdad es que a la mayoría de la gente no le importan las demás especies cuando los tiempos se ponen difíciles —había dicho—. Lo único que les preocupa es su próxima comida, lo cual es natural: hemos de comer o morir. Pero ¿y si es Dios quien se preocupa? Hemos evolucionado para creer en dioses, así que esta desviación de creencia nuestra debe aportar una ventaja evolutiva. El punto de vista estrictamente materialista (que somos un experimento que la proteína animal ha estado haciendo por su cuenta y riesgo) es mucho más duro para la mayoría y conduce al nihilismo. Siendo ése el caso, hemos de conducir el sentimiento popular hacia una dirección respetuosa con la biosfera, señalando los peligros de molestar a Dios traicionando Su confianza en nuestra gestión.

—Lo que quieres decir es que con Dios en la historia hay un castigo —dijo Toby.

—Sí —dijo Adán Uno—. También hay un castigo sin Dios en la historia, huelga decirlo. Pero la gente es menos proclive a creerlo. Si hay un castigo, quieren un castigador. No les gusta la catástrofe sin sentido.

Toby se preguntó cuál sería el tema del día. ¿Qué fruta comió Eva del Árbol del Conocimiento? No podía haber sido una manzana considerando el estado de la horticultura en ese momento. ¿Un dátil? ¿Una bergamota? El Consejo había deliberado largo y tendido sobre esa cuestión. Toby había pensado en proponer una fresa, pero las fresas no crecían en los árboles.

Mientras caminaba, Toby era consciente, como siempre, de los que iban por la calle. Veía lo que tenía delante de ella y lo que había a los lados, a pesar del sombrero de

jipijapa. Aprovechaba las pausas en los umbrales, los reflejos de las ventanas para ver a su espalda. Sin embargo, nunca lograba sacudirse la sensación de que alguien se le acercaba a hurtadillas, de que una mano la agarraría por el cuello, una mano con venas rojas y azules y un brazalete de calaveras de bebé. No habían visto a Blanco en desde hacía mucho tiempo —aún estaba en Painball, decían algunos; no, en el extranjero, trabajando de mercenario, decían otros—, pero era como la niebla: siempre había moléculas suyas en el aire.

Había alguien detrás de ella: lo notaba, como un picor entre los hombros. Se metió en un umbral, se volvió para mirar a la acera y respiró aliviada: era Zeb.

—Eh, cielo —dijo—. Menudo calor.

Caminó a su lado, cantando para sí:

A nadie le importa un bledo,
a nadie le importa un bledo,
por eso estamos en este enredo,
porque a nadie le importa un bledo.

—Tal vez no deberías cantar —dijo Toby con voz neutra.

No era buena idea llamar la atención en la acera de una plebilla, y menos en el caso de los Jardineros.

—No puedo evitarlo —dijo Zeb con alegría—. Es culpa de Dios. Incorporó la música en el tejido de nuestro ser. Te escucha mejor cuando cantas, así que ahora mismo está escuchando esto. Espero que lo disfrute —añadió con voz piadosa, imitando a Adán Uno—, una voz que usaba mucho siempre que Adán Uno no estuviera cerca.

Insubordinación al acecho, pensó Toby. Está harto de ser el chimpancé beta.

Desde que la habían nombrado Eva, había empezado a comprender mejor el estatus de Zeb entre los Jardineros. Cada jardín en el tejado y cada célula trufa se cuidaba de sus asuntos, pero cada medio año enviaban delegados a una convención central, que por razones de seguridad nunca se celebraba dos veces en el mismo almacén abandonado. Zeb siempre era delegado: estaba bien preparado para atravesar las plebillas más complicadas y burlar los puntos de control de Corpsegur sin que lo atracaran, lo rodearan, lo mataran con un pulverizador o lo detuvieran. Quizás ésa era la razón de que le permitieran interpretar de un modo tan laxo las reglas de los Jardineros.

Adán Uno rara vez asistía a las convenciones. El viaje era peligroso, y la lectura implícita decía que Zeb era prescindible, pero Adán Uno no. En teoría, la sociedad de los Jardineros no tenía jefe, pero en la práctica su líder era Adán Uno, fundador

reverenciado y gurú. El martillo suave de su palabra tenía mucho peso en las convenciones de los Jardineros, y como rara vez estaba allí para usar el martillo por sí mismo, Zeb lo blandía por él. Y eso tenía que ser una tentación: ¿y si Zeb se deshacía de los decretos de Adán Uno y los sustituía por los suyos? Con esos métodos habían cambiado regímenes y se habían derrocado emperadores.

—¿Tienes alguna mala noticia? —le preguntó Toby a Zeb en esa ocasión.

La canción era la pista: Zeb era optimista hasta lo irritante cuando había malas noticias.

—La cuestión —dijo Zeb— es que hemos perdido contacto con uno de nuestros infiltrados en Complejolandia, nuestro chico correo. Se ha oscurecido.

Toby había conocido la existencia del chico correo al convertirse en Eva. El joven había llevado las muestras de la biopsia de Pilar y había traído el diagnóstico fatal: las dos cosas dentro de un tarro de miel. Pero era lo único que sabía de él: la información se compartía entre los Adanes y las Evas, pero sólo en la medida de lo necesario. La muerte de Pilar se había producido años atrás: el chico correo ya no sería un chico.

—¿Oscurecido? —dijo ella—. ¿Cómo?

Se había hecho una pigmentación. Seguro que no se trataba de eso.

—Estaba en HelthWyzer, pero ahora ha terminado el instituto y se ha trasladado al WatsonCrick, y ha desaparecido de nuestra pantalla. Aunque no es que tengamos una gran pantalla —añadió.

Toby aguardó. Con Zeb, no tenía sentido insistir ni tratar de pescar información.

—Entre nosotros, ¿vale? ——dijo al cabo de un rato.

—Claro —dijo Toby.

Sólo soy una oreja, pensó. Un compañero fiel, como un perro. Un pozo de silencio. Nada más. Después de que Lucerne se hubiera largado cuatro años antes, se había preguntado si en algún momento podría haber algo más entre ella y Zeb. Pero no había surgido nada de ese anhelo. No soy su tipo, pensó. Demasiado musculosa. No cabe duda de que a él le gusta lo que tiembla como un flan.

—El Consejo no sabe nada de esto, ¿vale? —dijo Zeb—. Que haya oscurecido sólo los pondrá nerviosos.

—Olvidaré que lo he oído —dijo Toby.

—Su padre era amigo de Pilar. Ella estaba en Híbridos Botánicos en HelthWyzer. Yo los conocía a los dos allí. Pero él se enfadó cuando descubrió que estaban incubando a gente con enfermedades transmitidas con esas píldoras de complementos suyas: los usaban como animales de laboratorio en libertad, luego cobraban los tratamientos para esas mismas enfermedades. Un chanchullo ingenioso, cobrar sus buenos dólares por algo que ellos mismos habían causado. Le remordió la conciencia. Así que el padre nos pasó datos interesantes. Luego tuvo un accidente.

—¿Accidente? —dijo Toby.

—Cayó por un paso elevado en hora punta. Estofado de sangre.

—Es muy gráfico —dijo Toby—, para un vegetariano.

—Lo siento —dijo Zeb—. Suicidio, se rumoreaba.

—Supongo que no lo fue —dijo Toby.

—Lo llamamos corpicidio. Si estás en una corporación y haces algo que a ellos no les gusta, estás muerto. Es como pegarte un tiro.

—Ya veo —dijo Toby.

—En fin, volvamos a nuestro joven. La madre trabajaba en Diagnóstico en HelthWyzer y el chico había pirateado su código de acceso al laboratorio. Podía conseguirnos material del sistema. Era un *hacker* genial. La madre se casó con un capitoste de la central de HelthWyzer y el chico fue con ella.

—Donde está Lucerne —dijo Toby.

Zeb no hizo caso.

—Se pasó unos *firewalls*, se preparó unas cuantas identidades en pantalla y volvió a contactar. Tuvimos noticias suyas durante un tiempo, luego nada.

—Quizás ha perdido interés —dijo Toby—. O puede que lo pillaran.

—Quizá —dijo Zeb—, pero es jugador de ajedrez tridimensional, le gustan los retos. Es muy ágil. Además no tiene miedo.

—¿Cuántos como él tenemos? —preguntó Toby—. ¿En los complejos?

—Ningún *hacker* tan bueno —dijo Zeb—. Este tipo es único.

45

Llegaron a de Estética y entraron en el Salón del Vinagre. Toby pasó por detrás de las tres enormes cubas, abrió con la llave el estante de las botellas y lo sacó para poder abrir la puerta interior. Oyó que Zeb metía tripa para poder pasar entre las cubas: no era fofo, pero era grande.

El espacio interior estaba ocupado casi por completo por una mesa hecha de tablones viejos, con una colección variopinta de sillas. En una pared había una acuarela reciente —*San E.* O. *Wilson de los Himenópteros*— pintada por Nuala en uno de sus momentos demasiado frecuentes de inspiración artística. El sol a la espalda daba un efecto de halo a la figura del santo. Éste exhibía una sonrisa de éxtasis y sostenía un tarro de recolección que contenía varios puntos negros. Toby supuso que eran abejas o tal vez hormigas. Como solía ocurrir con las pinturas de santos de Nuala, uno de los brazos era más grande que el otro.

Hubo una llamada suave, y Adán Uno se coló por la puerta. El resto lo siguió.

Adán Uno era un hombre diferente entre bastidores. No completamente diferente —no menos sincero—, pero sí más práctico. También más táctico.

—Elevemos una plegaria silenciosa por el éxito de nuestras deliberaciones —empezó.

Las sesiones siempre empezaban así. Toby tenía cierta dificultad para rezar en los confines cerrados de aquella sala oculta: era demasiado consciente de los ruidos de estómago, de los olores clandestinos, de los crujidos y movimientos de cuerpos. Aunque claro, siempre tenía cierta dificultad para rezar.

La plegaria silenciosa parecía cronometrada. Cuando todos levantaron la cabeza y abrieron los ojos, Adán Uno miró en torno a la sala.

—¿Es un cuadro nuevo? —dijo.

Nuala sonrió.

—San E. O. —dijo—. Wilson de los Himenópteros.

—Es su viva imagen, querida —dijo Adán Uno—. Sobre todo los... Estás bendecida con un gran talento. —Tosió ligeramente—. Bueno, vamos a una cuestión práctica acuciante. Acabamos de recibir a una invitada muy especial que estuvo en la central de HelthWyzer, aunque luego ha estado, digamos, viajando. A pesar de todos los obstáculos, nos ha traído un regalo de códigos de genoma, por lo cual le debemos no sólo asilo temporal, sino también colocarla en un refugio exfernal seguro.

—La están buscando —dijo Zeb—. No debería haber vuelto a este país. Tendremos que sacarla lo más deprisa posible. ¿Por el taller y a de los Sueños como de costumbre?

—Si el camino está despejado —dijo Adán Uno—. No hemos de correr riesgos innecesarios. Siempre podemos mantenerla escondida en esta sala de reuniones, si es preciso.

La ratio de mujeres y hombres que huían de las corporaciones era aproximadamente de tres a uno. Nuala decía que era porque las mujeres tenían más ética; Zeb sostenía que se debía a que eran más remilgadas, y Philo decía que en el fondo daba lo mismo. Los fugitivos solían llevar información de contrabando. Fórmulas. Largas líneas de código. Tests secretos, mentiras corporativas. ¿Qué hacían los Jardineros con todo eso?, se preguntó Toby. Seguramente no lo vendían como material de espionaje industrial, aunque corporaciones rivales extranjeras habrían pagado mucho dinero. Por lo que ella sabía, se limitaban a conservar la información; aunque era posible que Adán Uno albergara un sueño de restaurar todas las especies perdidas mediante los códigos preservados de su ADN, una vez que un futuro más ético y técnicamente eficiente hubiera sustituido al depresivo presente. Habían clonado al mamut, así que, ¿por qué no a todas las especies? ¿Era ésa su visión definitiva del arca?

—Nuestra nueva invitada quiere enviar un mensaje a su hijo —dijo Adán Uno—. Está preocupada por haber tenido que abandonarlo en lo que podría ser un momento crucial de su vida. Jimmy se llama el muchacho. Creo que ahora está en Academy.

—Una postal —dijo Zeb—. Diremos que es de la tía Mónica. Dame la dirección, la mandaré a través de Inglaterra, uno de nuestros hombres trufa ha de viajar allí la semana que viene. Corpsegur la leerá, por supuesto. Leen todas las postales.

—Quiere que digamos que soltó a su mofache mascota en Heritage Park, donde ahora vive feliz en libertad. Se llama, eh, *Matón.*

—Oh, Cristo en un Zepelín —dijo Zeb.

—Ese lenguaje es inapropiado —le recriminó Nuala.

—Lo siento, pero lo complican un huevo —dijo Zeb—. Es el tercer mensaje de mofache mascota de este mes. Luego serán los jerbos y los ratones.

—A mí me parece conmovedor —dijo Nuala.

—Supongo que alguna gente practica lo que predica —dijo Rebecca.

Toby fue asignada como niñera de la nueva refugiada. Su nombre en código era Pez Martillo, porque contaban que antes de irse de HelthWyzer destrozó el ordenador de su marido con una caja de herramientas para disimular el alcance de su robo de datos. La mujer era delgada y de ojos azules, y distaba mucho de dar una imagen de calma. Como todos los desertores, pensaba que era la única que había dado el paso impulsivo y herético de desafiar a una corporación; y como todos, se moría de ganas de que le dijeran lo buena persona que era.

Toby le hizo el favor. Dijo lo valiente que había sido Pez Martillo, lo cual era verdad, y lo lista que había sido al seguir un camino serpenteante e intrincado, y lo mucho que apreciaban la información que les había traído. En realidad nos les había dicho nada que no supieran ya —era el viejo material sobre trasplante de neocórtex de humano a cerdo—, pero no habría sido muy amable decirlo. Hemos de echar una red bien grande, decía Adán Uno, aunque parte de los peces puedan ser pequeños. También hemos de ser un faro de esperanza, porque si le dices a la gente que no hay nada que ellos puedan hacer, harán algo peor que nada.

Toby le dio a Pez Martillo un vestido azul oscuro de Jardinera, añadiendo un cono nasal para taparle la cara. Sin embargo, la mujer estaba nerviosa e inquieta, y no paraba de preguntar si podía fumarse un cigarrillo. Toby dijo que los Jardineros no fumaban —al menos tabaco—, así que si la veían fumando traicionaría su disfraz. Además, no había cigarrillos en el Tejado.

Pez Martillo caminó de un lado a otro y se mordió las uñas hasta que Toby sintió ganas de arrearle. No te pedimos que vinieras ni nos jugamos el cuello por una cucharadita de mierda rancia, quería soltarle. Al final, le dio a la mujer una infusión de manzanilla con adormidera, sólo para desintonizarla.

46

Al día siguiente era el Día de San Aleksander Zawadzki de Galitzia. Era un santo menor, pero uno de los predilectos de Toby. Había vivido en tiempos turbulentos —¿cuándo hubo tiempos no turbulentos en Polonia?—, pero había seguido sus propios impulsos pacíficos y ligeramente descabellados de todos modos, catalogando las flores de Galitzia, identificando sus escarabajos. A Rebecca también le gustaba: se había puesto su delantal de mariposas bordadas y había hecho galletas en forma de escarabajo para el aperitivo de los más pequeños, adornando cada una de ellas con una A y una Z. Los niños habían compuesto una cancioncita sobre él: «Aleksander, Aleksander, te sube un escarabajo por la nariz. Échalo en tu pañuelo, no seas infeliz.»

Era media mañana. Pez Martillo seguía durmiendo bajo los efectos de la adormidera del día anterior: Toby se había pasado, pero no se sentía demasiado culpable, y así disponía de un rato para sus tareas habituales. Se había ataviado con los guantes y el sombrero con velo de apicultura y había encendido el brasero con su fuelle: como había explicado a las abejas, pretendía pasar la mañana extrayendo panales enteros. Sin embargo, antes de que empezara el ahumado, apareció Zeb.

—Malas noticias —dijo—. Tu colega de Painball ha salido otra vez.

Como todos los demás Jardineros, Zeb conocía la historia del rescate de Toby de las garras de Blanco por parte de Adán Uno y los Capullos y Flores: formaba parte de la historia oral. Zeb también percibía el temor de Toby, aunque habían hablado de ello.

Toby sintió un escalofrío. Se levantó el velo.

—¿En serio?

—Más viejo y más peligroso —dijo Zeb—. Ese capullo retorcido debería haber sido pasto de los buitres hace mucho. Pero debe de tener amigos en las altas esferas,

porque otra vez está dirigiendo el SecretBurgers de

—Mientras se quede allí —dijo Toby. Trató de que su voz sonara más fuerte.

—Las abejas pueden esperar —dijo Zeb. La cogió del brazo—. Has de sentarte. Fisgonearé. Tal vez se haya olvidado de ti.

Se llevó a Toby a la cocina.

—Cariño, pareces hecha polvo —dijo Rebecca—. ¿Qué te pasa?

Toby se lo contó.

—Oh, mierda —dijo Rebecca—. Te prepararé un poco de Rescue Tea, tienes pinta de necesitarlo. No te preocupes, el karma de ese tío lo matará algún día.

Sin embargo, Toby pensó que «algún día» era un momento demasiado distante.

Era por la tarde. Muchos de los miembros ordinarios de los Jardineros se habían reunido en el tejado. Algunos estaban volviendo a atar las tomateras y a levantar las matas de calabacín que había tumbado la tormenta, una más violenta de lo habitual. Otros se habían sentado a la sombra, ocupados tejiendo, atando, arreglando. Los Adanes y las Evas estaban inquietos, como siempre sucedía cuando albergaban a un fugado, ¿y si habían seguido a Pez Martillo? Adán Uno había apostado centinelas; él mismo estaba al borde del tejado en pose de meditación, con una pierna apoyada en la pared, manteniendo la mirada en la calle de abajo.

Pez Martillo se había despertado, y Toby la había puesto a trabajar cogiendo caracoles de las lechugas; les había dicho a las bases de los Jardineros que era una nueva conversa, y tímida. Habían visto ir y venir a muchos nuevos conversos.

—Si tenemos una visita —dijo Toby a Pez Martillo—, cualquier cosa como una inspección, bájate el sombrero y continúa con los caracoles. Actúa como si estuvieras en segundo plano.

Ella estaba ahumando las abejas, basándose en la teoría de que era mejor seguir actuando como si tal cosa.

Entonces Shackleton, Crozier y el joven Oates llegaron haciendo ruido por la escalera de incendios, seguidos por Amanda y luego por Zeb. Fueron directos hacia Adán Uno. Éste hizo un gesto con la barbilla a Toby: ven con nosotros.

—Ha habido una escaramuza en —dijo Zeb después de que se agruparan en torno a Adán Uno.

—¿Escaramuza? —dijo Adán Uno.

—Sólo estábamos mirando —dijo Shackleton—. Pero él nos vio.

—Nos llamó putos ladrones de carne —dijo Crozier—. Estaba borracho.

—Borracho no, colocado —dijo Amanda con autoridad—. Trató de golpearme, pero le hice un *satsuma.*

Toby sonrió un poco: era un error subestimar a Amanda. Se había convertido en una amazona alta y fibrosa, y había estado estudiando Limitación de Derramamiento

de Sangre Urbana con Zeb. Igual que sus dos esbirros devotos. Tres si se contaba a Oates, aunque éste se hallaba simplemente en el nivel de enamoramiento imposible.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Adán Uno—. ¿Dónde ha sido eso?

—En SecretBurgers —dijo Zeb—. Estábamos comprobándolo, oímos que Blanco había vuelto.

—Zeb le hizo un *unagi* —dijo Shackleton—. ¡Impecable!

—¿Tenías que ir personalmente? —dijo Adán Uno, un poco de mala manera—. Tenemos otras formas de...

—Entonces lo rodearon los Asían Fusión —continuó Oates con excitación—. ¡Tenían botellas!

—Él sacó una navaja —dijo Croze—. Hirió a un par.

—Espero que no haya daño duradero —dijo Adán Uno—. Igual que deploramos la existencia de SecretBurgers y las depredaciones de este..., de este desgraciado individuo, desaprobamos la violencia.

—El puesto tumbado, carne por el suelo... Las únicas heridas que tiene son cortes y hematomas —dijo Zeb.

—Esto es desafortunado —dijo Adán Uno—. Es cierto que en ocasiones hemos de defendernos, y hemos tenido problemas con este..., hemos tenido problemas con él antes. Pero en esta ocasión, ¿me da la impresión de que hemos atacado primero? —Frunció el ceño mirando a Zeb—. ¿O hemos provocado un ataque? ¿Es correcto?

—El capullo se lo merecía —dijo Zeb—. Deberían ponernos una medalla.

—Nuestras maneras son las maneras de la paz —dijo Adán Uno, torciendo aún más el gesto.

—La paz no lleva a ninguna parte —dijo Zeb—. Hay al menos cien especies más extinguidas desde el mes pasado. ¡Se las comen! No podemos quedarnos aquí sentados viendo cómo se van apagando las luces. Había que empezar en alguna parte. Hoy SecretBurgers, mañana esa puta cadena de restaurantes *gourmet.* Rarity. Eso ha de terminar.

—Nuestro papel respecto a los animales es dar testimonio —dijo Adán Uno—. Y salvaguardar el recuerdo y los genomas de los difuntos. No puedes combatir a la sangre con sangre. Pensaba que estábamos de acuerdo en eso.

Hubo un silencio. Shackleton, Crozier, Oates y Amanda estaban mirando a Zeb. Zeb y Adán Uno estaban mirándose el uno al otro.

—Da igual, ahora es demasiado tarde —dijo Zeb—. Blanco está furioso.

—¿Cruzará los límites de las plebillas? —preguntó Toby—. ¿Hará una incursión aquí, en el Sumidero?

—Con el humor que gasta ahora, no cabe duda —dijo Zeb—. Los tipos comunes de las mafias ya no le dan miedo. Es un *painballer* reincidente.

Zeb advirtió a los Jardineros reunidos, apostó una fila de observadores en torno al tejado, y situó a los más fuertes al pie de la escalera de incendios. Adán Uno protestó, diciendo que actuar como tus enemigos era ponerse a su altura. Zeb dijo que si Adán Uno quería organizar las cuestiones de defensa de alguna otra manera era libre de hacerlo, pero en caso contrario debería mantenerse al margen.

—Hay movimiento —dijo Rebecca, que estaba vigilando—. Me parece que vienen tres.

—Pase lo que pase —le dijo Toby a Pez Martillo—, no eches a correr. No hagas nada que llame la atención. —Se acercó al borde del tejado para mirar.

Había tres pesos pesados mostrando músculos en la acera. Llevaban bates de béisbol, pero no pulverizadores. No eran de Corpsegur, pues, sólo matones de las plebillas buscando venganza por el destrozo en SecretBurgers. Uno de los tres era Blanco: Toby podía localizarlo desde cualquier ángulo. ¿Qué iba a hacer? Machacarla allí mismo hasta matarla, o llevársela a rastras para matarla más lentamente en otro sitio.

—¿Qué pasa, querida? —dijo Adán Uno.

—Es él —dijo Toby—. Si me ve, me matará.

—No te aflijas —dijo—. No te va a hacer nada malo.

Pero, puesto que Adán Uno pensaba que incluso las peores cosas ocurrían por razones en última instancia excelentes aunque insondables, a Toby no le resultó tranquilizador.

Zeb le dijo que era mejor que escondiera a su invitada especial, por si acaso, así que se llevó a Pez Martillo a su cubículo y le dio una bebida calmante, con mucha manzanilla y un poco de adormidera. Pez Martillo se quedó dormida, y Toby se sentó a su lado con la esperanza de que no terminaran las dos arrinconadas. Se dio cuenta de que estaba buscando armas. Supongo que puedo atizarles con la botella de adormidera, pensó. Pero no es muy grande.

Volvió al tejado. Todavía llevaba su traje de apicultora. Se ajustó los pesados guantes, cogió el fuelle y se bajó el velo.

—Quedaos a mi lado —dijo a las abejas—. Sed mis mensajeras.

Como si pudieran oír.

La lucha no duró mucho. Después, Toby oyó a Shackleton, Crozier y Oates narrando la historia completa a los más pequeños, a los que se había llevado Nuala. Según ellos, había sido épico.

—Zeb estuvo brillante —dijo Shackleton—. ¡Lo tenía todo planeado! Debieron de pensar que como somos tan pacifistas y tal, podían venir y... En fin, fue como una emboscada: retrocedimos por la escalera, con ellos persiguiéndonos.

—Y entonces, y entonces —dijo Oates.

—Y entonces, arriba, Zeb dejó que el primer tipo se le echara encima, y entonces cogió el extremo del bate de béisbol del tipo y lo lanzó, y el tipo casi aplastó a Rebecca, y ella tenía esa horca de dos dientes, y bueno, el tío cayó gritando desde el borde del tejado.

—¡Así! —dijo Oates, agitando los brazos.

—Entonces Stuart pulverizó al siguiente con el hidratante de plantas —dijo Crozier—. Dice que funciona con los gatos.

—Amanda le hizo algo, ¿no? —le dijo Shackleton con cariño—. Como algún movimiento de Limitación de Derramamiento de Sangre, un *hamachi* o, no sé lo que hizo, pero también se cayó por encima de la barandilla. ¿Le diste en los huevos o qué?

—Lo realojé —dijo Amanda recatadamente—. Como a un caracol.

—Luego el tercero echó a correr —dijo Oates—. El tipo más grande. Todo rodeado de abejas. Eso lo hizo Toby, fue genial. Adán Uno no nos dejó perseguirlo.

—Zeb dice que la cosa no ha terminado —dijo Amanda.

Toby tenía su propia versión, en la cual todo se había movido muy rápido y muy despacio al mismo tiempo. Ella se había situado detrás de las colmenas, y luego los tres aparecieron justo allí, emergiendo del último rellano de la escalera. Un hombre de rostro pálido con un mentón oscuro y bate de béisbol, un Redfish con cicatrices, y Blanco. Blanco la había localizado inmediatamente.

—Te he visto, culoseco —gritó—. ¡Te haré carne picada!

Su velo de apicultora no era ningún disfraz. Blanco había sacado el cuchillo; estaba riendo.

El primer hombre se había enredado con Rebecca y había pasado de algún modo por encima de la barandilla, gritando en la caída, pero el segundo todavía estaba acercándose. Entonces Amanda —que se había quedado a un lado, con aspecto etéreo e inofensivo— había levantado el brazo. Toby había visto un destello de luz, ¿era cristal? Pero Blanco casi estaba encima de ella: no había nada entre ambos salvo las colmenas.

Toby derribó las colmenas, tres. Ella llevaba el velo, pero Blanco no. Las abejas salieron zumbando con rabia y fueron a por él como flechas. Blanco huyó corriendo por la escalera de incendios, aleteando y dando palmadas, seguido por una nube de abejas.

Toby tardó un rato en volver a poner las colmenas derechas. Las abejas estaban furiosas y picaron a varios Jardineros. Toby pidió disculpas a las víctimas, y ella y Katuro las trataron con calamina y manzanilla; pero ella se disculpó más profusamente con las abejas, una vez que las hubo ahumado lo suficiente para adormilarlas: habían sacrificado a muchas de las suyas en la batalla.

47

Los Adanes y las Evas tuvieron una reunión tensa en la sala oculta detrás de las cubas de vinagre.

—Ese mierda no nos habría atacado sin autorización —dijo Zeb—. Corpsegur está detrás: se han enterado de que estamos ayudando a algunos tipos, así que están trabajando para catalogarnos de terroristas fanáticos, como los Lobos de Isaías.

—No. Es algo personal —dijo Rebecca—. Ese tipo es peligroso como una serpiente, sin faltar al respeto a las serpientes, y va detrás de Toby, nada más. Una vez que mete su pértiga en un agujero, cree que es suyo. —Cuando Rebecca se cabreaba tendía a recuperar su antiguo vocabulario, aunque luego lo lamentaba—. No es mi intención ofender, Toby —dijo.

—Seguramente la causa inmediata está entre nosotros —dijo Adán Uno—. Los jóvenes lo provocaron. Y Zeb. No deberíamos haber levantado la liebre.

—La liebre se lo merecía —dijo Rebecca—. Sin falta de respeto a la liebre.

—Dos cadáveres en la acera no beneficiarán mucho nuestra reputación pacífica —opinó Nuala.

—Accidentes. Se cayeron del tejado —dijo Zeb.

—Y a uno le cortaron la garganta y al otro le arrancaron un ojo en la caída —dijo Adán Uno—. Como mostrará cualquier investigación forense.

—Las paredes de ladrillo son peligrosas —manifestó Katuro—. Las cosas se pegan. Uñas. Cristal roto. Cosas afiladas.

—¿Tal vez preferirías que hubieran muerto unos cuantos Jardineros? —inquirió Zeb.

—Si tu premisa es correcta —dijo Adán Uno— y esto es una trama de Corpsegur, ¿se te ha ocurrido que esos tres podrían haber sido enviados para provocar

exactamente un incidente así? ¿Para hacernos infringir la ley y darles una excusa para las represalias?

—¿Cuál era tu alternativa? —preguntó Zeb—. ¿Dejar que nos aplastaran como gusanos? Y no es que nosotros aplastemos a los gusanos —agregó.

—Volverá —dijo Toby—. Fuera cual fuese la razón, tanto si es cosa de Corpsegur como si no, mientras esté aquí, seré un objetivo.

—Creo —dijo Adán Uno— que será mejor para tu seguridad, querida Toby, y también para la seguridad del Jardín, que te coloquemos en una de las células trufa en el mundo exfernal. Podrías sernos muy útil allí. Pediremos a nuestros contactos en las plebillas que extiendan el rumor de que ya no estás entre nosotros. Quizás entonces tu enemigo pierda motivación y quedemos protegidos de la agresión desde ese lado, al menos por el momento. ¿Cuándo podremos moverla? —le preguntó a Zeb.

—Considéralo hecho —dijo Zeb.

Toby fue a su dormitorio y guardó sus elementos más necesarios: los extractos embotellados, las hierbas secas, los hongos. La miel de Pilar, los últimos tres tarros.

Dejó un poco de cada cosa para quien ocupara su lugar de Eva Seis.

Se acordó de cuando quería dejar el Jardín, por aburrimiento y claustrofobia, y por el deseo de tener lo que pensaba que sería una vida propia, pero en el momento en que se estaba marchando, lo sintió como una expulsión. No: más como una dislocación, como una mutilación, como si le arrancaran la piel. Se resistió a la urgencia de tomar un poco de adormidera para calmarse. Tenía que mantenerse alerta.

Otro dolor: estaba fallándole a Pilar. ¿Tendría tiempo de despedirse de las abejas, y si no, morirían en las colmenas? ¿Quién la sucedería como apicultora? ¿Quién poseía la capacidad? Se cubrió la cabeza con una bufanda y se apresuró hacia las colmenas.

—Abejas —dijo en voz alta—. Tengo noticias.

¿Las abejas hicieron una pausa en el aire? ¿Estaban escuchando? Muchas fueron a investigarla; chocaron contra su rostro, explorando sus emociones a través de las sustancias químicas de su piel. Toby esperaba que la perdonaran por tirar sus colmenas.

—Tenéis que decirle a vuestra reina que he de irme —dijo—. No tiene nada que ver con vosotras; vosotras habéis cumplido con vuestros deberes a la perfección. Mi enemigo me obliga a irme. Lo siento. Espero que cuando volvamos a vernos sea en circunstancias más felices.

Toby siempre se sorprendía utilizando un estilo formal con las abejas.

Las abejas zumbaron y burbujearon; parecía que lo estaban discutiendo. Toby deseaba poder llevárselas consigo como si fueran una enorme mascota de piel dorada.

—Os echaré de menos, abejas —dijo.

A modo de respuesta, una de ellas empezó a subirle por el orificio nasal. Toby la expulsó sacando con fuerza el aire por la nariz. «Tal vez llevamos sombreros en estas entrevistas —pensó— para que las abejas no nos entren por las orejas.»

Toby volvió a su cubículo y al cabo de una hora Adán Uno y Zeb se reunieron con ella.

—Será mejor que te lleves esto, querida Toby —dijo Adán Uno.

Tenía en la mano un peluche anuncio: un pato rosa con pies de aleta rojos y un billete de plástico amarillo sonriente.

—El cono nasal está incorporado. Es la última tela. Neobiopiel de mohair. Respira por ti, o eso asegura la etiqueta.

Los dos esperaron a ambos lados de la cortina del cubículo mientras Toby se quitaba el vestido oscuro de Jardinera y se ponía el disfraz. De neobiopiel o no, hacía calor ahí dentro. Y estaba oscuro. Sabía que estaba mirando a través de un par de ojos blancos redondos con grandes pupilas negras, pero se sentía como si estuviera mirando a través de una cerradura.

—Bate las alas —dijo Zeb.

Toby levantó los brazos dentro de los brazos de piel y el traje de pato hizo cuac. Sonaba como un hombre mayor sonándose la nariz.

—Si quieres que se menee la cola, pisa fuerte con el pie izquierdo.

—¿Cómo hablo? —preguntó Toby. Tuvo que decirlo otra vez, en voz más alta.

—Por el auricular derecho —dijo Adán Uno.

Oh, genial, pensó Toby. Haces cuac con el pie, hablas por el auricular. No preguntaré cómo hacer otras necesidades corporales.

Volvió a ponerse su vestido, y Zeb metió el disfraz en una mochila.

—Te llevaré en la furgoneta —dijo—. Está en la puerta.

—Muy pronto estaremos en contacto, querida —dijo Adán Uno—. Lamento... es desafortunado que... mantén la luz en torno...

—Lo intentaré —dijo Toby.

La furgoneta de aire comprimido de los Jardineros ahora tenía un logo que decía: F**iestas**. Toby se sentó delante con Zeb. Pez Martillo iba en la parte de atrás, disfrazada de caja de globos: Zeb dijo que estaba matando dos pájaros de un tiro.

—Lo siento —añadió.

—¿Por qué? —preguntó Toby. ¿Lamentaba que se fuera? Sintió una palpitación.

—Por matar dos pájaros. No está bien mencionar la muerte de los pájaros.

—Ah, vale —dijo Toby—. No importa.

—Enviaremos a Pez Martillo por los canales habituales —dijo Zeb—. Tenemos

contactos entre los mozos de estación; puede ir como mercancía en el tren bala, la marcaremos como frágil. Tenemos una célula trufa en Oregón, la mantendrán escondida.

—¿Y yo? —preguntó Toby.

—Adán Uno te quiere más cerca del Jardín —dijo Zeb—, por si Blanco termina otra vez en Painball y tú puedes volver. Tenemos un sitio exfernal para ti, pero necesitaremos unos días para prepararlo. Entretanto, espera con tu disfraz. En de los Sueños, donde trafican con genes personalizados; ese sitio está lleno de peluches anuncio, nadie se fijará en ti. Ahora será mejor que te agaches, vamos a cruzar

Zeb entregó a Toby en el taller, donde los Jardineros que residían allí la sacaron de la furgoneta y la metieron en el antiguo hueco del ascensor hidráulico, que cubrieron con una trampilla. Allí respiró viejos humos de aceite de motor y se tomó un almuerzo frugal de bocaditos de soja y puré de nabos, acompañada de una bebida de zumaque. Durmió en un futón viejo, usando su disfraz como almohada. No había biodoro allí, sólo una lata oxidada de café Happicuppa. «Usa lo que tengas a mano» era uno de los lemas más admirados por los Jardineros.

Descubrió que no todos los miembros de la colonia de ratas del taller habían sido realojados con éxito en el Buenavista, pero los que quedaban no eran abiertamente hostiles.

A la mañana siguiente empezó con su trabajo falso: pasear por de los Sueños, dentro de un disfraz de piel falsa, graznando de cuando en cuando y meneando la cola, con una doble tabla de anuncio colgada al cuello, y entregando folletos. En la parte delantera de la tabla decía: «Los patitos feos se vuelven cisnes en AnooYoo Spa-in-the-Park. Sube tu autoestima.» En la parte de atrás: «Do it for Yoo: AnooYoo.» En los folletos, decía: «Mejoras de epidermis a bajo coste.» «¡Evita errores genéticos!» «¡Completamente reversible!» AnooYoo no vendía terapia génica (nada tan radical o permanente), sino tratamientos superficiales. Elixires de hierbas, purificación orgánica; inyecciones de nanocélulas vegetales, reafirmante de fórmula de mildiu de malla extrafina, cremas faciales potentes, bálsamos rehidratantes. Cambios de tono a base de iguanas, eliminación de manchas cutáneas, eliminación de verrugas con sanguijuelas.

Entregó muchos folletos, pero también la acosaron algunos de los dueños de establecimientos de genoestética: en de los Sueños un sueño se comía a otro sueño. Había varios peluches anuncio más trabajando en la calle: un león, una oveja mohair, dos osos y otros tres patos. Toby se preguntó cuántos de ellos serían realmente lo que afirmaban ser: si ella se estaba escondiendo a la vista de todos, otros con necesidad de invisibilidad tenían que haber descubierto la misma solución.

Si de verdad hubiera estado trabajando de peluche anuncio como había hecho años atrás, habría marcado las horas al final del día, se habría quitado el disfraz y se

habría guardado el recibo de su paga electrónica. Lo que ocurrió fue que Zeb la recogió en su furgoneta. Su logo decía ahora: P**ublicidad selvática**. Toby se arrebujó en la parte trasera, todavía dentro de su disfraz, y Zeb la trasladó a otro enclave Jardinero: un banco abandonado en diversas corporaciones bancadas habían pagado a las mafias de las plebillas para que les brindaran protección, pero los Tex-Mex especialistas en robo de identidades no tardaron en entrar y salir como Pedro por su casa. Al final, los bancos renunciaron y levantaron campamento, porque ningún empleado considera un buen día de trabajo que te obliguen a tumbarte en el suelo con cinta aislante en la boca mientras un chorizo de identidades vaciaba las cuentas, después de cortarte el pulgar y acceder con tu huella dactilar.

La cámara acorazada de los bancos resultó un lugar mucho mejor para pasar la noche de lo que había sido el foso del ascensor hidráulico. Fresco, sin ratas, sin humos de gas; sólo un olor persistente del papel levemente oxidado del dinero de antaño. Pero entonces Toby empezó a preguntarse qué ocurriría si alguien de manera inadvertida cerraba con llave la puerta de la cámara acorazada y luego se olvidaba de ella, así que no durmió bien.

Al día siguiente volvió a de los Sueños. El disfraz de pato era insoportable con el calor, se le estaba soltando uno de los pies de goma y el filtro de aire de la nariz era disfuncional. ¿Y si los Jardineros la abandonaban y la dejaban dando tumbos en la tierra de los sueños, transformada en un animal-pájaro inexistente y deshidratándose hasta la muerte, para que la encontraran un día hecha un montón de hojas húmedas de un rosa falso, atascando los sumideros?

Pero finalmente Zeb la recogió. La llevó a una clínica situada en la parte de atrás del *outlet* de una franquicia de mohair.

—Vamos a cambiarte pelo y piel —dijo—. Vas a oscurecerte. Y las huellas dactilares y la huella de voz. Además de un poco de remodelado.

La biotecnología para cambiar el iris era arriesgada —se habían producido algunos efectos de hinchazón desagradables, dijo Zeb—, así que tendría que usar lentes de contacto. Verdes, él mismo había elegido el color.

—¿Voz más aguda o más grave? —le preguntó Zeb.

—Más grave —dijo Toby, esperando no salir como un barítono.

—Buena elección —dijo Zeb.

El médico era chino y muy bueno. Habría anestesia y un tiempo de recuperación en la unidad de la planta superior —de lo mejor, dijo Zeb—, y cuando Toby se encontró allí, el lugar le pareció muy limpio. No hubo muchos cortes y suturas. Perdió la sensibilidad en las yemas de los dedos —la recuperaría, dijo Zeb—, le dolía la garganta por el trabajo en las cuerdas vocales y le picaba la cabeza donde le estaba creciendo el pelo de mohair. La pigmentación de la piel se veía desigual al principio, pero Zeb le dijo que estaría bien en seis semanas: hasta entonces, debía mantenerse

estrictamente protegida del sol.

Pasó las seis semanas de reclusión en una célula trufa de SolarSpace. Su contacto, cuyo nombre era Muffy, recogió a Toby en la clínica con un cupé eléctrico muy caro.

—Si alguien pregunta —dijo Muffy—, tú sólo di que eres la nueva doncella. He de pedir disculpas —continuó—, pero hemos de comer carne en nuestra casa: forma parte de nuestra tapadera. Nos sentimos fatal al hacerlo, pero todo el mundo es carnívoro en SolarSpace, y les encantan las barbacoas: carne ecológica, naturalmente, y parte es cultivada, ¿sabes?, sólo se comen el tejido muscular; no hay cerebro, no hay dolor. Sería sospechoso si pasáramos, pero trataré de mantenerte alejada de los olores de la cocina.

Demasiado tarde para esa advertencia: Toby ya había olido algo que se parecía mucho al aroma del caldo de huesos que preparaba su madre. Aunque se avergonzó de sí misma, le abrió el apetito. Le dio hambre y también la entristeció. Quizá la tristeza era un tipo de hambre, pensó. Tal vez las dos iban juntas.

En su pequeña habitación de doncella, Toby leyó revistas electrónicas, practicó a colocarse las lentes de contacto y escuchó música en un Sea/H/Ear Candy. Era un interludio surrealista.

—Piensa en ti como en una crisálida —le había dicho Zeb antes de que empezara el proceso de transformación.

Claro, había entrado como Toby y había salido como Tobiatha. Menos anglosajona y más latina. Más contralto.

Se miró: la nueva piel, el nuevo cabello abundante, los pómulos más prominentes. Los ojos verdes almendrados. Tenía que acordarse de ponerse esas lentillas cada mañana.

Las alteraciones no la habían hecho arrebatadoramente hermosa, pero ése no era el objetivo. El objetivo era hacerla más invisible. La belleza es sólo epidérmica, pensó. Pero por qué siempre decían «sólo».

Aun así, su nuevo aspecto no estaba mal. El pelo era un cambio bonito, aunque los gatos de la familia se estaban interesando en él, probablemente por el tenue olor a cordero. Cuando se despertaba por la mañana, a veces se encontraba a alguno sentado en su almohada, lamiéndole el pelo y ronroneando.

48

Una vez que tuvo el cabello firmemente arraigado en la cabeza y el tono de su piel fue uniforme, Toby estuvo preparada para pasar a su nueva identidad. Muffy le explicó cómo sería.

—Hemos pensado en el AnooYoo Spa-in-the-Park —dijo—. Tienen mucho interés en la botánica allí, así que encajarás bien, por los hongos, las pociones y tal; me lo contó Zeb: así que puedes ponerte al día con sus productos enseguida. Tienen un huerto ecológico de café, se enorgullecen de eso, con una pila de compost y todo; y están haciendo algunas pruebas de injertos de planta que podrían resultarte interesantes. En cuanto al resto, es como organizar cualquier otra cosa: entrada de producto, valor añadido, salida de producto. Supervisar los libros y los *stocks*, controlar al equipo: Zeb dice que eres muy buena con la gente. Las plantillas de procedimiento ya están establecidas: sólo tendrás que seguirlas.

—¿El producto serían los clientes? —preguntó Toby.

—Exacto —dijo Muffy.

—¿Y el valor añadido?

—Es un intangible —dijo Muffy—. Sienten que tienen mejor aspecto después. La gente paga mucho dinero por eso.

—¿Te importa decirme cómo me has conseguido este puesto? —preguntó Toby.

—Mi marido está en el consejo de AnooYoo —dijo Muffy—. No te preocupes, no le he mentido. Es uno de los nuestros.

Una vez instalada en el balneario AnooYoo, Toby se asentó en su papel de Tobiatha, una directora discreta y eficiente con un aire Tex-Mex. Los días eran plácidos; las

noches, tranquilas. Cierto es que había una valla electrificada en torno al recinto y vigilantes apostados en las cuatro entradas, pero los controles de identidad eran laxos y los vigilantes nunca molestaron a Toby. No se trataba de un lugar de alta seguridad. El balneario no tenía grandes secretos que defender, de modo que los vigilantes se limitaban a controlar a las damas que iban entrando, aterrorizadas por las primeras arrugas y señales de decaimiento, y luego volvían a salir, hinchadas y estiradas, con la piel nueva, irradiadas y sin manchas.

Eso sí, seguían aterrorizadas, porque ¿cuándo podía volver a pasarles otra vez lo mismo, todo lo mismo? Todas las señales de la mortalidad. A nadie le gusta, pensó Toby, ser un cuerpo, una cosa. Nadie quiere estar limitado de esa manera. Sería mejor tener alas. Incluso la palabra carne tiene un sonido blando.

No sólo estamos vendiendo belleza, decía en sus instrucciones al personal. Estamos vendiendo esperanza.

Algunas de los clientes eran exigentes. No podían comprender por qué ni siquiera los tratamientos más avanzados de AnooYoo volverían a convertirlas en mujeres de veintiún años.

—Nuestros laboratorios están en el buen camino de la reversión de edad —les diría Toby con tono tranquilizador—, pero aún no han llegado. Dentro de unos años...

Si tanto quieres tener la misma edad por siempre jamás, salta desde el tejado, pensaba. La muerte es un método a prueba de bombas para detener el tiempo.

Toby se esforzaba en ser una encargada convincente. Dirigía el balneario con eficiencia, escuchaba con atención al personal y a los clientes, mediaba en las disputas cuando era preciso, cultivaba la eficiencia y el tacto. Haber sido Eva Seis la había ayudado: gracias a esa experiencia, había descubierto un talento interno para mirar con solemnidad, como si estuviera sumamente interesada, y no decir nada.

—Recordad —había dicho a su equipo—, cada cliente quiere sentirse como una princesa, y las princesas son egoístas y autoritarias.

No escupid en su sopa, quería aconsejarles, pero eso habría sido salirse demasiado de su personaje de Tobiatha.

En los días más fastidiosos se entretenía viendo el balneario como una revista sensacionalista: «Hallado en el césped el cadáver de una mujer de la alta sociedad, se sospecha de un tóxico facial. Amanita implicada en muerte por exfoliación. La tragedia acecha junto a la piscina.» Pero ¿por qué tomarla con las damas? Ellas sólo querían sentirse bien y ser felices, como cualquier persona del planeta. ¿Por qué debería envidiar sus obsesiones con las venas salidas y la barriguita? «Piensa en rosa», les decía a sus chicas siguiendo la plantilla de instrucciones de AnooYoo, y luego se lo decía a sí misma. ¿Por qué no? Era un color más bonito que el amarillo de la bilis. Después de una cauta pausa, empezó a guardarse unas pocas provisiones para

construirse un Ararat particular. No estaba segura de si creía en el Diluvio Seco. Con el paso del tiempo las teorías de los Jardineros se le antojaban cada vez más remotas, más inverosímiles, más creativas —en una palabra, más descabelladas—, pero creía en ellas lo suficiente para tomar las precauciones rudimentarias. Estaba a cargo del inventario del balneario, así que acumular era fácil. Bastaba con que se llevara algunos contenedores vacíos de las papeleras, unos pocos cada vez —los de Sacudida Intestinal de AnooYoo resultaban especialmente útiles, porque eran grandes y tenían tapas que encajaban— y los llenaba con bocaditos de soja o algas secas o sucedáneo de leche en polvo o latas de sojadinas. Luego volvía a taparlos y los guardaba en las partes de atrás de los estantes del almacén. Un par de miembros del equipo poseían el código de la puerta, pero como Toby era conocida por ser estricta con los inventarios y dura con los rateros, no era probable que nadie se llevara sus contenedores rellenados.

Toby tenía su propia oficina, y en esa oficina había un ordenador. Conocía los peligros de usarlo para cuestiones ajenas a la empresa: algunos funcionarios de AnooYoo Corp podrían estar monitorizando sus búsquedas y mensajes y supervisando para asegurarse de que el personal no estaba viendo pelis porno en horario laboral, así que la mayoría de los días sólo examinaba noticias generales, esperando de esa forma captar alguna noticia sobre los Jardineros.

No había gran cosa. De vez en cuando, salía una noticia de acciones subversivas por parte de verdes fanáticos, pero ya había varios grupos de ese tipo. Toby atisbó algunos rostros de Jardineros entre la multitud durante Party, cuando estaban arrojando granos de Happicuppa en la bahía, pero podría estar equivocada en eso. Varias personas llevaban camisetas con la leyenda D es V (Dios es Verde), lo cual no demostraba nada: los Jardineros no habían llevado esas camisetas, al menos en los viejos tiempos.

Corpsegur podría haber acabado con los disturbios de Happicuppa. Podrían haber pulverizado al grupo, más a algunos cámaras de televisión que anduvieran cerca. Claro que no podían eliminar por completo la cobertura de tales sucesos: la gente usaba las cámaras de los móviles. Aun así, ¿por qué Corpsegur no actuaba abiertamente, cargándose a la gente a la vista de todos, e imponía un gobierno totalitario, puesto que eran los únicos que disponían de armas? Incluso dirigían el ejército ahora que éste se había privatizado.

Una vez había planteado esta pregunta a Zeb. Él le respondió que oficialmente eran una empresa de seguridad privada empleada por las corporaciones y que esas corporaciones aún querían ser vistas como honestas y confiables, agradables como amapolas, cándidas como conejos. No podían permitirse ser vistos por el consumidor promedio como mentirosos, despiadados y carniceros tiranos.

—Las corpos han de vender, pero no pueden forzar a la gente a comprar —dijo—. Todavía no. Así que la imagen limpia sigue considerándose imprescindible.

Ésa era la respuesta breve: la gente no quería el gusto de la sangre en sus Happicuppas.

Muffy, su niñera en la célula trufa, se mantenía en contacto con Toby apuntándose ella misma a tratamientos de AnooYoo. De vez en cuando, traía noticias: Adán Uno estaba bien, Nuala le enviaba saludos, los jardineros continuaban extendiendo su influencia, pero la situación era inestable. De vez en cuando traía a una fugitiva necesitada de una ocultación temporal. Ella vestía a la mujer con ropa de mujer como la suya —colores de matronas ricas de SolarSpace, azul pastel, beis crema— y la apuntaba a tratamientos.

—Tú sólo ponle barro y envuélvela en toallas y nadie notará nada —decía, y resultaba cierto.

Una de estas invitadas de emergencia era Pez Martillo. Toby la reconoció: sus manos inquietas, los ojos de mártir de un azul intenso, pero ella no reconoció a Toby. Así que al fin y al cabo Pez Martillo no había logrado una vida más tranquila en Oregón, pensó Toby: seguía en la zona, arriesgándose, huyendo siempre. Lo más probable era que la hubieran absorbido en la guerrilla urbana verde; en cuyo caso sus días estaban contados, porque se decía que Corpsegur iba a eliminar a todos esos activistas. Tenían muestras de su antigua identidad de HelthWyzer, y una vez que entrabas en su sistema no volvías a salir, salvo que aparecieras en forma de cadáver con dentadura y ADN coincidente con sus registros.

Toby pidió para Pez Martillo, y un Exfoliante Profundo extra. Tenía aspecto de necesitarlos.

Había un riesgo grave en AnooYoo: Lucerne era cliente habitual. Venía todos los meses, con un vestuario de esposa de empleado de complejo de nivel alto. Siempre pedía Brillo Voluptuoso, el Reafirmante Piel de Ciruela y en de de AnooYoo. Daba la impresión de que tenía más estilo que con los Jardineros: no es difícil, pensó Toby, porque con un saco de plástico tendrías más estilo que un Jardinero, pero también parecía más vieja y más seca. Aquel exuberante labio inferior se había hundido, a pesar de todo el colágeno y los extractos de planta que Toby sabía que le habían inyectado, y sus párpados estaban adoptando la textura arrugada de los pétalos de amapola. A Toby estas señales de declive le resultaban gratificantes, aunque la consternaba cargar con una emoción tan mezquina y celosa. «Déjalo —se decía a sí misma—, sólo porque Lucerne se esté convirtiendo en una seta arrugada no significa que tú seas una tía cañón.» Por supuesto habría sido catastrófico que Lucerne hubiera

aparecido de repente de detrás de un arbusto o una cortina de ducha y hubiera gritado el verdadero nombre de Toby. Así que Toby tomaba medidas evasivas. Revisaba las reservas para saber con exactitud cuándo iba a aparecer Lucerne. Le asignaba sus operadoras más vigorosas —Melody, con sus anchos hombros, Symphony con sus manos firmes— y se mantenía alejada de su línea de visión. Además, como Lucerne normalmente estaba tumbada y con los ojos tapados, era poco probable que localizara a Toby; e incluso si la veía, seguro que miraría directamente a través de ella. Para mujeres como Lucerne, las mujeres como Tobiatha no tenían rostro.

¿Y si me acerco a ella cuando esté en de Inmersión de Juventud Total y le disparo los láser?, se preguntaba Toby. O acorto la onda de la lámpara de calor. Se fundiría como un malvavisco. Un *snack* de nematodo. entonaría un hurra.

Querida Eva Seis, decía la voz de Adán Uno. Estas fantasías son indignas de ti. ¿Qué pensaría Pilar?

Una tarde llamaron a la puerta de la oficina de Toby.

—Pase —dijo.

Era un hombre grande con un mono verde tejano. Estaba silbando una tonada familiar.

—He venido a podar las lumirrosas —dijo.

Toby levantó la mirada, contuvo el aliento. Sabía que no debía decir nada: su oficina podía estar plagada de micrófonos.

Zeb miró por encima del hombro hacia el pasillo. Entró y cerró la puerta. Se sentó delante del ordenador de Toby, sacó un rotulador y escribió en el calendario de mesa de Toby: «Mira lo que hago.» «¿Los Jardineros? —escribió Toby—. ¿Adán Uno?»

«Cisma —escribió Zeb—. Mi propio grupo.»

—¿Han tenido algún problema con las plantas? —dijo en voz alta.

«¿Shackleton y Crozier? —escribió Toby—. ¿Contigo?» «Más o menos —replicó Zeb—. Oates. Katuro. Rebecca. Y nuevos también.» «¿Amanda?»

«Se fue. Educación superior. Arte. Lista.» Zeb había cargado una web: «E**xtintaton**: dirigido por el Loco Adán. Adán dio nombre a los animales vivos. El Loco Adán se lo pone a los muertos. ¿Quieres jugar?»

«¿El Loco Adán? —escribió Toby en su libreta—. ¿Tu grupo? ¿Sois varios?» Toby estaba eufórica: Zeb estaba allí, a su lado. Después de que hubiera pensado durante tanto tiempo que no volvería a verlo nunca más.

«Contengo multitudes —escribió Zeb—. Elige un nombre en clave. Forma de vida, extinta.»

«Dodo», escribió Toby.

«Últimos cincuenta años —escribió Zeb. No tenía mucho tiempo—. Equipo de poda esperando. Pregunta por los áfidos.»

—Hay áfidos en las lumirrosas —dijo Toby.

Estaba repasando mentalmente las viejas listas de los Jardineros: animales, peces, aves, flores, almejas, lagartos, recientemente extinguidos. «Rascón —escribió. Ese pájaro se había extinguido diez años atrás—. ¿Pueden entrar en este sitio?»

—Podemos ocuparnos de eso —dijo Zeb—, aunque se supone que llevan un repelente insecticida incorporado... Tomaré unas muestras. Hay más de una forma de despellejar a un gato.

«No —escribió—. Redes virtuales privadas propias. Encriptadas x 4. Perdona ref. despellejar un gato. Tu número.» Le escribió su nueva contraseña y un número de pase en la libreta. Luego Zeb escribió su propio número y código en el espacio reservado para el inicio de sesión.

«Bienvenido, Oso Kermode. ¿Quieres jugar con un internauta general o con un Gran Maestro?», se leyó en pantalla.

Zeb hizo clic en Gran Maestro. «De acuerdo. Busca un campo de juego. Ahí te encontrarás con el Loco Adán.» «Observa», escribió Zeb en el calendario. Entró en un sitio que anunciaba trasplantes de mohair, pasó por una pasarela de píxel camuflada en el ojo de una oveja de pelaje magenta, entró en el estómago azul de un anuncio de antiácido de Helthwizer, que lo condujo a la ávida boca abierta de un cliente de SecretBurger pillado a medio mordisco. Entonces se desplegó un amplio paisaje verde: árboles en la distancia, un lago en primer plano, un rinoceronte y tres leones bebiendo. Una escena del pasado.

Una línea de letras se desplegó por delante: «Bienvenido al campo de juego del Loco Adán, Oso Kermode. Tienes un mensaje.»

Zeb hizo clic en «Recibir mensaje».

«El hígado es el mal y hay que castigarlo.»

«Vale, Crake —escribió Zeb—. Todo está bien.»

Entonces cerró el navegador y se levantó.

—Llámeme si hay alguna recurrencia de áfidos —dijo—. Estaría bien que comprobara nuestro trabajo de vez en cuando y nos mantuviera informados.

Escribió en su libreta: «El pelo está genial, cielo. Me encantan los ojos rasgados.» Y se marchó.

Toby recogió todas las páginas del taco. Por suerte tenía unas cerillas para quemarlas; había estado guardando cerillas para su Ararat, almacenándolas en un contenedor etiquetado Merengue de Limón Facial.

Después de la visita de Zeb se sintió menos aislada. Se conectaba a Extintaton a intervalos irregulares y trazaba el camino al campo de juego del Gran Maestro Loco Adán. Las palabras en clave y los mensajes revoloteaban por la pantalla: «Rinoceronte Negro a Oso Kermode: novatos en camino. Pico de Marfil a Zorro del

Desierto: No temas al gorgojo. Nogal Antillano y Lotis Azul: ratón modificado, un diez. Crake a Loco Adán: autopistas de malvavisco, ¡genial!» No tenía ni idea de lo que significaban la mayoría de estos mensajes, pero al menos se sentía incluida.

En ocasiones había boletines electrónicos que parecían información secreta de Corpsegur. Muchos de ellos eran sobre extrañas irrupciones de nuevas enfermedades, o infecciones peculiares: el híbrido castorespino que devoraba las correas de ventilador de los coches, el gorgojo del café que estaba diezmando las plantaciones de Happicuppa, el microbio comeasfalto que fundía las autopistas.

Luego la cadena de restaurantes Rarity quedó destrozada por una serie de bombas letales. Veía las noticias regulares, en las que se acusaba de estos sucesos a ecoterroristas no específicos; pero también había leído un análisis detallado de Loco Adán. Habían sido los Lobos de Isaías quienes habían puesto las bombas, dijeron, porque Rarity había introducido un nuevo elemento en el menú: el leonero, un animal sagrado para los Lobos de Isaías. Loco Adán había añadido una posdata: «Advertencia a todos los Jardineros de Dios: os culparán a vosotros. Desapareced.»

Poco después de eso, Muffy vino al balneario de manera inesperada. Su aspecto tenía la elegancia habitual: sus maneras no delataban nada.

—Caminemos por el parterre —dijo.

Cuando estuvieron en campo abierto y lejos de micrófonos ocultos, Muffy susurró:

—No he venido por ningún tratamiento. Sólo he de decirte que hemos de marcharnos, no puedo decirte adónde. No te preocupes. Sólo es urgente para infiltrados.

—¿Estarás bien? —preguntó Toby.

—El tiempo lo dirá —dijo Muffy—. Buena suerte, querida Toby. Querida Tobiatha. Báñame en luz.

Ella y su marido figuraban en la lista de bajas de un accidente aéreo al cabo de una semana. Corpsegur era bueno organizando percances de clase alta para los sospechosos con estatus, le había dicho Zeb: gente que desaparecía sin dejar rastro causaba un revuelo entre los ungidos de las corporaciones.

Toby no se acercó a la sala de chat del Loco Adán durante meses después de eso. Esperaba la llamada en la puerta, el escándalo de cristales rotos, el zipzip de un pulverizador. Pero no ocurrió nada. Cuando finalmente reunió el coraje para volver a entrar en Loco Adán, había un mensaje para ella.

«A Rascón de Oso Kermode: el Jardín está destruido. Los Adanes y las Evas han oscurecido. Observa y espera.»

Día de la Polinización

Día de la polinización

Año 21

De los árboles y de los frutos en sus temporadas
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos y compañeros mamíferos: Hoy es día de banquete, pero por desgracia no tenemos banquete. Nuestra huida fue rápida, nuestro escape por los pelos. Ahora, fieles a su naturaleza, nuestros enemigos han destrozado el Tejado. Pero sin duda algún día volveremos al Edén en el Tejado y restauraremos ese lugar bendito a su antigua gloria. Puede que Corpsegur haya destruido nuestro Jardín, pero no ha destruido nuestro espíritu. Al final, volveremos a plantarlo.

¿Por qué nos atacan las corporaciones? Vaya, nos estábamos haciendo demasiado peligrosos para su gusto. Muchos tejados estaban floreciendo como la rosa; muchos corazones y mentes estaban optando por una tierra restaurada al equilibrio. Sin embargo, en el éxito están las semillas de la ruina, pues quienes ocupan el poder ya no pueden pasarnos por alto como tiquismiquis ineptos: nos temen como profetas de una era por llegar. En resumen, amenazamos sus márgenes de beneficio.

Además, nos relacionaron con los ataques biológicos realizados contra sus infraestructuras por el cismático y herético grupo que se denomina Loco Adán. Los ataques con bombas de la semana pasada a la cadena de restaurantes Rarity —aunque perpetrado sólo por los Lobos de Isaías— les dio una excusa para desatar un ataque generalizado contra todos los que se han puesto del lado de creada por Dios.

¡Puede que se revelen tan ciegos en visión material como lo han sido durante mucho tiempo en visión espiritual! Porque aunque nuestros días de instar abiertamente a los carnívoros al arrepentimiento en las calles de las plebillas han

terminado, las lecciones del Camuflaje Animal no las hemos olvidado. Disfrazados para fundirnos con el fondo, nos colamos bajo las narices de nuestros enemigos. Hemos tirado nuestros vestidos lisos y nos hemos ataviado con ropa de centro comercial. La camisa con el monograma de golf, el *top* de color verde lima, el conjunto de punto de color pastel que con tanto coraje se puso Nuala: así es nuestra armadura defensiva.

Algunos de vosotros habéis elegido disipar las sospechas comiendo con audacia la carne de nuestros compañeros animales; pero no intentéis hitos que superen vuestras fuerzas, queridos amigos. Morder un SecretBurger y luego atragantarnos con él atraerá un escrutinio no deseado. Si tenéis dudas respecto a vuestros límites, debéis ceñiros al helado SoYummie. Esos semialimentos pueden tragarse sin excesiva tensión.

Demos las gracias a la célula trufa de Fernside, que ha convertido esta Calle de los Sueños en un refugio disponible para nosotros. El letrero en la puerta dice G**enes Verdes**, que afirma ser una empresa de diseñadores de híbridos botánicos. El segundo cartel —el que dice C**errado por reformas**— es nuestra protección. Si os preguntan, decid que estamos teniendo problemas con el contratista de obras. Ésa siempre es una explicación plausible.

Hoy es el Día de , en el que recordamos las contribuciones a la preservación del bosque realizadas por santa Suryamani Bhagat de , san Stephen King del bosque Pureora de Nueva Zelanda y san Odigha de Nigeria entre muchos otros. Esta festividad se consagra a los misterios de la reproducción de las plantas, sobre todo la reproducción de esos árboles extraordinarios, las angiospermas, con especial énfasis en las drupas y las frutas pomáceas.

Los antiguos nos legaron leyendas de tales frutas: las manzanas doradas de las Hespérides, la similarmente dorada manzana de la discordia. Algunos dicen que la fruta del árbol del conocimiento del bien y del mal era un higo, otros prefieren un dátil, y otros una granada. Habría tenido sentido que esa comida hubiera sido realmente infame: un trozo de carne, un bistec. ¿Por qué, pues, una fruta? Porque nuestros antepasados eran fructívoros, sin duda, y sólo una fruta los habría tentado.

La fruta sigue siendo un símbolo de profundo significado para nosotros, pues incorpora las nociones de recolección sana, de la rica culminación y de un nuevo inicio, en el cual cada fruta es una semilla: una nueva vida en potencia. La fruta madura cae y vuelve al suelo; pero la semilla se enraiza y se desarrolla, y genera nueva vida.

Como las Palabras Humanas de Dios han dicho: «Por sus frutos los conoceréis.» Oremos porque nuestros frutos sean frutos de Dios y no frutos del mal.

Y unas palabras de advertencia: veneramos a los insectos polinizadores, y en

especial a las abejas, pero ahora nos han informado de que, además de la cepa resistente a los virus introducida después de la reciente extinción de la abeja de la miel, las corporaciones han desarrollado ahora una abeja híbrida. No es un híbrido genético, amigos míos. No: ¡es una abominación mayor! Cogen a las abejas cuando todavía se encuentran en estado larval y les insertan sistemas micromecánicos. El tejido crece en torno al injerto, y cuando emerge el imago, el adulto pleno, es una abeja ciberespía controlada por un operador de Corpsegur, equipada para transmitir, y por tanto para traicionar.

Los problemas éticos que plantea son inquietantes: ¿deberíamos recurrir a los insecticidas? ¿Una abeja esclava tan mecanizada es un ser vivo? Y en ese caso, ¿es una criatura de Dios o algo completamente distinto? Hemos de ponderar las implicaciones profundas, amigos míos, y rezar para pedir orientación.

Cantemos.

Melocotoneros o ciruelos

Melocotoneros o ciruelos
son hermosos en tiempos de flor;
pájaros, abejas y murciélagos
se alegran y sorben dulce néctar.

Y la polinización se obtiene:
para cada nuez, semilla o fruto,
de oro una pequeña partícula
su vuelo ha volado y ha enraizado.

Y se hincha el óvalo en el tallo,
y semana a semana madura;
guarda en su interior el alimento
de los pájaros, bestias y hombres.

Y en cada semilla, fruto o nuez
hay un árbol niño enroscado
que se alzará si está bien plantado,
luciendo flores, una delicia.

Cuando muerdas un melocotón
y con suavidad tires el hueso,
piensa en cómo reluce de vida,
en cómo Dios habita en su centro.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

49

Ren

Año 25

Adán Uno decía: si no puedes parar las olas, navega. O también, lo que puede arreglarse también puede cuidarse. O también, sin luz no hay opción, sin oscuridad no hay baile. Lo que significa que incluso las cosas malas hacían algún bien, porque representaban retos y no siempre sabías qué efectos positivos podrían tener. No es que los Jardineros hicieran nunca un baile como tal.

Así que decidí hacer una meditación, lo cual sería una forma de tratar con el hecho de que ya no había nada que hacer en el Cuarto Pringoso. Si nada es el problema, trabaja con nada, diría Philo *el Niebla.* Apaga la charla mental. Abre tu ojo interior, tu oído interior. Ve lo que puedas ver. Oye lo que puedas oír. Con los Jardineros lo que vería serían las coletas de la niña de delante de mí y lo que oiría serían los ronquidos de Philo, porque cuando impartía Meditación siempre se dormía.

Esta vez no tuve mucho más éxito. Podía oír el zum, zum de los graves que llegaban del Nido de Víboras y el zumbido de la mininevera, veía las luces de la calle proyectando formas desdibujadas a través de los ladrillos de vidrio de la ventana, pero nada de eso era espiritualmente iluminador. Así que abandoné la meditación y puse las noticias.

Había otra epidemia menor, explicaban, pero nada de lo que alarmarse. Los virus y las bacterias estaban siempre mutando, pero sabía que las corporaciones siempre podían inventar tratamientos para ellas, y además fuera cual fuese ese bicho, yo no lo tenía porque había estado aislada con una doble barrera antivirus que me protegía. Estaba en el lugar más seguro en el que podía estar.

Volví al Nido de Víboras. Se había entablado una pelea. Debían de haber sido los *painballers,* los tres que habían venido primero y luego el otro.

Mientras observaba, entraron los gorilas de Corpsegur. Echaron al suelo a uno de los *painballers,* y lo redujeron con pistolas aturdidoras. Los gorilas ahora también estaban peleando: uno de ellos trastabilló hacia atrás, llevándose una mano al ojo; luego otro golpeó la barra. Por lo general, no tardaban tanto en controlar la situación. Savona y Crimson Petal todavía estaban en los trapecios tratando de seguir con su número, pero las chicas de barra se estaban escabullendo del escenario. Enseguida volvieron corriendo: las salidas de atrás estarían bloqueadas. Oh, no, pensé. Entonces una botella voló hacia la cámara y la rompió.

Fui corriendo a otra cámara, pero me temblaban las manos y había olvidado la clave, y para cuando la encendí y la enfoqué el Nido de Víboras estaba mucho más vacío. Las luces aún continuaban encendidas y sonaba la música, pero la sala era un caos. Los clientes debían de haber salido corriendo. Savona estaba tendida sobre la barra: sabía que era ella por el vestido de lentejuelas, aunque lo tenía medio arrancado. Tenía la cabeza doblada en un ángulo extraño y toda la cara cubierta de sangre. Crimson Petal estaba colgando del trapecio; una de las cuerdas la tenía en torno al cuello y entre las piernas se apreciaba el brillo de una botella: alguien se la había clavado ahí. Sus volantes y volados estaban hechos jirones. Parecía un ramo mustio.

—¿Dónde estaba Mordis?

Un fardo oscuro que agitaba las piernas apareció dando tumbos. Sonó el bam de una puerta que se cerraba, y luego se oyeron abucheos. Después sirenas en la distancia, pies que corrían.

Entonces hubo gritos en el pasillo que daba al Cuarto Pringoso y se encendió la videopantalla del exterior de mi puerta, y allí apareció Mordis, de cerca, mirándome con un ojo. El otro estaba cerrado. Tenía la cara destrozada.

—Tu nombre —susurró.

Entonces un brazo lo agarró por la garganta, le echó la cabeza atrás. Era uno de los *painballers.* Le vi la mano, sujetando una botella rota: venas rojas y azules.

—Abre la puta puerta, capullo —dijo—. ¡La perra está caliente! ¡Es hora de compartirla!

Mordis se retorcía de dolor. Querían sacarle el código de la puerta.

—Los números, los números —decían.

Vi a Mordis un instante más. Se oyó un sonido ahogado, y murió. En su lugar estaba el *painballer,* una cara llena de cicatrices.

—Abre y dejaremos vivir a tu colega —dijo—. No te haremos daño.

Pero estaba mintiendo, porque Mordis ya estaba muerto.

Hubo más gritos, y luego los hombres de Corpsegur debieron de dispararle con la pistola aturdidora, porque él también gritó y desapareció de la pantalla, y hubo un sonido sordo como si alguien pateara un saco.

Fui a la cámara del Nido de Víboras: más hombres de Corpsegur con uniforme de antidisturbios, todo un enjambre. Estaban empujando y arrastrando a los *painballers* hacia la puerta: uno estaba muerto, tres todavía vivos. Tendrían que volver a Painball, nunca deberían haberlos soltado, nunca.

Entonces me di cuenta de lo que ocurriría. El Cuarto Pringoso era una fortaleza. Nadie podía entrar sin el código de la puerta, y Mordis siempre decía que sólo lo conocía él. Y no lo había soltado: me había salvado la vida.

Pero ahora estaba encerrada dentro, sin nadie que me dejara salir.

«Oh, por favor —pensé—, no quiero morir.»

50

Me ordené a mí misma no ceder al pánico. SeksMart enviaría una brigada de limpieza, se darían cuenta de que estaba allí y mandarían a alguien para que se ocupara de la cerradura. No me dejarían morir de hambre ahí dentro y que me secara como una momia: cuando volvieran a abrir el Scales me necesitarían. Ya no volvería a ser lo mismo sin Mordis —ya lo echaba de menos—, pero al menos tendría una función. Yo no era un producto desechable, tenía talento. Eso era lo que siempre decía Mordis.

Así que sólo era cuestión de esperar.

Me duché: me sentía sucia, como si aquellos *painballers* hubieran entrado, o como si estuviera toda manchada con la sangre de Mordis.

Más tarde hice otra meditación, una de verdad. «Pon luz en torno a Mordis —recé —. Déjale ir al universo. Que su espíritu marche en paz.» Lo imaginé volando desde su cuerpo demolido en forma de un pajarito marrón con un ojo de perla.

Al día siguiente ocurrieron dos cosas malas. Primero, puse las noticias. La epidemia menor de la que habían estado hablando antes no se estaba comportando del modo usual: no era un estallido local de los que podían contener. Ya era una emergencia. Mostraban un mapa del mundo, con los puntos calientes iluminados en rojo: Brasil, Taiwan, Arabia Saudí, Bombay, París, Berlín, era igual que ver cómo pulverizaban el planeta. Se trataba de una pandemia eruptiva, decían, y la enfermedad se estaba extendiendo con rapidez: no, ni siquiera se extendía, brotaba al mismo tiempo en ciudades muy distantes, lo cual no era el patrón normal. Por lo general, las corporaciones recurrían a mentiras y encubrimientos, y sólo conocíamos algo

parecido a la historia real por rumores, así que el hecho de que saliera en las noticias mostraba lo grave que era: las corporaciones no podían taparlo.

Los presentadores de las noticias trataban de mantener la calma. Los expertos no sabían qué era el supervirus, pero seguro que se trataba de una pandemia, y un montón de gente estaba muriendo deprisa, como si se fundieran. En cuanto dijeron «No hay necesidad de que cunda el pánico», con esas sonrisas enganchadas y ese inquietante tono calmado, me di cuenta de la gravedad.

La segunda cosa mala fue que varios tipos con biotrajes entraron en el Nido de Víboras, metieron a la gente en bolsas de cadáveres y se los llevaron. Pero no miraron en el piso de arriba por más que grité y grité. Supongo que no podían oírme, porque los muros del Cuarto Pringoso eran gruesos y la música del Nido de Víboras continuaba sonando y debió de ahogar mi voz. Eso fue una suerte para mí, porque si hubiera salido entonces del Cuarto Pringoso habría pillado lo que estaban pillando todos los demás. Así que en realidad no fue algo malo, pero entonces me lo pareció.

Al día siguiente, las noticias eran todavía peores. La pandemia se estaba extendiendo, y había disturbios, saqueos y asesinatos, y Corpsegur más o menos se había desvanecido: ellos también estarían muñéndose.

Y al cabo de unos días ya no hubo más noticias.

Estaba asustada de verdad, pero me dije que aunque no pudiera salir, nadie más podía entrar, y estaría bien mientras el solar no se rompiera. Eso mantendría el agua corriente y la mininevera en marcha, y el congelador y los filtros de aire. El filtrado de aire era un plus, porque pronto olería muy mal fuera. Y yo iría día a día y vería qué pasaba.

Sabía que tenía que ser práctica, o perdería la esperanza y me deslizaría a un estado de barbecho, y quizá ya no volvería a salir. Así que abrí la mininevera y el congelador y conté lo que había dentro: las Joltbar, las bebidas energéticas y los *snacks*, y los ChickieNobs congelados y el sucedáneo de pescado. Si comía sólo una tercera parte de cada comida en lugar de la mitad, y guardaba el resto en lugar de tirarlo al colector de basura, tendría suficiente para al menos seis semanas.

Había estado tratando de llamar a Amanda, pero ella no había respondido. Lo único que podía hacer era dejar mensajes de texto: «Ven al Scales.» Confiaba en que leería el mensaje y se daría cuenta de que algo iba mal, y entonces vendría al Scales y averiguaría la forma de abrir la puerta. Yo mantenía el móvil encendido en todo momento por si ella llamaba, pero cada vez que intentaba telefonearla o incluso enviarle un mensaje me salía S**in servicio**. Una vez recibí un mensaje corto. «Estoy bien», pero los canales debían de haberse bloqueado con gente desesperada que trataba de localizar a sus familias, porque no recibí nada más.

Supongo que luego el volumen de llamadas menguaría al ir muriendo gente, y

logré conectar. No había imagen, sólo su voz.

—¿Dónde estás tú? —pregunté.

Y ella dijo:

—He pillado un coche solar. Estoy en Ohio.

—No vayas a las ciudades —dije—. No dejes que te toque nadie.

Quería contarle lo que habían explicado en las noticias, pero se había perdido la cobertura. Después de eso no conseguí ni señal. Las torres de repetición habrían caído.

Creas tu propia realidad, decían siempre los horóscopos, y los Jardineros también lo decían. Así que traté de crear la realidad de Amanda. Ahora iba vestida con su traje caqui del desierto. Ahora se había parado a beber agua. Ahora estaba arrancando una raíz y comiendo. Ahora estaba caminando otra vez. Se acercaba a mí, hora a hora. Ella no tendría la enfermedad, y nadie la mataría porque era muy lista y fuerte. Estaba sonriendo. Ahora estaba cantando. Pero sabía que sólo lo estaba imaginando.

51

No había visto a Amanda salvo al teléfono desde hacía mucho tiempo, cuando todavía no trabajaba en el Scales. Antes de eso, hubo un periodo en el cual ni siquiera había sabido dónde estaba. Perdí el contacto cuando Lucerne me tiró el teléfono morado, cuando todavía estaba viviendo en el complejo HelthWyzer. En ese momento pensé que nunca volvería a ver a Amanda, que había desaparecido de mi vida para siempre.

Eso era lo que todavía creía al sentarme en el tren bala que iba a llevarme a Academy. Me sentía muy sola y apenada: no sólo había perdido a Amanda. Había perdido todo lo que tenía algún significado en mi vida. Los Adanes y las Evas, o algunos de ellos, como Toby y Zeb. Amanda. Pero sobre todo, Jimmy. Había superado lo peor del daño que me había causado, pero quedaba un dolor sordo. Jimmy había sido muy dulce conmigo y luego me había excluido como si ni siquiera estuviera allí. Era una sensación fría y deprimente. Estaba tan abatida que hasta había renunciado a la idea de que podría volver a juntarme con Jimmy, en : me parecía una ensoñación inverosímil.

En aquel momento, viajando en ese tren bala, había pasado ya mucho tiempo desde que había estado enamorada de Jimmy. No: había pasado mucho tiempo desde que Jimmy había estado enamorado de mí; cuando era honesta y no sólo estaba enfadada y triste, sabía que continuaba enamorada de Jimmy. Me había acostado con otros chicos, pero sólo por seguir el guión. Iba a en parte para alejarme de Lucerne, pero también tenía que hacer algo para obtener una educación. Así es como hablaban, como si una educación fuera algo que podías obtener, como un vestido. No me importaba lo que me ocurriera, me sentía gris.

Ésa no era en absoluto la manera de pensar de los Jardineros. Los Jardineros

decían que la única educación real era la educación del Espíritu, pero había olvidado qué significaba eso.

era una escuela de arte bautizada así por una famosa bailarina antigua, así que había cursos de danza. Como tenía que elegir algo, elegí Danza Calisténica y Expresión Dramática: no te exigían conocimientos previos ni matemáticas para eso. Supuse que podría conseguir trabajo dirigiendo los programas de ejercicios de mediodía que ofrecían las mejores corporaciones. Tonificación Musical, Yoga para Mandos Intermedios, alguno de ésos.

El campus de era como el Buenavista Condos: había tenido clase en algún momento, pero se estaba cayendo a pedazos. Había problemas de humedad y los techos goteaban. No podía comer en la cafetería porque a saber lo que contendrían aquellos platos: todavía tenía muchos problemas con la proteína animal, sobre todo si podía tratarse de órganos. Aun así me sentía más a gusto allí que en el complejo HelthWyzer, porque al menos no tenía un aspecto tan brillante y falso ni olía a productos químicos de limpieza. De hecho, no olía a ningún producto de limpieza.

Los recién llegados a tenían que compartir una *suite*. El compañero de habitación que me tocó se llamaba Buddy Tercero; no lo veía mucho. Jugaba a fútbol americano, pero al equipo de lo machacaban siempre y como consecuencia Buddy Tercero se emborrachaba o se colocaba. Cerraba la puerta de mi lado del cuarto de baño compartido, porque los tipos del equipo de fútbol eran conocidos por las citas con violación y no creía que Buddy se molestara siquiera con la parte de la cita. Aun así lo oía vomitando por las mañanas.

Había una franquicia de Happicuppa en el campus y desayunaba allí porque tenían magdalenas vegetales. Así no tenía que escuchar a Buddy vomitando y podía usar el lavabo, que apestaba menos que el mío. Un día me estaba acercando al Happicuppa y me encontré a Bernice. La reconocí de inmediato. Me sobresalté al verla. Fue un impacto, como una descarga de electricidad. Toda la culpa que había sentido por ella, pero que más o menos había olvidado, volvió a salir a flote.

Llevaba una camiseta verde con una gran G y sostenía un cartel que decía: H**appicuppa es una mierda**. Había otros dos chicos con la misma camiseta pero con eslóganes distintos: M**aldad molida**, **no tomes muerte**. Vi por la ropa y las expresiones faciales que eran fanáticos extremistas ultraverdes, y estaban montando un piquete. Ése fue el año en que hubo todos los disturbios en los Happicuppa; los había visto en pantalla.

Bernice no era más guapa que como la recordaba. Si acaso estaba más fornida y su entrecejo tenía un aspecto más amenazador. Ella no me vio, así que tenía elección:

podía haber pasado a su lado y entrado en el Happicuppa, simulando que no la había visto, o podía darme la vuelta y escabullirme. Pero me di cuenta de que estaba volviendo al modo Jardinero, recordando todas esas lecciones sobre aceptar la responsabilidad y que si matabas algo, tenías que comértelo. Y yo había matado a Burt, en cierto modo. O eso sentía.

Así que no me agaché, sino que fui derecha hacia ella.

—Bernice —dije—. Soy yo, Ren.

Ella saltó como si le hubiera dado una patada. Entonces se concentró en mí.

—Ya lo veo —dijo con voz agria.

—Deja que te invite a un café —dije.

Tenía que estar muy nerviosa para decir eso, porque ¿a cuento de qué iba a querer Bernice un café de un sitio donde estaba montando un piquete?

Debió de pensar que me estaba burlando de ella porque me soltó:

—Lárgate.

—Lo siento —dije—. No quería decir eso. ¿Y un agua? Podemos bebería aquí, junto a la estatua.

La estatua de Martha Graham era una especie de mascota; la representaba en el papel de Judith, sosteniendo la cabeza de su enemigo Holofernes, y los estudiantes habían pintado la base del cuello de rojo y habían metido un estropajo de níquel bajo las axilas de Martha.

Había una base plana justo debajo de la cabeza de Holofernes donde podías sentarte.

Bernice volvió a torcer el gesto.

—Estás reincidiendo —dijo ella—. El agua embotellada es el mal. ¿Es que no sabes nada?

Podría haberle llamado zorra y haberme largado. Pero aquélla era mi única ocasión de arreglar las cosas, al menos conmigo misma.

—Bernice —dije—, quiero pedirte disculpas. Así que dime qué puedes beber, y te lo iré a buscar y podemos ir a algún sitio a tomarlo.

Todavía estaba malhumorada —nadie aguantaba tanto tiempo enfadada como ella —, pero después de que yo dijera que teníamos que echar luz sobre el problema, lo cual debió de sacar a flote la mejor parte Jardinera de ella, me contó que en el supermercado del campus vendían una infusión orgánica de hojas de kudzu machacadas en un recipiente de cartón reciclable y que ella aún tenía que quedarse un rato en el piquete, pero que cuando volviera con las infusiones podía tomarse un descanso.

Nos sentamos bajo la cabeza de Holofernes con las dos cajas de mantillo líquido que había comprado, y el sabor me devolvió a mis primeros días con los Jardineros. Recordé lo infeliz que había sido al principio y cómo Bernice había dado la cara por

mí entonces.

—¿No fuiste a ? —le pregunté—. Después de que...

—Sí —dijo ella—. Bueno, he vuelto.

Me explicó que Veena había reincidido y se había unido a una religión completamente distinta llamada Frutos Conocidos, que afirmaba que ser rico era una señal del favor de Dios porque, «por sus frutos los conoceréis», y frutos significaba cuentas bancarias. Veena había adquirido una franquicia de complementos vitamínicos de HelthWyzer y enseguida se había extendido a cinco *outlets*, y le iba muy bien. Bernice dijo que era perfecta para eso, porque aunque todos hacían cosas como yoga, y decían que eso era espiritual, en realidad sólo eran materialistas retorcidos que comían pescado, rendían culto al cuerpo, con *liftings*, silicona y manipulaciones genéticas, y tenían valores completamente degenerados.

Veena había querido que Bernice estudiara Económicas en la universidad, pero Bernice había permanecido fiel a la fe de los Jardineros, así que discutieron por eso; y era una solución de compromiso porque tenía cursos como Aplicaciones Productivas de Que era el que estaba cursando Bernice.

No podía imaginarme a Bernice sanando nada, porque no podía imaginármela deseando sanar nada. Ponerte tierra en un corte era más su estilo. Aun así, dije que era muy interesante.

Le conté lo que iba a estudiar yo, pero vi que no le importaba. Así que le hablé de mi compañero de habitación Buddy Tercero, y me dijo que toda estaba llena de tipos como ése: exfernales que desperdiciaban su tiempo en sin ninguna idea seria en sus cabezas salvo beber y follar. Ella al principio había tenido un compañero de habitación así, que además había sido un asesino de animales porque llevaba sandalias de cuero. Bueno, eran de cuero falso, pero parecía auténtico. Así que se las quemó. Y gracias a Dios que no tenía que compartir cuarto de baño con él más, porque lo oía haciendo cosas sexuales con chicas prácticamente todas las noches, como si fuera algún tipo de híbrido degenerado de bonobo y conejo.

—Jimmy —dijo—. ¡Qué aliento de carne!

Cuando oí el nombre de Jimmy pensé que no podía ser el mismo. Pero luego pensé: sí, sí que puede ser el mismo. Mientras le daba vueltas a todo ello, Bernice dijo que por qué no me trasladaba a la habitación contigua a la suya, porque ahora que Jimmy se había marchado estaba vacía.

Quería arreglarme con ella, pero no tanto. Así que me lancé a lo que tenía que decirle:

—Siento mucho lo de Burt —dije—. Tu papá. Que muriera así. Me sentí muy responsable.

Ella me miró como si estuviera loca.

—¿De qué estás hablando? —dijo.

—Esa vez que te conté que se estaba tirando a Nuala y tú se lo dijiste a Veena, y ella se puso hecha una furia y llamó a Corpsegur. Bueno, no creo que tuviera sexo con Nuala. Amanda y yo, bueno, más o menos nos lo inventamos porque queríamos ser malas. Me siento fatal por eso y lo lamento mucho. No creo que hiciera nunca nada peor que lo de los sobacos de las niñas.

—Al menos Nuala era adulta —dijo Bernice—. Pero él no paraba con los sobacos. Con las niñas. Era un degenerado, como decía mi madre. El me decía que yo era su niña favorita, pero ni siquiera eso era verdad. Se lo conté a Veena. Por eso lo delató. O sea que ya puedes dejar de darte tono. —Me dedicó otra vez esa vieja mirada, aunque esta vez con ojos rojos y llorosos—. Tienes suerte de que nunca te tocara a ti.

—Oh —dije—. Bernice, lo siento mucho.

—No quiero volver a hablar de esto más —dijo Bernice—. Prefiero usar mi tiempo de maneras más productivas.

Me preguntó si quería ir a pintar carteles de protesta contra Happicuppa con ella, y le dije que ya me había saltado una clase ese día, pero que tal vez en otra ocasión. Bernice me dedicó esa mirada de ojos entrecerrados que decía que sabía que estaba escurriendo el bulto. Entonces le pregunté qué aspecto tenía su antiguo compañero de habitación Jimmy, y ella dijo que no me importaba.

Había vuelto a su modo mandón, y yo sabía que si me quedaba mucho tiempo más con ella volvería a tener nueve años, y ella tendría el mismo poder sobre mí, o peor aún porque, por más cosas horribles que me deparara la vida, la suya siempre sería peor, y ella me inmovilizaría con esa llave de víctima. Le dije que de verdad tenía que irme, y ella dijo:

—Sí, claro.

Y luego me soltó que no había cambiado nada, que seguía siendo la misma pánfila de siempre.

Años después —cuando ya estaba trabajando en el Scales and Tails— vi en la tele que a Bernice la habían matado en una incursión en un piso franco de los Jardineros. Eso fue después de que ¿legalizaran a los Jardineros. El hecho de que la ¿legalizaran no iba a parar a Bernice; era una persona de valor y convicciones. Tenía que admirarla por eso —por las convicciones, y también por el coraje—, porque yo nunca había tenido ni una cosa ni la otra.

Mostraron un primer plano de su rostro, con aspecto más suave y pacífico en la muerte del que nunca le había visto en vida. Quizás ésa era la verdadera Bernice, pensé: amable e inocente. Quizás era así por dentro, y todas las batallas que habíamos tenido y todas sus maneras desagradables eran su forma de pelear por salir de la dura coraza que se había formado en torno a su cuerpo como el élitro de un escarabajo. Y

por más que arremetiera y se debatiera, Bernice estaba atrapada en su coraza. Esa idea me hizo sentir tanta lástima por ella que me eché a llorar.

52

Antes de esa conversación con Bernice en la que ella había hablado de su antiguo compañero de habitación, yo casi había estado esperando ver a Jimmy: en una clase, en el Happicuppa, o sólo caminando por ahí. Sin embargo, ahora sentía que tenía que estar muy cerca. Estaría al doblar la esquina o al otro lado de la ventana; o me despertaría una mañana y lo encontraría a mi lado, sosteniéndome la mano y mirándome como me solía mirar la primera vez que estuvimos juntos. Era como si me persiguiera.

Quizás estaba marcada por Jimmy, pensé. Como un patito que al salir de un huevo lo primero que ve es una comadreja, y por eso la sigue durante el resto de su vida. Que probablemente sea corta. ¿Por qué tenía que ser Jimmy la primera persona de la que se había enamorado? ¿Por qué no podía ser alguien con mejor carácter? O al menos una persona menos veleidosa. Una persona más seria, alguien no tan dado a hacerse el tonto.

Lo peor de todo era que no me podía interesar por nadie más. Había un agujero en mi corazón que sólo Jimmy podía llenar. Sé que es una idea muy manida —por entonces ya había oído bastante de esa música mundana en mi Sea/H/Ear Candy—, pero es la única forma en que puedo explicarlo. Y no es que no fuera consciente de los defectos de Jimmy, porque lo era.

Por supuesto, al final vi a Jimmy. El campus no era enorme, así que tenía que ocurrir antes o después. Lo vi en la distancia, y él me vio, pero no vino corriendo. Se quedó en la distancia. Ni siquiera me saludó, hizo como si no me hubiera visto. Así que si había estado esperando la respuesta a la pregunta que siempre me había planteado —

¿todavía me quiere?— ya la tenía.

Entonces en Danza Calisténica conocí a una chica que había estado un tiempo con Jimmy, Shayluba algo. Dijo que al principio era genial, pero que luego empezó a decirle lo malo que era para ella, que era incapaz de comprometerse por la novia que había tenido en el instituto. Eran demasiado jóvenes y terminó mal, y había sido un vertedero emocional desde entonces, aunque quizás era destructivo por naturaleza porque la cagaba con cada chica que tocaba.

—¿Se llamaba Wakulla Price? —pregunté.

—La verdad es que no —dijo Shayluba—. Eras tú.

Jimmy, qué farsante y mentiroso eres, pensé. Pero luego pensé: ¿y si es verdad? ¿Y si yo había jodido la vida de Jimmy igual que él había jodido la mía?

Traté de olvidarlo todo de él. Pero no pude. Fustigarme por Jimmy se había convertido en un vicio para mí, como morderse las uñas. De vez en cuando lo veía pasar en la distancia, y eso era como fumarte un cigarrillo cuando estás tratando de dejarlo: vuelta a empezar. Aunque yo no había fumado nunca.

Llevaba casi dos años en cuando recibí una noticia terrible. Lucerne me llamó y me dijo que mi padre biológico, Frank, había sido secuestrado por una corporación rival que se lo había llevado al este de Europa. A las corporaciones de allí siempre les había gustado ir de caza furtiva en nuestras corporaciones: sus matones encubiertos eran aún más asesinos que los nuestros, y contaban con una ventaja porque eran mejores con los idiomas y podían simular que eran inmigrantes. Nosotros no podíamos hacerles eso, porque ¿para qué íbamos a emigrar nosotros a allí?

Habían raptado a Frank dentro del complejo —en el lavabo para hombres del edificio de su laboratorio, dijo Lucerne— y lo habían sacado en una furgoneta de reparto de Zizzy Froots; luego se lo habían llevado en avión al otro lado del océano Atlántico todo vendado y disfrazado de paciente que se recuperaba de un *lifting.* Peor todavía, habían enviado un DVD en el que Frank aparecía drogado, confesando que HelthWyzer había estado injertando un virus de acción lenta pero incurable en sus complementos para poder ganar mucho dinero con los tratamientos. Era chantaje puro y simple, dijo Lucerne: cambiarían a Frank por un par de las fórmulas que querían, en concreto las de las enfermedades de acción lenta, y no harían público el DVD incriminatorio. De lo contrario, decían, la cabeza de Frank tendría que despedirse de su cuerpo.

HelthWyzer había hecho un análisis coste-beneficio, dijo Lucerne, y había decidido que los gérmenes de la enfermedad y las fórmulas valían más que Frank. En cuanto a la publicidad adversa, podían sofocarla en la fuente porque los medios de las corporaciones controlaban lo que era noticia y lo que no lo era. E Internet era tal lío de falsedades y verdades inverosímiles que ya nadie creía lo que había allí, o lo creían todo, que venía a ser lo mismo. Así que HelthWyzer no iba a pagar. Dijeron

que lamentaban la tragedia de Lucerne, pero que su política les impedía ceder a las exigencias de un chantaje, porque eso alentaría más secuestros, que ya eran bastante numerosos.

Por consiguiente, Lucerne había perdido su posición de esposa de un científico de alto estatus en HelthWyzer, y con ella la casa, y dadas las desafortunadas circunstancias había decidido irse al complejo CryoJeenyus y convertirse en ama de casa junto a un hombre muy agradable que había conocido en el club de golf y que se llamaba Todd. Y desde luego, esperaba que yo no exagerara mi pena por Frank del mismo modo que exageraba el resto de mis emociones.

CryoJeenyus. Menuda farsa era ese lugar. Pagabas para que te congelaran la cabeza al morir por si acaso alguien inventaba en el futuro una forma de hacerte crecer un cuerpo nuevo bajo tu cuello, aunque los chicos de HelthWyzer bromeaban diciendo que sólo congelaban un cráneo porque ya habían sacado las neuronas para trasplantarlas en cerdos. Hacían un montón de chistes groseros como ése en HelthWyzer High, pero nunca podías estar segura de que fueran chistes.

El resultado era —continuó Lucerne— que escaseaba el dinero. Todd no era vicepresidente, sino sólo jefe de contabilidad, y ya tenía tres hijos que mantener que tendrían prioridad sobre mí, y Lucerne no podía pedirle que pagara por mí además de todo lo que ya estaba pagando. Por lo tanto, tendría que dejar de ser una carga, abandonar y hacerme responsable de mí misma.

Estaba fuera del nido de una sola patada. No es que hubiera tenido nunca un gran nido: siempre había estado al borde de la cornisa con Lucerne.

Esto es la ironía, pensé. Había estudiado la ironía en Danza Teatral. Lucerne había contado una trola difamatoria diciendo que la habían secuestrado, y ahora al pobre Frank, mi padre biológico, lo habían secuestrado de verdad, y probablemente también lo habían asesinado. Estaba claro que Lucerne no se sentía muy apenada. En cuanto a mí, no sabía qué sentir.

Antes de los exámenes trimestrales de primavera, varias corporaciones instalaron cabinas de entrevistas en el vestíbulo principal. No las corporaciones serias —las de ciencias no se molestaban en reclutar en , querían gente de números—, sino las más frívolas. Yo no reunía los requisitos para esas entrevistas, porque no iba a licenciarme ese año, pero decidí intentarlo de todos modos. No conseguiría ninguno de los puestos que se ofertaban, pero quizá me contrataran de barrendera. Había barrido el suelo con los Jardineros, aunque naturalmente no podía decirlo porque me habrían etiquetado de friqui verde fanática.

Mi profesora de Danza Calisténica decía que debería hablar con el Scales and Tails. Yo era una buena bailarina y el Scales ya formaba parte de SeksMart, que era una corporación legítima con beneficios sanitarios y un plan dental, así que no era

como ser una prostituta. Un montón de chicas iban, y algunas conocían así a hombres buenos y después la vida les iba muy bien. De modo que pensé que valía la pena intentarlo. No era probable que consiguiera nada mejor sin una licenciatura. Incluso una licenciatura en era mucho mejor que nada. Y no quería acabar vendiendo carne en algún sitio como SecretBurgers.

Ese día conseguí cinco entrevistas. Notaba un hormigueo en el estómago, pero me aguanté y sonreí, y conseguí convencerlos, aunque no estaba en la lista de licenciados. Podía haber hecho seis —CryoJeenyus buscaba una chica que calmara a los parientes a los que les congelaban las cabezas de sus seres queridos y en ocasiones de sus difuntas mascotas—, pero no podía trabajar allí por Lucerne. No quería volver a verla, no sólo por lo que me había hecho sino también por cómo me lo había hecho. Como quien despide a la criada.

Vi los equipos de recursos humanos de Happicuppa, ChickieNobs, Zizzy Froots, Scales and Tails y, finalmente, AnooYoo. Los tres primeros no me querían, pero conseguí una oferta del Scales and Tails. Cada corporación tenía un equipo que hacía las entrevistas, y Mordis formaba parte del equipo del Scales: había algunos peces gordos de SeksMart allí, pero él era el hombre sobre el terreno, así que en realidad dependía de él. Hice una rutina de Danza Calisténica, y Mordis dijo que yo era exactamente lo que estaba buscando, ese talento, y que me garantizaba que si venía al Scales no lo lamentaría.

—Puedes ser quien tú quieras —dijo—. ¡Actúalo!

Así que casi firmé.

La cabina de AnooYoo estaba al lado de la del Scales, y en ese equipo había una mujer que me recordaba mucho a Toby de los Jardineros, aunque tenía la piel más oscura y el cabello diferente, y los ojos eran verdes y su voz más ronca. Me llevó un poco aparte y me preguntó si tenía problemas y yo me encontré explicando que por razones familiares me veía obligada a dejar la facultad. Haría cualquier clase de trabajo, dije; estaba deseando aprender. Cuando ella me preguntó por esas razones familiares, lo vomité todo: que habían secuestrado a mi padre y que mi madre no tenía dinero. Noté que mi voz se ponía temblorosa; no era todo una actuación.

Entonces me preguntó cómo se llamaba mi madre. Se lo conté y ella asintió: me dijo que me llevaría al balneario de AnooYoo como aprendiz, que podría vivir en las instalaciones y que ellos me formarían. Trabajaría con mujeres, no con hombres borrachos y violentos como solían ponerse en el Scales, por más que allí tuvieran cobertura dental; y no tendría que llevar un integral de biofilm y dejar que me tocaran hombres extraños. Sería una atmósfera sanadora, y estaría ayudando a la gente.

Esa mujer se parecía mucho a Toby, y curiosamente, el nombre escrito en su etiqueta era Tobiatha. Fue como una señal para mí, una señal de que estaría a salvo

allí, que sería bien recibida y querida. Así que dije que sí.

Mordis me dio su tarjeta de todos modos, y me insistió en que si cambiaba de idea me aceptaría en el Scales en cualquier momento, sin hacer preguntas.

53

El balneario de AnooYoo se encontraba en medio de Heritage Park. Había oído hablar mucho de él, porque Adán Uno estaba muy en contra: decía que muchos animales y también árboles habían sido sacrificados para construir un pabellón a la vanidad. En ocasiones en el Día de daba un sermón entero al respecto. Pero, a pesar de ello, me sentía feliz allí. Tenían rosas que brillaban en la oscuridad, grandes mariposas rosas durante el día y hermosas polillas de kudzu por la noche, y una piscina, aunque el personal no podía usarla, y fuentes y su propio huerto de verdura ecológica. El aire era más sano allí que en medio de la ciudad, así que no tenías que ponerte tanto los conos nasales. Era como un sueño reconfortante. Me pusieron a trabajar en la lavandería, doblando sábanas y toallas, y eso me gustó porque era pacífico: todo era rosa.

En mi tercer día allí, Tobiatha me salió al paso mientras llevaba una pila de toallas limpias a una de las habitaciones y me dijo que quería hablar conmigo. Pensé que tal vez había hecho algo mal. Caminamos hasta el césped y ella me dijo que hablara en voz baja. Me explicó que se había dado cuenta de que la había reconocido en parte y ella sin duda me había reconocido a mí. Me había contratado porque había sido Jardinera y ahora que habían ¡legalizado a los Jardineros y destruido el Jardín teníamos el deber de cuidar los unos de los otros. Se daba cuenta de que estaba metida en problemas, además de no tener nada de dinero. ¿Qué pasaba?

Rompí a llorar, porque no me había enterado de lo del Jardín. Fue un impacto: tal vez tenía en mente que podía volver allí si las cosas se ponían feas de verdad. Ella me hizo sentar al lado de las fuentes: así el agua que corría ahogaría nuestras voces en caso de que hubiera micrófonos direccionales, dijo, y yo le hablé de HelthWyzer, le expliqué cómo había estado en contacto con los Jardineros a través de Amanda antes

de perder el móvil y que no había vuelto a saber nada más del Jardín. No mencioné que me había enamorado de Jimmy y que me había roto el corazón, pero sí le hablé de y de que Lucerne se había desprendido de mí de ese modo tan abrupto después de que secuestraran a mi padre.

Le dije que no tenía un norte en la vida, que me sentía entumecida por dentro, como una huérfana. Ella sabía que todo eso tenía que resultar inquietante, porque también había pasado una temporada difícil cuando tenía mi edad, y le había ocurrido algo parecido respecto a su padre.

Esta nueva versión de Toby no se parecía en nada al incordio que había sido como Eva Seis. Era más serena. O quizá yo era más mayor.

Toby miró a su alrededor y bajó la voz. Me contó que había tenido que irse del Jardín del Edén en el Tejado apresuradamente y que se había hecho algunas alteraciones porque corría riesgo allí, así que tenía que tener mucho cuidado de no decirle a nadie quién era. Se había arriesgado conmigo y esperaba que pudiera confiar en mí, y yo le dije que podía hacerlo. Entonces me advirtió que Lucerne venía al balneario en ocasiones, y que tenía que saberlo y estar atenta para mantenerme alejada de su vista.

Por fin dijo que si ocurría algo —alguna crisis— y ella no estaba, tenía que saber que había reunido un jardín estilo Ararat de comida no perecedera en el almacén de AnooYoo; me dijo el código de la puerta por si alguna vez necesitaba entrar, aunque esperaba que nunca fuera necesario.

Le di las gracias, y luego le pregunté si sabía dónde estaba Amanda. Quería volver a verla, dije. Era mi única amiga verdadera. Toby dijo que a lo mejor podría encontrarla.

Después de eso no hablamos con mucha frecuencia —Toby decía que sería sospechoso aunque no sabía quién podía estar vigilando—, pero intercambiábamos algunas palabras y señas. Sentía que me estaba protegiendo como con algún tipo de campo de fuerza alienígena. Aunque, por supuesto, eso me lo estaba inventando.

Un día, cuando llevaba casi un año allí, Toby dijo que había localizado a Amanda a través de conocidos mutuos en Internet. Lo que me contó fue sorprendente, aunque no tanto cuando pensé en ello. Amanda se había convertido en una bioartista: hacía arte con animales o partes de animales que disponía en el exterior a escala gigante. Vivía cerca de la entrada oeste de Heritage Park y, si quería verla, Toby podía conseguirme un pase y que me llevaran allí en uno de los monovolúmenes rosas de AnooYoo.

Eché mis brazos al cuello de Toby y la abracé, pero ella me señaló que tuviera cuidado con eso: las chicas de la lavandería no abrazaban a una directora. Luego me dijo que no debería implicarme mucho con Amanda: Amanda tenía tendencia a ir

demasiado lejos, porque no conocía los límites de su propia fuerza. Quería preguntarle qué quería decir, pero ya se estaba yendo.

El día de la visita, Toby me dijo que Amanda estaría avisada de mi llegada: pero las dos teníamos que esperar hasta que cerráramos la puerta antes de abrazarla o gritar o hacer cualquier tipo de manifestación. Me dio una canasta con productos de AnooYoo para entregar, como excusa en caso de que alguien parara el monovolumen y preguntara adónde iba. El conductor me esperaría: sólo dispondría de una hora, porque sería extraño que una chica de AnooYoo pasara demasiado tiempo en el mundo exfernal.

Dije que tal vez debería disfrazarme, y ella dijo que no, porque los guardas harían preguntas. Así que me puse mi mono rosa de AnooYoo encima del blusón de trabajo y los pantalones de algodón y salí con mi canasta, como caperucita rosa.

El monovolumen de AnooYoo me dejó delante del deteriorado edificio de Amanda como estaba planeado. Recordaba lo que me había dicho Toby. Esperé hasta que estuve dentro de la puerta, donde me estaba esperando Amanda, y las dos dijimos: «No puedo creerlo», y nos abrazamos. Pero no mucho tiempo, Amanda nunca había sido de abrazar.

Era más alta que la última vez que la había visto en carne y hueso. Estaba bronceada —pese a los protectores solares y los sombreros— de tanto trabajar al aire libre, dijo. Fuimos a la cocina, que tenía un montón de dibujos suyos colgados de las paredes y algunos huesos aquí y allá; y nos tomamos una cerveza cada una. Nunca me había gustado mucho tomar alcohol, pero la ocasión era especial.

Empezamos a hablar de los Jardineros: Adán Uno y Nuala y Mugi *el Músculo* y Philo *el Niebla* y Katuro y Rebecca. Y Zeb. Y Toby, aunque no dije que ahora era Tobiatha y que dirigía el balneario de AnooYoo. Amanda me contó por qué Toby había tenido que abandonar el Jardín. Era porque Blanco de iba tras ella. En la calle, Blanco tenía la reputación de cargarse a cualquiera que le molestara, en especial a mujeres.

—¿Por qué ella? —dije.

Amanda dijo que había oído que era por un antiguo rollo sexual: me desconcertó, porque los rollos sexuales y Toby nunca habían encajado, lo cual era el principal motivo de que los chicos la llamáramos Y comenté que quizá Toby había sido más húmeda de lo que habíamos pensado, y Amanda rio y dijo que obviamente yo todavía creía en los milagros. Pero ahora sabía por qué Toby se escondía bajo una identidad diferente.

—Recuerdas lo que solíamos decir: toc, toc, quién es. Tú y Bernice y yo —dije.

Se me estaba subiendo la cerveza.

—Peli —dijo Amanda—. ¿Qué peli?

—Peligroso —dije, y las dos rompimos a reír, y parte de la cerveza me salió por la nariz.

Entonces le conté que me había encontrado con Bernice y que estaba más cabreada que nunca. Nos reímos también de eso. Pero no mencionamos al difunto Burt.

—Y la vez que me conseguiste esa superyerba con Shackie y Croze —dije—, y fuimos todos a la cabina del holocentrifugador y vomité.

Y reímos un poco más.

Me contó que tenía dos compañeras de habitación que eran también artistas; y también que por primera vez en su vida estaba viviendo con un novio. Le pregunté si estaba enamorada de él y dijo:

—Probaré todo una vez.

Le pregunté cómo era y me dijo que era muy dulce, aunque en ocasiones se ponía de mal humor porque todavía tenía que superar una relación con una novia adolescente. Y yo le pregunté cómo se llamaba y me dijo:

—Jimmy, quizá lo conoces de HelthWyzer High, debió de estar allí al mismo tiempo que tú.

Tuve un escalofrío.

—Es el de la nevera —dijo—, en la segunda fila a la derecha.

Era Jimmy, sin duda, con el brazo en torno a Amanda, sonriendo como una rana electrocutada. Me sentí como si Amanda me hubiera clavado una estaca en el corazón. Pero no tenía sentido estropearle las cosas a Amanda diciéndoselo. Ella no lo había hecho a propósito.

—Es muy guapo —dije—, y ahora he de irme porque me espera el chófer.

Amanda me preguntó si me pasaba algo y le dije que no. Me dio su número de móvil y dijo que la próxima vez que fuera a visitarla se aseguraría de que estuviera Jimmy y haría espaguetis.

Sería bonito creer que el amor se distribuye de manera equitativa para que nadie se quede sin. Pero no era así como iba a ser para mí.

Volví al balneario de AnooYoo sintiéndome completamente tirada y vacía. Justo cuando llegué, cuando estaba repartiendo las toallas por las habitaciones, casi me topé con Lucerne. Ya era hora de que volvieran a hacerle un *lifting:* Toby me había advertido en todas sus visitas para que pudiera actuar con discreción y eludirla, pero se me había ido de la cabeza con lo de Amanda y Jimmy.

Le sonreí de la manera neutral que nos habían enseñado. Creo que me reconoció, pero me sacudió como si fuera una pelusa. Aunque nunca había deseado verla ni

hablar con ella, tuve una sensación muy mala al saber que ella tampoco quería verme ni hablar conmigo. Era como ser borrada de la pizarra del universo: que tu propia madre actuara como si nunca hubieras nacido.

En ese momento comprendí que no me podía quedar en AnooYoo. Necesitaba vivir sola, lejos de Amanda, lejos de Jimmy, lejos de Lucerne, incluso lejos de Toby. Quería ser alguien completamente diferente, no quería deberle nada a nadie, ni que nadie me debiera nada. No quería cadenas, ni pasado, ni preguntas. Estaba harta de hacer preguntas.

Encontré la tarjeta que me había dado Mordis y le dejé una nota a Toby dándole las gracias por todo, y diciendo que por razones personales ya no podía continuar trabajando en el balneario. Todavía tenía el pase de un día que había usado para ir a ver a Amanda, así que me fui entonces. Todo estaba arruinado y destruido, ya no había ningún sitio seguro para mí; y si tenía que estar en un lugar inseguro lo mismo podía ser un sitio donde me apreciaran.

Cuando llegué al Scales tuve que convencer a los gorilas, porque no creían que de verdad estuviera buscando trabajo allí. Al final logré que llamaran a Mordis, y él dijo ah, sí. Me recordaba: era la pequeña bailarina. Brenda, ¿no? Dije que sí, pero que podía llamarme Ren, ya me sentía a gusto con él. Me preguntó si iba en serio con el trabajo y le dije que sí, y él me explicó que había un compromiso mínimo porque no querían malgastar la formación y que si me importaría firmar un contrato.

Dije que a lo mejor era demasiado triste para el trabajo: ¿no querían una personalidad más animada en las chicas? Pero Mordis sonrió con sus ojos brillantes de hormiga negra y dijo como si me estuviera dando una palmadita:

—Ren, Ren, todo el mundo está demasiado triste para todo.

54

Así que fui a trabajar al Scales al fin y al cabo. En algunos sentidos fue un alivio. Me gustaba tener a Mordis de jefe, porque al menos estaba claro lo que le complacía. Me hacía sentir segura, quizá porque era lo más parecido a un padre que iba a tener: Zeb se había desvanecido y mi padre real no me había encontrado demasiado interesante, y además estaba muerto.

Mordis decía que yo era realmente algo especial: la respuesta a todos los sueños, incluso los húmedos. Era alentador hacer algo en lo que era buena. No me gustaban tanto las otras partes del trabajo, pero me gustaba bailar en el trapecio porque entonces nadie podía tocarte. Estabas en el aire, como una mariposa. Me imaginaba a Jimmy mirándome, y pensando que era yo a la que había amado siempre, no a Wakulla Price ni a LyndaLee ni a ninguna de las otras, ni siquiera a Amanda, y que yo estaba bailando sólo para él.

Sabía lo inútil que era todo aquello.

Después de ir al Scales, sólo mantuve contacto con Amanda por teléfono. Ella pasaba mucho tiempo fuera, con sus proyectos de arte; además no quería verla en persona. Me sentiría incómoda por Jimmy, y ella captaría esa sensación y me preguntaría, y yo tendría que mentir o contárselo; y si se lo contaba se enfadaría, o tal vez sólo sentiría curiosidad; o pensaría que era estúpida. Amanda tenía su lado duro.

Los celos son una emoción muy destructiva, decía Adán Uno. Forma parte de la terca herencia del australopiteco con la que nos hemos quedado. Te devora y acaba con tu vida espiritual, pero también te conduce al odio y causa daño a otras personas. Claro que Amanda era la última persona a la que quería hacer daño.

Traté de visualizar mis celos como una nube marrón amarillenta hirviendo en mi interior, una nube que luego me salía por la nariz en forma de humo y se convertía en una piedra que caía al suelo. Eso funcionó un poco. Pero en mi visualización, una planta cubierta con bayas de veneno crecería de la piedra, tanto si lo quería como si no.

Entonces Amanda rompió con Jimmy. Me lo hizo saber de un modo indirecto. Ya me había hablado de su proyecto exterior de instalaciones de paisajes artísticos, una serie titulada El Mundo Vivo: estaba escribiendo palabras con letras gigantes usando bioformas para hacer que las palabras aparecieran y desaparecieran, igual que las palabras que hacía con jarabe cuando éramos niñas. Ahora dijo:

—Voy por las palabras de cuatro letras.

Y yo dije:

—Te refieres a palabras guarras como caca.

Y ella se rio y dijo:

—Peores que ésas.

Y yo dije:

—Palabra como co... y pu...

Y ella dijo:

—No, como amor.

Y yo dije:

—Ah, así que lo de Jimmy no funcionó.

Y ella dijo.

—Jimmy no puede ser serio.

Supuse que la habría engañado, o algo así.

—Lo siento —dije—. ¿Estás muy cabreada con él?

Traté de que mi voz no dejara traslucir felicidad. Ahora puedo perdonarla, pensé. Aunque en realidad no había nada que perdonarle, porque ella no me había hecho ningún daño a propósito.

—¿Cabreada? —dijo—. No te puedes cabrear con Jimmy.

Me pregunté qué quería decir con eso, porque yo sin duda estaba cabreada con Jimmy. Aunque todavía lo quería.

Quizás el amor era eso, pensé, estar cabreado.

Al cabo de un tiempo, Glenn empezó a ir al Scales: no todas las noches, pero sí las suficientes para conseguir descuentos. No lo había visto desde HelthWyzer: había estado con los cerebritos, estudiando ciencia en el Watson-Crick Institute, pero ahora era un pez gordo de Rejoov Corp. No se cortaba de fanfarronear, aunque en el caso de

Glenn era más una exposición de hechos, como quien dice «Va a llover». De lo que me enteré por lo que escuché de sus conversaciones con el capitoste y sus mecenas era de que estaba a cargo de una iniciativa francamente importante llamada Proyecto Paraíso. Habían construido una cúpula especial para ese proyecto, con su propio suministro de aire y seguridad cuádruple. Glenn había reunido un grupo de los mejores cerebros disponibles, y estaban trabajando día y noche.

Glenn era vago respecto a lo que estaban trabajando. «Inmortalidad» era una de las palabras que usaba: Rejoov había estado interesado en ella durante décadas, algo sobre cambiarte las células para que no murieran nunca; la gente pagaría mucho por la inmortalidad. Cada dos meses afirmaba que habían hecho un gran avance, y cuantos más avances hacía, más dinero conseguía para el Proyecto Paraíso.

En ocasiones decía que estaba trabajando en soluciones al mayor problema de todos, que eran los seres humanos: su crueldad y sufrimiento, sus guerras y pobreza, su temor a la muerte.

—¿Cuánto pagarías por el diseño de un ser humano perfecto? —diría.

Entonces había insinuado que el Proyecto Paraíso estaba diseñándolo y que invertirían más dinero en él.

Para los finales de estas reuniones, alquilaba la habitación con el techo de plumas y pedía bebidas, drogas y *scalies*, no para él mismo sino para los tipos que lo acompañaban. En ocasiones, incluso trataba con los capitostes de Corpsegur. Esos tipos eran siniestros. Yo nunca tenía relaciones con los *painballers*, pero sí con los de Corpsegur, y eran los clientes que menos me gustaban. Era como si tuvieran mecanismos detrás de los ojos.

De vez en cuando, Glenn contrataba a dos o tres *scalies* durante toda la noche, no para sexo sino para cosas muy extrañas. Una vez quiso que maulláramos como gatos para poder medir nuestras cuerdas vocales. En otra ocasión nos pidió que cantáramos como pájaros para grabarnos. Starlite se quejó a Mordis de que no le pagaban para eso, pero Mordis sólo dijo:

—Bueno, es un chiflado. Ya has visto otros antes. Pero es un chiflado rico, y es inofensivo, así que complácelo.

Yo formaba parte del trío de chicas la noche que nos sometió a una especie de cuestionario. ¿Qué nos haría feliz?, quería saber. ¿La felicidad era más parecida a la excitación o a la contención? ¿La felicidad era interior o exterior? ¿Con árboles o sin ellos? ¿Había agua corriente cerca? ¿Un exceso de felicidad aburría? Starlite y Crimson Petal trataban de adivinar lo que quería oír para poder decirle las mentiras adecuadas.

—No —dije. Sabía cómo era Glenn—. Es un *geek*. Quiere que digamos lo que de verdad sentimos.

Eso las confundió mucho.

Eso sí, nunca nos preguntaba por la tristeza. Quizá pensaba que ya sabía suficiente de eso.

Un buen día empezó a traer a una mujer: físicamente parecía una Asian Fusion y tenía acento extranjero. Glenn dijo que la mujer quería conocer el Scales porque Rejoov nos había elegido como uno de los principales lugares experimentales, y ella nos presentaría un nuevo producto: la píldora BlyssPluss, que resolvería todos los problemas relacionados con el sexo. Nos habían concedido el privilegio de darlo a conocer a nuestros clientes. La mujer tenía un título ejecutivo de Rejoov —vicepresidenta de Incremento de Satisfacción—, aunque su verdadero trabajo era ser la primera de Glenn.

Me di cuenta de que había sido una de las nuestras: una chica de alquiler, de un tipo o de otro. Resultaba obvio cuando conocías las señales. Estaba actuando siempre, sin delatar nada de sí misma. Yo los observaba en la pantalla: tenía curiosidad porque Glenn era un tipo seco, aunque, claro, podía tener sexo, como cualquier ser humano. Esa chica tenía más movimientos que un pulpo, y su trabajo primario era asombroso. Glenn actuaba como si ella fuera la primera, la última y la única chica del planeta. Mordis también solía observarlos, y decía que el Scales pagaría mucho dinero por esa chica. Yo le dije que no podía costeársela: ella estaba muy por encima de su escala salarial.

Los dos tenían nombres de mascota. Ella lo llamaba Crake, y él la llamaba Oryx. A las otras chicas les resultaba extraño que los dos fueran tan acaramelados, porque no coincidía con el carácter de Glenn. A mí, en cambio, me parecía algo bonito.

—¿Es ruso o qué? —me preguntó Crimson Petal—. ¿Oryx y Crake?

—Supongo —dije.

Eran nombres de animales extinguidos —los Jardineros teníamos que memorizar infinidad de nombres—, pero si lo decía las chicas se preguntarían cómo era que lo sabía.

La primera vez que Glenn vino al Scales lo reconocí de inmediato, pero por supuesto él no me reconoció, con mi integral de biofilm y con lentejuelas en toda la cara, y yo no le dije nada. Mordis nos decía que no forjáramos vínculos personales con los clientes, porque si querían una relación podían conseguirla en cualquier otro sitio. Decía que a los clientes del Scales no les importaba nuestra vida, sólo querían epidermis y fantasía. Querían que los llevaran a la tierra de Nunca Jamás, donde disfrutarían de experiencias pecaminosas que nunca jamás podrían tener en casa. Damas libélula envolviéndolos, mujeres serpientes deslizándose por encima de ellos. Así que era mejor que nos guardásemos nuestra charla emocional privada para gente que de verdad se preocupara por nosotras, como las otras *scalies.*

Una noche Glenn preparó una velada de tratamiento extraespecial, para un invitado extraespecial, dijo. Reservó la sala de plumas con la colcha verde, los martinis más potentes del Scales and Tails —*kicktails* los llamaban— y dos *scalies*, Crimson Petal y yo. Mordis nos eligió a nosotras porque Glenn dijo que este invitado extraespecial prefería las chicas más delgadas.

—¿Quiere un rollo colegiala vestida de marinerita? —pregunté; en ocasiones esto era lo que significaba chicas delgadas—. ¿He de llevar mi cuerda de saltar a la comba?

Si era así tendría que cambiarme, porque justo entonces estaba llena de lentejuelas.

—Este tipo está tan colgado que ya no sabe lo que quiere —dijo Mordis—. Sólo dale tu recital de conejita. Queremos ver propinas de las gordas. Haz que le salgan los ceros por las orejas.

Cuando llegamos a la habitación, el tipo estaba tumbado sobre la colcha verde de satén como si la hubieran arrojado desde un avión, pero contento con ello, porque tenía una sonrisa de cuerpo entero.

Era Jimmy. Dulce, hecho polvo Jimmy. Jimmy, que había arruinado la vida.

Mi corazón dio un vuelco. Oh, mierda, pensé. No estoy preparada para esto. Voy a perder los nervios y me echaré a llorar. Sabía que no me reconocería: iba cubierta de lentejuelas, y él estaba tan colgado que era casi ciego. Así que me deslicé a la actuación habitual y empecé con los botones y el velcro. Las *scalies* lo llamábamos «pelar la gamba».

—¡Qué abdominales! —susurré—. Cariño, túmbate.

¿Odiaba hacerlo o me gustaba? ¿Por qué tenía que ser una cosa o la otra? Como Vilya siempre decía de sus tetas: «Llévate dos, están baratas.»

Jimmy trató de quitarme las escamas de la cara, así que tuve que cogerle las manos y ponérselas en otro sitio.

—¿Eres un pez? —estaba diciendo.

No parecía que lo supiera.

Oh, Jimmy, pensé. ¿Qué queda de ti?

Santa Dian, mártir

Santa Dian, mártir

Año 24

De la persecución
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros fieles: El Jardín del Edén en el Tejado ya sólo florece en nuestro recuerdo. En este plano terrenal ya sólo hay desolación: un lago o un desierto, en función de la lluvia. ¡Cuánto ha cambiado nuestra situación desde nuestros antiguos días de verdura y ensalada! ¡Qué encogidas y menguadas están nuestras filas! Nos han llevado de un refugio a otro, nos acosan y nos persiguen. Algunos antiguos amigos han renunciado a nuestro credo, otros han presentado falso testimonio contra nosotros. Otros han elegido el extremismo y la violencia, y han sido asesinados en el curso de redadas llevadas a cabo contra ellos. Recordamos en este sentido a nuestra antigua y querida hija, Bernice. Pongamos luz a su alrededor.

Algunos han sido mutilados y arrojados en solares vacíos para sembrar el pánico entre nosotros. Aun hay otros que han desaparecido, secuestrados de sus lugares de refugio para desvanecerse en las prisiones de los poderes exfernales, privados de juicio, imposibilitados incluso de conocer los nombres de sus acusadores. Puede que sus mentes ya hayan sido destruidas mediante drogas y tortura, puede que sus cuerpos se hayan fundido en basuróleo. Leyes injustas nos impiden conocer el paradero de estos compañeros Jardineros. Sólo podemos esperar que mueran en fe inquebrantable.

Hoy es el Día de Santa Dian, consagrado a la empatía entre las especies. En esta jornada invocamos a san Jerónimo de Estridón de los Leones, san Robert Burns de

los Ratones y san Christopher Smart de los Gatos; san Farley Mowat de los Lobos y también Ijwan al-Safa y sus *Cartas a los Animales.* Y por encima de todos, a santa Dian Fossey, que dio su vida mientras defendía a los gorilas de la explotación despiadada. Ella trabajó por un Reino Apacible, en el cual se respetara toda vida; sin embargo, las fuerzas malignas se combinaron para destruirla a ella y a sus educados compañeros primates. Su asesinato fue terrible; e igualmente horribles los rumores maliciosos que se divulgaron sobre ella, tanto durante su vida como después de ésta. Porque los poderes exfernales matan en palabra y en obra.

Santa Dian personifica un ideal que hemos de atesorar: amor y cuidado por todas las demás criaturas. Creía que éstas merecían la misma ternura que mostraríamos a nuestros queridos amigos y parientes, y en ello es para nosotros un modelo reverenciado. Santa Dian está enterrada entre sus amigos gorilas, en la montaña que trataba de proteger.

Como muchos mártires, santa Dian no vivió para ver el cumplimiento de sus labores. Al menos se salvó de saber que la especie por la que dio su vida ya no existe. Como muchas otras, ha sido barrida de la faz del planeta de Dios.

¿Qué tiene nuestra propia especie que nos deja tan vulnerables al impulso de la violencia? ¿Por qué somos tan adictos al derramamiento de sangre? Siempre que nos veamos tentados a enorgullecemos y a sentirnos superiores a los otros animales, deberíamos reflexionar sobre nuestra propia historia brutal.

Aliviaos en la idea de que esta historia pronto será barrida por el Diluvio Seco. No quedará nada del mundo exfernal salvo madera en descomposición y trozos de metal oxidado; y por encima de ellos treparán el kudzu y otras enredaderas; y las aves y los animales anidarán en ellos, como se nos cuenta en las Palabras Humanas de Dios: «Serán dejados juntamente a merced de las aves rapaces de los montes y de las bestias de la tierra; pasarán allí el verano las rapaces y toda bestia terrestre allí invernará.» Porque todas las obras de los hombres serán como palabras escritas en el agua.

Cuando nos agachamos juntos en esta bodega oscura, hablando en voz baja detrás de ventanas oscurecidas —preocupados por si hubiera infiltrados o hubiera cerca dispositivos de escucha o ciberinsectos—, cuando los vengativos funcionarios de Corpsegur podrían estar ahora mismo corriendo hacia nosotros, necesitaremos más que nunca de nuestra resolución. Recemos por que el espíritu de santa Dian nos inspire y nos ayude a mantenernos firmes en el momento del juicio. No temáis, dice ese espíritu, ni aunque ocurra lo peor: porque nos cobijamos bajo las alas de un Espíritu mayor.

Una hora antes del amanecer, hemos de salir de este lugar oculto, solos o en grupos de dos o de tres. Guardad silencio entonces, amigos; sed invisibles; fundíos

con vuestras propias sombras. Y con prevaleceremos.

Ahora, no podemos cantar por temor a que nos oigan, pero:

Susurremos.

Hoy alabamos a santa Dian

Hoy alabamos a santa Dian,
su sangre derramó por la vida;
aunque su fe quiso interponer,
mataron a otra especie.

Por las colinas llenas de niebla,
siguió las bandadas de gorilas
y logró que en su amor confiaran
y que tomaran su mano.

Los fuertes y tímidos gigantes
ella agarró con manos valientes;
los protegió con grandes desvelos
para salvarlos del daño.

Amiga y pariente para ellos,
en torno a ella se divertían;
mas llegaron de noche asesinos
y allí mismo la mataron.

¡Eran muchas las manos violentas!
Muy pocos hay como tú, Dian.
Cuando una especie muere en la tierra,
también morimos un poco.

En las colinas llenas la niebla,
que habitaban tímidos gorilas,
sigue vagando tu dulce espíritu,
vigilante para siempre.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

55

Ren

Año 25

Creas tu propio mundo con tu actitud interna, decían los Jardineros. Y yo no quería crear el mundo exterior: el mundo de los muertos y los moribundos. Así que cantaba viejos himnos de los Jardineros, sobre todo los alegres. O bailaba. O escuchaba las canciones en mi Sea/H/Ear Candy, aunque no podía evitar pensar que ya no habría música nueva.

Decid los nombres, nos pedía Adán Uno. Y entonábamos esas listas de animales: diplodocus, pterosauros y brontosaurios; trilobites, nautilus, ictiosaurio, ornitorrinco, mastodonte, dodo, alca gigante, dragón de Komodo. Veía todos los nombres, tan claro como páginas. Adán Uno explicaba que recitar los nombres era una forma de mantener vivos a esos animales. Así que los dije.

Dije también otros nombres. Adán Uno, Nuala, Zeb. Shackie, Croze y Oates. Y Glenn, simplemente no podía imaginar que alguien tan listo estuviera muerto.

Y Jimmy, a pesar de lo que había hecho.

Y Amanda.

Repetí esos nombres una y otra vez, para mantenerlos vivos.

Luego pensé en lo que había susurrado Mordis, al final. Tu nombre, había dicho. Tenía que ser importante.

Conté la comida que me quedaba. Para cuatro semanas, tres semanas, dos. Tachaba el tiempo con mi perfilador de cejas. Si comía menos, duraría más. Pero si Amanda no

venía pronto, me encontraría muerta. No podía imaginarlo.

Glenn solía decir que la razón por la que no puedes realmente imaginarte muerta era porque en cuanto decías «Estaré muerta», usabas la primera persona, así que aún estabas viva en la frase. Y así es como la gente entendía la idea de la inmortalidad del alma, como una consecuencia de la gramática. Y lo mismo ocurría con Dios, porque en cuanto había un tiempo pasado, tenía que haber un pasado antes del pasado, y seguías yendo hacia atrás hasta que llegabas al no lo sé, y eso era Dios. Es lo que no conoces, lo oscuro, lo oculto, la otra cara de lo visible, y todo porque tenemos gramática, y la gramática sería imposible sin el gen FoxP2; de manera que Dios es una mutación cerebral, y ese gen es el mismo que necesitan los pájaros para cantar. Así que la música está incorporada, explicó Glenn: está tejida en nuestro ser. Sería muy duro amputarla, porque es parte esencial de nosotros, como el agua.

Yo dije, ¿en ese caso Dios también está tejido en nuestro ser? Y dijo que quizá sí, pero que eso no nos había hecho ningún bien.

Su explicación de Dios era muy diferente de la explicación de los Jardineros. Decía que «Dios es un espíritu» no tenía sentido, porque no podías medir un espíritu. También decía, «usa tu ordenador de carne» cuando quería decir «usa tu mente». Esa idea me resultaba repulsiva: detestaba la idea de que mi cabeza estuviera llena de carne.

No dejaba de pensar que podía oír a la gente caminando en torno al edificio, pero cuando examinaba las habitaciones no veía a nadie moviéndose. Al menos el módulo solar seguía funcionando.

Conté otra vez la comida. Quedaba para cinco días, como mucho.

56

Primero localicé a Amanda como una sombra en la videopantalla. Se acercó con precaución al Nido de Víboras, pegada a la pared: las luces aún estaban encendidas, así que no iba a tientas en la oscuridad. La música todavía atronaba y una vez que miró alrededor para cerciorarse de que el lugar estaba vacío, pasó detrás del escenario y la apagó.

—¿Ren? —la oí decir.

Luego desapareció de la pantalla. Tras una pausa, el micrófono de la videocámara recogió sus pisadas suaves, luego la vi. Y ella me vio. Yo estaba llorando de alivio, tanto que no podía hablar.

—Hola —dijo—. Hay un tipo muerto justo delante de la puerta. Es asqueroso. Ahora vuelvo.

Se refería a Mordis: no se lo habían llevado. Después me contó que lo metió en una cortina de ducha, lo arrastró por el vestíbulo y lo metió en un ascensor, lo que quedaba de él. Las ratas se habían dado un festín, dijo, no sólo en el Scales sino en cualquier sitio mínimamente urbano. Amanda se había puesto los guantes del integral de biofilm de alguien antes de tocarlo; aunque era valiente, Amanda no corría riesgos estúpidos.

Al cabo de un rato volvió a aparecer en mi pantalla.

—Bueno —dijo—, aquí estoy. Para de llorar, Ren.

—Pensaba que no ibas a llegar nunca —logré decir.

—Eso es lo mismo que pensaba yo —dijo—. Bueno, ¿cómo se abre la puerta?

—No tengo el código —dije.

Le expliqué lo de Mordis, le dije que era el único que conocía los números del Cuarto Pringoso.

—¿Nunca te lo dijo?

—Decía que para qué teníamos que conocer los códigos. Los cambiaba a diario, no quería que se filtraran porque podían entrar locos. Sólo quería protegernos.

Estaba esforzándome para no caer en el pánico: allí estaba Amanda en la puerta, pero ¿y si no podía hacer nada?

—¿Alguna pista? —dijo.

—Dijo algo sobre mi nombre —dije—. Justo antes de que, antes de que ellos lo... Quizás era eso lo que quería decir.

Amanda lo intentó.

—No —dijo ella—. Bueno, pues. Quizás es tu cumpleaños. ¿Mes y día? ¿Año?

La oí marcando números, blasfemando en voz baja. Después de lo que me pareció mucho tiempo, oí el sonido de la cerradura. La puerta se abrió y allí estaba Amanda, justo delante de mí.

—Oh, Amanda —dije.

Amanda estaba bronceada, con la ropa hecha jirones y mugrienta, pero era real. Estiré los brazos, pero ella retrocedió y se alejó.

—Era un código simple de A es igual a uno —dijo ella—. Era tu nombre, al fin y al cabo. Brenda, sólo que al revés. No me toques, podría tener gérmenes. He de ducharme.

Mientras Amanda se duchaba, aguanté la puerta abierta con una silla, porque no quería que se cerrara de golpe y nos dejara encerradas dentro. El aire de fuera del Cuarto Pringoso olía fatal en comparación con el aire filtrado que había estado respirando: carne podrida, y también humo y productos químicos quemados, porque había habido incendios y nadie para apagarlos. Tuve suerte de que no se hubiera prendido fuego en el Scales y se hubiera quemado conmigo dentro.

Después de que Amanda se duchara, yo también lo hice, así estaría tan limpia como ella. Luego nos pusimos vestidos verdes del Scales que Mordis guardaba para sus mejores chicas y nos sentamos a comernos unas Joltbar de la mininevera y unos ChickieNobs al microondas, y nos bebimos unas cervezas que encontramos en el piso de abajo, y nos contamos las historias de por qué aún estábamos vivas.

57

Toby. Santa Karen Silkwood

Año 25

Toby se despierta de repente, con la sangre zumbándole en la cabeza: katush, katush, katush. Sabe al momento que algo ha cambiado en su espacio. Alguien está compartiendo su oxígeno.

Respira, se dice. Muévete como si nadaras. No huelas a miedo.

Levanta la sábana rosa, la separa de su cuerpo húmedo lo más despacio que puede, se incorpora, mira con cuidado a su alrededor. Nada grande, no en este cubículo: no hay sitio. Entonces lo ve. Es sólo una abeja. Una abeja melífera, andando por el alféizar.

Una abeja en la casa significa un visitante, decía Pilar; y si la abeja muere, la visita no será buena. No he de matarla, piensa Toby. La coge con cuidado en una servilleta rosa.

—Envía un mensaje —le dice—. Cuéntales a los del mundo espiritual: «Por favor, enviad ayuda pronto.» Superstición, lo sabe; sin embargo, se siente extrañamente animada. Aunque quizá la abeja es una de las transgénicas que soltaron después de que el virus acabara con las abejas naturales; o quizás incluso una ciberespía que vaga sin que quede nadie para controlarla. En cuyo caso será una mala mensajera.

Se guarda la servilleta en el bolsillo del mono: llevará la abeja al tejado, la soltará allí, la vigilará en su encargo final para los muertos. Sin embargo, al colgarse el rifle al hombro por la correa debió de aplastar el bolsillo, porque cuando desenvuelve la servilleta la abeja no parece viva. Agita la tela por encima de la barandilla, esperando

que la abeja vuele. La abeja se mueve en el aire, pero más como una semilla que como un insecto: la visita no será buena.

Toby camina hasta el lado del tejado que da al huerto. Mira. Sin duda, la mala visita ya se ha producido: los cerdos han vuelto. Se han colado por debajo de la valla y han arrasado con todo. Seguramente no ha sido tanto un frenesí por alimentarse como un acto de venganza deliberada. La tierra está surcada y pisoteada: lo que no se hayan comido lo han destrozado.

Si fuera llorona, habría llorado. Se levanta los prismáticos, examina el prado. Al principio no los ve, pero luego localiza dos cabezas rosa grisáceo. No, tres. No, cinco, levantándose sobre las flores herbosas. Ojos de mirada intensa, uno por cerdo: la están mirando de soslayo. Han estado observándola: es como si quisieran ser testigos de su consternación. Además, están fuera de alcance: si les dispara desperdiciará las balas. No descartaría que lo supieran.

—¡Cerdos asquerosos! —les grita—. ¡Caras de cerdo!

Por supuesto, para ellos no son insultos.

¿Ahora qué? Su abastecimiento de verdura deshidratada es escasa: casi se le han terminado las bayas de goji y la chía, su proteína vegetal se ha acabado. Contaba con el huerto para todo eso. Lo peor de todo, se le han acabado las grasas: ya se ha acabado la última Manteca Corporal de Aguacate y Trigo. Hay grasas en las Joltbar —aún le quedan algunas—, pero no le durarán mucho. Sin lípidos tu organismo se come la grasa corporal y luego los músculos, y el cerebro es pura grasa y el corazón es un músculo. Te conviertes en un bucle de retroalimentación y luego te desmayas.

Tendrá que recurrir a la recolección. Salir al prado, al bosque: encontrar proteínas y lípidos. Ahora el verraco estará pútrido, no puede comerse eso. Podría dispararle a un conejo verde, quizá; pero no, es un compañero mamífero y ella no está dispuesta a esa clase de carnicería. Larvas y huevos de hormiga, o larvas de cualquier clase, para empezar.

¿Era eso lo que los cerdos quieren que haga? Que salga de sus murallas defensivas, a campo abierto, para que puedan saltar sobre ella, derribarla y destriparla. Un picnic al estilo de los cerdos. Tenía una idea aproximada de lo que podría parecer. Los Jardineros no eran remilgados respecto a describir los hábitos de las diversas criaturas de Dios: estremecerse por eso sería hipócrita. A Zeb le gustaba decir que nadie viene a este mundo con un cuchillo, un tenedor y una sartén. Ni un mantel. Y si comemos cerdos, ¿por qué no van a poder comernos ellos a nosotros? Si nos encuentran tirados.

No tenía sentido tratar de reparar el huerto. Los cerdos simplemente esperarían hasta que hubiera algo que valiera la pena destrozar, y entonces lo destrozarían. Quizá debería construir un huerto en el tejado, como los viejos huertos de los

Jardineros: de este modo nunca tendría que salir del edificio principal. Pero tendría que subir cubos de tierra por todas aquellas escaleras. Luego estaba el problema del riego en las temporadas secas y del drenaje en las temporadas húmedas: sin los elaborados sistemas de los Jardineros, la tarea sería imposible.

Los cerdos están vigilándola por encima de las margaritas. Tienen un aire festivo. ¿Están gruñendo a modo de escarnio? Ciertamente había gruñidos, y algunos chillidos juveniles, como los que se escuchaban cuando cerraban los bares de *topless* de

—¡Capullos! —les grita.

Gritar la hace sentirse mejor. Al menos está hablando con alguien que no es ella misma.

58

Ren

Año 25

Lo peor, dijo Amanda, eran las tormentas de arena; un par de veces pensó que iba a morir, porque los relámpagos cayeron muy cerca. Pero entonces birló una esterilla de goma de la ferretería de un centro comercial para agazaparse en ella, y después de eso se sintió más segura.

Había evitado a la gente lo más posible. Abandonó el coche solar al norte de Nueva York, porque las autopistas estaban bloqueadas con trozos de metal. Se habían producido algunos choques espectaculares: los conductores habían empezado a disolverse dentro de sus automóviles.

—Loción de manos de sangre —dijo Amanda.

Había alrededor de un millón de buitres. A alguna gente le habría entrado el pánico con ellos, pero no a Amanda. Había trabajado con buitres en sus obras artísticas.

—Esa autopista era la mayor escultura de buitres que se podía imaginar —dijo.

Lamentó no tener una cámara.

Después de abandonar el coche solar había caminado durante un rato y luego había birlado otro vehículo solar; una moto esta vez, porque era más fácil pasar entre la maraña metálica. Cuando tenía duda se mantenía en las periferias urbanas, o si no en los bosques. Un par de veces le había ido de un pelo, porque a otras personas se les había ocurrido lo mismo: casi había tropezado con un par de cadáveres. Suerte que no los había llegado a tocar.

Había visto gente viva. Un par de personas también la habían visto a ella, pero

para entonces todo el mundo sabía que ese virus era ultracontagioso, así que se mantuvieron alejados de ella. Algunos estaban en las fases finales, vagando como zombis; o ya habían caído, doblados sobre sí mismos como trapos.

Durmió encima de garajes siempre que pudo, o dentro de edificios abandonados, pero nunca en el piso principal. De lo contrario, en árboles: los que tenían horquetas robustas. Era incómodo pero te acostumbrabas, y era mejor estar sobre el nivel del suelo, porque había algunos animales extraños. Cerdos enormes, esos híbridos de leones y corderos, perros salvajes al acecho: una jauría casi la había arrinconado. En cualquier caso estaba más a salvo de los zombis en los árboles: no te gustaría que un coágulo con piernas cayera sobre ti en la oscuridad.

Lo que estaba contando era espantoso, pero reímos mucho esa noche. Supongo que deberíamos haber estado llorando y lamentándonos, pero yo ya había hecho eso, y además ¿de qué servía? Adán Uno decía que siempre teníamos que ver el lado positivo, y el lado positivo era que todavía estábamos vivas.

No hablamos de nadie que conociéramos.

No quería dormir en el Cuarto Pringoso, porque ya había pasado suficiente tiempo allí dentro, y tampoco podíamos usar mi vieja habitación porque el cadáver de Starlite aún estaba allí. Al final elegimos una de las habitaciones de clientes, la que tenía la cama gigante y la colcha de satén verde y el techo de plumas. Esa habitación parecía elegante si no pensabas demasiado en para qué se había usado.

La última vez que había visto a Jimmy había sido en esa habitación. Por suerte, Amanda era como una goma: borró ese recuerdo anterior. Me hizo sentir más segura.

Dormimos dentro a la mañana siguiente. Cuando nos levantamos nos pusimos nuestros delantales verdes y fuimos a la cocina del Scales, donde preparaban los *snacks*. Metimos en el microondas un poco de pan de soja que sacamos del congelador principal y tomamos eso para desayunar, con un Happicuppa instantáneo.

—¿No pensaste que tenía que estar muerta? —pregunté a Amanda—. ¿Y que tal vez no deberías molestarte en venir hasta aquí?

—Sabía que no estabas muerta —dijo Amanda—. Tienes una sensación cuando alguien está muerto. Alguien a quien conoces realmente bien. ¿No te parece?

No estaba segura de eso, así que sólo dije: «Gracias de todos modos.» Siempre que le dabas las gracias por algo, Amanda simulaba no oírte; o si no decía, ya me lo pagarás. Eso es lo que dijo esta vez. Quería que todo fuera un intercambio comercial, porque dar algo a cambio de nada era demasiado blando.

—¿Qué tendríamos que hacer ahora? —dije.

—Quedarnos aquí —dijo Amanda—. Hasta que se acabe la comida. O hasta que el solar se rompa y la comida de los congeladores se empiece a pudrir. Eso sería chungo.

—Luego ¿qué? —dije.
—Luego iremos a otro sitio.
—¿Como cuál?
—Ahora no tenemos que preocuparnos por eso —dijo Amanda.

El tiempo se extendía. Dormíamos todo lo que nos apetecía, luego nos levantábamos, nos duchábamos —todavía teníamos agua por el solar— y comíamos algo del congelador. Después hablábamos de cosas que habíamos hecho con los Jardineros, cosas viejas. Dormíamos más cuando hacía demasiado calor. Después íbamos al Cuarto Pringoso, encendíamos el aire acondicionado y veíamos películas viejas en DVD. No teníamos ganas de salir del edificio.

Por las tardes nos tomábamos unas copas —aún quedaban algunas botellas sin romper detrás de la barra— y hacíamos una incursión en la cara comida enlatada que Mordis guardaba para los clientes de dinero y también para sus mejores chicas. *Snacks* de Lealtad los llamaba; te los servía cuando dabas un paso más, aunque nunca sabías con antelación qué paso sería ése. Así fue como probé por primera vez el caviar. Era como burbujas saladas.

Aunque ya no quedaba más caviar en el Scales para Amanda y para mí.

59

Toby. San Anil Agarwal

Año 25

Aquí viene la hambruna, piensa Toby. San Euell, reza por mí y por todos aquellos que mueren de hambre en medio de la abundancia. Ayúdame a encontrar esa abundancia. Envíame proteína animal pronto.

En el prado, el verraco muerto está entrando en la otra vida. Se elevan gases del cadáver, se escurren los fluidos. Los buitres han estado con él; los cuervos sobrevuelan el perímetro como los alfeñiques en una pelea callejera, agarrando lo que pueden. Pase lo que pase ahí, los gusanos no han quedado al margen.

En caso de extrema necesidad, decía Adán Uno, empezad por la parte inferior de la cadena. Los que carecen de sistema nervioso central sin duda sufren menos.

Toby recoge los elementos necesarios: su mono rosa, el sombrero de jipijapa, las gafas de sol, la botella de agua, un par de guantes quirúrgicos. Los prismáticos, el rifle. El palo de la fregona, para equilibrarse. Encuentra una fiambrera y hace unos agujeros en la tapa, añade una cuchara y mete todo en una bolsa de regalo con el logo del ojo guiñado del balneario AnooYoo. Una mochila iría mejor, le dejaría las manos libres. Había mochilas por allí —las señoras se las llevaban en los paseos, con sándwiches para el picnic—, pero no consigue recordar dónde las puso.

Todavía queda un poco de All-Natural SolarNix de AnooYoo en reserva. Está caducado y huele rancio, pero se lo extiende por la cara de todos modos, luego se rocía los tobillos y las muñecas con SuperD por si acaso hay mosquitos. Echa un buen trago de agua y visita el biodoro violeta: si cunde el pánico, al menos no se orinará. No hay nada peor que salir corriendo con un mono mojado. Se cuelga los

prismáticos del cuello, luego sube al tejado para hacer una comprobación de última hora. No hay orejas en el prado, ni hocicos. No hay colas de pelo dorado.

—Deja de entretenerte —se dice.

Ha de salir ya para que le dé tiempo a volver antes de la tormenta de la tarde. Es estúpido que te alcance un rayo. Cualquier muerte es estúpida desde el punto de vista de quien la sufre, decía Adán Uno, porque no importa lo mucho que te hayan advertido, la muerte siempre llega sin avisar. ¿Por qué ahora? es el lamento. ¿Por qué tan pronto? Es el grito de un niño al que llaman para que vuelva a casa al anochecer, es la protesta universal contra el tiempo. Sólo recordad, queridos amigos: para qué vivo y para qué muero son la misma pregunta.

Una pregunta —se dice Toby a sí misma con mucha firmeza— que yo no voy a responderme justo ahora.

Se pone los guantes quirúrgicos, se cuelga del hombro la bolsa de AnooYoo y sale. Primero va al jardín en ruinas, donde rescata una cebolla y dos rábanos, y echa una capa de tierra húmeda en la fiambrera. Luego cruza el aparcamiento y pasa junto a las silenciosas fuentes.

Hacía mucho tiempo que no se alejaba tanto del edificio del balneario. Ahora está en el prado: es un espacio amplio. La luz aturde, aunque lleva el sombrero ancho y las gafas de sol.

No temas, se dice a sí misma. Así es como se sentirán los ratones cuando se aventuran por un piso, pero tú no eres un ratón. Las hierbas se le enganchan del mono y se le enredan en los pies, como si quisieran retenerla. En algunas de ellas hay pequeñas espinas, minúsculas garras y trampas. Es como atravesar un tapiz gigante tejido con alambre de espino.

¿Qué es esto? Un zapato.

No ha de pensar en zapatos. No ha de pensar en el bolso en descomposición que ha atisbado cerca. Con estilo. Polipiel roja. Un harapo del pasado que la tierra todavía no ha absorbido. No quiere pisar ninguno de estos restos, pero es difícil ver a través de esa enmarañada red de hierbas que te atrapan.

Avanza. Nota un cosquilleo en las piernas, así se comporta la carne cuando sabe que está a punto de ser tocada. ¿De verdad cree que una mano surgirá de entre los tréboles y los cardos y la agarrará por el tobillo?

—No —dice en voz alta.

Se detiene para calmarse, y para hacer un reconocimiento. El ala ancha del sombrero le impide ver: mueve todo el cuerpo como la cabeza de un búho: a la izquierda, a la derecha, atrás, adelante otra vez. La envuelve un aroma dulce: el trébol está en flor, la zanahoria, la lavanda, la mejorana y la melisa, todo silvestre. El campo zumba de polinizadores: abejorros, avispas brillantes, escarabajos iridiscentes. El

sonido adormece. Quédate aquí. Échate a dormir.

La fuerza plena de la naturaleza es más de lo que podemos soportar, decía Adán Uno. Es un alucinógeno potente, un soporífero para el alma no preparada. Ya no estamos a gusto en ella. Hemos de diluirla. No podemos bebería de un trago. Y Dios es lo mismo. Demasiado Dios y tienes una sobredosis. Dios necesita que lo filtren.

Delante de ella, a media distancia, está la línea de árboles oscuros que señala el linde del bosque. Siente que la atrae, que la seduce, como cuentan que las profundidades del océano y las cimas de las montañas seducen a la gente, cada vez más alto o cada vez más profundo, hasta que se desvanecen en un estado de arrobamiento que no es humano.

Has de verte como te ve un depredador, enseñaba Zeb. Se imagina detrás de los árboles, mirando a través de la filigrana de hojas y ramas. Hay una enorme sabana salvaje y en medio de ella una pequeña figura rosa, como un embrión o un alien, de ojos grandes y oscuros: sola, desprotegida, vulnerable. Detrás de su figura está su morada, una caja absurda hecha de paja aunque parezca de ladrillos. Fácil de derribar de un soplido.

Percibe el olor a miedo, y procede de ella misma.

Levanta los prismáticos. Las hojas se están moviendo un poco, pero no es más que la brisa. Camina hacia delante despacio, se dice. Recuerda lo que has venido a hacer.

Después de lo que parece mucho tiempo llega al verraco muerto. Una horda de moscas de color verde brillante y bronce revolotean sobre el cadáver. Cuando Toby se acerca, los buitres levantan sus cabezas rojas y sin plumas, sus cuellos rígidos. Agita el palo de la fregona y los buitres se largan, graznando de indignación. Algunos de ellos ascienden en espiral, sin quitarle ojo; otros baten las alas hacia los árboles y asientan sus plumas, esperando.

Hay frondas esparcidas encima de la carcasa del verraco y detrás de él. Frondas de helecho. Esos helechos no crecen en el prado. Algunos ahora están viejos, secos y marrones, otros más frescos. También hay flores. ¿Son eso pétalos de las rosas del sendero? Había oído hablar de algo similar; no, lo había leído de niña, en un libro sobre elefantes. Los elefantes se quedaban en torno al muerto, apenados, como si meditaran. Luego esparcían ramas y tierra.

Pero ¿los cerdos? Normalmente se limitaban a comerse al cerdo muerto, del mismo modo que se comían cualquier otra cosa. Pero a ése no se lo habían comido.

¿Estaban celebrando un funeral? ¿Era posible que los cerdos estuvieran llevando flores al difunto? La idea le resulta completamente aterradora.

Pero ¿por qué no?, dice la voz amable Adán Uno. Creemos que los animales tienen alma. ¿Por qué no iban a celebrar funerales?

—Estás loca —dice en voz alta.

El olor de la carne en descomposición es fétido: es difícil contener las arcadas. Se levanta un pliegue del mono y se aprieta con él la nariz. Con la otra mano golpea al verraco con el palo: los gusanos revolotean. Son como enormes granos de arroz grises.

Sólo piensa en ellos como gambas de tierra, dice la voz de Zeb. El mismo esquema corporal. «Estás preparada para esto», se dice. Ha de dejar el rifle y el palo de la fregona para hacer lo siguiente. Recoge con la cuchara los gusanos blancos que se retuercen y los pasa a la fiambrera de plástico. Suelta algunos; le tiemblan las manos. Hay un zumbido en su cabeza, como minúsculos taladros, o son sólo las moscas. Se obliga a calmarse.

Truena en la distancia.

Da la espalda al bosque, se dirige hacia el prado. No echa a correr.

Sin duda los árboles se han acercado.

60

Ren

Año 25

Un día estábamos bebiendo champán y dije:

—Vamos a hacernos las uñas, son un desastre.

Pensé que tal vez eso nos animaría. Amanda se rio.

—Nada te estropea tanto las uñas como una pandemia letal —dijo.

Pero nos hicimos la manicura de todos modos. Amanda se puso un tono naranja rosado llamado Satsuma Parfait; el mío era Slick Raspberry. Éramos como dos niñas que se pintan los dedos en una fiesta. Me gusta el olor del esmalte de uñas. Sé que es tóxico, pero huele limpio. Fresco como ropa almidonada. Nos hizo sentir mejor.

Después de eso, tomamos más champán, y se me ocurrió otra idea festiva, así que subí arriba. Sólo había una habitación con una persona en ella: Starlite, en nuestra vieja habitación. Me sentí fatal por ella, pero metí sábanas en los resquicios de la puerta para que no saliera el olor, y esperaba que los microbios siguieran con su trabajo y la convirtieran en otra cosa deprisa. Cogí los integrales de biofilm y vestidos de la habitación vacía de Savona y Crimson Petal, y los llevé al piso de abajo en una brazada gigante, y empezamos a probárnoslos.

Hubo que rociar los biofilms con agua y lubricante comestible de piel —estaban secos—, pero en cuanto lo hicimos se deslizaron como de costumbre. Sentías la agradable succión cuando sus capas de células vivas interactuaban con tu piel, y luego la sensación cálida de cosquilleo cuando empezaban a respirar. No entraba nada salvo el oxígeno, y no salía nada salvo tus secreciones naturales, aseguraban las etiquetas. La unidad facial incluso te sonaba la nariz. Un montón de clientes del

Scales habrían preferido membrana si eso hubiera sido completamente seguro, pero al menos con los biofilms podían relajarse, porque sabían que no iban a pillar ninguna infección.

—Esto se siente genial —dijo Amanda—. Casi te hace un masaje.

—Recomendado para el cutis —dije, y reímos un poco más.

Entonces Amanda se puso un traje de flamenco con plumas rosas y yo me puse uno de pavoceta, y encendimos la música y los focos de colores y subimos a bailar al escenario. Amanda seguía siendo una gran bailarina, sabía cómo agitar esas plumas. Pero yo ya era mejor que ella, por todo el entrenamiento que había tenido y el trabajo en el trapecio; y ella lo sabía. Y eso me complacía.

Fue una estupidez por nuestra parte, todo el episodio del baile: habíamos subido mucho la música, el sonido salía por la puerta abierta, y si había alguien en el vecindario seguramente lo oiría. Pero yo no estaba pensando en eso. «Ren, no eres la única persona del planeta», me decía Toby cuando yo era una niña. Era una forma de decirnos que tuviéramos consideración. En ese momento realmente pensaba que era la única persona en el planeta. O Amanda y yo. Así que allí estábamos con nuestros vestidos de flamenco rosa y pavoceta azul y nuestro nuevo esmalte de uñas, bailando juntas en el escenario del Scales con la música a tope, bum, bum, babadabum, bam, ba, kalam. Cantando como si no tuviéramos ninguna preocupación en el mundo.

De pronto, el número llegó a su final y oímos aplausos. Nos quedamos allí petrificadas. Sentí que me recorría un escalofrío: tuve una imagen fugaz de Crimson Petal colgada de la cuerda del trapecio con una botella incrustada, y no pude respirar.

Habían entrado tres tipos —debían de haberse colado con mucho sigilo— y allí estaban.

—No corras —me dijo Amanda en voz baja.

Luego dijo:

—¿Estáis vivos o muertos? —Sonrió—. Porque si estáis vivos... ¿a lo mejor queréis una copa?

—Bonito baile —dijo el más alto—. ¿Cómo es que no habéis pillado este virus?

—A lo mejor lo pillamos —dijo Amanda—. A lo mejor somos contagiosas y no lo sabemos todavía. Ahora voy a encender las luces del escenario para poder veros.

—¿Hay alguien más aquí? —dijo el más alto—. ¿Algún tío?

—No que yo sepa —dijo Amanda. Atenuó las luces—. Quítate la careta —me dijo.

Se refería a las lentejuelas verdes, al biofilm. Bajó la escalera del escenario.

—Queda un poco de whisky, o podemos preparar un café.

Se estaba quitando el casco de biofilm, y sabía lo que estaba pensando: establece contacto visual directo, como nos había enseñado Zeb. No te des la vuelta, es más probable que te enganchen desde atrás. Y cuanto menos pareciéramos pájaros

animados en lugar de personas, menos posibilidades de que nos cazaran.

Ahora vi mejor a los tres. Uno alto, uno bajo, otro alto. Iban con trajes de camuflaje, muy sucios, y tenían pinta de haber pasado demasiado tiempo al sol. El sol, la lluvia, el viento.

Entonces, de repente, lo supe.

—¿Shackie? —dije—. ¡Shackie! ¡Amanda, son Shackie y Croze!

El alto volvió su rostro hacia mí.

—¿Quién coño eres? —dijo.

No estaba enfadado, sólo asombrado.

—Soy Ren —dije—. ¿Eres el pequeño Oates? —Me eché a llorar.

Los cinco nos acercamos como en una melé de rugby en televisión, en cámara lenta. Nos abrazamos. Sólo abrazos y abrazos, sin soltarnos.

Había un zumo de color naranja en el congelador, así que Amanda mezcló mimosas con el champán que quedaba. Abrimos unas nueces de soja saladas y pusimos al microondas un paquete de sucedáneo de pescado, y los cinco nos sentamos delante de la barra. Los tres chicos —todavía los consideraba chicos— engulleron la comida. Amanda les hizo beber agua, pero no demasiado deprisa. No estaban famélicos: habían estado entrando en supermercados e incluso en casas, viviendo de lo que podían cosechar e incluso atraparon un par de conejos y asaron los trozos, igual que hacíamos en los Jardineros durante de San Euell. Aun así, estaban delgados.

Luego nos contamos los unos a los otros lo que habíamos estado haciendo cuando se produjo el Diluvio Seco. Les hablé del Cuarto Pringoso, y Amanda de los huesos de vaca en Wisconsin. Estúpida suerte para las dos, dije, que no estuviéramos con otra gente cuando ocurrió. Aunque Adán Uno decía que la suerte no era estúpida porque suerte era sólo otra palabra para hablar de milagro.

A Shackie, Croze y Oates les había ido de un pelo. Estaban encerrados en el Painball Arena. Equipo Rojo, dijo Oates, enseñándome el tatuaje del pulgar; parecía orgulloso de él.

—Nos metieron allí por lo que habíamos estado haciendo —dijo Shackie— con el Loco Adán.

—¿El Loco Adán? —dije—. ¿Zeb de los Jardineros?

—Más que Zeb. Éramos un grupo: él y nosotros, y algunos más —dijo Shackie —. Científicos de alto nivel: ingenieros genéticos que huyeron de las corpos y se escondieron porque odiaban lo que estaban haciendo allí. Rebecca y Katuro estaban en el grupo: ayudaban a distribuir el producto.

—Teníamos una web —dijo Croze—. Podíamos compartir nuestra información de esa manera, en la sala de chat oculta.

—¿Producto? —dijo Amanda—. ¿Estabais pasando supermaría? ¡Guay! —Rio.

—Ni hablar. Estábamos haciendo resistencia con bioformas —dijo Croze dándose importancia—. Los ingenieros preparaban las bioformas, y Shackie, Croze, Rebecca, Katuro y yo teníamos identidades *top:* seguros e inmobiliarias, cosas con las que puedes viajar. Así que llevábamos las bioformas a los lugares elegidos y las soltábamos.

—Las activábamos —explicó Oates—. Como, bueno, como bombas de relojería.

—Algunos de esos engendros eran geniales —dijo Shackie—. Los microbios que se comían el asfalto, los ratones que atacaban coches...

—Zeb suponía que si lográbamos destruir la infraestructura —explicó Croze—, el planeta podría repararse por sí solo. Antes de que fuera demasiado tarde y se extinguiera todo.

—Así que esta pandemia, ¿fue cosa del Loco Adán? —preguntó Amanda.

—Ni hablar —dijo Shackie—. Zeb no creía en matar a la gente, sólo quería impedir que lo desperdiciaran todo y la cagaran.

—Quería hacerlos pensar —dijo Oates—. Aunque algunos de esos ratones se descontrolaron. Se confundieron. Atacaban zapatos. Hubo heridas en los pies.

—¿Dónde está ahora? —pregunté. Sería muy tranquilizador que Zeb estuviera ahí. Él sabría qué hacer a continuación.

—Sólo hablábamos con él *online* —dijo Shackie—. Iba por libre.

—Aunque Corpsegur pescó nuestros híbridos del Loco Adán —dijo Croze—. Nos localizaron. Supongo que algún asqueroso de nuestra sala de chat era un infiltrado.

—¿Los mataron? —preguntó Amanda—. ¿A los científicos?

—No sé —dijo Shackie—, pero no terminaron con nosotros en Painball.

—Sólo estuvimos un par de días en Painball —dijo Oates.

—Tres de nosotros, tres de ellos. El Equipo Dorado, estaban más allá de lo depravado. Uno de ellos, ¿recuerdas a Blanco, de ? ¿Te arrancaba la cabeza y se la comía? Había perdido algo de peso, pero era él —dijo Croze.

—Estás de broma —dijo Amanda. Su expresión no era de miedo, pero sí de preocupación.

—Lo metieron por joderla en el Scales: mató a alguna gente, sonaba orgulloso por eso. Dijo que para él estar en Painball era como estar en casa, había pasado mucho tiempo.

—¿Sabía quiénes erais? —preguntó Amanda.

—Sin duda —dijo Shackie—. Nos gritó. Dijo que era la hora de la venganza por la movida del Jardín del Tejado, que nos trocearía como pescado.

—¿Qué movida en el Tejado? —pregunté.

—Tú ya te habías ido —dijo Amanda—. ¿Cómo salisteis?

—Caminando —dijo Shackie—. Estábamos pensando en cómo matar al otro

equipo antes de que ellos nos mataran a nosotros (te daban tres días para planear antes de la campana de inicio), pero de repente no había guardas. Habían desaparecido.

—Estoy muy cansado —dijo Oates—. Necesito dormir. —Apoyó la cabeza en la barra.

—Resultó que los guardias aún estaban allí —dijo Shackie—. En la cabina. Sólo que estaban como fundidos.

—Así que nos conectamos —dijo Croze—. Las noticias aún funcionaban. Gran cobertura del desastre, o sea que supusimos que no deberíamos salir y mezclarnos. Nos encerramos en las garitas: tenían comida allí.

—El problema era que los del Equipo Dorado estaban en la garita del otro lado de la valla. No dejábamos de pensar que nos matarían mientras estuviéramos durmiendo.

—Montamos turnos para que siempre hubiera alguien despierto, pero quedarse allí esperando era demasiada tensión. Así que los obligamos a salir —dijo Croze—. Shackie se coló por la ventana una noche y les cortó el suministro de agua.

—¡Joder! —dijo Amanda con admiración—. ¿En serio?

—Tuvieron que salir —dijo Oates—. No tenían agua.

—Luego nosotros nos quedamos sin comida y también tuvimos que salir —dijo Shackie—. Pensamos que tal vez nos estarían esperando, pero no estaban. —Se encogió de hombros—. Fin de la historia.

—¿Por qué vinisteis aquí? —dije—. Al Scales.

Shackie sonrió.

—Este sitio tiene reputación —dijo.

—Es una leyenda —dijo Croze—. Aunque no pensábamos que quedara ninguna chica. Al menos podríamos verlo.

—Algo que hacer antes de morir —dijo Oates. Bostezó.

—Vamos, Oatie —dijo Amanda—. Vamos a acostarte.

Los llevamos al piso de arriba y uno por uno se ducharon en el Cuarto Pringoso, y salieron mucho más limpios de cómo habían entrado. Les dimos toallas y se secaron, y luego los metimos en camas, uno en cada habitación.

Fui yo quien se ocupó de Oates: le di su toalla y jabón, y le mostré la cama en la que podía dormir. No lo había visto en mucho tiempo. Cuando dejé a los Jardineros era un niño. Un gamberrete que siempre se metía en problemas. Así era como lo recordaba. Pero era guapo ya entonces.

—Has crecido mucho —dije.

Era casi tan alto como Shackie. Tenía el pelo rubio y húmedo, como un perro que ha estado nadando.

—Siempre pensé que eras la mejor —dijo—. Estaba colado por ti cuando tenía ocho años.

—No lo sabía —dije.

—¿Puedo besarte? —dijo—. No quiero decir de forma sexy.

—Vale —dije.

Y lo hizo, me dio el beso más dulce, al lado de la nariz.

—Eres muy guapa —dijo—. Por favor, no te quites el traje de pájaro.

Me tocó las plumas, las de mi trasero. Entonces puso esa sonrisa tímida. Me recordó a Jimmy, a la forma en que era al principio, y sentí que mi corazón daba un vuelco. Pero salí de puntillas de la habitación.

—Podemos encerrarlos —le susurré a Amanda en el pasillo.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —dijo Amanda.

—Han estado en Painball.

—¿Y?

—Y todos los tipos de Painball están trastornados. No sabes lo que harán, se ponen locos. Además, podrían tener el germen. La plaga.

—Los abrazamos —dijo Amanda—. Ya hemos pillado todos los gérmenes que tuvieran. Además, son antiguos Jardineros.

—¿Qué quieres decir con eso? —dije.

—Quiero decir que son nuestros amigos.

—No eran exactamente nuestros amigos entonces. No siempre.

—Cálmate —dijo Amanda—. Esos chicos y yo hicimos un montón de cosas juntos. ¿Por qué iban a hacernos daño?

—No quiero ser un agujero de carne de tiempo compartido —dije.

—Eso es muy crudo —dijo Amanda—. No deberías tener miedo de ellos, sino de los otros tipos que estaban con ellos en Painball. Blanco no es cosa de broma. Han de estar en alguna parte. Voy a volver a ponerme mi ropa de verdad.

Ya se estaba quitando su traje de flamenco, poniéndose su caqui.

—Deberíamos cerrar la puerta de la calle —dije.

—La cerradura está rota —dijo Amanda.

Entonces oímos voces en la calle. Estaban cantando y gritando como hacían los hombres en el Scales cuando estaban más que borrachos. Borrachos como cubas. Oímos ruido de cristales rotos.

Corrimos a las habitaciones y despertamos a los chicos. Se vistieron muy deprisa y los llevamos a la ventana del piso de arriba que daba a la calle. Shackie escuchó y luego miró con precaución.

—Ah, mierda —dijo.

—¿Hay alguna otra puerta? —susurró Croze.

Tenía el rostro pálido a pesar de su bronceado.

—Hemos de salir, ahora mismo.

Bajamos por la escalera de atrás y salimos por la puerta de la basura, al patio donde estaban los contenedores de basuróleo y los contenedores de botellas. Oímos a los del equipo Dorado dando patadas dentro del edificio del Scales, demoliendo todo lo que no había sido demolido antes. Sonó un golpe enorme: debían de haber tirado el estante de detrás de la barra.

Nos colamos a través del hueco en la valla y corrimos hasta el otro lado del solar y luego por el callejón. Allí posiblemente no podían vernos, aunque yo sentía que sí podían, como si sus ojos pudieran atravesar los ladrillos como mutantes de la tele.

A unas manzanas de distancia, frenamos y empezamos a caminar.

—A lo mejor no se enteran de que hemos estado allí —dije.

—Lo sabrán —dijo Amanda—. Por los platos sucios. Toallas húmedas. Las camas. Te das cuenta de cuando alguien acaba de dormir en una cama.

—Vendrán a por nosotros —dijo Croze—. Seguro.

61

Doblamos esquinas y enfilamos callejones para mezclar nuestras huellas. Las pisadas eran un problema —había una capa de barro ceniciento—, pero Shackie decía que la lluvia las borraría y, además, los del Equipo Dorado no eran perros, y no podrían olernos.

Tenían que ser ellos: los tres *painballers* que habían destrozado el Scales, la primera noche del Diluvio. Los que habían matado a Mordis. Me habían visto por el intercomunicador. Por eso habían venido al Scales: para abrir el Cuarto Pringoso como una ostra para llegar a mí. Habrían encontrado herramientas. Puede que hubieran tardado un rato, pero al final lo habrían logrado.

Pensarlo me dio un escalofrío, pero no se lo conté a los demás. Ya tenían bastantes preocupaciones.

Había mucha basura acumulada en las calles: cosas quemadas, cosas rotas. No sólo coches y camiones. Cristal, mucho cristal. Shackie decía que había que tener cuidado con los edificios en los que entrábamos: ellos habían estado al lado de uno cuando se derrumbó. Debíamos mantenernos alejados de los altos porque los incendios podían haberlos debilitado y si las ventanas de cristal te caían encima, adiós cabeza. Sería más seguro estar en un bosque que en una ciudad. Que era lo contrario de lo que la gente solía pensar.

Eran las pequeñas cosas normales lo que más me molestaba. El diario viejo de alguien, con las palabras fundiéndose en las páginas. Los sombreros. Los zapatos: eran peor que los sombreros, y era peor si había dos zapatos iguales. Los juguetes. Los cochecitos sin el bebé.

La ciudad entera era como una casa de muñecas volcada y pisoteada. De una tienda salía un rastro de camisetas brillantes, como enormes huellas de ropa que recorrían la acera. Habían entrado destrozando la ventana y habían saqueado el lugar, aunque ¿por qué pensaban que un montón de camisetas iban a servirles de algo? Una tienda de muebles vomitaba brazos de sillón, patas de silla y cojines de piel en la acera, y vi una tienda de gafas con monturas de moda, doradas y plateadas: nadie se había molestado en llevárselas. Una farmacia: la habían destrozado por completo en busca de drogas recreativas. Había un montón de contenedores de BlyssPluss vacíos. Creía que estaba en fase de pruebas, pero al parecer allí lo vendían en el mercado negro.

Había montones de ropa y huesos.

—Ex humanos —dijo Croze.

Se habían secado y los habían picoteado. No me gustaban las cuencas oculares. Ni los dientes. Las bocas tenían mucho peor aspecto sin labios. Y el pelo era muy nervudo y de quita y pon. El pelo tarda años en descomponerse; eso lo aprendimos en Compostaje con los Jardineros.

No habíamos tenido tiempo de llevarnos la comida del Scales, así que fuimos a un supermercado. Había montones de basura en el suelo, pero encontramos un par de Zizzy Froots y algunas Joltbar, y en otro sitio había un congelador solar que todavía funcionaba. Contenía semillas de soja y bayas —nos las comimos de inmediato— y hamburguesas de SecretBurger, seis en una caja.

—¿Cómo vamos a cocinarlas? —preguntó Oates.

—Mecheros —dijo Shackie—. ¿Los ves?

En el mostrador había un expositor de mecheros en forma de rana. Shackie probó uno y la llama salió por la boca de la rana y sonó algo parecido a un croar.

—Coge unos cuantos —dijo Amanda.

En ese momento estábamos cerca del Sumidero, así que nos dirigimos a la vieja Clínica de Estética, porque era un lugar que conocíamos. Esperaba que hubiera algunos Jardineros dentro, pero estaba vacía. Hicimos un picnic en nuestra vieja aula: encendimos una hoguera de escritorios rotos, pero sin un gran fuego. No queríamos enviar señales de humo a los *painballers* dorados, aunque tuvimos que abrir las ventanas, porque estábamos tosiendo demasiado. Asamos los SecretBurgers y nos los comimos, y la mitad de las semillas de soja —no nos molestamos en cocinarlas— y nos bebimos el Zizzy Froots. Oates no dejaba de hacer que el mechero rana croara hasta que Amanda le dijo que parara porque estaba desperdiciando combustible.

La adrenalina de la huida ya se había vaciado. Era triste volver a estar en el mismo lugar donde habíamos sido niños: aunque no nos hubiera gustado siempre, me sentía muy nostálgica por eso ahora.

Supongo que así es como será el resto de mi vida, pensé. Huyendo, gorroneando sobras, en cuclillas en el suelo, cada día más sucia. Lamenté no tener ropa de verdad, porque todavía llevaba el vestido de pavoceta. Quería volver al sitio de las camisetas para ver si quedaba alguna dentro de la tienda que no estuviera húmeda y mohosa, pero Shackie dijo que era demasiado peligroso.

Pensé que tal vez deberíamos tener sexo: habría sido una cosa amable y generosa. Pero todos estaban muy cansados, y sentíamos timidez los unos con los otros. Era el entorno: aunque los Jardineros no estaban allí en cuerpo, estaban en espíritu, y era difícil hacer algo que ellos habrían desaprobado si nos hubieran visto haciéndolo cuando teníamos diez años.

Nos fuimos a dormir en una pila, uno encima de otro, como muñecos.

A la mañana siguiente nos levantamos y había un enorme cerdo en el umbral, mirándonos y olisqueando el aire con su hocico húmedo de boxeador. Habría entrado por la puerta y recorrido el pasillo. Se volvió y se alejó cuando nos vio mirándolo. Quizás olió las hamburguesas cocinándose, dijo Shackie. Dijo que era un recombinado mejorado —Loco Adán se había enterado del experimento— y que tenía tejido de cerebro humano.

—Sí, claro —dijo Amanda—, y está estudiando física superior. Te estás quedando con nosotras.

—Es cierto —dijo Shackie, un poco enfurruñado.

—Lástima que no tengamos un pulverizador —dijo Croze—. Hace mucho tiempo que no pruebo el beicon.

—Basta de ese lenguaje —dije con un tono de voz propio de Toby, y todos reímos.

Antes de que saliéramos de de Estética entramos en el Salón del Vinagre para echar un último vistazo. Las grandes cubas aún estaban allí, aunque algunas tenían un hachazo. Se notaba un olor a vinagre, y también a lavabo: la gente había estado usando una esquina de la sala para eso, y no hacía mucho tiempo. La puerta del armarito donde guardaban las botellas de vinagre estaba abierta. No había botellas; pero sí algunos estantes. Estaban en un ángulo extraño, y Amanda se acercó y tiró de una esquina. Los estantes giraron.

—Mirad —dijo—. ¡Hay una habitación entera aquí dentro!

Entramos. Había una mesa que ocupaba casi toda la sala, y algunas sillas. Pero lo más interesante era un rutón, como los viejos de nuestros Jardineros, y un puñado de contenedores de comida: sojadinas, garbanzos, bayas de goji secas. En un rincón había un portátil apagado.

—Alguien más ha sobrevivido —dijo Shackie.

—No es un Jardinero si tenía portátil —dije.

—Zeb tenía un portátil —dijo Croze—, pero había dejado de ser Jardinero.

Salimos de de Estética sin ningún plan claro. Fui yo quien propuso ir al balneario de AnooYoo: podría haber comida en el Ararat que Toby tenía en el almacén; me había dicho el código de la puerta. También podía haber algo creciendo en el huerto. Incluso me pregunté si Toby no estaría escondida allí, pero no quería alimentar esperanzas vanas y no lo dije.

Pensamos que estábamos siendo realmente cautos. No vimos a nadie en ningún sitio. Fuimos a Heritage Park y nos dirigimos hacia la puerta occidental del balneario, quedándonos en el sendero del bosque, bajo los árboles: nos sentíamos menos visibles de ese modo.

Íbamos en fila india. Shackie iba el primero, luego Croze, después Amanda, detrás yo; Oates iba el último. De repente sentí un escalofrío, y miré detrás de mí, y Oates no estaba allí.

—¡Shackie! —dije.

Y entonces Amanda dio un bandazo hacia un lado, saliendo del camino.

Luego hubo un tramo oscuro como ir entre zarzas: todo era doloroso y embrollado. Había cuerpos en el suelo, y uno de ellos era el mío, y debió de ser entonces cuando me golpeé.

Cuando volví a levantarme, Shackie, Croze y Oates no estaban allí. Pero Amanda sí.

No quiero pensar en lo que ocurrió a continuación.

Fue peor para Amanda que para mí.

Día del Depredador

Año 25

De Dios como depredador alfa
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros animales, queridos compañeros mortales:

Hace mucho tiempo celebrábamos el Día del Depredador en nuestro querido Jardín del Edén en el Tejado. Nuestros niños se ponían orejas y colas de depredadores hechas con imitación piel, y a la puesta de sol encendíamos velas dentro de los leones, tigres y osos creados con latas perforadas, y los ojos ardientes y brillantes de estas imágenes de depredadores iluminaban nuestro Banquete del Día del Depredador.

Pero hoy nuestra fiesta debe mantenerse en los jardines internos de nuestras mentes. Somos afortunados de tener incluso ésos, porque ahora el Diluvio Seco ha arrasado nuestra ciudad, y de hecho todo el planeta. A la mayoría los pilló por sorpresa, pero nosotros confiábamos en nuestra orientación espiritual. O, por decirlo de un modo materialista: reconocimos la pandemia global en cuanto la vimos.

Demos gracias por este Ararat en el cual nos hemos refugiado en los últimos meses. No es quizás el Ararat que habríamos escogido, situado como está en las bodegas del complejo Buenavista, que ya era húmedo cuando albergaba el cultivo de hongos de Pilar, y ahora es todavía más húmedo. Sin embargo, contamos con la bendición de que muchos de nuestros parientes ratas nos hayan donado sus proteínas, permitiéndonos así permanecer en este plano terreno. Es también afortunado que Pilar hubiera construido un Ararat en esta misma bodega, oculto detrás de un bloque de hormigón marcado con el símbolo de una pequeña abeja. ¡Qué providencial que

tantos de estos víveres mantengan su frescura! Aunque por desgracia no todos.

Ahora estos recursos se han agotado y debemos trasladarnos o morir de hambre. Recemos por que el mundo exterior ya no sea exfernal: que el Diluvio Seco lo haya limpiado además de destruirlo, y que todo el mundo sea ahora un nuevo Edén. O, si aún no es un nuevo Edén, que lo sea pronto. En ello confiamos.

En el Día del Depredador no loamos a Dios el amado y el amable Padre y Madre, sino a Dios el Tigre. O a Dios el León. O a Dios el Oso. O a Dios el Jabalí. O a Dios el Lobo. O incluso a Dios el Tiburón. Sea cual sea el símbolo, el Día del Depredador está consagrado a las cualidades de apariencia terrorífica y fuerza abrumadora, las cuales, puesto que en ocasiones las deseamos, deben pertenecer a Dios, como todas las cosas buenas le pertenecen.

Como Creador, Dios ha puesto un poco de sí mismo en cada una de Sus criaturas —¿acaso podría ser de otra manera?—, y por consiguiente el tigre, el león, el lobo, el oso, el jabalí y el tiburón —o, en una escala menor, la musaraña palustre y la mantis religiosa— son a su manera reflexiones sobre lo divino. Las sociedades humanas han sabido esto a lo largo de los tiempos. En sus banderas y escudos de armas no han colocado animales presa como conejos y ratones, sino animales capaces de matar, y cuando invocaban a Dios como defensor, ¿no eran estas cualidades las que invocaban?

Así pues, en el Día del Depredador meditamos sobre los aspectos de depredador alfa de Dios. La inesperada ferocidad con la que se nos puede presentar una aprensión de lo divino; nuestra pequeñez y temor —digamos nuestro ratonismo— frente a tal poder; nuestros sentimientos de aniquilación individual bajo el resplandor de esa luz espléndida. Dios camina en los delicados jardines del amanecer de la mente, pero también acecha en los bosques nocturnos. No es un ser domesticado, amigos: es un ser salvaje y no es posible llamarlo y controlarlo como a un perro.

Los seres humanos bien podrían haber matado al último tigre y al último león, pero nosotros veneramos sus nombres; y al decir esos nombres, oímos tras ellos la formidable voz de Dios en el momento de su creación. Dios debió de decirles a ellos: mis carnívoros, os ordeno que cumpláis con la labor que os encomiendo de sacrificar de un modo selectivo a vuestras especies presa, no sea que se multipliquen demasiado, acaben con su suministro de comida, y enfermen y mueran. Adelante, pues. Saltad. ¡Corred! ¡Rugid! ¡Acechad! ¡Abalanzaos! Porque me regocijo en vuestros corazones temerosos y en las joyas doradas y verdes de vuestros ojos, y en vuestros bien formados nervios, y en vuestros dientes que desgarran y en vuestras zarpas como cimitarras, que Yo mismo os concedí. Y os doy Mi Bendición y os deseo el bien.

Porque ellos buscan el alimento que Dios les da, como tan gozosamente expresa

el Salmo 104.

Al prepararnos para dejar nuestro refugio de Ararat, preguntémonos: ¿qué es más santo, comer o ser comido? ¿Huir o cazar? ¿Dar o recibir? Porque estas preguntas en el fondo son la misma. Esta cuestión pronto podría dejar de ser teórica: no sabemos dónde pueden acechar los depredadores alfa.

Roguemos porque si tenemos que sacrificar nuestra propia proteína para que pueda circular en nuestras especies compañeras, reconozcamos la naturaleza sagrada de esta transacción. No seríamos humanos si no prefiriésemos ser devoradores antes que devorados, pero ambas cosas son una bendición. Si os requieren la vida, estad tranquilos de que es la vida la que os la requiere.

Cantemos.

La musaraña desgarra presas

La musaraña desgarra presas,
mas actúa por necesidad;
no interfiere en la naturaleza,
sino que sin más lo hace.

El leopardo caza en la noche,
mas es pariente del simple gato.
Cazar les gusta, y en el amor,
porque Dios los hizo así.

No somos como los animales:
a las criaturas apreciamos,
así que no comemos su carne,
a menos que haya hambruna.

Y si entre nosotros hay hambruna
y cedemos a la tentación,
que Dios nos perdone y que bendiga
la vida que nos comemos.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

62

Toby. San Nganeko Minhinnick de Manukau

Año 25

Una roja salida del sol, que significa que lloverá. Pero siempre llueve después.

Se levanta la niebla.

Udle, udle, u, udle, udle, u, chirrup, tuarip. Au au au. Ey ey ey. Hum hum barum.

Huilota, petirrojo, cuervo, arrendajo azul, rana toro. Toby dice sus nombres, pero estos nombres no significan nada para ellos. Pronto olvidará su propio nombre y eso será lo único que quedará. Udle, udle, u, hum, hum. Esta repetición incesante, el canto sin principio ni final. Sin preguntas, sin respuestas, sin tantas palabras. Sin ninguna palabra. ¿O sólo existe una enorme Palabra?

¿De dónde ha sacado esta idea?

¡Toby!

Parece que la llamen. Pero es sólo el canto del pájaro.

Está en el tejado, cocinando su porción diaria de gamba de tierra en el frío de la mañana. No desdeñes la modesta mesa de san Euell, dice la voz de Adán Uno. El Señor provee, y en ocasiones provee gamba de tierra, dice Zeb. Es rica en lípidos, una buena fuente de proteínas. ¿Cómo crees que engorda tanto el oso?

Es mejor cocinar fuera, por el humo y el calor. Está usando su cocina de vagabundo inspirada en san Euell, hecha con una enorme lata de manteca corporal: un agujero en el fondo para poner ramitas secas y otro agujero en un lateral para la salida de humo. El calor máximo con el mínimo de combustible. Justo lo necesario.

La gamba de tierra chisporrotea encima.

De repente aparece una hilera de cuervos: están excitados por algo. No hay llamadas de alarma, así que no se trata de un búho. Suena a asombro: ¡Au! ¡Au! ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira eso!

Toby recoge la crujiente gamba de tierra de la parte superior de la lata y se la echa en el plato: malgastar comida es malgastar vida, dice Adán Uno: luego apaga el fuego con su pote de agua de lluvia y se tira al suelo, boca abajo. Levanta los prismáticos. Los cuervos están volando en torno a las copas de los árboles, una bandada. Seis o siete. ¡Au! ¡Au! ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!

Dos hombres salen de entre los árboles. No están cantando, y no están desnudos ni son azules: llevan ropa puesta.

Todavía quedan personas, piensa Toby. Vivas. Quizás una de ellas es Zeb, que viene a buscarla: tiene que haber supuesto que aún está allí, encerrada, todavía esperando. Parpadea, ¿son eso lágrimas? Quiere bajar corriendo por la escalera y salir, abrir los brazos en señal de bienvenida, reír con felicidad, pero la precaución la contiene. Se agacha detrás de la unidad de salida del aire acondicionado y mira entre los barrotes del tejado.

¿Podría ser un espejismo? ¿Otra vez está teniendo visiones?

Los hombres visten ropa de camuflaje. El que va delante lleva un arma de algún tipo, un pulverizador, quizá. Seguramente no es Zeb: por la forma. Ninguno de ellos es Zeb. Hay otra persona con ellos, ¿hombre o mujer? Alta, con vestido caqui. Cabeza baja, es difícil decirlo. Lleva las manos juntas delante como si rezara. Uno de los hombres sujeta a esa persona por el brazo o el codo. Empujando o tirando.

Luego sale otro hombre de entre las sombras. Conduce un enorme pájaro de una correa —no, es una cuerda—, un ave con plumas azul verdosas iridiscentes como una pavoceta. Pero el ave tiene la cabeza de una mujer.

Debo de estar alucinando otra vez, piensa Toby. Porque por mucho que pudieran hacer los ingenieros genéticos, eso no podían hacerlo. Los hombres y la mujer pájaro parecen reales y sólidos, pero bueno, las alucinaciones lo parecen.

Uno de ellos carga algo al hombro. Al principio piensa que es un saco, pero no, es una joroba de algo. Tiene pelo. Pelo dorado. ¿Es un leonero? Un escalofrío de horror la recorre: ¡sacrilegio! ¡Han matado un animal de la lista del Reino Apacible!

Piensa con claridad, se ordena Toby. En primer lugar, ¿desde cuándo eres fanática del Reino Apacible de los isaístas? En segundo lugar, si esos hombres son reales y no sólo el producto de un cerebro desquiciado, han estado matando. Matando y descuartizando grandes animales, en cuyo caso poseen armas letales y han empezado por la parte superior de la cadena trófica. Son una amenaza, no se detendrán ante nada, y debería dispararles antes de que lleguen hasta mí. Entonces podré liberar al ave o lo que sea antes de que la maten también.

En cualquier caso, si no son reales, no importará si les disparo o no. Sólo se disolverán como humo.

En ese momento, el que lleva a la mujer pájaro levanta la cabeza. Debe de haber visto a Toby porque empieza a gritar, saludando con la mano libre. Destella luz en un cuchillo. Los otros dos hombres miran y entonces todos empiezan a correr hacia el balneario. La criatura ave ha de mantener el ritmo por la cuerda, y ahora Toby se da cuenta de que las plumas son un tipo de vestido. Es una mujer. Sin alas. Con un lazo en torno al cuello.

No es una alucinación, pues. Es real. Maldad real.

Centra el punto de mira en el hombre del cuchillo y dispara. Él trastabilla, grita y cae. Pero no es lo bastante rápida, así que aunque dispara un par de veces más falla los otros dos tiros.

Ahora el hombre herido se ha levantado otra vez, cojeando, y todos están corriendo hacia los árboles. La mujer pájaro corre con ellos. No es que tenga elección, por la cuerda. Entonces cae y se desvanece entre las hierbas.

Detrás de los otros, los árboles verdes con hojas se abren, tragan. Ya no están. Ninguno de ellos. Toby no logra localizar el lugar donde la mujer ha trastabillado: las hierbas son demasiado altas, ¿debería salir a buscarla? No. Podría ser un señuelo. Serían tres contra ella sola.

Espera un buen rato. Los cuervos deben de estar siguiéndolos: a los hombres, a la persona de caqui. Au, au, au, au. Un rastro de sonido en la distancia.

¿Volverán? Volverán, piensa Toby. Saben que estoy aquí, supondrán que tengo comida si me he mantenido con vida tanto tiempo. También había disparado a uno de ellos: querrán venganza, es humano. Serán vengativos, como los cerdos. Pero no volverán pronto, porque saben que tengo un rifle. Planearán algo.

63

Toby. Día de San Wen Bo

Año 25

Ni hombres. Ni cerdos. Ni leoneros.

Ni mujer pájaro.

Quizás he perdido el juicio, piensa Toby. Perderlo no. Lo ha traspapelado.

Es la hora del baño; está en el tejado. Vierte agua de lluvia desde su colección de pequeños boles y cazuelas en el bol más grande, se enjabona, manos y cara solo: no quiere arriesgarse a la vulnerabilidad de un baño completo, porque ¿quién sabe quién podría estar mirando? Está aclarándose cuando oye los cuervos causando revuelo, cerca. Au au au. Esta vez suena a risa.

—¡Toby! Toby! ¡Ayúdame!

¿Era ése mi nombre?, piensa Toby. Mira por encima de la barandilla, no ve nada. Pero la voz surge otra vez, justo al lado del edificio.

¿Es una trampa? Una mujer que la llama, el brazo de un hombre en torno a su garganta, un cuchillo en la yugular.

—Toby. Soy yo. Por favor.

Se seca con una toalla, se pone el mono, se echa el rifle al hombro, baja por la escalera. Abre la puerta: nadie. Pero otra vez la voz, muy cerca.

—Oh, por favor.

Rincón izquierdo: nadie. Rincón derecho: otra vez nadie. Está justo al otro lado de la verja del jardín cuando llega una mujer rodeando el edificio. Va renqueante, está delgada y magullada; el pelo largo le cae en la cara, manchado de polvo y sangre seca. Lleva un traje de lentejuelas, con plumas azules mojadas y hechas jirones.

La mujer pájaro. Alguna friqui de un circo sexual. Seguro que está infectada, una plaga andante. Si me toca, piensa Toby, estoy muerta.

—¡Aléjate de mí! —grita. La mujer retrocede hacia la valla del jardín—. ¡Lárgate de aquí!

La mujer se balancea. Tiene una cuchillada en la pierna, y sus brazos desnudos están llenos de arañazos y sangran: debe de haber corrido entre las zarzas. En lo único en lo que puede pensar es en la sangre fresca: bullendo de microbios y virus.

—¡Lárgate! ¡Fuera!

—No estoy enferma —dice la mujer.

Le corren lágrimas por la cara. Pero todos dirían eso en la desesperación. Lo dirían suplicando, levantando las manos en busca de ayuda, de consuelo, y luego se convertirían en gachas rosas. Toby lo había observado desde el tejado.

Se estarán hundiendo. No dejéis que se os agarren. No seáis vosotros ese clavo ardiendo, amigos, dice Adán Uno.

El rifle. Pugna con la correa: está enganchada en la tela del mono. ¿Cómo alejar ese foco purulento? Gritar no sirve sin un arma. Quizá podría darle en la cabeza con una piedra, piensa Toby. Pero no tiene ninguna piedra. Una buena patada en el plexo solar, y luego lavarme los pies.

Eres una persona poco caritativa, dice la voz de Nuala. Has despreciado las criaturas de Dios, porque ¿acaso los seres humanos no son también criaturas de Dios?

Desde debajo de la mata de cabello la mujer implora:

—Toby, ¡soy yo!

Se derrumba, cae de rodillas. Entonces Toby ve que es Ren. Debajo de toda la suciedad y el oropel destrozado está la pequeña Ren.

64

Toby lleva a Ren al interior del edificio del balneario y la deja en el suelo mientras cierra la puerta tras de sí. Ren sigue llorando histéricamente, con grandes sollozos.

—No te preocupes —dice Toby.

Sujeta a Ren por las axilas y la levanta, y luego trastabilla por el pasillo hasta uno de los cubículos de tratamiento. Ren es un peso muerto, pero está delgada, y Toby logra auparla a la mesa de masaje. Huele a sudor, a tierra, a sangre, y capta otro olor: algo en descomposición.

—Quédate aquí —dice Toby, innecesariamente: Ren no se va a ir a ninguna parte.

Está tumbada sobre la almohada rosa, con los ojos cerrados. Uno de esos ojos está morado. Toallitas de Bálsamo Ocular de Aloe de AnooYoo, piensa Toby. Con árnica añadida. Abre un paquete y se las aplica, luego añade una sábana rosa y la fija por los lados para que Ren no se caiga de la mesa. Tiene un corte en la frente, otro en la mejilla: nada demasiado grave, se ocupará de eso después.

Va a la cocina, hierve un poco de agua en la tetera. Lo más probable es que Ren esté deshidratada. Vierte agua caliente en una taza, añade un poco de su atesorada miel y una pizca de sal. Unas pocas cebollas verdes secas de la menguante pila. Lleva la taza al cubículo de Ren, levanta las toallitas del ojo, la ayuda a incorporarse.

Los ojos de Ren son enormes en su cara delgada y con hematomas. No estoy enferma, dice, lo cual no es cierto: arde de fiebre. Pero hay más de una clase de enfermedad. Toby verifica los síntomas: no supura sangre de los poros, no hay espuma. Aun así, Ren puede ser portadora de la pandemia, una incubadora; en cuyo caso Toby ya está infectada.

—Trata de beber —dice Toby.

—No puedo —dice Ren. Pero logra tragar un poco de agua.

—¿Dónde está Amanda? Tengo que vestirme.

—Está bien —dice Toby—. Amanda está cerca. Ahora trata de dormir.

Ayuda a bajar a Ren. Así que Amanda forma parte de esta historia, piensa. Esa chica siempre se ha metido en líos.

—No veo —dice Ren. Tiembla de los pies a la cabeza.

De vuelta en la cocina, Toby vierte el resto del agua hervida en un bol: tiene que quitarle esas plumas empapadas y lentejuelas. Lleva el bol, unas tijeras, una barra de jabón y una pila de servilletas rosas al cubículo de Ren. Dobla la sábana y corta el vestido mugriento. Lo que hay debajo de las plumas no es tela, sino alguna otra sustancia. Elástica. Casi como piel. Empapa los trozos donde se ha enganchado para poder quitarlos más fácilmente. La parte de la entrepierna está arrancada. Caramba, piensa Toby, qué desastre. Después preparará una cataplasma.

Hay abrasiones en torno al cuello: quemaduras de cuerda, sin duda. El corte de la pierna izquierda es lo que se ha infectado. Toby trabaja con la máxima suavidad, pero Ren gime y grita.

—Joder, cómo duele —dice.

Luego vomita el agua con sal y azúcar.

Después de limpiar el vómito, Toby empieza a lavar la herida de la pierna.

—¿Cómo te has hecho esto? —pregunta.

—No lo sé. —Ren está susurrando—. Me caí.

Toby le limpia el corte y le aplica un poco de miel. Pilar decía que contenía antibiótico. Debería haber un botiquín de primeros auxilios en algún sitio del balneario.

—Quédate quieta. No querrás tener gangrena —le dice a Ren. Le ha quitado toda la capa de suciedad y la ha limpiado con una esponja—. Te daré un poco de sauce y manzanilla. —Y adormidera, piensa—. Has de dormir.

Ren estará más segura en el suelo que en la mesa: hace un nido de toallas rosas, la ayuda a bajar, añade más acolchado porque Ren no puede llegar al baño; está demasiado débil, caliente como unas ascuas.

Toby lleva el preparado de sauce en un vasito. Ren traga, y su garganta se mueve como la de un pájaro. No devuelve nada.

No vale la pena intentarlo con los gusanos todavía. Ren necesita poder estar coherente para eso, ser capaz de obedecer instrucciones: no rascarse, por ejemplo. Lo primero es bajar la fiebre.

Mientras Ren duerme, Toby rebusca en su almacén de hongos desecados. Elige los que potencian el sistema inmunitario: reishi, maitake, shitake, yesquero del abedul, zhu ling, melena de león, oruga vegetal, hongo yesquero. Los pone en agua hervida para que se empapen. Luego, por la tarde, prepara un elixir de hongos —lo hierve, lo

cuela, lo enfría— y le da a Ren treinta gotas.

El cubículo apesta. Toby levanta a Ren, la hace rodar a un lado, levanta las toallas del suelo, la limpia. Se pone los guantes con un propósito: si Ren tiene disentería no quiere pillarla. Coloca toallas limpias, vuelve a acomodar a Ren. Los brazos le pesan, no aguanta la cabeza; está refunfuñando.

Va a haber un montón de trabajo, piensa Toby. Y cuando Ren se recupere —si se recupera— habrá dos bocas que alimentar en vez de una. Las reservas de comida se acabarán en la mitad de tiempo. Lo poco que queda.

Quizá la fiebre acabará con Ren. Quizá morirá durmiendo.

Toby piensa en el Ángel de en polvo. No haría falta mucho dado el estado debilitado de Ren. Terminaría con su sufrimiento. La ayudaría a volar con alas blancas. Quizás eso sería más amable. Una bendición.

Soy una persona indigna, piensa Toby. Sólo por tener semejante idea. Conoces a esta chica desde que era una niña, ha venido a pedirte ayuda, tiene todo el derecho a confiar en ti. Adán Uno diría que Ren es un regalo precioso que se le ha concedido a Toby para que ella pueda demostrar su altruismo y compartir esas cualidades superiores que los Jardineros tan ansiosamente quisieron sacar de ella. Toby no puede verlo de esa forma, al menos en este momento. Pero tendrá que seguir intentándolo.

Ren suspira, gruñe y aletea. Está teniendo una pesadilla.

Cuando oscurece, Toby enciende una vela y se sienta a su lado, escuchándola respirar. Inspira, espira, inspira, espira. Irregular. A intervalos pone la mano en la frente de Ren. ¿Más fría? Debería haber un termómetro en el edificio; por la mañana lo buscará. Le toma el pulso: rápido, irregular.

Se echa una cabezadita en la silla y lo siguiente que sabe es que se despierta en la oscuridad con un olor a chamuscado. Enciende la linterna: la vela ha caído, y una esquina de la sábana rosa de Ren está humeante. Por suerte está húmeda.

Eso ha sido terminalmente estúpido, se dice Toby. No habrá más velas a menos que esté bien despierta.

65

Toby. Día de San Mahatma Gandhi

Año 25

Por la mañana, Ren no está tan caliente. Su pulso es más firme, e incluso es capaz de sostener la taza de agua caliente en sus manos temblorosas. Toby le ha puesto menta esta vez, además de miel y sal.

Una vez que Ren se vuelve a dormir, Toby lleva las sábanas sucias y las toallas al tejado para lavarlas. Se ha llevado sus prismáticos y, mientras las sábanas y las toallas se empapan, examina los terrenos del balneario.

Cerdos a lo lejos, en el rincón suroeste del prado. Dos mohair, uno azul y otro plateado, paciendo tranquilamente juntos. No hay leoneros. Perros ladrando en algún sitio. Buitres volando en torno al lugar funerario de los cerdos.

—Alejaos de aquí, arqueólogos —dice Toby.

Se siente aturdida, casi mareada, con el ánimo de contar chistes. Tres enormes mariposas rosas vuelan en círculos sobre su cabeza, se posan en las sábanas húmedas. Quizá creen que han encontrado la mariposa rosa más grande de todas. Quizás es una cuestión de amor. Están chupando. No se trata de amor, pues, sino de sal.

Algunos dirán que el amor es mera química, amigos míos, decía Adán Uno. Por supuesto, es químico: ¿dónde estaría cualquiera de nosotros sin química? Pero la ciencia es simplemente una forma de describir el mundo. Otra forma de describirlo sería decir: ¿dónde estaría cualquiera de nosotros sin amor?

Querido Adán Uno, piensa Toby. Estará muerto. Y Zeb, muerto también, pese a sus ilusiones. Aunque quizá no; porque si yo estoy viva —y lo que es más, si Ren está viva—, entonces cualquiera puede estar vivo también.

Dejó de escuchar en su radio de cuerda hace meses, porque el silencio era muy descorazonador. Sin embargo, sólo porque no oiga a nadie no quiere decir que no haya nadie. Lo cual había estado entre las pruebas hipotéticas de Adán Uno de la existencia de Dios.

Toby limpia la pierna infectada de Ren, aplica más miel. Ren come un poco, bebe un poco. Más elixir de hongos, más sauce. Después de mucho rebuscar, Toby encuentra un botiquín de primeros auxilios del balneario; hay un tubo de crema antibiótica, pero está caducado. No hay termómetro. ¿Quién pidió esta mierda?, piensa. Ah sí, yo.

En cualquier caso, los gusanos son mejores.

Por la tarde levanta los gusanos de la fiambrera y los mete en agua tibia. Luego los traslada a una gasa del botiquín de primeros auxilios, aplica otra gasa encima y las fija a la herida. Los gusanos no tardarán en comerse la gasa: saben lo que les gusta.

—Esto dolerá —le dice a Ren—, pero te hará sentir mejor. Trata de no mover la pierna.

—¿Qué son? —dice Ren.

—Son tus amigos —dice Toby—. Pero no hace falta que mires.

Su impulso homicida de la noche anterior ha terminado: no arrastrará a Ren muerta al prado para que la devoren los cerdos y los buitres. Ahora le gustaría curarla, acariciarla, porque ¿acaso no es un milagro que Ren esté ahí? ¿Que haya superado el Diluvio Seco sin daños graves? O no muy graves. Sólo tener una segunda persona en las instalaciones —incluso una persona débil, incluso una persona enferma que duerme la mayor parte del tiempo— basta para que el balneario parezca una morada acogedora y no una casa encantada.

Yo era el fantasma, piensa Toby.

66

Toby. San Henri Fabre, santa Anna Atkins, san Tim Flannery, san Ichida-san, san David Suzuki, san Peter Matthiesen

Año 25

Los gusanos tardan tres días en limpiar la herida. Toby los vigila de cerca: si salen del tejido muerto, empezarán con la carne viva.

La segunda mañana, la fiebre de Ren ha desaparecido, aunque Toby continúa dándole gotas de hongos para asegurarse. Ren ya está comiendo más. Toby la ayuda a subir por la escalera y la sienta en el banco de imitación madera del tejado, en la primera luz de la mañana. Los gusanos son fotofóbicos: la luz los lleva a lo más profundo de la herida, que es donde los necesitan.

No hay movimiento en el prado. No hay sonidos del bosque.

Toby intenta preguntar a Ren dónde ha estado desde que estalló el Diluvio Seco, cómo ha escapado, cómo llegó aquí, por qué se ha vestido con esas plumas azules; pero sólo lo intenta una vez porque Ren rompe a llorar. Todo lo que dice es:

—¡He perdido a Amanda!

—No importa —dice Toby—. La encontraremos.

La cuarta mañana, Toby retira el emplaste de gusanos: la herida está limpia, y sanando.

—Ahora, has de volver a poner tus músculos en forma —le dice a Ren.

Ren empieza a caminar, sube y baja la escalera, recorre los pasillos. Ha ganado un poco de peso: Toby la ha estado alimentando con los últimos tarros de Merengue

Facial de Limón de AnooYoo, que contiene un montón de azúcar y nada tóxico que Toby recuerde. Instruye a Ren en algunos ejercicios de las viejas clases de Limitación de Derramamiento de Sangre Urbana de Zeb: el *satsuma,* el *unagi.* Centrada como un fruto, sinuosa como una anguila. Necesita recordarlo también ella; ha perdido práctica.

Al cabo de unos pocos días, Ren cuenta su historia, o un poco de su historia. Sale a borbotones de palabras puntuados por largos periodos de mirar al espacio. Le contó que había estado encerrada en el Scales, y cómo Amanda llegó desde el desierto de Wisconsin y averiguó el código de la puerta. Luego Shackie, Croze y Oates aparecieron como por arte de magia, y ella se sintió muy feliz: se habían salvado porque estaban en Painball al desencadenarse la pandemia. Pero luego tres hombres horribles del Equipo Dorado de Painball llegaron al Scales, y ella, Amanda y los chicos salieron corriendo. Ella había dicho que podían ir a AnooYoo porque Toby podría estar allí, y casi lo consiguieron: estaban caminando entre los árboles y luego... Apagón. Ren no puede pasar de ahí.

—¿Qué aspecto tenían? —pregunta Toby—. ¿Tenían alguna...? —Quería decir «marca distinguible», pero Ren niega con la cabeza, lo que significa que ese tema está cerrado.

—He de encontrar a Amanda —dice, enjugándose las lágrimas—. Tendré que hacerlo. La matarán.

—Toma, suénate la nariz —dice Toby, pasándole una servilleta rosa—. Amanda es muy lista. —Es mejor hablar como si Amanda siguiera viva—. Tiene muchos recursos. No le pasará nada.

Está a punto de decir que hay escasez de mujeres y que por lo tanto seguro que preservarán y racionarán a Amanda, pero se lo piensa mejor.

—No lo entiendes —dice Ren, llorando más fuerte—. Hay tres, son de Painball, no son ni humanos. He de encontrarla.

—Ya veremos —dice Toby, para tranquilizarla—. Pero no sabemos dónde la han... dónde se ha ido.

—¿Adonde irías tú? —dice Ren—. En su lugar.

—Quizás al este —dice Toby—. Al mar. Donde puedan encontrar pescado.

—Podemos ir allí.

—Cuando estés lo bastante fuerte —dice Toby. Han de irse a otro sitio de todos modos: la comida se está agotando deprisa.

—Ahora estoy lo bastante fuerte —dice Ren.

Toby da una batida en el jardín, desentierra otra cebolla solitaria. Saca tres bardanas

de cerca del borde del prado y un poco de zanahoria silvestre: las raíces larguiruchas y blancas de protozanahorias.

—¿Crees que podrías comerte un conejo? —le pregunta a Ren—. Si lo corto en trozos muy pequeños y lo preparo en una sopa.

—Supongo que sí —dice Ren—. Lo intentaré.

La propia Toby también está lista para convertirse en carnívora plena. El sonido del rifle es algo de lo que preocuparse, pero si todavía hay *painballers* acechando en el bosque ya saben que tiene un arma. No hay nada malo en recordárselo.

Suele haber conejos verdes cerca de la piscina. Toby dispara a uno de ellos desde el tejado, pero no parece que le haya dado. ¿Es la conciencia que le está afectando la puntería? Quizá necesita un blanco mayor, un venado o un perro. No ha visto a los cerdos últimamente, ni a ninguno de los corderos. Justo cuando estaba preparándolo todo para comérselos, se han ido.

Encuentra las mochilas en un estante de la sala de lavandería. No ha estado abajo desde que las bombas dejaron de funcionar, y el aire huele a humedad. Por fortuna, las mochilas no son de algodón sino de sintético impermeable. Las saca del tejado, las limpia con la esponja, las pone a secar al sol.

Coloca los víveres disponibles en la encimera de la cocina. No lleves tanto peso que quemes más calorías de las que puedas comer, le dice la voz de Zeb. Las herramientas son más importantes que la comida. Tu mejor herramienta es tu cerebro.

El rifle, por supuesto. Munición. Palita para arrancar raíces. Cerillas. Encendedor de barbacoa, que no durará mucho pero que puede agotar. Una navajita de bolsillo con tijeras y pinzas. Cuerda. Dos plásticos grandes para tener a mano en caso de lluvia. Linterna a cuerda. Vendas de gasa. Cinta aislante. Fiambreras. Bolsas de tela para comestibles silvestres. Olla. Tetera. Papel higiénico, un lujo, pero no se puede resistir. Dos Zizzy Froots de tamaño medio de un minibar del balneario, con sabor a frambuesa: comida basura, pero comida, porque tiene calorías. Las botellas pueden usarse después, para llevar agua.

Cucharas, de metal, dos. Tazas, de plástico, dos. Lo que queda de protector solar. El último aerosol de SuperD. Prismáticos: pesados pero necesarios. El palo de la fregona. Azúcar. Sal. Lo que queda de miel. Las últimas Joltbar. Los últimos bocaditos de soja.

El jarabe de adormidera. Los hongos secos. Los Ángeles de

El día antes de irse, se corta el pelo bien corto. Tiene un aspecto rapado —le recuerda a Juana de Arco en un mal día—, pero no quiere que la agarren del pelo por detrás, para cortarle el cuello. También corta el pelo a Ren. Estarán más frescas así, le dice.

—Deberíamos enterrar el pelo —dice Ren.

Lo quiere fuera de la vista por alguna razón que Toby no logra escrutar.

—¿Por qué no lo ponemos en el tejado? —dice Toby—. Así los pájaros podrán hacer un nido con él.

No pensaba malgastar calorías cavando un sepulcro para el pelo.

—Ah. Vale —dice Ren. Esta idea parece complacerle.

67

Toby. San Chico Mendes, mártir

Año 25

Salieron del edificio del balneario justo antes del alba. Iban vestidas con chándal rosa, con los pantalones sueltos y la camiseta con la boca de beso y el ojo guiñado delante. Zapatillas de lona rosas de las que las señoras se ponían para saltar a la comba y entrenar con pesas. Sombreros rosas anchos. Olían a SuperD y a SolarNix rancio. En sus mochilas hay monos rosas, para cuando el sol esté bien alto. Si al menos no fuera todo tan rosa, piensa Toby, como la ropa de los bebés o las fiestas de cumpleaños de las niñas. No es un color intrépido. Y es una elección fatal para el camuflaje.

Sabe de la gravedad de la situación, como solían decir las noticias, por supuesto que sí. Aun así, se siente animada. Tiene la risa tonta, como si estuviera un poco borracha. Como si fueran a irse de picnic. Será una inyección de adrenalina.

El horizonte oriental está brillando; la niebla se levanta de los árboles. El rocío brilla en las matas de lumirrosas, haciendo espejo de la tenue luz espectral de sus flores. La dulzura del prado húmedo respira en torno a ellas. Los pájaros están empezando a revolotear y piar; en las ramas desnudas, los buitres extienden sus alas para secarlas. Una pavoceta bate sus alas hacia ellas desde el sur, planea sobre el prado y desciende en picado para posarse en el borde de la piscina, ahora cubierta con una capa verde.

A Toby se le ocurre que puede que no vuelva a admirar esa vista. Es asombroso cómo el corazón se aferra a cualquier cosa familiar, gimoteando: «Es mío, es mío.» ¿Ha disfrutado de su estancia obligada en el balneario de AnooYoo? No. Pero ahora es su territorio: ha dejado las células muertas de su piel por todas partes. Un ratón lo

comprendería: es su nido. *Despedida* es la canción que entona el Tiempo, decía Adán Uno.

En algún sitio, los perros están ladrando. Ella los ha oído a intervalos en los últimos meses, pero hoy suenan más cerca. No le hacía gracia. Sin nadie para alimentarlos, cualquier perro que queda seguro que se ha vuelto salvaje.

Había subido al tejado antes de salir para examinar los campos. No había cerdos, ni mohair, ni leoneros. Al menos a la vista. Qué poco he podido ver, piensa. El prado, la senda, la piscina, el jardín. El linde del bosque. Le gustaría evitar adentrarse entre los árboles. La naturaleza puede ser estúpida como ella sola, decía Zeb, pero es más lista que tú.

Piensa en el bosque, con sus cerdos escondidos y los leoneros. Y también *painballers*, por lo que sabe. No me obliguéis. Puede que sea rosa, pero tengo un rifle. Y balas también. Tienen más alcance que un pulverizador. Así que largaos, capullos.

El territorio del balneario y su perímetro boscoso están separados de Heritage Park por una valla rematada por alambre de espino electrificado, aunque la electricidad ya no funciona. Cuatro puertas, este, oeste, norte, sur, con senderos serpenteantes que las conectan. El plan de Toby es pasar la noche junto a la puerta oriental. No está demasiado lejos para que Ren camine: todavía no está lo bastante fuerte para caminatas heroicas. A la mañana siguiente, pueden empezar a avanzar de manera gradual hacia el mar.

Ren todavía cree que encontrarán a Amanda. La encontrarán, y Toby disparará a los *painballers* dorados con el rifle, y luego Shackleton, Crozier y Oates reaparecerán de donde se hubieran escondido. Ren todavía no está libre de los efectos de su enfermedad. Quiere que Toby la cure y que le solucione todo, como si ella fuera todavía una niña; como si Toby fuera aún Eva Seis, con poderes adultos mágicos.

Pasan junto al monovolumen rosa accidentado, doblan la curva de una carretera, otros dos vehículos: un coche solar, otro tamaño todoterreno que tragaba basuróleo. Se percibe un olor oxidado y dulce mezclado con el olor a chamuscado.

—No mires dentro —dice Toby a Ren cuando pasan.

—No te preocupes —dice Ren—. Vi muchas cosas así en las plebillas, cuando veníamos desde el Scales.

Más lejos hay un perro: un spaniel, muerto no hace mucho. Algo lo ha desgarrado: las moscas zumban sobre las entrañas, pero todavía no hay buitres. El animal que lo haya matado seguramente volverá a su presa: los depredadores no desperdician. Toby atisba los matorrales del lado del camino: las enredaderas están creciendo casi audiblemente, bloqueando la vista. Qué montón de kudzu.

—Deberíamos caminar más deprisa —dice.

Pero Ren no puede caminar más deprisa. Está cansada, la mochila le pesa demasiado.

—Creo que me está saliendo una ampolla —dice.

Se detienen bajo un árbol para tomar un trago de Zizzy Froot. Toby no puede sacudirse la sensación de que algo está agazapado en las ramas, esperando a saltar sobre ellas. ¿Los leoneros pueden trepar? Se obliga a calmarse, a respirar más profundamente, a tomarse su tiempo.

—A ver esa ampolla —le dice a Ren.

Todavía no es una ampolla. Rasga un trozo de su mono y lo usa para envolver el pie de Ren. El sol está a las diez. Se ponen los monos y Toby embadurna sus caras con más SolarNix; luego las rocía con SuperD.

Ren empieza a renquear antes de que lleguen a la siguiente curva de la carretera.

—Atajaremos por el prado —dice Toby—. Es más corto por aquí.

Santa Rachel y Todas las Aves

Año 25

De los dones de santa Rachel; y de la libertad del espíritu
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros animales, queridos compañeros mortales:

¡Qué causa de regocijo es este mundo reorganizado en el cual nos encontramos! Es verdad, hay cierta... no digamos «decepción». Los escombros dejados por el Diluvio Seco, como los que deja cualquier diluvio al retirarse, no son atractivos. Pasará tiempo hasta que aparezca nuestro ansiado Edén, amigos.

Ahora bien, qué privilegiados somos de ser testigos de estos primeros momentos preciosos de renacimiento. Cuánto más nítido está el aire ahora que la contaminación del hombre ha cesado. Este aire recién limpiado es para nuestros pulmones como el aire de las nubes es para los pulmones de las aves. ¡Qué ligeras, qué etéreas han de sentirse al volar sobre los árboles! Durante siglos, las aves se han relacionado con la libertad del espíritu, en contraposición a la pesada carga de la materia. ¿Acaso la paloma no simboliza la gracia, que todo lo perdona, que todo lo acepta?

Es en el espíritu de ese espíritu de gracia que damos la bienvenida en nuestro viaje a tres compañeros mortales: Melinda, Darren y Quill. Han escapado por milagro del Diluvio Seco al haberse hallado providencialmente aislados: Melinda en una clínica de yoga y adelgazamiento en lo alto de una colina, Darren en un pabellón de aislamiento hospitalario y Quill en una celda. Nos regocijamos de que aparentemente ninguno de los tres haya estado expuesto a la contaminación viral. Aunque no comparten nuestra fe —o todavía no comparten nuestra fe en el caso de Quill y Melinda— son nuestros compañeros animales; y nos alegramos de ayudarlos en este

momento común de juicio.

Estamos también agradecidos por esta morada temporal, que, aunque es una antigua franquicia de Happicuppa, nos ha amparado del sol abrasador y la tormenta inclemente. Gracias a las habilidades de Stuart —en especial, su conocimiento del cincel— hemos conseguido entrar en el almacén, procurándonos así acceso a muchos productos Happicuppa: el sucedáneo de leche deshidratada, el jarabe con aroma de vainilla, el mokaccino mix y los envases individuales de azúcar, tanto sin refinar como blanco. Todos conocéis mi opinión sobre los productos de azúcar refinado, pero hay tiempos en que las reglas deben adaptarse. Gracias a Nuala, nuestra indomeñable Eva Nueve, por la habilidad con la que ha improvisado un nutritivo refrigerio.

Recordamos en este día que estaba en contravención directa del espíritu de santa Rachel. Sus productos crecidos al sol, pulverizados con pesticidas, destructores de hábitat forestal eran la mayor amenaza de las criaturas emplumadas de Dios en nuestros tiempos, igual que el DDT fue su mayor amenaza en los tiempos de santa Rachel Carson. Fue en el espíritu de santa Rachel que algunos de nuestros antiguos miembros más radicales se unieron a campañas militantes contra Happicuppa. Otros grupos estaban protestando por el tratamiento de los trabajadores indígenas, pero aquellos ex jardineros protestaban por sus políticas contrarias a la vida de las aves. Aunque no podíamos aprobar los métodos violentos, respaldamos la intención.

Santa Rachel consagró su vida a los que tienen plumas, y por lo tanto al bienestar de todo el planeta, porque cuando las aves enfermaban y se extinguían, ¿no indicaba esto el agravamiento de la enfermedad de la vida en sí? Imaginad la pena de Dios al contemplar el sufrimiento de Sus más exquisitas y melodiosas creaciones emplumadas.

Santa Rachel fue atacada por las poderosas corporaciones químicas de la época, y desdeñada y puesta en la picota por decir la verdad, pero su campaña prevaleció al fin. Por desgracia, la campaña contra Happicuppa no tuvo el mismo éxito, pero ese problema lo ha solucionado ahora un poder mayor: Happicuppa no ha sobrevivido al Diluvio Seco. Como lo expresaban las Palabras Humanas de Dios en Isaías 34: «De generación en generación quedará arruinada, y nunca jamás habrá quien pase por ella... Allí anidará la víbora, pondrá, incubará y hará salir del huevo. También allí se juntarán los buitres.» Y así ha ocurrido. Ahora mismo, amigos, la selva debe estar regenerándose.

Cantemos.

Cuando Dios despliegue sus alas lucientes

Cuando Dios despliegue sus alas lucientes
y vuele desde el azul del Cielo,
aparecerá como paloma

de tonos puros y centelleantes.

Después del cuervo adoptará la forma
para mostrarnos que hay belleza
en todos los pájaros que ha hecho,
los antiguos y también los nuevos.

Irá con cisnes, volará con halcones,
con la cacatúa y la lechuza,
el coro del alba cantará,
cazará con las aves acuáticas.

Se presentará luego igual que un buitre,
el pájaro sagrado de antaño,
que come la muerte y corrupción,
y con ello restaura la vida.

Bajo Sus alas hallaremos refugio,
nos librará de trampas y redes;
caer el gorrión verán sus ojos,
del águila marcarán la tumba.

Porque quienes derraman sangre de pájaro
por simple placer y diversión
la santa paz de Dios asesinan,
la que bendijo el séptimo día.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

68

Ren. San Chico Mendes, mártir

Año 25

Caminamos por el prado relumbrante. Hay un zumbido como de un millar de minúsculas vibraciones; enormes mariposas rosas flotan alrededor. El aroma de trébol es muy fuerte. Toby anda a tientas con el palo de su fregona. Yo trato de fijarme en dónde piso, pero hay muchos baches y tropiezo, y cuando miro veo que es una bota. Se escabullen los escarabajos.

Más adelante hay algunos animales. No estaban allí hace un minuto. Me pregunto si habían estado tumbados en la hierba y luego se habían levantado. Me quedo atrás, pero Toby dice:

—No pasa nada, sólo son mohair.

Nunca he visto uno vivo antes, sólo en la red. Se quedan allí mirándonos, moviendo las mandíbulas de un lado a otro.

—¿Me dejarán que los acaricie? —digo.

Son azules y rosa y plateados y violeta; parecen caramelo o nubes en un día soleado. Muy alegres y pacíficos.

—Lo dudo —dice Toby—. Hemos de caminar más deprisa.

—No nos tienen miedo —digo.

—Deberían tenerlo —dice Toby—. Venga, vámonos.

Los mohair nos vigilan. Cuando estamos más cerca de ellos, se reúnen y se alejan lentamente.

Al principio, Toby dice que vamos a la puerta oriental. Luego, después de que caminamos un rato por el camino pavimentado, dice que está más lejos de lo que pensaba. Empiezo a marearme, porque hace mucho calor, sobre todo dentro del mono, así que Toby dice que nos dirigiremos hacia los árboles que hay al final del prado porque se estará más fresco allí. No me gustan los árboles, está demasiado oscuro, pero sé que no puedo quedarme en el prado.

Hay más sombra bajo los árboles, pero no hace más frío. Hay humedad, y no hay brisa, y el aire es denso, como si contuviera más aire que otro aire. Pero al menos estamos protegidas del sol, así que nos quitamos los monos y caminamos por el sendero. Noto ese rico olor profundo de la madera podrida, el olor a hongo que recuerdo de los Jardineros, cuando íbamos al parque por San Euell. Las enredaderas han ganado terreno a la grava, pero hay muchas ramas rotas y pisadas, y Toby dice que alguien más ha pasado por allí; aunque no hoy, porque las hojas se han mustiado.

Hay cuervos más adelante, armando bulla.

Llegamos a un arroyo con un puentecito. El agua se riza sobre las piedras, y veo pececitos de agua dulce. En la orilla opuesta hay signos de tierra removida. Toby se queda quieta, gira el cuello para escuchar. Luego cruza el puente y observa el agujero cavado.

—Jardineros —dice— o alguien listo.

Los Jardineros te enseñaban que nunca hay que beber directamente de un arroyo, y menos de uno que esté cerca de una ciudad: había que hacer un agujero al lado, así el agua se filtraba al menos un poco. Toby tiene una botella vacía, de la que hemos estado bebiendo. La llena en el abrevadero, de manera que sólo la capa superior del agua entra en la botella: no quiere lombrices ahogadas.

Delante, en un pequeño claro, hay setas. Toby dice que son lengua de vaca *(Hydnum repandum)* y que eran una variedad otoñal, cuando todavía había otoño. Las cogemos, y Toby las guarda en una de las bolsas de tela, y cuelga la bolsa fuera de la mochila para que las setas no se aplasten. Luego continuamos.

Lo olemos antes de verlo.

—No grites —dice Toby.

Por esto han estado graznando los cuervos.

—Oh, no —susurro.

Es Oates. Está colgado de un árbol, retorciéndose lentamente. Le han pasado la soga por debajo de los brazos y la han atado a la espalda. No lleva ropa alguna, salvo calcetines y zapatos. Esto lo empeora, porque así parece menos una estatua. Tiene la cabeza echada hacia atrás, demasiado lejos porque le han cortado la garganta; los

cuervos vuelan en torno a ella, buscando desesperadamente un punto de apoyo. El pelo rubio de Oates está apelmazado. Veo una herida abierta en la espalda, como las de los cadáveres que abandonaban en los solares después de un robo de riñón. Pero estos riñones no los han robado para ningún trasplante.

—Alguien tiene un cuchillo muy afilado —observa Toby.

Ahora estoy llorando.

—Han matado al pequeño Oatie —digo—. Estoy mareada.

Me derrumbo en el suelo. Ahora mismo no me importa si me muero aquí: no quiero estar en un mundo donde hacen algo así a Oates. Es injusto. Estoy tragando aire a enormes bocanadas, llorando tanto que apenas veo.

Toby me agarra por los hombros, me levanta y me agita.

—Basta —me dice—. No tenemos tiempo para esto. Ahora vamos.

Me empuja hacia el camino.

—¿Al menos podemos bajarlo? —logro decir—. Y enterrarlo.

—Lo haremos después —dice Toby—. Pero ya no está en su cuerpo. Ahora está en espíritu. Chis, está bien.

Toby se detiene y me rodea con los brazos y me acuna adelante y atrás, luego me empuja suavemente hacia delante. Hemos de llegar a la puerta antes de la tormenta de la tarde, dice, y las nubes se están moviendo rápido desde el sur y el oeste.

69

Toby. San Chico Mendes, mártir

Año 25

Toby se siente apaleada —ha sido brutal, horripilante—, pero no puede mostrarle sus sentimientos a Ren. Los Jardineros alentaban que se llorara la muerte —dentro de ciertos límites— como parte del proceso curativo, pero ahora no hay tiempo para eso. Las nubes de tormenta son verde amarillentas, los relámpagos violentos: Toby se teme un tornado.

—Date prisa —le dice a Ren—. A menos que quieras que se te lleve el viento.

Durante los últimos cincuenta metros se agarran de la mano y corren contra el viento con la cabeza baja.

La puerta es retro Tex-Mex, con líneas redondeadas y techo de paneles solares de imitación adobe: lo único que le falta es una torre y algunas campanas. Ya hay kudzu trepando por las paredes. La verja de hierro forjado ha quedado abierta. En el jardín ornamental, con su anillo de piedras blanqueadas (B**ienvenidos a** A**noo**Y**oo** deletreado con petunias, pero ahora invadido de verdolaga y lechuga de las liebres), algo se está pudriendo. Los cerdos, seguramente.

—Hay unas piernas —dice Ren—. En la puerta.

Los dientes le castañetean: todavía se encuentra en estado de shock.

—¿Piernas? —dice Toby.

Se siente afrentada: ¿cuántos medios cadáveres van a encontrar en un día? Se acerca a la puerta a mirar. No son piernas humanas, son patas de mohair: un juego completo de cuatro; sólo las partes inferiores de las patas, las delgadas. Hay un poco de pelo en ellas, de color lavanda. También hay una cabeza, pero no es una cabeza de

mohair: es la cabeza de un leonero, el pelaje dorado desaliñado, las cuencas de los ojos vacías y cicatrizadas. La lengua también falta. La lengua de leonero había sido un preciado plato de *gourmet* en Rarity. Toby vuelve al lugar donde Ren está temblando, tapándose la boca.

—Son de mohair —le dice—. Las prepararé en una sopa. Con nuestras fantásticas setas.

—Oh, no puedo comer nada —dice Ren con voz compungida—. Era sólo... Era un niño. Yo lo llevaba a todas partes.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—¿Por qué lo han hecho?

—Has de comer —dice Toby—. Es tu deber.

¿Deber de qué?, se pregunta. Tu cuerpo es un don de Dios y debes honrarlo, decía Adán Uno. Pero ahora mismo no siente esa convicción.

La puerta de la verja está abierta. Mira por la ventana a la zona de recepción —no hay nadie— y empuja a Ren adentro: la tormenta se acerca con rapidez. Acciona un interruptor: no hay corriente. Ve la habitual ventanita antibalas de control, un escáner de documentos, el escáner de dedos y las cámaras de iris. Te quedabas allí sabiendo que tenían pulverizadores montados en la pared apuntando a tu espalda y controlados desde la sala interior donde se arrellenaban los guardas.

Toby ilumina con la linterna a través de la ventana del mostrador hacia la oscuridad del espacio interior. Escritorios, archivadores, basura. En el rincón, una forma: lo bastante grande para ser alguien. Alguien muerto, alguien dormido, o, en el peor de los casos, alguien que los ha oído venir y pretende ser una bolsa de basura. Luego, una vez que se calmen, habrá un acercamiento furtivo, un destello de caninos, cuchilladas y cortes.

La puerta de la sala interior está entreabierta: olisquea el aire. Moho, por supuesto. ¿Qué más? Excremento. Carne en descomposición. Otros matices desagradables. Lamenta no tener la nariz de un perro, para distinguir un olor de otro. Cierra la puerta. Sale al exterior, a pesar de la lluvia y el viento, y carga con la piedra más grande del borde de la jardinera de flores ornamentales. No basta para parar a una persona fuerte, pero podría reducir a alguien más débil o enfermo. No quiere ser asaltada desde atrás por un monigote carnívoro hecho jirones.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunta Ren.

—Por si acaso —dice Toby.

No lo elabora. Ren ya está temblando bastante: un horror más y se derrumbará.

La tormenta impacta con toda su potencia. Una oscuridad más espesa aúlla en torno a ellas, resuenan truenos. A la luz de los relámpagos, el rostro de Ren viene y va, con los ojos cerrados, su boca en forma de O aterrorizada. Agarra el brazo de Toby como si estuviera a punto de caer por un acantilado.

Después de lo que se le antoja mucho tiempo, los truenos se alejan. Toby sale a inspeccionar las patas de los mohair. Le pica la piel: las patas no han caminado hasta allí por sí solas, y todavía están muy frescas. No hay señal de fuego: quien había matado al animal no había cocinado el resto allí. Toby se fija en las marcas de corte: el señor cuchillo afilado ha pasado por aquí. ¿Estará muy cerca?

Mira a ambos lados de la calle, ahora salpicada de hojas. No hay movimiento. El sol vuelve a brillar. Se eleva vapor. Hay cuervos en la distancia.

Usa su propio cuchillo para cortar la mayor parte de la piel peluda de una de las patas de mohair. Si tuviera una buena cuchilla de carnicero podría cortarlo en trozos lo bastante pequeños para su olla. Al final, coloca una punta en la parte superior de la escalera que conduce a la puerta y la otra en el suelo, y golpea con una roca. Ahora viene el problema del fuego. Podría pasarse mucho rato rebuscando madera seca entre los árboles y aún así terminar con las manos vacías.

—He de entrar ahí —le dice a Ren.

—¿Por qué? —pregunta Ren con voz débil. Está acurrucada en el vestíbulo vacío.

—Hay material que podemos usar para hacer fuego —dice Toby—. Ahora escucha. Podría haber alguien dentro.

—¿Una persona muerta?

—No lo sé —dice Toby.

—No quiero más muertos —dice Ren con ansiedad.

Puede que no haya elección, piensa Toby.

—Coge el rifle —dice—. Esto es el gatillo. Quiero que te quedes aquí. Si alguien que no sea yo sale por esa puerta, dispárale. No me dispares por error, ¿vale?

Si a ella la matan, al menos Ren tendrá un arma.

—Vale —dice Ren. Agarra el rifle con torpeza—, pero no me gusta.

Esto es una locura, piensa Toby. Ren está tan nerviosa que me dispararía por la espalda si estornudo. Pero si no verifica esa habitación no habrá forma de dormir esta noche, y puede que tenga la garganta cortada por la mañana. Y ni hablar de fuego.

Entra con la linterna y el palo de fregona. Hay papeles por el suelo, lámparas rotas. Cristales rotos crujen bajo sus pies. Ahora el olor es más intenso. Zumban moscas.

Se le eriza el vello en los brazos, la sangre se le agolpa *en* la *cabeza.*

El montón en el suelo es definitivamente humano, cubierto con una especie de manta horripilante. Ahora atisba la cúpula de una cabeza calva, unos pelos. Da un empujoncito en la manta con el palo de la fregona, manteniendo el bulto enfocado con la linterna. Un gemido. Otro empujoncito más fuerte: hay un pequeño retorcimiento en la ropa. Ahora hay unas rendijas de ojos, y una boca, labios con costras y ampollas.

—Qué coño —dice la boca—. ¿Quién coño eres?

—¿Estás enfermo? —pregunta Toby.

—Un capullo me disparó —dice el hombre.

Sus ojos parpadean a la luz.

—Apaga la puta linterna.

No hay signos de sangre goteando de la nariz, boca u ojos. Con un poco de suerte, no está infectado.

—¿Dónde te disparó? —pregunta Toby.

La bala ha tenido que ser la suya, de aquella vez en el prado. Aparece una mano: venas rojas y azules. Aunque está consumido y sucio, con los ojos hundidos por la fiebre, no cabe duda de que es Blanco. Ella tenía que saberlo porque lo había visto de cerca.

—La pierna —dice—. Me fue como el culo. Los cabrones me han dejado aquí.

—¿Dos hombres? —dice Toby—. ¿Tenían una mujer con ellos? —logra que su voz suene firme.

—Dame un poco de agua —dice Blanco.

Hay una botella vacía en el rincón, cerca de su cabeza. Dos botellas, tres. Costillas mordisqueadas: ¿el mohair lavanda?

—¿Quién más está fuera? —dice él con voz ronca. Le cuesta respirar—. ¿Más zorras? He oído más.

—Deja que te vea la pierna —dice Toby—. Quizá pueda ayudarte.

No será la primera persona que ha fingido una herida.

—Me estoy muriendo, coño —dice Blanco—. ¡Apaga esa luz!

Toby ve varios cursos de acción en forma de pequeñas arrugas en la frente de él. ¿La ha reconocido? ¿Tratará de agredirla?

—Quita la manta —dice Toby— y te traeré un poco de agua.

—Quítala tú —ruge Blanco.

—No —dice Toby—. Si no quieres ayuda te encerraré aquí.

—La cerradura está rota —dice—. Zorra flaca. ¡Dame agua!

Toby localiza el otro olor: el problema, se está descomponiendo.

—Tengo Zizzy Froot —dice—. Eso te gustará más.

Sale por la puerta y cierra tras de sí, pero no antes de que Ren eche un vistazo.

—Es él —susurra—. El tercero, el peor de todos.

—Respira hondo —dice Toby—. Estás a salvo. Tú tienes el rifle y él no. Pero apunta al suelo.

Toby hurga en su mochila, encuentra lo que queda de Zizzy Froot, se bebe un cuarto del líquido tibio, azucarado y con gas: «No desperdicies.» Luego llena la botella con adormidera y añade un buen chorro de amanita en polvo por si acaso. El Ángel de , garante de oscuros deseos. Si tienes dos malas opciones, elige la menos mala, habría dicho Zeb.

Abre la puerta con el palo de la fregona e ilumina el interior con la linterna. Sin duda Blanco se está arrastrando por el suelo, haciendo una mueca por el esfuerzo. En una mano tiene el cuchillo: lo más probable era que intentara acercarse al máximo para poder agarrarla por los tobillos cuando entrara. Llevársela por delante con él o usarla como moneda de cambio para conseguir a Ren.

Los lobos rabiosos muerden. ¿Qué más hay que saber?

—Toma —dice Toby.

Le pasa rodando el Zizzy Froot. El cuchillo de Blanco cae haciendo un ruido cuando agarra la botella, la abre con manos temblorosas, bebe. Toby espera para asegurarse de que se lo traga todo.

—Ahora te sentirás mejor —le dice con voz amable. Cierra la puerta.

—¡Saldrá! —dice Ren. Está pálida.

—Si sale, le dispararemos —dice Toby—. Le he dado unos calmantes para que se tranquilice. —Dice en silencio palabras de disculpa y liberación, las mismas que usa en el caso de un escarabajo.

Espera hasta que la adormidera haya hecho efecto y vuelve a entrar en la habitación. Blanco respira con dificultad: si la adormidera no acaba con él, lo hará el Ángel de la manta: tiene el muslo hecho un asco; la carne en descomposición y la ropa en descomposición se han mezclado. Le hace falta contenerse mucho para no vomitar.

Luego revisa la habitación en busca de productos inflamables, recogiendo lo que puede: papel, restos de sillas rotas, una pila de cedés. Hay una segunda planta, pero Blanco está bloqueando la puerta a lo que ha de ser la escalera y ella no está preparada para acercarse tanto a él. Busca ramas secas bajo los árboles: con el mechero de barbacoa, el papel y los cedés, al final prende. Prepara una sopa de huesos con la pata del mohair, añadiendo las setas y un poco de verdolaga del lecho de flores; comen sentadas junto al humo del fuego, por los mosquitos.

Duermen en la terraza, usando un árbol para trepar. Toby arrastra las mochilas arriba, y las otras tres patas de mohair, para que nada ni nadie se las robe durante la noche. La terraza de guijarros es húmeda: se tumban en los plásticos. Las estrellas brillan más; la luna es invisible. Justo antes de que se vayan a dormir, Ren susurra:

—¿Y si se despierta?

—No volverá a despertarse —dice Toby.

—Oh —dice Ren en voz baja.

¿Es admiración por Toby o simplemente temor ante la muerte? No habría sobrevivido con una pierna en ese estado, se dice Toby a sí misma. Tratar de curarla habría sido un desperdicio de gusanos. Aun así, acaba de cometer un asesinato. O un acto de clemencia: al menos no murió sediento.

No te engañes, cielo, dice la voz de Zeb en su cabeza. Tenías la venganza en mente.

—Que su espíritu marche en paz —dice en voz alta. Sea como sea, el cerdo cabrón.

70

Toby. Santa Rachel y Todas las Aves

Año 25

Toby se despierta justo antes del alba. En la distancia hay un leonero, con su extraño rugido quejumbroso. Ladran los perros. Toby mueve los brazos, luego las piernas: está rígida como una losa de cemento. La humedad de la niebla le cala hasta la médula.

Aquí llega el sol, una rosa ardiente que se eleva de las nubes de color melocotón. Las hojas de los árboles están cubiertas de gotitas de rocío que brillan bajo una luz rosa cada vez más intensa. Todo tiene un aspecto muy fresco, como recién creado: las piedras en el tejado, los árboles, las telas de araña que cuelgan de rama en rama. La dormida Ren parece luminosa, como bañada en plata. Con el mono rosa en torno a su cara oval y la niebla goteando en sus largas pestañas, se la ve frágil y espiritual, como si estuviera hecha de nieve.

La luz se proyecta directamente sobre Ren, que abre los ojos.

—Oh, mierda, mierda —dice—. ¡Llego tarde! ¿Qué hora es?

—No llegas tarde a nada —dice Toby, y por alguna razón las dos se echan a reír.

Toby explora con los prismáticos. Al este, adonde van a dirigirse, no hay movimiento; en cambio, al oeste hay un grupo de cerdos, la mayor reunión que Toby ha visto hasta la fecha: seis adultos, dos crías. Están estirados a la vera del camino como perlas de carne redondas en un collar; tienen la cabeza baja y resoplan como si estuvieran siguiendo una pista.

Siguiendo nuestra pista, piensa Toby. Quizá son los mismos cerdos: los cerdos enfadados, los cerdos del funeral. Se levanta, agita el rifle y les grita:

—¡Alejaos! ¡Largo!

Al principio se quedan mirando, pero cuando Toby baja el rifle y les apunta se mueven con torpeza hacia los árboles.

—Es casi como si supieran lo que es un rifle —dice Ren.

Está mucho más firme esta mañana. Más fuerte.

—Oh, lo saben —dice Toby.

Bajan del árbol, y Toby enciende el Kelly. Aunque no hay señales de nadie alrededor, no quiere arriesgarse a hacer un fuego mayor. Está preocupada por el humo, ¿alguien lo olerá? La regla de Zeb era: los animales huyen del fuego, a los humanos los atrae.

Cuando el agua hierve, Toby prepara el té. Luego da un hervor más a la verdolaga. Eso les dará calor para su caminata temprana. Después pueden tomar más sopa de mohair, de las tres patas restantes.

Antes de salir, Toby verifica la habitación de la casa del guarda. Blanco está frío; huele todavía peor, si eso es posible. Lo hace rodar a la manta y lo arrastra a la tierra removida del lecho de flores. Es entonces cuando encuentra en el suelo la navaja que se le había caído. Afilada como una cuchilla; con ella rasga su camisa por delante. Torso velludo. Si hubiera sido concienzuda, lo habría abierto —los buitres se lo habrían agradecido—, pero recuerda el olor mareante de las entrañas del verraco muerto. Los cerdos se ocuparán de ello. Quizá verán a Blanco como una ofrenda de expiación para ellos y la perdonarán por haber disparado a su compañero. Deja el cuchillo entre las flores. Buena herramienta, pero mal karma.

Se las ve y se las desea para cerrar la verja de hierro forjado; el cierre electrónico no funciona, de modo que usa un trozo de la cuerda que lleva para cerrarlo. Si los cerdos deciden seguirlas, la verja no los detendrá mucho tiempo —pueden cavar un túnel—, pero al menos los entretendrá.

Ahora ella y Ren están fuera de los terrenos de AnooYoo, caminando por el sendero bordeado de hierba que atraviesa Heritage Park. Llegan a un claro con mesas de picnic; el kudzu crece en los cubos de basura, sobre las barbacoas, sobre las mesas y los bancos. A la luz del sol, que calienta más cada minuto, las mariposas flotan en el aire y vuelan en espiral.

Toby se orienta: colina abajo, al este, ha de estar la costa y luego el mar. Al suroeste, el Arboretum, con el arroyo donde los niños Jardineros dejaban sus arcas en miniatura. El camino que conduce a la entrada al Solar Space debería unirse en algún sitio cercano. Cerca de allí enterraron a Pilar: claro, allí está su saúco, que ahora es bastante alto y está en flor. Las abejas zumban alrededor.

Querida Pilar, piensa Toby. Si estuvieras aquí hoy tendrías algo sabio que

decirnos. ¿Qué sería?

Más adelante oyen balidos y cinco, no, nueve, no, catorce mohair suben por la orilla y salen al camino. Plata, azul, morado, negro, uno rojo con el pelo trenzado... Y ahora hay un hombre. Un hombre con una sábana blanca, atada a la cintura. Es una imagen bíblica: incluso porta un báculo para azuzar a los mohair sin duda. Cuando las ve, se vuelve, observándolas en silencio. Se pone las gafas de sol; también tiene un pulverizador. Lo lleva como si tal cosa a un costado, pero deja que se vea con claridad. Tiene el sol a su espalda.

Toby se queda quieta, le pica la cabeza y los brazos. ¿Es uno de los *painballers?* La convertirá en un colador antes de que pueda apuntarlo con el rifle: la posición del sol le da ventaja a él.

—¡Es Croze! —dice Ren.

Corre hacia él con los brazos abiertos, y Toby ciertamente espera que tenga razón. Y ha de tenerla, porque el hombre se deja abrazar. Suelta el pulverizador y su báculo y agarra con fuerza a Ren, mientras los mohair caminan tranquilos, mascando flores.

71

Ren. Santa Rachel y Todas las Aves

Año 25

—Croze —digo—. ¡No puedo creerlo! ¡Pensaba que estabas muerto!

Estoy hablando en su sábana, porque nos abrazamos tan fuerte que me he embutido en él. No dice nada —quizás está llorando—, así que hablo yo.

—Apuesto a que pensabas que yo también estaba muerta. —Y noto que asiente con la cabeza.

Lo suelto y nos miramos. Trata de sonreír.

—¿De dónde has sacado la sábana? —pregunto.

—Hay un montón de camas —dice—. Van mejor que los pantalones, no te dan tanto calor. ¿Has visto a Oates? —Suena preocupado.

No sé qué decir. No quiero estropear este momento hablándole de algo tan triste. Pobre Oates, colgando de un árbol con la garganta cortada y sin riñones. Pero entonces lo miro a la cara y me doy cuenta de que no lo he entendido bien: es por mí que está preocupado, porque ya sabe lo de Oates. El y Shackie iban delante de nosotros en el sendero. Me habrían oído gritar, se habrían escondido. Luego habrían oído los gritos, toda clase de gritos. Después —porque por supuesto habrían vuelto a ver lo ocurrido— habrían oído los buitres.

Si le digo que no, lo más probable es que finja que Oates sigue vivo, para no inquietarme.

—Sí —digo—. Lo vimos. Lo siento.

Mira al suelo. Pienso en cómo cambiar de tema. Los mohairs han estado mordisqueando a nuestro alrededor —quieren estar cerca de Croze—, así que digo:

—¿Son tu rebaño?

—Hemos empezado a pastorearlos —dice—. Más o menos ya los tenemos domesticados. Pero no dejan de escaparse.

A quién se refiere con el plural, quiero preguntar, pero Toby se acerca, así que digo:

—Esta es Toby, ¿recuerdas?

Y Croze dice:

—No jodas, de los Jardineros.

Toby hace uno de sus saludos y dice:

—Crozier. Vaya si has crecido. —Como si fuera una reunión escolar.

Es difícil hacerle perder pie. Toby le tiende la mano y Croze se la estrecha. Es muy extraño: Croze con una sábana como si fuera Jesús, aunque su barba no es muy poblada, y Toby y yo vestidas de rosa con los ojos guiñados y bocas con pintalabios; y Toby con tres patas de mohair moradas sobresaliendo de la mochila.

—¿Dónde está Amanda? —pregunta Croze.

—No está muerta —digo demasiado deprisa—. Sé que no está muerta.

Croze y Toby intercambian una mirada por encima de mi cabeza, como si no quisieran decirme que mi mascota se ha escapado.

—¿Y Shackleton? —pregunto.

—Está bien —dice Croze—. Volvamos a casa.

—¿Qué casa? —pregunta Toby.

Y él dice:

—La cabaña. Donde teníamos el Árbol de ¿Recuerdas? —me dice—. No está muy lejos.

Las ovejas se dirigen hacia allí de todos modos. Da la impresión de que saben adónde van. Nosotros las seguimos.

El sol calienta tanto ahora que siento que está hirviendo dentro de nuestros monos. Croze lleva parte de la sábana envuelta en torno a la cabeza; tiene aspecto de sentirse mucho más fresco que yo.

Es mediodía cuando llegamos al parque del Árbol de columpios de plástico no están, pero la cabaña es la misma —incluso hay pintadas en aerosol de las plebillas —, salvo que han estado construyendo. Hay una valla hecha de palos y planchas y alambre y un montón de cinta aislante. Croze abre la puerta, y la oveja entra y enfila hacia un corral en el patio.

—Traigo el rebaño —grita Croze, y un hombre con un pulverizador sale de la puerta de la casa y a continuación dos hombres más.

Luego cuatro mujeres: dos jóvenes, una un poco mayor, y una mayor aún, quizá tan mayor como Toby. Su ropa no es de Jardineros, pero no son prendas nuevas ni

bonitas. Dos de los hombres llevan sábanas, el tercero harapos y una camisa. Las mujeres llevan monos como los nuestros.

Nos miran. No son miradas amables, sino ansiosas. Croze dice sus nombres:

—¿Estás seguro de que no están infectadas? —dice el primer hombre, el que lleva el pulverizador.

—Ni hablar —dice Croze—. Estuvieron aisladas todo el tiempo.

Nos mira en busca de confirmación y Toby asiente.

—Son amigas de Zeb —añade Croze—. Toby y Ren.

Entonces nos dice:

—Esto es Loco Adán.

—Lo que queda de nosotros —dice el más bajo.

Dice sus nombres: el suyo es Beluga, y los otros tres son Pico de Marfil, Manatí y Zunzuncito. Las mujeres son Lotis Azul, Zorro del Desierto, Nogal Antillano y Tamarao. No nos estrechamos las manos: ellos aún están inquietos por nosotras y nuestros gérmenes.

—Loco Adán —dice Toby—. Me alegro de conoceros. Seguí parte de vuestro trabajo en línea.

—¿Cómo entrabas en el campo de juego? —le pregunta Pico de Marfil a Toby.

Está fijándose en su antiguo rifle como si estuviera hecho de oro.

—Yo era Rascón —dice Toby.

Se miran el uno al otro.

—Tú —dice Lotis Azul—. ¡Tú eras Rascón! ¡La dama secreta! —Ríe—. Zeb nunca nos quiso decir quién eras. Pensábamos que era una tía cañón que tenía.

Toby esboza una pequeña sonrisa.

—Aunque decía que eras fuerte —dice Tamarao—. Insistió en ello.

—¿Zeb? —dice Toby, como si estuviera hablando consigo misma. Sé que quiere preguntar si sigue vivo, pero le da miedo.

—Loco Adán era un gran montaje —dice Beluga—. Hasta que nos pillaron.

—Nos delató el puto Rejoov —dice Nogal Antillano, la mujer más joven—. El cabrón de Crake.

Tiene la piel marrón, pero habla con acento inglés. Ahora que Toby les ha dicho que era otra persona son mucho más afables.

Estoy confundida. Miro a Croze y dice:

—Era eso que estábamos haciendo, lo de la biorresistencia. Por eso nos metieron en Painball. Estos son los científicos que pillaron. ¿Recuerdas que te lo conté en el Scales?

—Ah —digo.

Pero todavía no lo tengo claro. ¿Por qué los pilló Rejoov? Fue un secuestro de cerebros, como lo que le había ocurrido a mi padre.

—Tuvimos visita —dice Pico de Marfil a Croze—. Después de que fueras a por las ovejas. Dos tipos, con una mujer y un pulverizador y un mofache muerto.

—En serio —dice Croze—. Es fundamental.

—Dijeron que habían estado en Painball, como si debiéramos respetarlo —dice Beluga—. Querían cambiar la mujer por células de pulverizador y carne de mohair. La mujer y el mofache.

—Apuesto a que fueron ellos los que se llevaron el mohair lavanda —dice Croze —. Toby encontró las patas.

—¡Mofache! ¿Qué cambiaríamos por eso? —dice Nogal Antillano, indignada—. No nos estamos muriendo de hambre.

—Deberíamos haberles disparado —dice Manatí—. Pero tenían a la mujer como escudo.

—¿Qué llevaba puesto? —digo, pero no me hacen caso.

—Dijimos que no —dice Pico de Marfil—. Es cruel para la chica, pero están desesperados por las células, lo cual significa que se les están acabando. Así que nos ocuparemos de ellos después.

—Es Amanda —digo.

Podrían haberla salvado. Aunque no los culpo por no aceptar el trato: no hay que darles células de pulverizador a tipos que las usarán para matarte.

—¿Qué pasa con Amanda? —digo—. No deberíamos ir a rescatarla.

—Sí, hemos de reunir a todos ahora que el Diluvio ha pasado —dice Croze—. Como hemos dicho. —Me está apoyando.

—Así podremos, bueno, reconstruir la raza humana —digo.

Sé que suena estúpido, pero es lo único que se me ocurre.

—Amanda puede ayudarnos de veras, es muy buena en todo.

Pero me sonríen con tristeza como si supieran que es inútil. Croze me coge la mano y me aleja de ellos.

—¿Lo dices en serio? —pregunta—. ¿Lo de la raza humana? —Sonríe—. Tendrás que tener hijos.

—Quizá todavía no —digo.

—Vamos —dice—. Te enseñaré el jardín.

Tienen una cocina, y algunos biodoros violetas portátiles en un rincón, y algún módulo solar que están arreglando. No faltan componentes de cualquier cosa en las plebillas, aunque hay que tener cuidado con los edificios en ruinas.

El huerto está detrás: todavía no han plantado gran cosa.

—Tuvimos ataques de cerdos —dice—. Cavaron por debajo de la valla. Le disparamos a uno, así que quizá los demás captaron la idea. Zeb dice que son supercerdos, porque son un híbrido con tejido cerebral humano.

—¿Zeb? —digo—. ¿Zeb está vivo?

Me siento mareada de repente, toda esa gente muerta volviendo a la vida: es abrumador.

—Claro —dice Croze—. ¿Estás bien?

Me pone el brazo en torno a la cintura para impedir que me caiga al suelo.

72

Toby. Santa Rachel y Todas las Aves

Año 25

Ren y Crozier se han ido paseando detrás de la cabaña. No hay peligro, piensa Toby. Amor joven, sin duda. Ella le está contando a Pico de Marfil lo del tercer hombre, el muerto. Blanco. El escucha con atención.

—¿La pandemia? —pregunta él.

—Una bala infectada —dice Toby. No menciona la adormidera y los Ángeles de

Mientras están hablando, se acerca una mujer desde detrás de la casa.

—Eh, Toby —dice.

Es Rebecca. Más mayor, menos rellenita, pero sigue siendo Rebecca. Sólida. Agarra a Toby por los hombros.

—Estás demasiado flaca, cariño —dice—. No importa, tenemos beicon. Engordarás seguro.

El beicon no es un concepto que Toby pueda captar ahora mismo.

—Rebecca —dice. Y quiere añadir: «¿Por qué estás viva?», pero ésa es cada vez más una pregunta sin sentido. ¿Por qué están vivos todos ellos? Así que se limita a decir—: Es maravilloso.

—Zeb dijo que lo lograrías. Siempre lo decía. Eh. ¡Sonríeme!

A Toby no le gusta el uso del pasado. Tiene un tufo de lecho de muerte.

—¿Cuándo lo decía? —pregunta.

—Coño, lo dice casi todos los días. Ahora ven a la cocina, come algo. Cuéntame dónde has estado.

Así que Zeb está vivo, piensa Toby. Ahora que sabe que es cierto siente que

siempre lo había sabido. También lo duda: no será verdad hasta que lo vea. Hasta que lo toque.

Tienen café —raíces de diente de león tostadas, explica Rebecca con orgullo—, y un poco de raíces de bardana con hierbas y una rebanada de... ¿puede ser cerdo frío?

—Estos cerdos son un incordio —dice Rebecca—. Se pasan de listos. —Mira a Toby a los ojos, desafiante—. Necesidad obliga —dice—. Bueno, al menos sabemos lo que hay dentro, no como en los SecretBurgers.

—Está delicioso —dice Toby, sin mentir.

Después de su aperitivo, Toby entrega las tres patas de mohair que le quedan. No están muy frescas, pero Rebecca dice que están bien para el caldo. A continuación se zambullen en la historia. Toby explica su tiempo en el balneario de AnooYoo y les cuenta de la llegada de Ren; Rebecca describe su falsa identidad vendiendo seguros de vida en comunidades cerradas del oeste mientras colocaba ingeniosas bioformas del Loco Adán, y cómo tomó el último tren bala hacia el este —era un riesgo porque había mucha gente tosiendo, pero llevaba cono nasal y guantes— y luego se escondió en de Estética con Zeb y Katuro.

—En nuestra vieja sala de reuniones, ¿te acuerdas? —dice—. Nuestros suministros de Ararat aún estaban allí.

—¿Y Katuro? —pregunta Toby.

—Está bien. Tiene un germen de alguna clase, pero no es el malo; ya lo ha superado. Ha salido con Zeb y Shackleton, y con Rinoceronte Negro. Están buscando a Adán Uno y al resto. Zeb dice que si alguien ha podido superarlo, son ellos.

—¿En serio? ¿Hay alguna posibilidad? —dice Toby. ¿Me buscó a mí?, quiere preguntar. Probablemente no. Habría pensado que me las arreglaría bien sola. Y lo había hecho, ¿no?

—Hemos estado escuchando onda corta a todas horas, y también emitiendo. Hace un par de días por fin tuvimos una respuesta —dice Rebecca.

—¿Era él? —Toby ya estaba preparada para creer cualquier cosa—. ¿Adán Uno?

—Sólo oímos una voz. Y decía «estoy aquí», «estoy aquí».

—Tengamos fe —dice Toby. Y ella la tiene; o intenta tenerla.

Fuera están ladrando los perros y hay una confusión de gritos.

—Mierda. Ataque de perros —dice Rebecca—. Trae el arma.

Los locoadanes con pulverizadores ya están en la valla. Hay perros grandes y pequeños, unos quince, meneando las colas. Los de los pulverizadores empiezan a disparar. Antes de que Toby consiga hacerlo, hay siete perros muertos y el resto ha huido.

—Híbridos de WatsonCrick —dice Pico de Marfil—. En realidad no son perros, sólo lo parecen. Te arrancarían la garganta. Los usaban en motines de prisiones y

cosas por el estilo (no podías hackearlos como el código de un sistema de alarma), pero se escaparon durante el Diluvio.

—¿Están criando? —dice Toby. ¿Tendrán que enfrentarse a oleada tras oleada de estos no perros o son escasos en número?

—El Señor lo sabe —dice Pico de Marfil.

Lotis Azul y Nogal Antillano salen para asegurarse de que los perros están muertos. Luego Tamarao, Zorro del Desierto, Rebecca y Toby se unen a ellos, y despellejan y trocean, con los hombres del pulverizador cerca por si acaso vuelven otros perros. Las manos de Toby recuerdan cómo hacerlo de hace mucho tiempo. El olor también es el mismo. Un olor de infancia.

Las pieles de los perros quedan de lado, la carne se trocea y se echa en una olla. Toby está un poco mareada. Pero también tiene hambre.

73

Ren. Santa Rachel y Todas las Aves

Año 25

Le pregunto a Croze si debería ayudarles a despellejar los perros, pero Croze dice que ya hay suficiente gente haciéndolo y yo parezco cansada, así que ¿por qué no me tumbo en la cama, dentro de la cabaña? La habitación está fría y huele a la cabaña que recordaba, así que me siento a salvo. La cama de Croze es sólo una plataforma, pero tiene un edredón de lana de mohair y una sábana, y Croze me dice «Que duermas bien», y luego se aleja, y yo me saco la ropa de AnooYoo porque hace calor y el mohair es suave y sedoso, y me voy a dormir.

Cuando me despierta la tormenta de la tarde, Croze está arrebujado detrás de mí, y me doy cuenta de que está preocupado y triste; entonces me vuelvo y nos estamos abrazando y él quiere sexo. Pero de repente yo no quiero tener sexo sin amor, y no he querido a nadie de verdad después de Jimmy; desde luego no en el Scales, donde sólo estaba actuando siguiendo los guiones pervertidos de otras personas.

También hay un lugar oscuro en mí, como tinta derramada en mi cerebro: no puedo pensar en sexo en ese lugar. Tiene zarzas, y hay algo respecto a Amanda, y no quiero estar allí. Así que digo:

—Todavía no.

Y aunque Croze siempre era bastante grosero parece entenderlo; así que sólo nos abrazamos y hablamos.

Tiene un montón de planes. Construirán esto, construirán aquello; se librarán de los cerdos, o los domesticarán. Después de que los dos *painballers* estén muertos —él se ocupará personalmente de ello— nos llevará a mí, a Amanda y a Shackie a la

playa para pescar un poco. En cuanto al grupo Loco Adán —Pico de Marfil, Nogal Antillano, Tamarao y Rinoceronte Negro, todos— son realmente listos, así que pondrán en marcha las comunicaciones en un pispás.

—¿Con quién vamos a comunicarnos? —pregunto, y Croze dice que ha de haber más gente en alguna parte.

Entonces me cuenta acerca de los locoadanes. Estaban trabajando con Zeb hasta que los localizó Corpsegur gracias a un locoadán con el nombre en código de Crake, y terminaron como esclavos cerebrales en un lugar llamado la cúpula del Proyecto Paraíso. La opción era eso o ser pulverizados, así que aceptaron los trabajos. Más tarde, cuando llegó el Diluvio y los vigilantes desaparecieron, desactivaron la seguridad y salieron, pero no fue demasiado difícil para ellos porque eran cerebritos.

Me había contado parte de eso antes, pero no había dicho «Proyecto Paraíso» ni «Crake».

—Un momento —digo—. ¿En eso estaban trabajando en la cúpula? ¿En la inmortalidad?

Sí, dice Croze: todos estaban ayudando a Crake con ese gran experimento: una especie de híbrido genético humano perfecto y hermoso que podía vivir eternamente. Eran los mismos que habían hecho el trabajo difícil con , pero a ellos no les dejaron tomarla. Tampoco es que les tentara demasiado: te daba el mejor sexo jamás soñado, pero tenía graves efectos secundarios, como la muerte.

—Así es como se inició la pandemia —dice Croze—. Dijeron que Crake les ordenó ponerlo en la pastilla supersexual.

Volví a sentirme afortunada por haber estado en el Cuarto Pringoso porque podría haberme tragado a escondidas la pastilla BlyssPluss aunque Mordis decía que no había drogas para las *scalies.* Sonaba genial, como una realidad completamente distinta.

—¿Quién haría algo así? —digo—. ¿Una pastilla sexual envenenada?

Fue Glenn, tuvo que ser él. Era la clase de cosas de las que hablaba al capitoste de Rejoov en el Scales. No habló de la parte del veneno, claro. Recordaba esos apodos, Oryx y Crake. Pensé que era sólo charla de sexo, con Glenn y su amante principal: mucha gente usaba nombres de animales entonces. Pantera, tigre y glotón, minino y chucho. Así que no era charla de sexo, sino nombres en clave. O quizá las dos cosas.

Por una fracción de segundo pienso en contarle todo esto a Croze: que sabía muchas cosas de Crake de una vida anterior. Pero entonces tendría que contarle qué hacía en el Scales: no sólo la danza de trapecio, ni siquiera que Glenn nos hacía maullar y cantar como pájaros, sino las otras cosas, las cosas de la habitación con el techo de plumas. A Croze no le gustaría oírlo: los hombres odian imaginarse a otros hombres haciendo contigo cosas que ellos mismos desearían hacerte.

Así que pregunto:

—¿Y la gente híbrida? ¿Los perfectos? ¿Llegaron a hacerlos? —Glenn siempre quiso que todo fuera más perfecto.

—Sí, los hicieron —dice Croze, como si fuera algo cotidiano, hacer gente.

—Supongo que murieron con todos los demás —digo.

—No —dice Croze—. Viven en la costa. No necesitan ropa, comen hojas, maúllan como gatos. No es mi idea de la perfección. —Ríe—. ¡La perfección se parece más a ti!

Lo dejé pasar.

—Te lo estás inventando —digo.

—No, lo juro —dice Croze—. Tienen esas enormes..., se les ponen las pollas azules. Y hacen sexo en grupo con esas mujeres de culo azul. Es perverso.

—Es una broma, ¿no? —digo.

—Lo vi con mis propios ojos —dice Croze—. Se supone que no tenemos que acercarnos por si acaso la cagamos. Pero Zeb dice que los podemos ver a distancia, como en el zoo. Dice que no son peligrosos: somos nosotros los que somos peligrosos para ellos.

—¿Cuándo podré verlos?

—Cuando nos ocupemos de esos *painballers* —dice Croze—. Tendré que ir con vosotros. Hay otro tipo allí abajo, duerme en un árbol, habla solo, loco como una cabra, sin ofender a las cabras. Lo dejamos solo, supongo que podría estar infectado. No quiero que te moleste.

—Gracias —digo—. Este Crake del Proyecto Paraíso, ¿qué aspecto tiene?

—Nunca lo vi —dice Croze—. Nadie me lo dijo.

—¿Tenía un amigo? —pregunto—. En lo de la cúpula. —Cuando Glenn llevó a Jimmy al Scales esa vez, sin duda estaban metidos en algo juntos.

—Rinoceronte Negro dice que no era muy de amigos. Pero tenía un colega allí, además de su novia: se suponía que los dos planeaban el marketing. Rino decía que el tipo era un desperdicio. Contaba un montón de chistes estúpidos y bebía demasiado.

Ese sería Jimmy, pensé.

—¿Lo consiguió? —digo—. ¿Salir de la cúpula? Con la gente azul.

—¿Cómo voy a saberlo? Da igual, ¿a quién le importa? —dice Croze.

A mí. No quiero que Jimmy esté muerto.

—Eso es muy duro —digo.

—Eh, tranqui —dice Croze.

Me rodea con un brazo, deja que su mano caiga sobre mi pecho, como por accidente. Yo se la saco.

—Vale —dice con voz decepcionada. Me besa en la oreja.

La siguiente cosa que sé es que Croze me despierta.

—Han vuelto —dice.

Se apresura a salir y yo me visto, y cuando salgo al patio veo a Zeb, y Toby lo está abrazando. Katuro está allí; y el hombre al que llaman Rinoceronte Negro, que es negro. Shackie también está allí, sonriéndome. Aún no sabe nada de los dos *painballers* y Amanda. Croze tendrá que contárselo. Si lo hago yo me hará preguntas y sólo tengo malas respuestas.

Me acerco muy despacio a Zeb —tengo vergüenza— y Toby lo suelta. Está sonriendo, no es una sonrisa forzada, sino real, y pienso: aún puede ser guapa en ocasiones.

—Pequeña Ren. Has crecido —me dice Zeb.

Tiene el pelo más gris que la última vez que lo vi. Sonríe y me aprieta un momento el hombro. Lo recuerdo cantando en nuestra ducha, con los Jardineros; recuerdo las veces que fue bueno conmigo. Me gustaría que estuviera orgulloso de mí por haberlo logrado, aunque esa parte fue más que nada suerte. Me gustaría verlo más sorprendido y feliz de que estuviera viva. Pero debe de tener mucho en lo que pensar.

Zeb y Shackie y Rinoceronte Negro tienen pulverizadores y mochilas, y ahora han empezado a abrir las mochilas y a sacar cosas. Latas de sojadinas, un par de botellas —parece licor— y un puñado de Joltbars. Tres células para los pulverizadores.

—De los complejos —explica Katuro—. Muchos tienen las puertas abiertas. Han entrado saqueadores.

—CryoJeenyus estaba bien cerrado —dice Zeb—. Supongo que pensaban que podían salvarse dentro.

—Ellos y todas las cabezas congeladas que tienen ahí —dice Shackie.

—No creo que saliera nadie —dice Rinoceronte Negro.

Lamento oírlo, porque Lucerne debía de estar dentro de ese complejo, y a pesar de cómo había actuado últimamente, fue mi madre, y la amaba. Miré a Zeb, porque quizá también él la amaba.

—¿Encontrasteis a Adán Uno? —dice Pico de Marfil.

Zeb niega con la cabeza.

—Miramos en el Buenavista —dice Zeb—. Estuvieron allí mucho tiempo: ellos, u otros. Había todos los signos. Luego buscamos en varios Ararat, pero nada. Deben de haberse movido.

—¿Le dijiste que vivía alguien en de Estética? —digo a Croze—. ¿En esa pequeña habitación de detrás de las cubas de vinagre? ¿Con el portátil?

—Sí —dice Croze—. Fue él. Y Rebecca y Katuro.

—Vimos a ese tipo loco, renqueando y hablando solo —dice Shackie—. El que duerme en el árbol, cerca de la orilla. Pero él no nos vio.

—¿No le disparasteis? —dice Pico de Marfil—. ¿Por si es contagioso?

—Para qué malgastar munición —dice Rinoceronte Negro—. No durará mucho.

Cuando el sol baja hacemos un fuego en el patio y preparamos sopa de ortiga con trozos de carne —no sé bien de qué clase— y bardana y parte del queso de leche de mohair. Espero que ellos empiecen la comida con «Queridos amigos, somos las únicas personas que quedan sobre la tierra, demos gracias» o alguna oración Jardinera por el estilo, pero no lo hacen; sólo cenamos.

Después de que hayamos terminado, hablan de qué hacer a continuación. Zeb dice que han de encontrar a Adán Uno y los Jardineros antes de que nada ni nadie lo haga. Irá al Sumidero mañana para verificar el Jardín del Edén, algunos de los pisos francos de las células trufa, y otros lugares a los que podrían haber ido. Shackie dice que lo acompañará, y Rinoceronte Negro y Katuro también. Los otros han de quedarse y defender la casa de los perros y cerdos, y también de los dos *painballers* en caso de que vuelvan.

Entonces Pico de Marfil le habla a Zeb de Toby y de que ahora Blanco está muerto, y Zeb mira a Toby y dice:

—Bien hecho, cielo.

Es bastante chocante que llamen cielo a Toby, es algo así como llamar a Dios «cachas».

Me armo de valor y digo que hemos de encontrar a Amanda y salvarla de los *painballers.* Shackie dice que vota por eso, y creo que lo dice en serio. Zeb explica que lo lamenta mucho, pero que hemos de comprender que sólo hay dos alternativas. Amanda es sólo una persona y Adán Uno y los Jardineros son muchos; y Amanda decidiría lo mismo.

Así que digo:

—Vale, entonces iré sola.

Y Zeb dice:

—No seas tonta.

Como si todavía tuviera once años.

Entonces Croze dice que vendrá conmigo, y le aprieto la mano para darle las gracias. Pero Zeb dice que lo necesitan en la casa, que no pueden prescindir de él. Si espero a que vuelvan Shackie, Rinoceronte Negro y Katuro, dice, enviarán tres tipos conmigo, con pulverizadores, lo cual nos dará muchas más opciones.

Pero digo que no hay bastante tiempo, porque si esos *painballers* quieren comerciar con Amanda, significa que están cansados de ella y que podrían matarla en cualquier momento. Sé cómo funciona, digo. Es como en el Scales con las temporales —es prescindible—, así que de verdad he de encontrarla ahora mismo, y sé que es peligroso, pero no me importa. Entonces me echo a llorar.

Nadie dice nada. Luego Toby dice que vendrá conmigo. Se llevará su propio rifle,

no tiene mala puntería, dice. Quizá los *painballers* han usado su última célula de pulverizador, lo cual aumentaría las posibilidades.

—No es buena idea —dice Zeb.

Toby hace una pausa, luego dice que es la mejor idea que se le ha ocurrido, porque no puede dejarme vagar sola por el bosque: sería un crimen. Y Zeb asiente y dice:

—Tened cuidado.

Así que está decidido.

Los locoadanes cuelgan unas hamacas con cinta aislante en el cuarto principal para Toby y para mí. Toby aún está hablando con Zeb y el resto, así que me voy a acostar sola. Con una manta de mohair, la hamaca es muy cómoda; y aunque me preocupa mucho encontrar a Amanda y lo que ocurrirá entonces, consigo conciliar el sueño.

Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, Zeb, Shackie, Katuro y Rinoceronte Negro ya han salido, pero Rebecca le cuenta a Toby que Zeb le ha dibujado en el viejo arenero de los niños un mapa donde están la cabaña y la orilla, para que se oriente. Toby lo estudia un buen rato con una extraña expresión en el rostro, una especie de sonrisa triste. Aunque quizá sólo lo ha estado memorizando. Luego lo borra.

Después de desayunar, Rebecca nos da un poco de carne seca, y Pico de Marfil saca dos hamacas ligeras para nosotras porque no es seguro dormir en el suelo, y llenamos nuestras botellas de agua del pozo que han cavado. Toby deja allí un puñado de cosas —sus botellas de adormidera, sus hongos, su contenedor de lombrices, todo el material médico—, pero se lleva la olla, el cuchillo, las cerillas y un poco de cuerda, porque no sabemos cuánto tardaremos. Rebecca la abraza y dice:

—Ten cuidado, cariño.

Y salimos. Caminamos y caminamos; a mediodía paramos a comer. Toby está escuchando todo el tiempo: demasiados cantos de aves de las malas, como cuervos —o si no ningún canto—, significa cuidado, dice. Pero todo lo que oímos son trinos de fondo.

—Fondo de pantalla de pájaros —dice Toby.

No paramos de caminar, y comemos otra vez, y caminamos un poco más. También hay muchas hojas; te quitan aire. Además, me pone nerviosa porque la última vez que caminamos por un bosque nos encontramos a Oates colgado.

Cuando anochece, elegimos unos árboles altos, instalamos las hamacas y nos subimos. Pero me cuesta dormir. Entonces oigo cantar. Es hermoso, pero no es un canto normal: es claro, como el cristal, pero con capas. Suena a campanas.

El canto se desvanece, y creo que quizás eran imaginaciones mías. Y entonces,

pienso, serán las personas azules: ha de ser así como cantan. Imagino a Amanda entre ellos: la están alimentando, cuidando, maullándole para curarla y reconfortarla.

Es pura ficción. Imaginaciones. Sé que no debería hacerlo: debería enfrentarme a la realidad. Pero la realidad es demasiado oscura. Hay demasiados cuervos.

Los Adanes y las Evas solían decir: «Somos lo que comemos», pero yo prefiero decir: «Somos lo que deseamos», porque si no puedes desear, para qué molestarte.

San Terry y Todos los Caminantes

Año 25

Del estado del caminante
Narrado por Adán Uno

Queridos amigos, queridos compañeros animales, queridos moradores de este peligroso camino que es ahora nuestra senda por la vida:

¡Cuánto tiempo ha pasado desde ese último Día de San Terry en nuestro querido Jardín del Edén del Tejado! No nos dimos cuenta entonces de lo mucho mejores que eran aquellos tiempos, comparados con los días oscuros que ahora vivimos. Disfrutábamos de la perspectiva desde nuestro pacífico jardín y, por más que fuera una perspectiva de barrios bajos y crimen, la contemplábamos desde un espacio de restauración y renovación, floreciendo con nuestras plantas inocentes y nuestras abejas industriosas. Levantamos nuestras voces para cantar, seguros de que prevalecería, porque nuestros objetivos eran valiosos y nuestros métodos carentes de malicia. Eso creíamos, en nuestra inocencia. Muchas cosas deplorables han ocurrido desde ese momento, pero el espíritu que nos emocionaba entonces sigue presente.

El Día de San Terry está dedicado a Todos los Caminantes, el primero de todos ellos san Terry Fox, quien tanto corrió con una pierna mortal y otra metálica; quien estableció un brillante ejemplo de coraje ante unas circunstancias tan abrumadoramente adversas; quien nos mostró lo que el cuerpo humano puede hacer en los medios de locomoción sin combustibles fósiles; quien corrió contra la mortalidad, y al final superó su propia muerte y vive en nuestro recuerdo.

En este día recordamos, también, a santa Sojourner Truth, guía de esclavos huidos hace dos siglos, que caminaban muchos kilómetros sin más orientación que las estrellas; y los santos Shackleton y Crozier, de fama antártica y ártica; y san Laurence *Titus* Oates de la expedición Scott, que caminó hasta donde ningún hombre había caminado antes, y que se sacrificó durante una tormenta por el bien de sus compañeros. Que sus inmortales últimas palabras sean una inspiración para nosotros en nuestro viaje: «Voy a salir un momento y a hacer tiempo.» Los santos de este día son todos caminantes. Sabían muy bien que era mejor viajar que llegar, siempre y cuando viajemos con fe inquebrantable y por motivos no egoístas. Mantengamos esa idea en nuestros corazones, amigos míos y compañeros viajeros.

Es adecuado que recordemos a aquellos que perdimos hasta el momento en este camino. Darren y Quill han sucumbido a una enfermedad, los primeros síntomas de la cual son motivo de grave aprensión. A petición suya los dejamos atrás. Les dimos las gracias por mostrar esa preocupación digna de elogio.

Philo ha entrado en estado de barbecho, y está en paz encima de un garaje, una ubicación que tal vez le recuerda nuestro propio querido Jardín.

No deberíamos haber permitido que Melissa se rezagara. Por mediación de una manada de perros salvajes, ha hecho su presente definitivo a sus compañeros animales, y se ha convertido en parte del gran baile de las proteínas de Dios.

Pongamos luz en torno a nuestros corazones.

Cantemos.

El último kilómetro

Es más largo el último kilómetro,
es allí que flaqueamos;
para correr perdemos fuerzas,
dudamos de la esperanza.

¿Volveremos de esta oscura senda,
con ampollas y agotados,
cuando ya no nos queda la fe
y todo parece triste?

¿Dejaremos el camino estrecho,
carretera secundaria,
por lo rápido y el placer falso,
autopista destructora?

¿Nos quitarán la vida enemigos,

enterrarán el mensaje?
¿Y apagarán con guerras y luchas
la antorcha que acarreamos?

Sucios viajeros, tened ánimo:
por más que nos desaniméis,
por más que caigáis en el camino,
llegaréis hasta el altar.

Corramos, aunque el ojo se nuble
y el coro se debilite;
nos aplaude la naturaleza
para otra vez darnos fuerzas.

Porque en el esfuerzo está la meta,
así somos apreciados;
nos define el alma peregrina,
por ella somos medidos.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

74

Ren. San Terry y Todos los Caminantes

Año 25

Cuando me despierto, Toby ya está sentada en su hamaca, haciendo unos estiramientos de brazos. Me sonríe: está sonriendo más últimamente. Quizá lo hace ahora para animarme.

—¿Qué día es hoy? —dice.

Pienso un momento.

—San Terry, Santa Sojourner —digo—. Todos los Caminantes.

Toby asiente.

—Deberíamos hacer una pequeña meditación —dice—. El camino por el que andarán hoy nuestros pies será peligroso; necesitaremos paz interior.

Cuando cualquiera de los Adanes y las Evas te dice que hagas una meditación, no dices que no. Toby baja de la hamaca, y yo me quedo vigilando por si hay sorpresas mientras ella se coloca en la posición de loto: es muy flexible para la edad que tiene. Cuando llega mi turno, aunque me pongo en posición doblándome como si fuera de goma, no consigo hacer la meditación correctamente. No puedo cumplir con las tres primeras partes: la disculpa, la gratitud, el perdón; lo más difícil es la parte del perdón, porque no sé a quién he de perdonar. Adán Uno diría que tengo demasiado miedo y rabia.

Así que pienso en Amanda, y en todo lo que ha hecho por mí, y en que yo nunca he hecho nada por ella. En cambio me permití sentirme celosa de ella por Jimmy, pese a que lo de Jimmy no fue culpa suya de ninguna manera. Y eso no fue justo. He de encontrarla, y rescatarla de lo que le esté ocurriendo. Aunque quizá ya está

colgada de un árbol y ya le han cortado partes de su cuerpo, como le pasó a Oates.

No quiero imaginarlo, así que me imagino caminando hacia ella porque es lo que tengo que hacer.

No es sólo el cuerpo el que viaja, decía Adán Uno. También viaja el alma. Y el final de un viaje es el principio de otro.

—Ahora estoy preparada —le digo a Toby.

Me como una parte de la carne seca de mohair, bebo un poco de agua y escondo las hamacas bajo un arbusto para no tener que cargarlas. Eso sí, hemos de llevar las mochilas, dice Toby, con la comida y las cosas. Luego miramos a nuestro alrededor para asegurarnos de que no hemos dejado rastros obvios. Toby revisa el rifle.

—Sólo necesitaré dos balas —dice.

—Si no fallas —digo.

Una para cada *painballer:* imagino las balas surcando el aire, justo hacia ¿qué? ¿Un ojo? ¿Un corazón? Me hace estremecer.

—No puedo permitirme fallar —dice ella—. Tienen un pulverizador.

Entonces nos reincorporamos a la senda y continuamos en dirección al mar, hacia donde oía las voces que salían de la noche.

Al cabo de un rato oímos aquellas voces, pero no están cantando, sólo hablando. Hay olor a humo —una hoguera— y niños riendo. Es la gente hecha a medida de Glenn. Tienen que ser ellos.

—Camina despacio —me dice Toby en voz baja—. Las mismas reglas que con los animales. Quédate muy tranquila. Si hemos de irnos, retrocedemos, no nos damos la vuelta y corremos.

No sé lo que espero ver, pero no es lo que veo. Hay un calvero, y en el calvero hay un fuego, y en torno al fuego hay gente, quizá treinta personas. Son todos de colores diferentes —negros, marrones, amarillos y blancos—, pero ninguno es viejo. Y ninguno va vestido.

Un campamento nudista, pienso. Pero sólo es un chiste que me cuento a mí misma. Tienen demasiado buen aspecto, son demasiado perfectos. Parecen anuncios de los balnearios de AnooYoo. Con implantes mamarios y totalmente cerúleos, sin rastro de vello corporal. Desepitelizados. Aerografiados.

En ocasiones no puedes creer en algo hasta que lo ves, y esas personas eran así. No podía creer que Glenn lo hubiera hecho; no creía lo que me había contado Croze, aunque él los había visto. Pero ahora aquí están, justo delante de mí. Es como ver unicornios. Quiero oírles maullar.

Cuando nos localizan —primero uno de los niños, después una mujer, luego el resto —, dejan lo que estaban haciendo para mirarnos, todos juntos. No tienen aspecto asustado ni amenazante: parecen interesados pero plácidos. Es como que te miren los mohair, y están mascando igual que los mohair. Lo que estén comiendo es verde: un par de los niños están tan asombrados por nosotros que se quedan con la boca abierta.

—Hola —dice Toby. A mí me dice—: Quédate aquí.

Camina hacia delante. Uno de los hombres se levanta —estaba acuclillado detrás del fuego— y se coloca delante de los demás.

—Saludos —dice—. ¿Eres amiga de Hombre de las Nieves?

Puedo oír a Toby ponderando sus opciones: ¿quién es Hombre de las Nieves? ¿Si responde sí, pensarán que es una enemiga? ¿Y si responde que no?

—¿ Hombre de las Nieves es bueno? —pregunta Toby.

—Sí —dice el hombre. Es más alto que los demás, y parece ser su portavoz—. Hombre de las Nieves es muy bueno. Es nuestro amigo. —Los demás asienten con la cabeza, sin dejar de mascar.

—Entonces nosotras también somos amigas suyas —dice Toby—. Y también somos amigas vuestras.

—Sois como él —dice el hombre—. Tenéis piel extra, como la suya. Pero no tenéis plumas. ¿Vivís en un árbol?

—¿Plumas? —dice Toby—. ¿En su piel extra?

—No, en la cara —dice el hombre—. Vino otro como Hombre de las Nieves. Con plumas. Y otro con él que tenía plumas más cortas. Y una mujer que olía azul pero que no actuaba azul. Quizá la mujer que va contigo es así.

Toby asiente como si lo entendiera todo. Quizá lo entiende. Nunca sé muy bien qué es lo que entiende.

—Huele azul —dice otro hombre—. La mujer que te acompaña.

Ahora todos los hombres están olisqueando en mi dirección, como si yo fuera una flor o un queso. Varios de ellos hacen gala de unas enormes erecciones azules. Croze me lo había advertido, pero nunca había visto nada semejante, ni siquiera en el Scales, donde algunos de los clientes iban con pintura de cuerpo y extensores. Varios de los hombres producían un extraño zumbido, como los que haces cuando pasas el dedo por el borde de una copa de cristal.

—Pero la otra mujer que vino se asustó cuando le cantamos y le ofrecimos flores, y cuando la señalamos con nuestros penes —dice el jefe.

—Sí. Los dos hombres también se asustaron. Se fueron corriendo.

—¿Era muy alta? —pregunta Toby—. La mujer. ¿Más alta que ésta? —Me señala a mí.

—Sí. Más alta. No estaba bien. Y estaba triste. Habríamos maullado sobre ella y se habría sentido mejor. Luego podríamos haber copulado con ella.

Ha de ser Amanda, pienso. O sea que sigue viva, aún no la han matado. Démonos prisa, quiero gritar. Pero Toby todavía no se va a ninguna parte.

—Queríamos que eligiera con qué cuatro de nosotros copularía —dice el principal—. Quizá la mujer que te acompaña elegirá. ¡Huele muy azul!

Al oír esto, todos los hombres sonríen —tienen dientes blancos y muy brillantes — y sus penes me apuntan y van de lado a lado como colas de perro contento.

¿Cuatro? ¿Todos a la vez? No quiero que Toby dispare a ninguno de estos hombres —parecen muy amables y están de buen ver—, pero no quiero que se me acerquen esos penes azul brillante.

—En realidad mi amiga no es azul —dice Toby—. Es sólo la piel extra. Se la dio una persona azul. Por eso huele azul. ¿Adónde se fueron los dos hombres y la mujer?

—Fueron por la costa —dice el jefe—. Y luego, esta mañana, Hombre de las Nieves fue a buscarlos.

—Podemos mirar debajo de la segunda piel y ver lo azul que es.

—Hombre de las Nieves tiene un pie herido. Maullamos sobre él, pero necesita más maullidos.

—Si Hombre de las Nieves estuviera aquí, descubriría lo del azul. Nos diría cómo tenemos que actuar.

—El azul no ha de desperdiciarse. Es un regalo de Crake.

—Queríamos ir con él. Pero nos dijo que nos quedásemos.

—Hombre de las Nieves lo sabe —dice una de las mujeres.

Hasta el momento, las mujeres no han participado en la conversación, pero ahora todas asienten y sonríen.

—Ahora debemos ir a ayudar a Hombre de las Nieves —dice Toby—. Es nuestro amigo.

—Iremos con vosotras —dice otro hombre, más bajo, de tonalidad amarilla, con los ojos verdes—. Nosotros también ayudaremos a Hombre de las Nieves.

Ahora que me fijo, todos tienen los ojos verdes. Huelen a cítricos.

—Hombre de las Nieves necesita muchas veces nuestra ayuda —dice el hombre alto—. Casi no huele. No tiene poder. Y esta vez está enfermo. Está enfermo en el pie. Va cojo.

—Si Hombre de las Nieves os dijo que os quedarais aquí, debéis quedaros aquí —dice Toby.

Se miran unos a otros: algo les preocupa.

—Nos quedaremos aquí —dice el hombre alto—. Pero tenéis que volver pronto.

—Y traed a Hombre de las Nieves —dice una de las mujeres—. Así podremos ayudarle. Luego puede vivir otra vez en el árbol.

—Y le daremos un pescado. Un pescado lo hace feliz.

—Se lo come —dice uno de los niños, haciendo una mueca—. Lo masca y se lo

traga. Crake decía que tenía que hacerlo.

—Crake vive en el cielo. Nos ama —dice una mujer baja.

Parece que piensan que este Crake es Dios. Glenn como Dios, con camiseta negra: es divertido teniendo en cuenta lo que era realmente. Pero no me río.

—También os podemos dar un pescado —dice la mujer—. ¿Queréis un pescado?

—Sí. Trae a Hombre de las Nieves ——dice el hombre alto—. Luego cogeremos dos peces. O tres. Uno para ti, uno para Hombre de las Nieves, uno para la mujer que huele azul.

—Haremos lo posible —dice Toby.

Esto parece desconcertarlo.

—¿Qué es «lo posible»? —dice el hombre.

Salimos de debajo de los árboles a la plena luz del sol y el sonido de las olas, y caminamos por la arena suave y seca hasta la franja más dura y húmeda. El agua se desliza sobre la arena y se retira con un suave siseo, como la respiración de una serpiente grande. Basura brillante salpicaba la orilla: trozos de plástico, latas vacías, cristales rotos.

—Pensaba que iban a saltarme encima —digo.

—Te han olido —dice Toby—. Huelen el estrógeno. Pensaban que estabas en celo. Sólo copulan cuando se ponen azules, son como los babuinos.

—¿Cómo sabes todo eso? —digo.

Croze me había hablado de los penes azules, pero no del estrógeno.

—Por Pico de Marfil —dice Toby—. Los locoadanes les ayudaron a diseñar esa característica. Se suponía que haría la vida más sencilla. Para facilitar la selección de pareja y eliminar el dolor romántico. Ahora tendríamos que estar en silencio.

Dolor romántico, pensé. Me pregunto qué sabe de eso Toby.

Veo una antigua línea de marea alta: la recuerdo de los viajes de los Jardineros a la playa de Heritage Park. Era tierra seca antes de que el nivel del mar subiera tanto, y de todos los huracanes: aprendimos eso en la escuela. Las gaviotas están volando y anidan en los tejados planos.

Podemos conseguir huevos allí, pienso. Y pescado. Haced un farolillo si estáis desesperados, nos enseñó Zeb. Si hacemos una linterna, los peces nadarán hacia la luz. Hay unos cuantos agujeros de cangrejo en la arena, pequeños. Las ortigas crecen un poco más arriba, en la playa. También podemos comer algas. Todas esas cosas de San Euell.

Estoy soñando otra vez: planificando una comida, cuando en la parte de atrás de mi cerebro sólo hay miedo. Nunca lo conseguiremos. Nunca rescataremos a Amanda.

Nos matarán.

Toby ha encontrado unas huellas en la arena húmeda: varias personas con zapatos y botas, y el lugar donde se quitaron los zapatos, quizá para lavarse los pies, y luego volver a ponerse los zapatos y dirigirse hacia los árboles.

Podrían estar entre esos árboles ahora mismo, vigilándonos. Podrían estar observándonos. Podrían estar apuntándonos.

Encima de esas huellas hay otro conjunto. Pies descalzos.

—Alguien que cojea —susurra Toby.

Y pienso que ha de ser Hombre de las Nieves. El loco que vive en un árbol.

Nos sacamos las mochilas y las dejamos donde termina la arena y vuelve a empezar la hierba y los arbustos, bajo los primeros árboles. Toby dice que no necesitamos que el peso nos retrase, y hemos de tener los brazos libres.

75

Toby. San Terry y Todos los Caminantes

Año 25

Bueno, Dios, piensa Toby. ¿Cuál es Tu opinión? Suponiendo que existas. Dímelo ahora, por favor, porque puede ser el final: una vez que nos mezclemos con los *painballers* no tenemos ni la menor posibilidad, según lo veo yo.

¿Las nuevas personas son Tu idea de un modelo mejorado? ¿Así era como tenía que ser el primer Adán? ¿Nos sustituirán? ¿O piensas encogerte de hombros y continuar con la raza humana actual? Si es así, has hecho una elección un poco extraña: un puñado de ex científicos, unos cuantos Jardineros renegados, dos psicóticos que andan sueltos con una mujer casi muerta. No parece la supervivencia del más adaptado, salvo en el caso de Zeb. Pero hasta Zeb está cansado.

Luego está Ren. ¿No podrías haber elegido a alguien menos frágil? ¿Menos inocente? ¿Un poco más duro? Si fuera un animal, ¿qué animal sería? ¿Un ratón? ¿Un tordo? ¿Un ciervo ante los faros de un coche? Se derrumbará en el momento crucial: debería dejarla en la playa. Pero eso prolongaría lo inevitable, porque si yo caigo, ella también caerá. Aunque huya, está demasiado lejos de la cabaña: nunca lo conseguirá, y aunque los deje atrás, se perderá. ¿Y quién va a protegerla de los perros y los cerdos en los bosques? Las personas azules no. Al menos si los *painballers* tienen un pulverizador que funcione. Será mucho peor para ella si no muere enseguida.

Adán Uno decía que el teclado moral humano es limitado: no hay nada que puedas tocar con él que no se haya tocado antes. Y, mis queridos amigos, lamento decirlo, pero tiene las notas más graves.

Toby se detiene, revisa el rifle. Quita el seguro.

Pie izquierdo, pie derecho, avance silencioso. Los sonidos atenuados de sus pies en las hojas caídas resuenan en sus oídos como gritos. Qué visible, qué audible soy, piensa. En el bosque todo me observa. Están esperando sangre, pueden olería, pueden oírla sonando por mis venas, katush. Por encima de su cabeza, apiñándose en las copas de los árboles, los cuervos son traicioneros: au au au. Esos cuervos quieren sus ojos.

Aun así, cada flor, cada ramita, cada guijarro brilla como si estuviera iluminado desde dentro, como ocurrió en su primer día en el Jardín. Es el estrés, la adrenalina, es un efecto químico: lo sabe muy bien. Pero ¿por qué está integrado?, piensa. ¿Por qué estamos diseñados para ver el mundo sumamente hermoso justo cuando estamos a punto de ser masacrados? ¿Los conejos sienten lo mismo cuando los dientes del zorro les muerden el cuello? ¿Es eso clemencia?

Hace una pausa, se vuelve, sonríe a Ren. ¿Tengo aspecto tranquilizador?, se pregunta. ¿Calmada y bajo control? ¿Tengo aspecto de saber qué cuernos estoy haciendo? No estoy preparada para esto. No soy lo bastante rápida. Soy demasiado vieja, estoy oxidada, no tengo reflejos, me pesan los escrúpulos. Perdóname, Ren. Te estoy llevando a la perdición. Rezo por que si fallo las dos muramos deprisa. Esta vez no habrá abejas que nos salven.

¿A qué santo debería encomendarme? ¿Quién tiene la determinación y la capacidad? La implacabilidad. El juicio. La precisión.

Querido leopardo, querido lobo, querido leonero: prestadme ahora vuestro espíritu.

76

Ren. San Terry y Todos los Caminantes

Año 25

En cuanto oímos voces, avanzamos en silencio. Talón en el suelo, dijo Toby, luego arrastrarse sobre el pie, otro talón en el suelo. De esa forma no hay ningún chasquido.

Los voces son masculinas. Olemos el humo de su fuego, y otro olor: carne chamuscada. Me doy cuenta del hambre que tengo: notó que estoy salivando. Trato de pensar en esta hambre en lugar de asustarme.

Miramos a través de las hojas. Son ellos, sí: el de la barba oscura larga, el de la barba rala y la cabeza afeitada al que ya le crece el pelo. Lo recuerdo todo de ellos, y siento ganas de vomitar. Es el odio y el miedo que me atenazan el estómago y me envían sus tentáculos por todo el cuerpo.

Pero ahora veo a Amanda, y me siento muy liviana de repente. Como si pudiera volar.

Tiene las manos libres, pero lleva una soga al cuello. El extremo de la cuerda está atado a la pierna del tipo de la barba oscura. Todavía lleva su uniforme caqui de chica del desierto, aunque está más sucio que nunca. Tiene la cara manchada de polvo, el pelo grasiento y sin brillo, Veo un moretón bajo un ojo y más cardenales en las partes desnudas de sus brazos. Todavía tiene laca de uñas naranja del Scales en los dedos. Al verlo me entran ganas de llorar.

No es más que piel y huesos. Pero ninguno de los otros dos parece tampoco demasiado gordo.

Noto que respiro deprisa. Toby me agarra del brazo y me lo aprieta. Eso significa calma. Vuelve su rostro moreno hacia mí y sonríe con una sonrisa de calavera; los

bordes de sus dientes brillan a través de sus labios, tiene los músculos de las mandíbulas tensos, y de repente siento pena por esos dos hombres. Entonces me suelta el brazo y levanta el rifle, muy despacio.

Los dos hombres están sentados con las piernas cruzadas, asando pinchos de carne sobre las brasas. Carne de mofache. La cola a rayas blanca y negra está en el suelo, a un lado. También hay un pulverizador en el suelo. Toby tiene que haberlo visto. Puedo oírla pensar: si disparo a uno de ellos, ¿tendré tiempo de disparar al otro antes de que me dispare él?

—A lo mejor es un puto rollo de salvajes —está diciendo el de barba oscura—. Pintura azul.

—No. Tatuajes —dice el del pelo corto.

—¿Quién se iba a tatuar la polla? —dice el de barba.

—Los salvajes se tatúan cualquier cosa —dice el otro—. Es un rollo caníbal.

—Has visto demasiadas pelis idiotas.

—Apuesto a que la sacrificarían en dos minutos —dice el de barba—. Después de que se la folien todos.

Miran a Amanda, pero ella está mirando al suelo. El de la barba tira de la cuerda.

—Estamos hablando contigo, zorra —dice.

Amanda levanta la cabeza.

—Un juguete sexual comestible —dice el de pelo corto, y los dos ríen—. Pero ¿has visto las tetas de silicona de esas zorras?

—No son de silicona, son de verdad. La forma de descubrirlo es cortárselas. Las falsas llevan una especie de gel. Tal vez podemos volver y hacer un cambio —dice el de barba—. Con los salvajes. Ellos se quedan ésta, ya que tanto la quieren, le clavan sus pollas azules, y nosotros nos llevamos algunas de esas tiorras suyas. ¡Un trato de puta madre!

Veo a Amanda como la ven ellos: usada, gastada. Sin valor.

—¿Por qué comerciar? —dice el de pelo corto—. ¿Por qué no volvemos y nos cargamos a esos cabrones?

—No queda suficiente energía para matarlos a todos. La célula está muy baja. Se lo imaginarán y se nos echarán encima. Nos despedazarán y se nos comerán.

—Hemos de alejarnos más —dice el del pelo corto, ahora alarmado—. Ellos son treinta, y nosotros, dos. ¿Y si se nos acercan por la noche?

Hay una pausa mientras se lo piensan. Me pica toda la piel, los odio. No sé a qué está esperando Toby. ¿Por qué no los mata ahora? Entonces pienso que es una antigua Jardinera: no puede hacerlo a sangre fría. Va contra su religión.

—No está mal —dice el de la barba, levantando un palillo de las brasas—. Podemos cazar a otro de estos cabrones sabrosos mañana.

—¿Vamos a darle de comer a ella? —dice el del pelo corto. Se está chupando el dedo.

—Dale un poco del tuyo —dice el de la barba—. No nos sirve de nada si está muerta.

—A mí no me sirve muerta —dice el del pelo corto—. Tú eres tan pervertido que te follarías un fiambre.

—Hablando de eso, empieza tú. Prepara la muñeca. No me gusta follar seco.

—Me tocó a mí primero ayer.

—Bueno, ¿echamos un pulso?

Entonces, de repente, hay una cuarta persona en el calvero: un hombre desnudo, pero no uno de los hermosos de ojos azules. Este está escuálido y lleno de costras. Tiene una barba larga y enredada y aspecto de demente. Pero lo conozco. O creo que lo conozco. ¿Es Jimmy?

Lleva un pulverizador, y está apuntando a los dos hombres. Va a dispararles. Tiene una mirada maníaca.

Pero también le disparará a Amanda, porque el tío de la barba oscura lo ve, se incorpora sobre sus rodillas y coloca a Amanda delante de él, agarrándola por el cuello. El del pelo corto se agacha detrás de ellos. Jimmy vacila, pero no baja el pulverizador.

—¡Jimmy! —grito desde los arbustos—. ¡No! ¡Es Amanda!

Debe de pensar que los arbustos le están hablando. Vuelve la cara. Yo salgo de detrás de las hojas.

—¡De puta madre! La otra tía —dice el de barba—. ¡Ahora tendremos una cada uno! —Está riendo. El de pelo corto se agacha para coger el pulverizador.

Toby entra en el calvero. Tiene el rifle levantado y apuntado.

—No lo toques —le dice al del pelo corto.

Su voz es fuerte y clara, pero plana. Suena peligrosa, y también lo parece: flaca, hecha jirones, enseñando los dientes. Como un *banshee* de la tele, como un esqueleto que camina; como alguien que no tiene nada que perder.

El del pelo corto se queda de piedra. El que sostiene a Amanda no sabe a qué lado volverse: Jimmy está delante de él, pero Toby está a un lado.

—¡Atrás! Le partiré el cuello —nos dice a todos nosotros. Su voz es muy alta: eso significa que está asustado.

—Puede que a mí me importe, pero a él no —dice Toby, refiriéndose a Jimmy.

A mí me ordena:

—Coge el pulverizador. No dejes que te agarre.

Al del pelo corto:

—Al suelo.

A mí:

—Cuidado con los tobillos.

Al de la barba:

—Suéltala.

Todo ocurre muy deprisa, pero al mismo tiempo en cámara lenta. Las voces llegan de lejos; el sol es tan brillante que me hace daño; la luz vibra en nuestras caras; brillamos y nos saltan chispas, como si nos estuviera pasando la corriente. Casi puedo ver dentro de los cuerpos, dentro de los cuerpos de todos. Las venas, los tendones, la sangre que fluye. Oigo sus corazones, como el trueno que se acerca.

Pienso que voy desmayarme. Pero no puedo desmayarme, porque he de ayudar a Toby. No sé cómo, pero echo a correr. Paso tan cerca que puedo olerlos. Sudor rancio, cabello graso. Cojo el pulverizador.

—Rodéalo, detrás de él —me dice Toby.

Al *painballer:*

—Las manos en la nuca.

A mí:

—Dispárale en la espalda si no ves las manos enseguida.

Está hablando como si yo supiera manejar ese cacharro. A Jimmy le dice:

—Ahora tranquilo —como si fuera un animal asustado.

Todo este tiempo Amanda ha permanecido quieta, pero cuando el de la barba oscura la suelta se mueve como una serpiente. Se afloja el nudo, se saca la soga por encima de la cabeza y le azota al tipo en la cara con ella. Luego le da una patada en los huevos. Me doy cuenta de que no le queda mucha fuerza, pero usa toda la que tiene, y cuando él se dobla en el suelo le da una patada al otro. Entonces coge una piedra y golpea a cada uno en la cabeza, y hay sangre. Suelta la piedra y se me acerca renqueando. Está llorando, sollozando, y sé que ha tenido que ser una experiencia terrible, *esos* días que yo no he estado, porque no es nada fácil hacer llorar a Amanda.

—Oh, Amanda —le digo—. Lo siento mucho.

Jimmy se balancea sobre un pie.

—¿Eres real? —le dice a Toby. Parece desconcertado. Se frota los ojos.

—Tan real como tú —dice Toby—. Será mejor que los ates —me dice—. Haz un buen trabajo. Cuando se despierten van a estar muy cabreados.

Amanda se limpia la cara con la manga y empezamos a atar a los dos juntos, con las manos a la espalda, un lazo en torno a cada cuello. Tenemos más cuerda, pero basta por el momento.

—¿Eres tú? —dice Jimmy—. Creo que te he visto antes.

Camino hacia él, despacio y con cautela, porque aún tiene el arma en la mano.

—Jimmy —digo—. Soy Ren. ¿Te acuerdas de mí? Puedes soltar eso. Ya no pasa nada. —Es lo que le dirías a un niño.

Baja el pulverizador y lo rodeo con los brazos y le doy un largo abrazo. Está

temblando, pero le quema la piel.

—¿Ren? —dice—. ¿Estás muerta?

—No, Jimmy. Estoy viva, y tú también. —Le echó el pelo hacia atrás.

—Estoy hecho polvo —dice—. A veces creo que todos están muertos.

Santa Juliana y Todas las Almas

Año 25

De la fragilidad del universo
Narrado por Adán Uno

Mis queridos amigos, los pocos que ahora queden:

Nos queda poco tiempo. Hemos usado parte de este tiempo para subir aquí, al lugar donde floreciera nuestro Jardín del Edén en el Tejado, donde en una era de más esperanza pasamos días tan felices juntos.

Aprovechemos esta oportunidad para morar en la luz en el momento final.

Porque la luna nueva está saliendo, señalando el inicio de Santa Juliana y Todas las Almas. Todas las Almas no se limita a las almas humanas: entre nosotros abarca las almas de todas las criaturas vivas que han pasado por la vida, y se han sometido a la gran transformación, y han entrado en ese estado que en ocasiones llamamos muerte, pero que de forma más correcta se conoce como vida renovada. Porque en este mundo nuestro, y a ojos de Dios, ni un solo átomo que haya existido jamás se pierde del todo.

Querido diplodocus, querido pterosauro, querido trilobite; querido mastodonte, querido dodo, querida alca gigante, querida paloma migratoria; querido panda, querida grulla trompetera; y todos los demás, incontables, que en su momento jugaron en este jardín compartido nuestro: acompañadnos en este momento de juicio, y fortaleced nuestra resolución. Como vosotros, hemos disfrutado del aire y la luz solar, de la luz de la luna sobre el agua; como vosotros, hemos oído la llamada de las estaciones y hemos respondido a ellas. Como vosotros, hemos repoblado la tierra. Y como vosotros, ahora debemos ser testigos del final de nuestra especie y desaparecer

del paisaje terrenal.

Como siempre en este día, las palabras de santa Juliana de Norwich, esa santa compasiva del siglo XIV, nos recuerdan la fragilidad de nuestro cosmos, una fragilidad afirmada de nuevo por los físicos del siglo XX, cuando la ciencia descubrió los vastos espacios de vacío que existen no sólo entre los átomos sino también entre las estrellas. ¿Qué es nuestro cosmos sino un copo de nieve? ¿Qué es sino un trozo de encaje? Como nuestra querida santa Juliana expresó con tanta belleza, en palabras de ternura que han tenido eco a través de los siglos:

Vi una cosa pequeñita en la palma de mi mano, del tamaño de una avellana, redonda como una bolita. Pensé, ¿qué será esto? Y se me respondió: «Esto es todo lo que ha sido hecho.» Me maravilló que pudiera mantenerse sin caer en la inexistencia por su pequeñez. Se me respondió: «Se mantiene, y se mantendrá siempre, porque Dios lo ama.»

¿Merecemos este amor mediante el cual Dios mantiene nuestro cosmos? ¿Lo merecemos como especie?

Hemos tomado el mundo que se nos ha dado y hemos destruido con descuido su tejido y sus criaturas. Otras religiones han enseñado que este mundo ha de enrollarse como un pergamino y quemarse para que aparezcan un nuevo cielo y una nueva tierra. Pero ¿por qué iba a darnos Dios otra tierra cuando hemos maltratado tanto ésta?

No, amigos míos. No es esta tierra la que se demolerá: es la especie humana. Quizá Dios creará otra, una raza más compasiva que nos sustituya.

Porque el Diluvio Seco nos ha barrido: no como un vasto huracán ni como una descarga de cometas ni como una nube de gases tóxicos. No, como sospechábamos desde hace mucho tiempo, es una pandemia; una pandemia que no infecta a otra especie salvo la nuestra, y que dejará incólumes a las demás criaturas. Nuestras ciudades están a oscuras, nuestras líneas de comunicación ya no existen. La plaga y destrucción de nuestro Jardín tiene ahora un espejo en la plaga y destrucción que ha vaciado las calles. Ya no hemos de temer que nos descubran: nuestros viejos enemigos no pueden perseguirnos, ocupados como deben estarlo por los tormentos espantosos de su propia disolución corporal, si no están ya muertos.

No deberíamos —de hecho no podemos— regocijarnos en eso. Porque ayer la pandemia se llevó a tres de los nuestros. Ya siento en mí esos cambios que veo reflejados en vuestros propios ojos. Sabemos muy bien lo que nos espera.

Sin embargo, ¡que nuestra partida sea valerosa y gozosa! Terminemos con una plegaria por todas las almas. Entre éstas se hallan las almas de aquellos que nos han perseguido; aquellos que han asesinado a las criaturas de Dios y han extinguido Sus especies; aquellos que han torturado en el nombre de la ley; que no han venerado sino

las riquezas y que, para obtener riqueza y poder mundial, han infligido dolor y muerte.

Perdonemos a los que mataron al elefante, a los exterminadores del tigre, a aquellos que asesinaron al oso por su vesícula biliar, y al tiburón por su cartílago, y al rinoceronte por su cuerno. Perdonémosles con libertad, como esperamos que nos perdone Dios, que sostiene nuestro frágil cosmos en Su mano y lo mantiene a salvo por medio de su amor imperecedero.

Perdonar es la tarea más dura que nos tocará realizar. Danos fuerza para ello.

Ahora me gustaría que uniéramos nuestras manos.

Cantemos.

La tierra perdona

La tierra perdona a los mineros
que destrozan y queman su piel;
los siglos vuelven a traer árboles,
y también agua y dentro los peces.

El ciervo al final perdona al lobo
que lo desgarra y bebe su sangre;
sus huesos vuelven al suelo y nutren
árboles con flor, fruto y semilla.

Y bajo esos árboles umbrosos
vivirá el lobo sus calmos días;
y luego le llegará su hora,
se hará hierba, que pastará el ciervo.

Por todas deben morir algunas,
eso lo saben las criaturas;
tarde o temprano, todas transforman
su sangre en vino, su cuerpo en carne.

Mas sólo el hombre busca venganza
y en piedra talla leyes abstractas;
por esa falsa justicia suya,
tortura miembros y aplasta huesos.

¿La imagen de un dios puede ser ésa?
¿Ojo por ojo, diente por diente?
Si venganza moviera los astros,

y no amor, nunca relucirían.

Andamos por una cuerda floja,
son nuestras vidas granos de arena;
el mundo es una pequeña esfera
sostenida en la mano de Dios.

Deshazte de rabia y de rencor,
ten por modelo al ciervo y al árbol;
en el perdón encuentra alegría,
porque sólo él va a liberarte.

Del Libro Oral de Himnos
de los Jardineros de Dios

77

Ren. Santa Juliana y Todas las Almas

Año 25

La luna nueva está elevándose ahora, sobre el mar: Santa Juliana y Todas las Almas ha comenzado.

Amaba a santa Juliana cuando era pequeña. Cada niño hacía su propio cosmos con el material que cosechábamos. Pegábamos cosas brillantes y lo colgábamos de una cuerda. Esa noche la cena era con alimentos redondos como los rábanos y las calabazas, y todo el jardín estaba decorado con nuestros mundos brillantes. Un año hicimos las bolas del cosmos con alambre y pusimos cabos de vela dentro: era muy bonito. Otro año tratamos de hacer Manos Divinas para que aguantaran las bolas del cosmos, pero los guantes de trabajo de plástico amarillo que encontramos tenían un aspecto muy extraño, como manos de zombis. Además, no te imaginas a Dios con guantes.

Estamos sentados en torno a una hoguera: Toby, Amanda y yo. Y Jimmy. Y los dos *painballers* del Equipo Dorado, tengo que incluirlos. La luz parpadea en todos nosotros y nos da un aspecto más suave y más hermoso del que en realidad tenemos. Pero en ocasiones nos hace más oscuros y damos más miedo, cuando las caras quedan en sombra y no ves los ojos, sino sólo las cuencas. Profundos pozos negros vaciándose de nuestras cabezas.

Me duele todo el cuerpo, pero al mismo tiempo me siento dichosa. Tenemos suerte, pienso. De estar aquí. Todos nosotros, incluso los *painballers.*

Tras el calor de mediodía y la tormenta volví a la playa a buscar nuestras mochilas y llevarlas al calvero, junto con unos granos de mostaza silvestre que encontré por el camino. Toby sacó la olla, las tazas, el cuchillo y su cucharón. Preparó una sopa con las sobras del mofache, el resto de la carne de Rebecca y parte de sus vegetales secos. Cuando puso los huesos del mofache en el agua dijo las palabras de disculpa y pidió su perdón.

—Pero tú no lo has matado —le digo.

—Lo sé —dice—, pero no me sentiría bien si nadie lo hiciera.

Los *painballers* están atados a un árbol cercano con la cuerda y con unas tiras rasgadas del mono de Toby, que había sido rosa. Yo trencé las tiras de ropa: si algo te enseñaban los Jardineros eran los usos artesanos de los materiales reciclados.

Los *painballers* apenas hablan. Seguro que no se sienten muy bien después de las patadas que les dio Amanda. También han de sentirse estúpidos. Yo me sentiría así en su caso. Tonto del bote, como diría Zeb, por dejar que nos acercáramos a ellos sin que nos vieran.

Amanda aún debe de estar en estado de shock. Está llorando en silencio, de manera intermitente, y retorciéndose las puntas del pelo. La primera cosa que hizo Toby —una vez que los *painballers* estuvieron atados con seguridad— fue darle una taza de agua caliente con miel para la deshidratación, con un poco de huauzontle molido.

—No te lo bebas de golpe —le dijo—. A sorbitos.

Toby explicó que una vez que Amanda recupere sus niveles de electrolitos podrá empezar a ocuparse de sus posibles heridas. Para empezar, los cortes y hematomas.

Jimmy está mal. Tiene fiebre y una herida purulenta en el pie. Toby dice que si logramos llegar a la cabaña usará gusanos, podrían funcionar a largo plazo. Aunque quizá Jimmy no tenga un largo plazo.

Antes le ha extendido un poco de miel en el pie y también le ha dado una cucharada. No puede darle sauce ni adormidera, porque se los dejó en la cabaña. Lo envolvemos con el mono de Toby, pero no deja de destaparse.

—Hemos de encontrarle una colcha o algo —dice Toby—. Para mañana. Y pensar en alguna forma de que no se la quite o se achicharrará bajo el sol.

Jimmy no me reconoce en absoluto. Ni tampoco a Amanda. No deja de hablar a otra mujer que él se imagina ante el fuego.

—Música de lechuza. No te vayas —le dice.

Hay una gran nostalgia en su voz. Me siento celosa, pero ¿cómo voy a estar celosa de una mujer que no está ahí?

—¿Con quién estás hablando? —le pregunto.

—Hay una lechuza —dice—. Llamando. Justo ahí. —Pero yo no oigo ninguna

lechuza.

—Mírame, Jimmy —digo.

—La música está incorporada —dice—. Siempre. —Está mirando a los árboles.

Oh, Jimmy, pienso. ¿Adónde has ido?

La luna se mueve hacia el oeste. Toby dice que la sopa de huesos ya ha hervido suficiente. Añade los granos de mostaza que yo he recolectado, espera un minuto y sirve. Sólo tenemos dos tazas, hemos de turnarnos, dice.

—¿A ellos también? —pregunta Amanda. No mira a ninguno de los *painballers.*

—Sí —dice Toby—. A ellos también. Es Santa Juliana y Todas las Almas.

—¿Qué les pasará? —dice Amanda—. ¿Mañana? —Al menos se interesa en algo.

—No puedes soltarlos —digo—. Nos matarán. Mataron a Oates. ¡Y mira lo que le han hecho a Amanda!

—Pensaré en ese problema después —dice Toby—. Esta noche es una noche de fiesta. —Sirve la sopa en las tazas, mira a su alrededor en el círculo de luz de la hoguera—. ¡Menuda fiesta! —dice con su voz de Bruja Seca. Se ríe un poco—. Pero aún no han acabado con nosotros, ¿verdad? —Esto último se lo dice a Amanda.

—*Kaputt* —dice Amanda. Su voz es muy frágil.

—No pienses en eso —digo, pero ella empieza a llorar otra vez, en silencio: está en barbecho. La rodeo con mis brazos.

—Estoy aquí, tú estás aquí, no pasa nada —le susurro.

—¿Qué sentido tiene? —dice Amanda, no a mí sino a Toby.

—No es el momento —dice Toby en su voz de Eva— de preguntarse por los propósitos últimos. Me gustaría que todos olvidemos el pasado, las peores partes. Demos gracias por esta comida que se nos ha concedido. Amanda. Ren. Jimmy. Vosotros también si podéis. —Esto último se lo dice a los *painballers.*

Uno de ellos murmura algo como «Que te den», pero no lo dice muy alto. Quiere un poco de sopa.

Toby continúa como si no lo hubiera oído.

—Y quiero que recordemos a los que nos han dejado, en todo el mundo, pero en especial a nuestros amigos ausentes. Queridos Adanes, queridas Evas, queridos compañeros mamíferos y compañeros animales y a aquellos en espíritu: ayúdanos y danos tu fuerza, porque seguro que vamos a necesitarla.

Entonces toma un trago de la taza y se la pasa a Amanda. La otra taza se la da a Jimmy, pero él no puede agarrarla bien y derrama la mitad de la sopa en la arena. Yo me acuclillo a su lado para ayudarle a beber. Tal vez se está muriendo, pienso. Tal vez estará muerto por la mañana.

—Sabía que volverías —dice Jimmy, esta vez a mí—. Lo sabía. No te vuelvas lechuza.

—No soy una lechuza —digo—. Estás delirando. Soy Ren, ¿recuerdas? Sólo quiero que sepas que me rompiste el corazón; pero igualmente, me alegro de que estés vivo.

Ahora que lo he dicho me desprendo de una carga pesada y asfixiante, y me siento feliz.

Me sonríe, a mí o a quien crea que soy. Una sonrisita ampollada.

—Ya estamos otra vez —le dice a su pie enfermo—. Escucha la música. —Inclina la cabeza a un lado; su expresión es de embeleso—. No se puede acabar con la música —dice—. ¡No se puede!

—¿Qué música? —pregunto, porque no oigo nada.

—Silencio —dice Toby.

Escuchamos. Jimmy tiene razón. Se oye tenue y lejana, pero se está acercando. Es el sonido de mucha gente que canta. Ahora podemos ver el titilar de sus antorchas, girando hacia nosotros a través de la oscuridad de los árboles.

AGRADECIMIENTOS

El Año del Diluvio es una obra de ficción, pero las tendencias generales y muchos de los detalles que se mencionan se asemejan de manera alarmante a la realidad. El culto de los Jardineros de Dios apareció en la novela *Oryx y Crake*, igual que Amanda Payne, Brenda (Ren), Bernice, Jimmy *Hombre de las Nieves*, Glenn (alias Crake) y el grupo del Loco Adán. Los Jardineros no están modelados según el ejemplo de ninguna religión existente, si bien algunas de sus teologías y prácticas no carecen de precedente. Sus santos han sido escogidos por sus contribuciones a las áreas de la vida más queridas por los Jardineros; tienen muchos más santos, pero no aparecen en este libro. La influencia más clara sobre las letras de los himnos de los Jardineros es William Blake, con la ayuda de John Bunyan y también del Libro de Himnos de de Canadá y de Canadá. Como todas las colecciones de himnos, tienen momentos en que no son del todo comprensibles para los no creyentes.

La música de los himnos surgió de una afortunada coincidencia. El cantante y músico Orville Stoeber, de Venice (California), empezó a componer música para varios de estos himnos para ver qué ocurría, y luego se entusiasmó. Los extraordinarios resultados pueden escucharse en el CD *Hymns of the God's Gardeners*. Cualquiera que quiera usar estos himnos con propósitos devocionales o medioambientales está invitado a hacerlo visitando www.yearoftheflood.com, www.yearoftheflood.co.uk o www.yearoftheflood.ca

El nombre de Amanda Payne apareció originalmente como personaje en *Oryx y Crake*, por cortesía de una subasta de for the Care of Victims of Torture (Reino Unido). San Allan Sparrow del Aire Puro fue patrocinado por una subasta llevada a cabo por CAIR (CommunityAIR, Toronto). El nombre de Rebecca Eckler aparece gracias a una subasta benéfica de la revista *The Walrus* (Canadá). Mi agradecimiento a todos los donantes de nombres.

Como siempre mi gratitud a mis entusiastas y leales aunque duros editores, Ellen Seligman de McClelland & Stewart (Canadá), Nan Talese de Doubleday (Estados Unidos) y Alexandra Pringle y Liz Calder de Bloomsbury (Reino Unido), así como a Louise Dennys de Vintage/Knopf Canada, LuAnn Walter de Anchor (Estados Unidos), Lennie Goodings de Virago (Reino Unido) y Maya Mavjee de Doubleday

Canada. También a mis agentes, Phoebe Larmore (Norteamérica) y Vivienne Schuster y Betsy Robbins de Curtis Brown (Reino Unido); y a Ron Bernstein; y al resto de mis agentes y editores en el mundo. Gracias también a Heather Sangster por su heroico trabajo de corrección; y a mi excepcional equipo de apoyo: Sarah Webster, Anne Joldersma, Laura Stenberg y Penny Kavanaugh; y a Shannon Shields, que también me ayudó. También a Joel Rubinovitch y Sheldon Shoib; y a Michael Bradley y Sarah Cooper. También a Coleen Quinn y Xiaolan Zhang, por mantener en marcha mi brazo de escribir.

Mi especial agradecimiento a los intrépidos primeros lectores de este libro: Jess Atwood Gibson, Eleanor y Ramsay Cook, Rosalie Abella, Valerie Martin, John Cullen y Xandra Bingley. Os aprecio mucho a todos.

Y finalmente, mi agradecimiento especial a Graeme Gibson, con quien he celebrado tantas fiestas de Peces de Abril, Sabiduría de y Todos los Caminantes. Ha sido un camino largo y bonito.

MARGARET ATWOOD, nació el 18 de noviembre de 1939 en Ottawa y creció en el norte de Quebec, Ontario, y Toronto. Cursó estudios en las universidades de Toronto, el Radcliffe College y de Harvard. Su primer libro de poesía, Double Persephone, se publicó en 1961. Fue profesora de literatura inglesa en diversas universidades canadienses (1964-1972) y lectora en la Universidad de Toronto (1972-1973). Ganó reconocimiento con The Edible Woman (1969), Resurgir (1972), Lady Oracle (1976), Life Before Man (1979) y Ojo de gato (1989). Autora de más de veinte libros de novelas, cuentos, poesía y crítica literaria. Interesada por el avance científico y, especialmente, la función renovadora del movimiento feminista en la sociedad, considera que la aportación más radical del feminismo es su esencia, "ayudar a las mujeres a confiar en sus posibilidades", como reflejan sus obras 'Juegos de poder' (poesía), publicada en 1971 y una de las pioneras en este campo en su país, junto con su ensayo 'Second words' (1982). Ha sido galardonada con numerosos premios. Su novela The Robber Bride (1993), fue co-ganadora del Premio Trillium en 1994. El conjunto de su obra fue premiado con el Premio internacional del Welsh Arts Council's (1982). Ha residido en Boston, Vancouver, Edmonton, Montreal, Berlín, Edimburgo, Londres y el sur de Francia. El 25 de junio de 2008 fue reconocida con el premio Príncipe de Asturias de las Letras 2008. La candidatura de Atwood llegó a las últimas rondas de votaciones del jurado junto a las del autor español Juan Goytisolo, el británico Ian McEwan y el albanés Ismail Kadaré. El premio está dotado con 50.000 euros y una escultura de Joan Miró.